

Bestseller del *New York Times*

RUTA SEPETYS

Entre tonos de gris

«Una prosa sobria y poderosa, pocos libros están escritos de manera tan brillante y relatan una historia tan reveladora como importante.»
—*The Washington Post*

Junio de 1941, Kaunas, Lituania. Lina tiene quince años y está preparando su ingreso en una escuela de arte. Tiene por delante todo lo que el verano le puede ofrecer a una chica de su edad. Pero de repente una noche, su plácida vida y la de su familia se hace añicos cuando la policía secreta soviética irrumpe en su casa llevándosela

en camisón junto con su madre y su hermano. Su padre, un profesor universitario, desaparece a partir de ese día.

A través de una voz narrativa sobria y poderosa, Lina relata el largo y arduo viaje que emprenden, junto a otros deportados lituanos, hasta los campos de trabajo de Siberia. Su única vía de escape es un cuaderno de dibujo donde

plasma su experiencia, con la determinación de hacer llegar a su padre mensajes para que sepa que siguen vivos. También su amor por Andrius, un chico al que apenas conoce pero a quien, como muy pronto se dará cuenta, no quiere perder, le infunde esperanzas para seguir adelante. Este es tan solo el inicio de un largo viaje que Lina y su familia tendrán que superar

valiéndose de su increíble fuerza y voluntad por mantener su dignidad. ¿Pero es suficiente la esperanza para mantenerlos vivos?



Ruta Sepetys

Entre tonos de gris

ePub r1.0

Título original: *Between shades of gray*
Ruta Sepetys, 2011
Traducción: Isabel González Gallarza

Editor digital: orhi
ePub base r1.0



Reseña

«¿Se han preguntado alguna vez cuánto vale una vida humana? Aquella mañana, el precio de la vida de mi hermano fue un reloj de bolsillo».

Junio de 1941, Kaunas, Lituania. Lina tiene quince años y todo un verano por delante antes de matricularse en una escuela de arte. Pero, de repente,

una noche, la policía secreta soviética irrumpe en su casa y se la lleva en camisón junto con su madre y su hermano. Su padre, profesor universitario, ha desaparecido ese mismo día. Lina relata el largo viaje que emprenden, junto con otros deportados lituanos, hasta los campos de trebajo de Siberia. Su única vía de escape es un cuaderno de dibujo en el que plasma su experiencia, con la esperanza de hacer llegar a

su padre noticias para que sepa que siguen vivos.

«Un libro memorable que merece el mayor número de lectores posible».

—*Booklist*

Reseñas

«Una impactante y apasionante lectura —más aún al estar basada en hechos reales— que ilumina la persecución que sufrieron las víctimas de Stalin (veinte millones de muertos) y nos presenta unos inolvidables personajes que mantuvieron su decisión de sobrevivir a pesar de estar más de una década en el exilio.»

—*Publishers Weekly*

«La prosa de Sepetys es de una claridad milagrosa… Una novela espléndida y durísima.»

—*The Wall Street Journal*

«*Entre tonos de gris* es una “ficción” desgarradora de una historia muy real escrita con elegancia y corazón.»

—*Los Angeles Times*

«La escritura de Sepetys empuja con suavidad al

lector a través de la abrumadora tragedia de esta historia, que necesita ser contada.»

—*Kirkus Reviews*

«La valiente Lina es una joven heroína que atrapará a los lectores de todas las edades.»

—*Entertainment Weekly*

«Una novela dura de leer, aunque más duro aún es tener que hacer una pausa en su lectura. No hay duda de

que estamos ante una formidable primera novela.»

—*The Guardian*

«Una historia apasionante y conmovedora sobre la fortaleza del espíritu humano durante un oscuro episodio de la historia lituana.»

—*Associated Press*

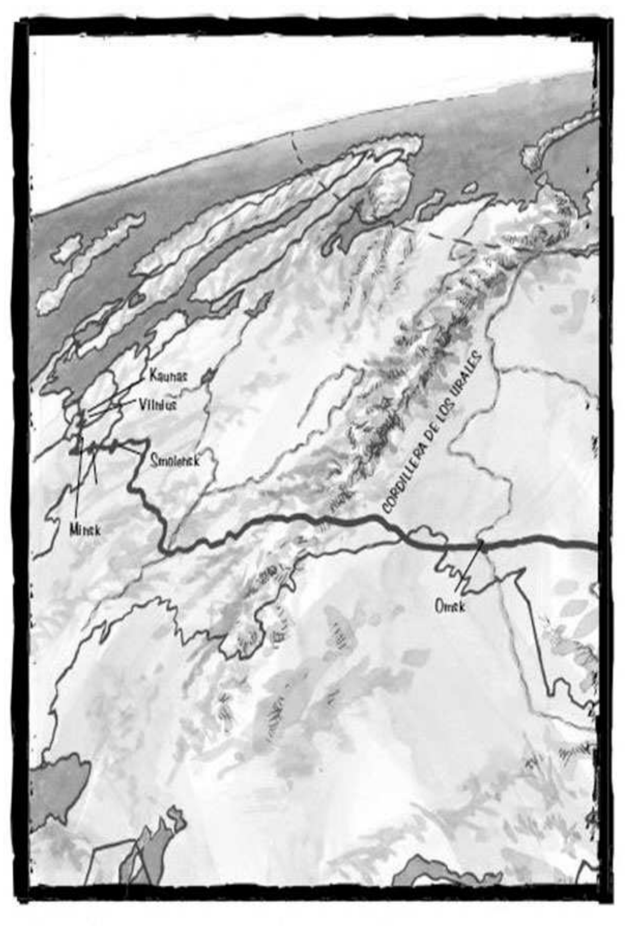
En memoria de Jonas Sepetys

Mapas


OCÉANO ÁRTICO
IRLANDA
INGLATERRA
PAÍSES BAJOS
NORUEGA
SUECIA
FRANCIA
ALEMANIA
MAR BÁLTICO
FINLANDIA
AUSTRIA
POLONIA
LITU.
LET.
EST.
ITALIA
BIELORRUSIA
UCRANIA
RUMANÍA
GRECIA
RUSIA
MAR NEGRO
TURQUÍA
MAR MEDITERRÁNEO
KAZAJSTÁN
MAR CASPIO
SIRIA
IRAK
IRÁN
INDIA

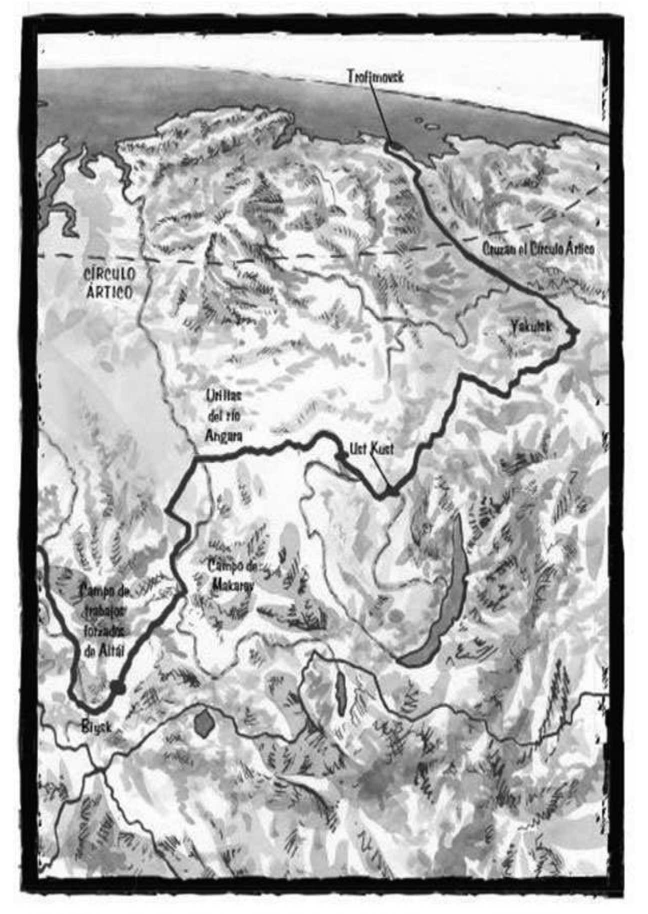


La autora pretende con este mapa dar una idea de la enorme distancia que recorrieron Lina y su familia, no representar fielmente todas las fronteras entre los diferentes países.



Día 1	Kaunas, Lituania	Día 6	Smolensk, Rusia
Día 3	Vilnius, Lituania	Día 21	Cruzan la cordillera de los Urales
Día 4	Minsk, Bielorrusia	Día 30	Omsk, Siberia
Día 5	Orsha, Bielorrusia	Día 42	Campo de trabajos forzados de Altái

CRONOLOGÍA DEL VIAJE



Día 306	Campo de trabajos forzados de Altái	Día 350	Ust Kust, Siberia
Día 313	Biysk, Siberia	Día 380	Yakutsk, Siberia
Día 319	Campo de Makarov	Día 410	Cruzan el Círculo Ártico
Día 320	Orillas del río Angara	Día 440	Trofimovsk, Polo Norte

La intención de este mapa es indicar la enorme distancia que recorrieron Lina y su familia, no representar fielmente todos los lugares.

Ladrones y prostitutas

1

Me sacaron de casa en camisón.

Si echo la vista atrás, me doy cuenta de que todas las señales de lo que iba a ocurrir estaban ahí: las fotos de familia ardiendo en la chimenea, mi madre cosiendo por las noches la plata y sus mejores joyas en el forro de su abrigo, y papá que no volvió del trabajo. Mi hermano pequeño, Jonas,

hacía preguntas. Yo también, pero quizá no quise atar cabos sobre lo que significaban todas esas señales. Solo más tarde comprendí que mi madre y mi padre querían que escapáramos. Pero no lo hicimos.

Vinieron por nosotros y nos sacaron de casa.

14 de junio de 1941. Me había puesto el camisón y me había sentado a mi mesa para escribirle una carta a mi prima Joana. Abrí un nuevo

bloc de papel de cartas color marfil y un plumier con lápices y plumas, regalo de mi tía por mi decimoquinto cumpleaños. La brisa de la tarde se colaba por la ventana abierta, sobre mi escritorio, haciendo ondear las cortinas. Hasta mí llegaba el aroma de las lilas que mi madre y yo habíamos plantado dos años antes. *Querida Joana*.

No fueron unos suaves golpecitos en la puerta lo que oí, sino un estruendo

que me sobresaltó. Alguien aporreaba la puerta principal. En la casa nadie se movió. Me levanté de la mesa y fui al pasillo a espiar lo que ocurría. Mi madre estaba de pie, con la espalda apoyada en la pared de la que colgaba enmarcado nuestro mapa de Lituania, con los ojos cerrados y los rasgos tensos. En su rostro se leía una angustia que nunca le había visto antes. Estaba rezando.

—Madre —dijo Jonas.

Miraba desde una rendija de la puerta de su cuarto, por lo que solo se le veía un ojo—, ¿no vas a abrir? Suena como si fueran a echar la puerta abajo.

Mi madre volvió la cabeza y nos vio a Jonas y a mí espiando desde nuestras habitaciones. Se esforzó por sonreír.

—Sí, cariño, claro que voy a abrir. No voy a dejar que nadie derribe nuestra puerta.

Los tacones de sus

zapatos repiquetearon sobre el entarimado del pasillo, y su falda larga y fina ondeó entre sus tobillos. Mi madre era elegante y bonita, bueno, despampanante incluso, con una gran sonrisa que le levantaba el ánimo a cualquiera. Yo tenía la suerte de haber heredado su cabello color miel y sus brillantes ojos azules. Y Jonas tenía su sonrisa.

Retumbaron unas voces en el vestíbulo.

—¡El NKVD! —murmuró

Jonas, palideciendo—. Tadas me dijo que se llevaron a sus vecinos en un camión. Están deteniendo a gente.

—No. Aquí no —le contesté yo. La policía secreta soviética no tenía nada que hacer en nuestra casa. Me acerqué por el pasillo para escuchar mejor y espié desde la esquina. Jonas tenía razón. Tres agentes del NKVD habían rodeado a nuestra madre. Llevaban gorras azules con

un ribete rojo y una estrella dorada encima. Un agente de gran envergadura sostenía nuestros pasaportes en la mano.

—Necesitamos más tiempo. Estaremos listos por la mañana —dijo mi madre.

—Veinte minutos o no viviréis hasta mañana —replicó el agente.

—Por favor, baje la voz. Tengo hijos —susurró mi madre.

—Veinte minutos —ladró el agente. Arrojó la

colilla encendida al limpio suelo de nuestro salón y la aplastó con la bota.

Estábamos a punto de convertirnos en colillas nosotros también.

2

¿Nos habían detenido? ¿Dónde estaba papá? Corrí a mi habitación. De repente, había aparecido sobre el alféizar una barra de pan y, debajo, un grueso fajo de rublos. Mi madre se asomó por la puerta, con Jonas pisándole los talones.

—Pero mamá, ¿adónde vamos? ¿Qué hemos hecho? —preguntó mi hermano.

—Es un malentendido.

Lina, ¿me estás escuchando? Tenemos que darnos prisa y preparar, para llevarnos, todo lo que pueda sernos útil, aunque no sean cosas a las que tengamos mucho aprecio. ¿Entiendes? ¡Lina! Ropa y zapatos, esa tiene que ser nuestra prioridad. Intenta meter todo lo que puedas en una maleta. —Mi madre miró hacia la ventana y, rápidamente, cogió el pan y el dinero, los dejó sobre mi mesa y cerró las cortinas—. Prometedme que si alguien

intenta ayudaros, no haréis caso. Resolveremos esto nosotros solos. No debemos meter en este lío ni a la familia ni a los amigos, ¿me entendéis? Aunque os llamen, no debéis responder.

—¿Nos han detenido? —preguntó Jonas.

—¡Prometédmelo!

—Te lo prometo —dijo Jonas bajito—. Pero ¿dónde está papá?

Mi madre calló, parpadeando deprisa.

—Se reunirá con

nosotros. Tenemos veinte minutos. Preparad vuestras cosas. ¡Ahora!

Toda mi habitación empezó a dar vueltas. La voz de mi madre resonaba en mi cabeza. «¡Ahora! ¡Ahora!». ¿Qué estaba pasando? Me despabilé cuando oí a mi hermano Jonas, que tenía diez años, revolviéndolo todo en su habitación. Saqué la maleta del armario y la abrí sobre la cama.

Hacía un año

exactamente, los soviéticos habían empezado a desplazar tropas desde las fronteras hacia el interior. Después, en agosto, Lituania había sido anexionada de manera oficial a la Unión Soviética. Una noche que protesté durante la cena por la nueva situación, papá me gritó y me advirtió que nunca dijera nada negativo sobre los soviéticos. Me mandó castigada a mi habitación. Desde entonces, no volví a decir nada en voz

alta, pero lo pensaba a menudo.

—¡Zapatos, Jonas, varios pares de calcetines, un abrigo! —oí gritar a mi madre por el pasillo. Cogí la fotografía de familia de la estantería, con su marco de oro, y la coloqué en el fondo de la maleta vacía. Los rostros me miraban, felices, ajenos a lo que estaba ocurriendo. Era una foto de Pascua de hacía dos años. La abuela aún vivía. Si de verdad íbamos a ir a la

cárcel, quería llevármela conmigo. Pero no podía ser cierto que nos fueran a meter en la cárcel. No habíamos hecho nada malo.

Por toda la casa se oían ruidos de puertas y cajones abriéndose y cerrándose.

—Lina —dijo mi madre entrando en mi cuarto como un vendaval, con los brazos llenos de cosas—. ¡Date prisa! —Abrió de par en par mi armario y todos los cajones, y se puso a meter cosas y más cosas en mi

maleta, como si se hubiera vuelto loca.

—Mamá, no encuentro mi cuaderno de dibujo. ¿Dónde está? —pregunté muy nerviosa.

—No lo sé. Ya compraremos otro. Guarda tu ropa. ¡Date prisa!

Jonas entró corriendo en mi habitación. Llevaba el uniforme del colegio, con su corbatita, y aferraba su cartera escolar. Se había peinado y todo, con raya a un lado.

—Estoy listo, mamá —dijo. Le temblaba la voz.

—¡N-no! —tartamudeó mi madre al ver a Jonas vestido para ir al colegio. Dejó escapar un suspiro y bajó la voz—. No, tesoro, lo que tienes que preparar es tu maleta. Ven conmigo. —Lo cogió del brazo y corrió con él hasta su habitación—. Lina, mete zapatos y calcetines. ¡Date prisa! —Me lanzó mi gabardina de verano y me la puse.

También me calcé las

sandalias y elegí un par de libros, unos cuantos lazos para el pelo y mi cepillo. ¿Dónde estaba mi cuaderno de dibujo? Cogí de mi mesa el papel de cartas, el plumier con las plumas y los lapiceros y el fajo de rublos y los coloqué sobre el montón de cosas que habíamos metido en mi maleta. Cerré las correas de cuero y salí corriendo de la habitación. Las cortinas ondeaban, acariciando la tierna barra de pan que

seguía aún sobre mi mesa.

Vi mi reflejo en la puerta acristalada de la panadería y me detuve un momento. Tenía una manchita de pintura verde en la barbilla. Me la quité con la uña y abrí la puerta. Al hacerlo, se oyó una campanilla. Hacía calor en la tienda, y olía a levadura.

—Lina, cuánto me alegro de verte. —La dependienta se precipitó al mostrador para atenderme

—. ¿En qué puedo ayudarte?

¿Acaso nos conocíamos?

—Lo siento, no…

—Mi marido da clase en la universidad. Trabaja para tu padre —me dijo—. Te he visto por la ciudad con tus padres.

Yo asentí.

—Me manda mi madre a comprar una barra de pan —le dije.

—Claro —indicó la mujer, agachándose detrás del mostrador. Envolvió una

gran barra de pan en papel de estraza y me la tendió. Cuando le di el dinero, negó con la cabeza.

—Por favor —susurró—, nunca podremos devolveros lo que habéis hecho por nosotros.

—No la entiendo. —Volví a tenderle las monedas, pero ella hizo como si no las viera.

Se oyó de nuevo la campanilla de la puerta, y alguien entró en la tienda.

—Da recuerdos a tus

padres de nuestra parte —dijo la mujer, y fue a atender al otro cliente.

Esa misma noche le pregunté a papá por el pan.

—Ha sido un gesto muy amable por su parte, pero innecesario —me explicó.

—Pero ¿qué has hecho? —le pregunté.

—Nada, Lina. ¿Has terminado los deberes?

—Pero tienes que haber hecho algo para merecer pan gratis —insistí.

—No merezco nada.

Lina, hay que hacer lo correcto, sin esperar gratitud ni recompensa alguna. Y ahora vete a hacer los deberes.

3

Mi madre preparó una maleta igual de grande para Jonas. Le hacía parecer aún más pequeño y delgado en comparación, y necesitaba las dos manos para cargar con ella. Para levantarla del suelo tuvo que arquear la espalda hacia atrás. No se quejó del peso ni nos pidió ayuda a ninguna de las dos.

Por toda la casa retumbaba, de vez en

cuando, el sonido de porcelana y cristal haciéndose añicos. Encontramos a nuestra madre en el salón, estrellando contra el suelo sus mejores vajillas y cristalerías. Tenía la cara brillante de sudor, y le caían mechones de cabello dorado sobre los ojos.

—¡Mamá, no! —exclamó Jonas, corriendo hacia el montón de añicos que cubría el suelo. Lo retuve a tiempo antes de que

tocara los cristales rotos.

—Mamá ¿por qué estás rompiendo todas esas cosas tan bonitas? —le pregunté.

Se detuvo y se quedó mirando la tacita de porcelana que tenía en la mano.

—Porque les tengo mucho cariño. —Arrojó la taza al suelo y no esperó siquiera a verla romperse antes de arrojar la siguiente.

Jonas se puso a llorar.

—No llores, mi vida. Compraremos otras mucho

más bonitas.

La puerta se abrió de golpe y entraron tres agentes del NKVD con fusiles rematados por bayonetas.

—¿Qué ha pasado aquí? —quiso saber un agente alto, mirando el desastre a su alrededor.

—Ha sido un accidente —contestó mi madre muy tranquila.

—Han destruido propiedad soviética —bramó el agente.

Jonas se acercó la maleta

un poco más, temeroso de que pudiera convertirse esta también en propiedad soviética de un momento a otro.

Mi madre se miró en el espejo del vestíbulo para arreglarse el pelo y se puso el sombrero. El agente del NKVD la golpeó en el hombro con la culata de su fusil, empujándola de bruces contra el espejo.

—Cerdos burgueses, siempre perdiendo el tiempo. No vas a necesitar

ese sombrero —se burló.

Mi madre se incorporó y se puso muy tiesa, y luego se alisó los pliegues de la falda y se ajustó el sombrero sobre la cabeza.

—Discúlpeme —le dijo con voz rotunda, antes de ponerse en el pelo su pasador de perlas y de colocarse los rizos debajo del sombrero.

¿Discúlpeme? ¿De verdad fue eso lo que dijo? Esos hombres irrumpieron de noche en nuestra casa, la

empujaron contra el espejo ¿y ella les pidió que la disculparan? Luego cogió su largo abrigo gris, y de pronto comprendí. Se estaba comportando con los agentes soviéticos con mucho tiento porque no sabía lo que podría ocurrir a continuación. Entonces la volví a ver en mi cabeza, ocultando joyas, documentos, plata y otros objetos de valor dentro del forro del abrigo.

—Tengo que ir al cuarto

de baño —anuncié, en un intento por desviar la atención de los agentes de mi madre y de su abrigo.

—Tienes treinta segundos.

Cerré la puerta del cuarto de baño y sorprendí el reflejo de mi rostro en el espejo. Entonces no tenía ni idea de lo deprisa que iba a cambiar, de lo poco que tardarían mis rasgos en desdibujarse. De haberlo sabido, me habría quedado mirando fijamente mi

reflejo, para aprendérmelo de memoria. Era la última vez que me miraría a un espejo de verdad durante más de una década.

4

La luz de las farolas estaba apagada. La oscuridad era casi total. Los agentes marchaban detrás de nosotros, obligándonos a acompasar nuestro paso al suyo. Vi a la señora Raskunas mirar por la ventana, ocultándose detrás de las cortinas. En cuanto se dio cuenta de que la había visto, desapareció. Mi madre me pellizcó el brazo, lo que

significaba que no debía levantar la vista del suelo. A Jonas le costaba cargar con su maleta, pesaba tanto que le golpeaba las piernas.

—*Davai!* —ordenó uno de los policías. Deprisa, siempre deprisa.

Seguimos andando hasta la esquina, hacia una gran masa oscura. Era un camión, rodeado de más agentes del NKVD. Al acercarnos a la trasera del vehículo vi que ya había gente dentro, sentada sobre su equipaje.

—Aúpame tú antes de que lo hagan ellos —me susurró mi madre rápidamente, pues no quería que ningún agente le tocara el abrigo. Hice lo que me pedía. Los agentes levantaron a Jonas en volandas para meterlo en el camión. Cayó de bruces y sobre él tiraron su maleta. Yo conseguí subir sin caerme, pero cuando me incorporé, una mujer me miró y se llevó una mano a la boca.

—Lina, cariño, abróchate el abrigo —me ordenó mi madre. Bajé la vista y descubrí mi camisón de flores. Con las prisas y mi empeño por encontrar mi cuaderno de dibujo se me había olvidado cambiarme de ropa. También vi a una mujer alta y delgada, con la nariz puntiaguda, que miraba a Jonas. La señorita Grybas. Era una profesora del colegio, solterona, una de las más severas. También reconocí a otras personas

más: la bibliotecaria, el dueño de un hotel cercano y varios hombres con los que había visto a papá hablar en la calle.

Todos estábamos en la lista. No sé qué lista era esa, solo que estábamos en ella. Y, aparentemente, también lo estaban las otras quince personas reunidas en el camión con nosotros. La puerta trasera se cerró. Un hombre calvo, sentado delante de mí, empezó a gemir bajito.

—Vamos a morir todos —dijo—. Moriremos todos, seguro.

—¡Tonterías! —se apresuró a replicar mi madre.

—No, no son tonterías. Moriremos todos —insistió—. Esto es el fin.

El camión se puso en marcha, tan deprisa que la sacudida tiró a la gente al suelo. De pronto, el calvo se puso de pie, se encaramó a la puerta trasera del vehículo y saltó a la calle. Se estrelló

contra el suelo, dejando escapar un rugido de dolor como un animal atrapado en una trampa. En el camión, algunos gritaron. Los neumáticos rechinaron cuando el motor se paró, y unos agentes saltaron a tierra. Abrieron la trasera del camión, y vi al hombre, que se retorcía de dolor en el suelo. Lo levantaron y arrojaron su cuerpo maltrecho al camión. Tenía una pierna destrozada. Jonas escondió la cara en la manga

del abrigo de mi madre. Le cogí la mano, mi hermano estaba temblando. Yo veía borroso. Cerré los párpados con fuerza y luego volví a abrirlos. El camión dio otra sacudida hacia delante al ponerse en marcha.

—¡NO! —gritó el hombre, sujetándose la pierna.

El vehículo se detuvo delante del hospital. Todo el mundo pareció aliviado al pensar que los agentes atenderían al calvo y le

curarían sus heridas. Pero no fue así. Estaban esperando. Una mujer que también figuraba en la lista estaba dando a luz. En cuanto cortaran el cordón umbilical, arrojarían a la madre y al bebé dentro del camión.

5

Pasaron casi cuatro horas. Estábamos sentados a oscuras, delante del hospital, y no nos dejaban bajar del vehículo. Pasaron otros camiones, algunos con gente tapada por unas grandes lonas.

Las calles empezaron a llenarse de actividad.

—Nos han recogido temprano —le comentó un hombre a mi madre. Luego

consultó su reloj—. Ya son casi las tres de la madrugada.

El calvo, tendido de espaldas, volvió la cabeza hacia Jonas.

—Chico, tápame la boca y la nariz con las manos, y no las apartes pase lo que pase.

—No va a hacer nada de eso —contestó mi madre, atrayendo a Jonas hacia sí.

—Estúpida ¿es que no se da cuenta de que esto es solo el principio? Ahora tenemos

la oportunidad de morir con dignidad.

—¡Elena! —Se oyó una voz muy tenue en la oscuridad. Vi a Regina, la prima de mi madre, ocultándose entre las sombras.

—¿Siente algo de alivio ahora que está tendido? —le preguntó mamá al calvo.

—¡Elena! —Volvió a oírse la voz, esta vez algo más fuerte.

—Mamá, creo que te están llamando —susurré,

vigilando de reojo al agente del NKVD, que estaba fumando al otro lado del camión.

—No me está llamando nadie, será una loca, nada más —dijo mi madre en voz alta—. Váyase y déjenos tranquilos —gritó.

—Pero Elena, soy…

Mi madre volvió la cabeza y fingió estar enfrascada en una conversación conmigo, haciendo caso omiso de su prima. Un pequeño paquete

rebotó sobre el suelo del camión, junto al calvo, que alargó la mano con avidez para cogerlo.

—¿Y me habla usted de dignidad, señor? —le objetó mi madre, arrebatándole el paquete y poniéndoselo debajo de las piernas. Me pregunté qué contendría. ¿Cómo podía mi madre decir que su prima era «una loca»? Regina se había arriesgado mucho para encontrarla.

—¿Es usted la esposa de

Kostas Vilkas, el rector de la universidad? —le preguntó a mi madre un hombre trajeado que estaba sentado cerca de nosotros, en el suelo. Mi madre asintió, retorciéndose las manos.

Observé a mi madre retorcerse las manos.

En el salón se alternaban murmullos y silencios. Los hombres llevaban horas allí sentados.

—Cariño, llévales la cafetera con el café recién

hecho —me pidió mi madre.

Avancé hasta la puerta del salón. Sobre la mesa flotaba una nube de humo de cigarrillos; cautiva de las ventanas cerradas y las cortinas, no podía disiparse.

—Repatriarlos, si es que es posible —dijo mi padre, pero calló de pronto al verme en el umbral.

—¿Alguien quiere un poco más de café? —pregunté, blandiendo la cafetera de plata.

Algunos hombres

bajaron la vista, y uno de ellos carraspeó.

—Lina, ya casi eres una mujercita —comentó un amigo de mi padre de la universidad—. Y tengo entendido que eres una artista de mucho talento.

—¡Y tanto que sí! —confirmó papá—. Tiene un estilo único. Y es excepcionalmente inteligente —añadió, guiñándome un ojo.

—Entonces ha salido a su madre —bromeó uno de

los hombres, y todos los demás se rieron.

—Dime una cosa, Lina —dijo el hombre que escribía en el periódico—, ¿qué te parece esta nueva Lituania?

—Bueno —se apresuró a interrumpirlo mi padre—, ese no es tema de conversación para una chica joven, ¿no crees?

—Pronto será tema de conversación para cualquiera, Kostas, joven o viejo —contestó el

periodista—. Además —añadió, sonriendo—, tampoco es que vaya a publicarlo en el periódico.

Papá se revolvió nervioso en su silla.

—¿Que qué pienso de la anexión soviética? —Callé un momento, evitando la mirada de mi padre—. Pues pienso que Josef Stalin es un bravucón. Creo que deberíamos echar a sus tropas de Lituania. No deberíamos permitir que vengan y se lleven lo que les

da la gana y…

—Ya basta, Lina. Deja la cafetera y vete a la cocina con tu madre.

—¡Pero es que es verdad! —insistí—. ¡No está bien!

—¡Ya basta, he dicho! —replicó mi padre.

Volví a la cocina, pero me detuve a mitad de camino para espiar la conversación.

—Tú no la animes, Vladas. Esta niña es tan cabezota que me tiene

muerto de preocupación —dijo papá.

—Bueno —contestó el periodista—, ahora vemos que también ha salido a su padre, ¿verdad? Tienes una verdadera rebelde en casa, Kostas.

Papá no dijo nada más. La reunión terminó y los hombres salieron de casa, pero no todos a la vez. Algunos lo hicieron por la puerta principal, y otros se escabulleron por la trasera.

—¿La universidad? —preguntó el calvo, con una mueca de dolor—. Ah, sí, entonces a él hace tiempo que se lo llevaron.

Se me encogió el estómago como si alguien me hubiera dado un puñetazo. Jonas se volvió hacia mi madre, con una expresión de desesperación.

—Mira, trabajo en un banco, y casualmente he visto a tu padre esta misma tarde —comentó un hombre, sonriendo a Jonas. Yo sabía

que estaba mintiendo. Mi madre le hizo un gesto de agradecimiento.

—Entonces debió de verlo cuando iba camino de la tumba —dijo el calvo con un ademán hosco.

Le lancé una mirada asesina, preguntándome cuánto pegamento haría falta para pegarle la boca y que no pudiera abrirla más.

—Yo soy coleccionista de sellos. Un simple coleccionista de sellos, y me van a matar solo porque me

carteo con otros coleccionistas de todo el mundo. Un tipo que trabaja en la universidad seguro que está el primero de la lista para…

—¡Cállese! —le espeté.

—¡Lina! —me reprendió mi madre—. Debes disculparte inmediatamente. Este pobre señor sufre un dolor terrible; no sabe lo que dice.

—Sé perfectamente lo que digo —replicó el hombre, mirándome

fijamente.

En ese momento se abrieron las puertas del hospital y un grito tremendo salió desde el interior. Un agente del NKVD arrastraba escalinata abajo a una mujer descalza vestida con un camisón de hospital manchado de sangre.

—¡Mi bebé! ¡Por favor, no hagan daño a mi bebé! —gritó la mujer.

Detrás de ellos salió otro agente, llevando en los brazos un bulto envuelto en

un arrullo. Acudió corriendo un médico, y agarró al policía del brazo.

—Por favor, no puede llevarse al recién nacido. ¡No sobrevivirá! —gritó el doctor—. Señor, se lo ruego. ¡Se lo pido por favor!

El agente se volvió hacia el médico y le propinó una patada en la rodilla.

Subieron a la mujer al camión. Mi madre y la señorita Grybas se desplazaron hacia un lado para hacerle sitio y la

tendieron junto al calvo. Los agentes nos pasaron también al bebé.

—Lina, por favor —me dijo mi madre, entregándome al bebé color rosa. Lo sostuve entre mis brazos y enseguida sentí el calor de su cuerpecito a través de la tela de mi gabardina.

—¡Oh, Dios, por favor, mi bebé! —exclamó la mujer, levantando la vista hacia mí.

El niño dejó escapar un

tenue sollozo y agitó sus puñitos en el aire. Su lucha por la vida acababa de empezar.

6

El hombre que trabajaba en el banco le dio a mi madre su chaqueta. Esta se la puso a la mujer por los hombros y le apartó el pelo de la cara.

—Tranquila, querida —le dijo mi madre a la mujer joven.

—Vitas. Se llevaron a mi marido, Vitas —susurró con un hilo de voz.

Bajé la vista a la carita

rosa del bebé, envuelto en un arrullo. Un recién nacido. Ese niño solo llevaba unos minutos en el mundo, y ya los soviéticos lo consideraban un criminal. Abracé al bebé, acercándolo más a mí, y lo besé en la frente. Jonas se apoyó contra mí. Si le hacían esto a un bebé ¿qué nos harían a nosotros?

—¿Cómo te llamas, querida? —le preguntó mamá a la madre del niño.

—Ona. —La mujer giró

el cuello—. ¿Dónde está mi hijo?

Mi madre me cogió al bebé y se lo colocó a la mujer en el pecho.

—Oh, mi niño. Mi lindo bebé —lloró la madre, besando al niño. El camión se puso en marcha con una sacudida. La mujer miró a mi madre con ojos suplicantes.

—¡Mi pierna! —se quejó el calvo.

—¿Hay algún médico entre ustedes? —preguntó

mi madre, mirando a todos los pasajeros del camión. Estos negaron con la cabeza. Algunos ni siquiera levantaron la mirada.

—Voy a intentar entablillarle la pierna —manifestó el hombre del banco—. ¿Alguno de ustedes tiene algo rígido que me pueda valer? Por favor, ayudémonos unos a otros. —La gente se revolvió incómoda en sus asientos, pasando revista mentalmente a lo que tenían en su

equipaje.

—Señor —formuló Jonas, inclinándose hacia delante. Le tendió su regla del colegio. La anciana que se había sobresaltado al ver mi camisón se puso a llorar.

—Sí, muy bien, esto me será muy útil. Gracias —dijo el hombre, aceptando la regla.

—Gracias, tesoro —dijo mi madre, sonriendo a Jonas.

—¿Una regla? ¿Va a entablillarme la pierna con

una regla? ¿Es que nos hemos vuelto todos locos, o qué? —chilló el calvo.

—Por ahora, es lo mejor que podemos hacer —replicó el hombre del banco—. ¿Alguien tiene algo con lo que atar la regla a la pierna?

—¡Que alguien me pegue un tiro, por favor! —gritó el calvo.

Mi madre se quitó del cuello su pañuelo de seda y se lo tendió al hombre del banco. La bibliotecaria

también se quitó la bufanda, y la señorita Grybas rebuscó en su bolso. El camisón de Ona empezaba a empaparse de sangre.

Sentí náuseas. Cerré los ojos y traté de pensar en algo, lo que fuera, para tranquilizarme. Me imaginé mi cuaderno de dibujo. Sentí que mi mano se movía. Por mi mente desfilaron imágenes, como los fotogramas de una película de cine. Nuestra casa, mi madre ajustándole el nudo

de la corbata a mi padre en la cocina, las lilas del valle, la abuela…

Su rostro consiguió tranquilizarme. Recordé la fotografía que había guardado en mi maleta. Abuela, pensé, ayúdanos.

Llegamos a un pequeño apeadero de tren en pleno campo. Había ya aparcados un montón de camiones soviéticos como el nuestro, todos llenos de gente también. Pasamos delante de uno por cuya puerta trasera

se asomaban un hombre y una mujer. El rostro de la mujer estaba anegado en llanto.

—¡Paulina! —gritó el hombre—. ¿Está con ustedes nuestra hija Paulina? —Yo negué con la cabeza.

—¿Por qué estamos en un apeadero en el campo y no en la estación de Kaunas? —preguntó una anciana.

—Probablemente aquí será más fácil organizar la partida con nuestras familias. En la estación

central hay mucha actividad, ya lo sabe —le dijo mi madre.

Su voz no parecía muy segura. Estaba tratando de convencerse a sí misma. Miré a mi alrededor. El apeadero estaba aislado, en medio de la nada, rodeado de bosques oscuros. Me imaginé que levantaban una alfombra y en mi cabeza vi una enorme escoba soviética barriéndonos debajo.

7

—*Davai!* —gritó un agente del NKVD, abriendo la puerta trasera de nuestro camión. El aparcamiento del apeadero bullía de actividad. Por todas partes se veían vehículos, policías y gente con equipaje. El ruido se iba haciendo cada vez más fuerte.

Mi madre se inclinó y puso las manos sobre nuestros hombros.

—No os alejéis de mí. Agarraos a mi abrigo si es necesario. Sobre todo, no deben separarnos. —Jonas se aferró al abrigo de mi madre.

—*Davai!* —volvió a gritar el agente, agarrando a uno de los hombres y empujándolo fuera del camión. Mi madre y el hombre del banco empezaron a ayudar a los demás a bajar. Yo sostuve en brazos al bebé mientras sacaban a su madre.

El calvo se retorció de dolor cuando lo bajaron del camión.

El hombre del banco se acercó a un agente del NKVD.

—Aquí hay gente que necesita atención médica. Por favor, traigan a un médico. —El policía no le hizo ni caso—. ¡Un médico! ¡Una enfermera! ¡Necesitamos atención médica! —gritó el hombre a la multitud.

El policía lo agarró, le clavó el fusil en la espalda y

se lo llevó a rastras de allí.

—¡Mi equipaje! —gritó el hombre. La bibliotecaria cogió su maleta, pero antes de que pudiera correr a entregársela, ya había desaparecido entre la muchedumbre.

Una lituana se detuvo junto a nosotros y dijo que era enfermera. Se puso a atender a Ona y al hombre calvo, mientras los demás formábamos un corrillo a su alrededor. El aparcamiento del apeadero estaba muy

sucio. Los pies descalzos de Ona ya estaban manchados de barro. Por nuestro lado desfilaban hordas de personas que se miraban unas a otras con expresión desesperada. Vi pasar con su madre a una chica de mi colegio. Levantó el brazo para saludarme pero, al acercarse a nosotros, su madre le tapó los ojos.

—*Davai!* —volvió a ladrar otro agente.

—No podemos dejar aquí a estas personas —dijo

mi madre—. Tienen que traer una camilla.

El policía se rio.

—Carguen ustedes con ellas.

Y eso hicimos. Dos hombres del camión cargaron con el calvo. Yo llevé al bebé y cogí una maleta, mientras mi madre ayudaba a Ona a andar. Jonas se esforzó por arrastrar el resto del equipaje y la señorita Grybas y la bibliotecaria nos ayudaron.

Llegamos al andén. El

caos era indescriptible. Separaban a las familias. Los niños gritaban, y las madres suplicaban. Dos policías se llevaron a un hombre. Su esposa no quería soltarlo y otros agentes se la llevaron a rastras unos metros antes de molerla a palos.

La bibliotecaria me cogió al bebé de los brazos.

—Mamá ¿está aquí papá? —preguntó Jonas, sin soltarse de su abrigo.

Yo me preguntaba lo

mismo. ¿Cuándo y dónde se habían llevado los soviéticos a rastras a mi padre? ¿Había sido cuando iba de camino al trabajo? ¿O quizá en el quiosco de periódicos, durante la pausa para almorzar? Miré a las masas de gente que se apiñaban en el andén. Había ancianos. En Lituania se respetaba mucho a los ancianos, y ahí estaban, golpeados como si fueran animales.

—*Davai!* —Un agente del NKVD agarró a Jonas de

los hombros y empezó a llevárselo a rastras.

—¡NO! —gritó mi madre.

Se estaban llevando a Jonas. Mi lindo y dulce hermanito que sacaba a los insectos de casa en lugar de matarlos de un pisotón, que había entregado su regla para entablillar la pierna de un viejo cascarrabias.

—¡Mamá! ¡Lina! —gritó él, agitando los brazos.

—¡Deténgase! —ordené yo, tendiendo la mano hacia

ellos. Mi madre agarró al agente del brazo y se puso a hablarle en ruso, en un ruso fluido y perfecto. Este se detuvo y la escuchó. Ella bajó la voz y le habló con calma. Yo no entendía una palabra. El agente atrajo a Jonas hacia sí con un movimiento brusco. Yo agarré a mi hermano del otro brazo. Su cuerpo empezó a vibrar, sacudido por los sollozos. Una gran mancha húmeda apareció en sus pantalones y se extendió por

las perneras. Mi hermano bajó la cabeza, llorando a lágrima viva.

Mi madre se sacó un fajo de rublos del bolsillo y se lo enseñó al agente con discreción. Este lo cogió y luego le dijo algo a mi madre, señalando con la cabeza. Mi madre se llevó la mano al cuello, se quitó el colgante de ámbar que llevaba y se lo puso al policía en la mano. Pero este no parecía satisfecho. Mi madre siguió hablando en

ruso y se sacó un reloj de bolsillo del abrigo. Yo conocía ese reloj. Era de oro, y había sido de su padre. Tenía su nombre grabado detrás. El agente se lo arrebató, soltó a Jonas y se puso a gritar a la gente que estaba junto a nosotros.

¿Se han preguntado alguna vez cuánto vale una vida humana? Aquella mañana, el precio de la vida de mi hermano fue un reloj de bolsillo.

8

—No pasa nada, tesoro. Estamos bien, todos estamos bien —dijo mi madre, abrazando a Jonas, besándole la cara y las lágrimas—. ¿Verdad que sí, Lina? Estamos todos bien.

—Sí —dije con voz tranquila.

Jonas, que seguía llorando, se tapó los pantalones, humillado por la mancha de orina.

—No te preocupes por eso, mi vida. Ahora te cambias de ropa —le tranquilizó mi madre, poniéndose delante de él para tapar su vergüenza—. Lina, dale tu gabardina a tu hermano.

Me la quité y se la tendí a mi madre.

—Mira, vas a ponerte esta gabardina un ratito, y ya está.

—Mamá ¿por qué quería ese policía llevarme con él? —preguntó Jonas.

—No lo sé, tesoro. Pero ahora estamos juntos.

Juntos. Allí estábamos, en el andén del tren, en medio del caos, yo con mi camisón de flores y mi hermano con una gabardina azul celeste que le llegaba hasta los pies. Por muy ridículos que fuéramos, nadie nos miró siquiera.

—¡Señora Vilkas, dese prisa! —Era la voz nasal de la señorita Grybas, la profesora solterona. Nos hacía gestos para que nos

reuniéramos con ella—. Estamos aquí. Dese prisa, están separando a la gente.

Mi madre cogió a Jonas de la mano.

—Venid, niños. —Nos abrimos paso a través de la multitud, como un barquito surcando las aguas en medio de una tempestad, sin saber si naufragaríamos o nos salvaríamos. El andén estaba lleno de vagones rojos de madera, una hilera que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Eran

toscos y sucios, como los que se utilizan para transportar ganado. Masas de lituanos se dirigían hacia ellos, con sus pertenencias en la mano.

Mi madre nos guiaba a través de la muchedumbre, tirando de nosotros o empujándonos por los hombros. Vi manos que aferraban maletas con fuerza. Había gente de rodillas, llorando, atando con cáñamo maletas que habían reventado de llenas

que estaban, mientras los agentes pisoteaban el contenido esparcido por el suelo. Los ricos campesinos y sus familias llevaban cubos de leche y grandes quesos redondos. Pasó un niño con una salchicha que era casi tan grande como él. Se le cayó, e inmediatamente desapareció entre los pies de la multitud. Al pasar por mi lado, una mujer me golpeó el brazo con un candelabro de plata, mientras un hombre corría

sujetando un acordeón. Yo pensé entonces en nuestra preciosa porcelana hecha añicos en el suelo de nuestra casa.

—¡Deprisa! —gritó la señorita Grybas, haciéndonos gestos—. Esta es la familia Vilkas —le dijo a un agente que llevaba una carpeta con una lista—. Están en este vagón.

Mi madre se paró delante del vagón y examinó a la gente con mucha atención. *Por favor*, decían

sus ojos, mientras buscaba a nuestro padre.

—Mamá —murmuró Jonas—, estos vagones son para cerdos y vacas.

—Sí, lo sé. Este viaje va a ser como una pequeña aventura, ya verás. —Aupó a Jonas al vagón, y entonces oí el llanto de un bebé y los gemidos de un hombre.

—No, mamá —dije—. No quiero estar con esa gente.

—Ya basta, Lina. Necesitan nuestra ayuda.

—¿Es que no pueden ayudarlos otros? Nosotros también necesitamos ayuda.

—Mamá —dijo mi hermano, preocupado por que el tren empezara a moverse—. Vosotras también vais a subir, ¿verdad?

—Sí, cariño, claro que vamos a subir. ¿Puedes coger esta maleta? —Mi madre se volvió hacia mí—. Lina, no tenemos elección. Por favor, haz lo posible para no asustar a tu

hermano.

La señorita Grybas se inclinó para ayudar a mi madre. ¿Y yo qué? Yo también estaba asustada. ¿Es que a nadie le importaba? *Papá ¿dónde estás?* Miré al andén, ahora el caos era total. Pensé en correr, correr hasta que me estallaran los pulmones. Iría corriendo a la universidad a buscar a papá. Iría corriendo a casa. Iría corriendo donde fuera.

—Lina. —Mi madre estaba delante de mí y me

levantó la barbilla con los dedos—. Lo sé. Esto es horrible —me susurró—. Debemos permanecer juntos. Es muy importante. —Me dio un beso en la frente y me atrajo de nuevo hacia el vagón.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

—Todavía no lo sé.

—¿Y tenemos que ir en estos trenes para ganado?

—Sí, pero estoy segura de que no será por mucho tiempo —dijo mi madre.

9

Dentro del vagón nos faltaba el aire, y olía mucho a sudor y a humanidad, incluso con la puerta abierta. Estábamos todos hacinados, algunos iban sentados sobre su equipaje. En la pared de un extremo del vagón habían clavado unas grandes tablas de madera, a modo de estantes. Ona estaba tumbada sobre una de ellas, y el bebé lloraba sobre su

pecho.

—¡Ay! —El calvo me golpeó en la pierna—. ¡Ten cuidado, chica! Casi me pisas.

—¿Dónde están los hombres? —le preguntó mi madre a la señorita Grybas.

—Se los han llevado —le contestó esta.

—Vamos a necesitar hombres en este vagón para que nos ayuden con los heridos —comentó mi madre.

—Pues no hay ninguno.

Nos han dividido en grupos, no sé con qué criterio. No paran de traer gente, y la meten a presión en el vagón. Hay algunos ancianos, pero están muy débiles —le explicó la señorita Grybas.

Mi madre lanzó una mirada alrededor.

—Subamos a los más pequeños a la tabla más alta. Lina, ayuda a Ona a tumbarse en la de abajo, para que podamos subir a más niños.

—No sea estúpida,

mujer —le espetó el calvo —. Si hace sitio, meterán a más gente todavía.

La bibliotecaria era más bajita que yo y más corpulenta. Era fuerte, y ayudó a mover a Ona.

—Soy la señora Rimas —le dijo.

Había dicho «señora», eso quería decir que estaba casada ella también. ¿Dónde estaba su marido? Con papá, a lo mejor. El bebé dejó escapar un grito desgarrador.

—Su bebé qué es ¿niño

o niña? —le preguntó la señora Rimas.

—Es niña —contestó Ona con un hilo de voz. Desplazó un poco los pies sobre la tabla de madera. Estaban muy sucios y llenos de cortes.

—Pronto necesitará comer —dijo la señora Rimas.

Miré a mi alrededor. Sentía la cabeza como separada del cuerpo. Entró aún más gente, haciéndose un hueco en el espacio ya de

por sí reducido del vagón. Había una mujer con un chico de mi edad. Sentí que alguien me tiraba de la manga.

—¿Vas a dormir? —me preguntó una niña de pelo rubio.

—¿Qué?

—Como vas en camisón… ¿Es que vas a dormir? —Me tendió una muñeca vestida de harapos —. Esta es mi muñequita.

Mi camisón. Todavía estaba en camisón. Y Jonas

llevaba aún mi gabardina azul celeste. Se me había olvidado por completo. Me acerqué a mi madre y a mi hermano.

—Tenemos que cambiarnos de ropa —le dije a mi madre.

—No hay espacio para abrir las maletas —me contestó ella—. Y aquí no hay dónde cambiarse.

—Por favor —suplicó Jonas, tapándose como podía con mi gabardina.

Mi madre intentó ir

hacia una esquina del vagón, pero no sirvió de nada. Se inclinó y abrió un poco mi maleta. Con la mano, rebuscó dentro. Vi mi jersey rosa y una braga. Por fin sacó mi vestido de algodón azul oscuro. A continuación, se puso a buscar unos pantalones para Jonas.

—Disculpe, señora —le dijo a una mujer que estaba sentada en un rincón del vagón—, ¿le importa hacernos un hueco para que mis hijos puedan cambiarse

de ropa?

—Este es nuestro sitio —declaró la mujer—. No pensamos movernos. —Sus dos hijas nos miraron con desprecio.

—Ya me doy cuenta de que es su sitio. Solo sería un momento, para que mis hijos puedan tener un poco de intimidad.

La mujer no dijo nada, se limitó a cruzar los brazos sobre el pecho.

Mi madre nos empujó hacia el rincón, casi encima

de la mujer.

—¡Eh! —protestó esta, levantando los brazos.

—Lo siento mucho, solo necesitamos un poquito de intimidad. —Mi madre le quitó a Jonas mi gabardina y la sujetó delante de nosotros, para taparnos un poco. Me cambié rápidamente, y luego utilicé mi camisón para tapar con él también a Jonas.

—Se ha hecho pis —se burló una de las niñas, señalando a mi hermano. Jonas se quedó paralizado.

—¿Te has hecho pis, niña? —dije en voz alta—. Oh, pobrecita.

La temperatura dentro del vagón había ido aumentando desde que habíamos entrado. Delante de mi nariz flotaba el olor húmedo de una axila. Nos abrimos paso hacia la puerta, con la esperanza de poder respirar un poco de aire fresco. Apilamos nuestras maletas, y Jonas se sentó en lo alto del montón, sosteniendo entre los brazos

el paquete que nos había dado nuestra tía Regina. Mi madre se puso de puntillas para buscar a papá entre el gentío del andén.

—Tenga —dijo un hombre de pelo gris, poniendo una pequeña maleta en el suelo—. Súbase aquí.

—Es usted muy amable —contestó mi madre, aceptando el ofrecimiento.

—¿Cuándo fue? —preguntó el hombre.

—Ayer —dijo mi madre.

—¿A qué se dedica? —quiso saber el hombre.

—Es el rector de la universidad. Kostas Vilkas.

—Ah, sí, Vilkas. —El hombre asintió. Luego nos miró. Había amabilidad en sus ojos—. Tiene unos niños preciosos.

—Sí. Se parecen mucho a su padre —comentó mi madre.

Nos sentamos todos juntos en la banqueta de terciopelo, Jonas sobre el

regazo de papá. Mi madre llevaba un vestido largo de seda verde. El cabello, rubio y ondulado, le caía a ambos lados del rostro, y sus pendientes de esmeraldas brillaban a la luz de la lámpara. Papá llevaba uno de sus nuevos trajes oscuros. Yo había elegido ponerme mi vestido color crema con el lazo de satén marrón, y me había recogido el pelo con otro lazo a juego.

—Bonita familia —dijo el fotógrafo, colocando su

gran cámara—. Kostas, Lina se te parece mucho.

—Pobre chica —bromeó papá—. Esperemos que cambie con el tiempo y acabe pareciéndose más a su madre.

—La esperanza es lo último que se pierde —dije, también bromeando. Todos se echaron a reír. El flash se disparó.

10

Conté cuántos éramos: cuarenta y seis personas hacinadas en una jaula con ruedas, quizá un ataúd rodante. Con los dedos, dibujé la escena sobre el polvo del suelo del vagón, borrando de vez en cuando los dibujos para volver a empezar.

La gente se preguntaba dónde nos iban a llevar. Algunos decían que al

cuartel general del NKVD y, otros, que a Moscú. Observé a todos los presentes. Tenían el futuro pintado en la cara. Vi valor, rabia, miedo y confusión. Otros rostros solo mostraban desesperación. Esos ya habían tirado la toalla. Y yo, ¿qué mostraba mi rostro?

Jonas se espantaba las moscas de la cara y del pelo. Mi madre hablaba tranquilamente con la mujer que tenía un hijo de mi edad.

—¿De dónde eres? —le

preguntó este a Jonas. Tenía el pelo castaño ondulado y los ojos azules. Parecía uno de los chicos guapos del colegio.

—De Kaunas —dijo Jonas—. ¿Y tú?

—De Šanciai.

Nos miramos unos a otros, callados y cohibidos.

—¿Dónde está tu padre? —le preguntó Jonas, sin poderse contener.

—En el ejército lituano. —El chico calló un momento—. Hace tiempo

que se marchó.

Su madre tenía todo el aspecto de la esposa de un oficial: era elegante, y se veía que no estaba acostumbrada a la suciedad. Jonas siguió charlando, antes de que me diera tiempo a decirle que se callara.

—Nuestro padre trabaja en la universidad. Yo soy Jonas, y esta es mi hermana Lina.

El chico me saludó con un gesto de cabeza.

—Yo soy Andrius Arvydas. —Le devolví el saludo y luego aparté la mirada.

—¿Crees que nos dejarán salir del vagón, aunque solo sea unos minutos? —preguntó Jonas—. Así, si papá está en la estación, lo veremos. Aquí metidos no podrá encontrarnos.

—El NKVD no nos va a dejar hacer gran cosa —contestó Andrius—. Los he visto golpear a uno que

intentó escapar.

—Nos han llamado cerdos —añadió mi hermano.

—No les hagas caso, Jonas. Los cerdos son ellos. Son unos cerdos idiotas —le contesté.

—Shhh. Yo que tú no diría eso —me advirtió Andrius.

—¿Qué pasa, eres policía? —le pregunté.

Andrius enarcó las cejas.

—No. Es solo que no quiero que te metas en

problemas.

—No nos metas en problemas, Lina —me pidió Jonas.

Miré a mi madre.

—Les di todo lo que tenía. Mentí y les dije que era retrasado mental. No tuve más remedio —murmuró la madre de Andrius—. Si no, nos habrían separado. Ahora no tengo nada, ni un mendrugo de pan.

—Lo sé —le contestó mi madre, acariciándole la

mano—. A nosotros nos pasó lo mismo, y mi hijo solo tiene diez años.

La niña de Ona se puso a llorar. La señora Rimas se abrió paso hasta mi madre.

—Está intentando darle de mamar, pero hay un problema —dijo la señora Rimas—. La niña no se agarra bien.

Pasaron las horas, interminables. La gente lloraba, de calor o de hambre. El calvo se quejaba de dolor, mientras otros

intentaban organizar el espacio y su equipaje. Tuve que renunciar a mi trozo de suelo para dibujar, y me conformé con grabar dibujos con la uña en la madera de la pared.

Andrius saltó del vagón para ir al baño, pero un agente del NKVD le dio un puñetazo y lo volvió a meter dentro. Todos nos estremecíamos con cada disparo y cada grito que oíamos. Después de lo de Andrius, nadie más se

atrevió a salir del vagón.

Alguien descubrió un agujero en el suelo, del tamaño de un plato grande, en la esquina donde se sentaba la mujer terca con sus dos hijas. Habían estado ocultando el agujero y el aire fresco que entraba por él. Algunos le pidieron con insistencia que se apartara de allí. No quería, pero la obligaron. Entonces los demás nos turnamos para utilizar el agujero como retrete. Pero algunos no

fueron capaces. El ruido y el olor me mareaban. Un niño asomó la cabeza por el agujero y vomitó.

La señora Rimas reunió a todos los niños y se puso a contarles cuentos. Los niños se acercaron más a ella, rodeándola. Hasta las dos niñas se alejaron de la gruñona de su madre y se sentaron, cautivadas, a escuchar las fantásticas historias. La niña de la muñequita se apoyó sobre la señora Rimas y comenzó a

chuparse el pulgar.

Nos sentamos en círculo en el suelo de la biblioteca. Uno de los niños más pequeños se tumbó y comenzó a chuparse el dedo. La bibliotecaria pasaba las páginas del libro de imágenes y leía con voz animada. Mientras la escuchaba, yo dibujaba los personajes en mi cuadernito. Dibujé al dragón, y se me aceleró el corazón. Estaba vivo. Noté una oleada de

calor recorrerme todo el cuerpo cuando sentí su aliento de fuego, que me despeinó el cabello. Luego dibujé a la princesa corriendo colina abajo, con su preciosa melena dorada flotando al viento…

—Lina ¿estás lista para marcharte?

Levanté la mirada. La bibliotecaria se inclinaba sobre mí. Todos los demás niños ya se habían ido.

—Lina ¿te encuentras bien? Estás muy colorada.

No estarás enferma, ¿verdad?

Le dije que no con la cabeza y le mostré mi cuaderno.

—Caramba, Lina, ¿lo has dibujado tú?

La bibliotecaria me arrebató el cuaderno de las manos.

Yo asentí, sonriendo.

11

Empezó a ponerse el sol. Mi madre me trenzó el pelo, que se me había ondulado por el sudor. Traté de calcular las horas que llevábamos metidos en la cárcel del vagón y me pregunté cuántas más nos quedarían. La gente se comió los alimentos que había traído consigo. La mayoría los compartió con los demás, pero otros no.

—Lina, esa barra de pan… —empezó a decir mi madre.

Negué con la cabeza. ¿Seguiría la barra de pan sobre mi escritorio?

—No la cogí —contesté.

—Está bien —dijo mi madre, dándole un poco de comida a Ona. Hizo una mueca, estaba decepcionada.

Andrius se sentó con las rodillas dobladas y se puso a fumar, mirándome.

—¿Qué edad tienes? —le pregunté.

—Diecisiete —contestó, y siguió mirándome.

—¿Cuánto tiempo hace que fumas?

—¿Qué pasa, eres policía? —me interrogó en tono cortante, y apartó la mirada.

Cayó la noche. Se hizo la oscuridad en nuestra caja de madera. Mi madre dijo que teníamos que estar agradecidos de que hubieran dejado la puerta abierta. Yo no tenía intención de estarle agradecida al NKVD por

nada. Cada pocos minutos los oía pasar, golpeando el suelo con sus botas. No podía dormir. Me pregunté si fuera, en el cielo, habría luna y, si la había, cómo sería. Papá me dijo una vez que los científicos pensaban que, desde la luna, la tierra se veía azul. Esa noche lo creí. Pensaba dibujarla azul, bañada en lágrimas. ¿Dónde estaba papá? Cerré los ojos.

Noté un golpe en el

hombro. Abrí los ojos. Había más claridad en el vagón. Andrius estaba de pie a mi lado y me empujaba con el pie. Se llevó un dedo a los labios y me hizo un gesto con la cabeza. Miré a mi madre. Estaba dormida, arrebujada en su abrigo. Jonas había desaparecido. Ladeé la cabeza para buscarlo por todo el vagón. Andrius volvió a golpearme el hombro con el pie y, con un gesto, me indicó que lo siguiera.

Me levanté y crucé el vagón en dirección a la puerta, esquivando los cuerpos tendidos. Jonas estaba justo al lado.

—Dice Andrius que hace una hora ha llegado un tren largo. Alguien le ha dicho que estaba lleno de hombres —me susurró mi hermano—. A lo mejor viaja en él papá.

—¿Quién te lo ha dicho? —le pregunté a Andrius.

—Olvida eso —me contestó—. Vamos a buscar

a nuestros padres.

Miré afuera desde el interior del vagón. El sol acababa de aparecer en el horizonte. Si papá *estaba* en la estación, quería encontrarlo.

—Voy a echar un vistazo y cuando vuelva os diré lo que he visto —dije—. ¿Dónde está el tren que acaba de llegar?

—Detrás de nosotros. Pero tú no vas —declaró Andrius—, iré yo.

—¿Y cómo te crees que

vas a encontrar a mi padre? —le indiqué en tono cortante—. No sabes qué aspecto tiene.

—¿Siempre eres tan simpática? —me preguntó Andrius.

—A lo mejor podríais ir los dos —sugirió Jonas.

—Puedo ir yo sola —contesté—. Encontraré a papá y lo traeré a nuestro vagón.

—Eso es ridículo. Estamos perdiendo el tiempo. No debería haberte

despertado —dijo Andrius.

Miré al exterior. El vigilante estaba a unos cincuenta metros, de espaldas a mí. Me agaché y salté al suelo, sin hacer ruido. Luego me escondí debajo del vagón, pero Andrius llegó antes que yo. De pronto oímos un grito ahogado y vimos a Jonas saltar también. Andrius lo agarró y tratamos de escondernos detrás de una de las ruedas, debajo del vagón. El agente del NKVD

se detuvo y se dio la vuelta.

Le tapé la boca a Jonas con la mano. Nos acurrucamos detrás de la rueda, conteniendo el aliento. El agente echó a andar de nuevo y prosiguió su ronda de vigilancia.

Andrius se asomó desde detrás de la otra rueda y nos indicó con un gesto que lo siguiéramos. Yo repté por el suelo para reunirme con él. La parte trasera de nuestro vagón tenía un letrero en ruso.

—«Ladrones y prostitutas» —susurró Andrius—. Eso es lo que pone en este letrero.

Ladrones y prostitutas. Nuestras madres estaban en ese vagón, junto con una profesora, una bibliotecaria, varios ancianos y un bebé recién nacido: ladrones y prostitutas. Jonas miró el letrero. Le cogí la mano, contenta de que no supiera ruso. Pensé que habría sido mejor que se quedara en el vagón.

Detrás del nuestro había otra hilera de vagones para ganado pintados de rojo. Pero estos tenían las puertas cerradas con gruesos candados. Miramos a nuestro alrededor y luego corrimos a escondernos debajo del otro tren, esquivando los charcos de agua sucia. Andrius dio una patada a la pared del vagón, junto al agujero que servía de retrete. Apareció una sombra.

—¿Cómo se llama

vuestro padre? —me preguntó.

—Kostas Vilkas —me apresuré a contestarle.

—Estamos buscando a Petras Arvydas y a Kostas Vilkas —susurró.

La cabeza que se había asomado desapareció. Oímos un ruido ahogado de pasos dentro del vagón. La cabeza volvió a asomar.

—En este vagón no están. Tened cuidado, niños. No hagáis ruido.

Fuimos de vagón en

vagón, esquivando los charcos de orina y excrementos, llamando a la pared de cada uno. Cada vez que desaparecía la cabeza que se había asomado, sentía un nudo en el estómago. «Por favor, por favor, por favor», decía entonces Jonas. Y pasábamos a otro vagón, no sin que antes nos advirtieran que tuviéramos cuidado, y a veces también nos daban recados para sus seres queridos. Llegamos al séptimo vagón. La cabeza

del hombre que se había asomado desapareció. No se oía un solo ruido en el interior.

—Por favor, por favor, por favor —dijo Jonas.

—¿Jonas?

—¡Papá! —exclamamos, intentando no levantar la voz.

Alguien encendió una cerilla frotándola contra la pared de madera del vagón. La cabeza de papá apareció por el agujero. Estaba muy pálido y tenía un ojo

amoratado.

—Papá, estamos en un vagón, por ahí —empezó a decir Jonas—. Vente con nosotros.

—Shhh… —dijo papá—. No puedo. No deberíais estar aquí. ¿Dónde está vuestra madre?

—En el vagón —dije, feliz pero horrorizada a la vez al ver la cara malherida de papá—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó—. ¿Y vosotros? ¿Y vuestra madre?

—Estamos todos bien —

respondí.

—Ella no sabe que estamos aquí —le dijo Jonas—. Queríamos encontrarte. Papá, entraron por la fuerza en casa, y…

—Lo sé. Están enganchando nuestro tren al vuestro.

—¿Dónde nos llevan? —le pregunté.

—A Siberia, creo.

¿Siberia? No podía ser. Siberia estaba lejísimos. No había nada en Siberia. Oí a papá hablar dentro del

vagón. Metió la mano por el agujero y nos tendió un bulto de ropa.

—Coged esta chaqueta y estos calcetines. Os van a hacer falta. —Se oyó más ruido desde dentro del vagón. Papá nos pasó otra chaqueta, dos camisas y más calcetines. A continuación nos dio también un gran trozo de jamón.

—Niños, repartíos esto y coméoslo —nos indicó.

Vacilé, mirando el jamón que mi padre nos

estaba pasando por el mismo agujero por el que la gente hacía sus necesidades.

—¡Que os lo comáis ahora mismo he dicho! —nos ordenó.

Partí el grueso trozo en cuatro partes, le di una a Jonas y otra a Andrius, y una cuarta me la guardé en el bolsillo del vestido para mamá.

—Lina, coge esto y dáselo a tu madre. Dile que puede venderlo si es necesario. —Papá metió la

mano por el agujero, tendiéndome su alianza de oro. Me la quedé mirando.

—Lina ¿me has entendido? Dile que es por si necesita dinero.

Quería decirle que ya habíamos entregado un reloj de bolsillo a cambio de Jonas. Asentí y me puse el anillo en el pulgar, incapaz de tragarme el trozo de jamón, que se me había quedado atravesado en la garganta.

—Señor —dijo Andrius

—, ¿está Petras Arvydas en su vagón?

—Lo siento, chico, no está aquí —dijo papá—. Esto es muy peligroso. Tenéis que volver los tres a vuestro tren.

Yo asentí.

—Jonas.

—¿Sí, papá? —dijo mi hermanito, mirando por el agujero.

—Has sido muy valiente al atreverte a venir a buscarme. Debéis permanecer juntos. Sé que

cuidarás bien de tu madre y de tu hermana mientras yo no esté con vosotros.

—Sí, papá, te lo prometo —respondió Jonas—. ¿Cuándo podremos verte?

Papá calló un momento.

—No lo sé. Espero que pronto.

Me abracé al montón de ropa que nos había dado papá. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

—No llores, Lina. Ánimo, sé valiente —dijo papá—. Podéis ayudarme.

Lo miré a través del agujero.

—¿Entiendes? —Mi padre miró a Andrius, vacilante—. Podéis ayudarme a encontraros —murmuró—. Sabré que sois vosotros… así como reconoces tú a Munch. Pero tenéis que tener mucho cuidado.

—Pero… —contesté, insegura.

—Os quiero a los dos. Decidle a vuestra madre que la quiero. Decidle que piense

en el roble. Rezad, y yo oiré vuestras oraciones. Rezad por Lituania. Y ahora, daos prisa, volved corriendo a vuestro tren. ¡Vamos!

Me dolía el pecho y me escocían los ojos. Eché a andar, pero tropecé.

Andrius me sujetó.

—¿Estás bien? —me preguntó. Tenía una expresión amable y preocupada.

—Sí, sí —dije, limpiándome enseguida los ojos y zafándome de su

mano—. Vamos a buscar a tu padre.

—No, ya has oído lo que ha dicho el tuyo. Vamos, corred al vagón. Decidle a vuestra madre lo que os ha dicho.

—Pero ¿y tu padre? —Quise saber.

—Voy a probar en unos cuantos vagones más. Nos vemos dentro de un rato en el nuestro —concluyó—. Vamos, Lina, volved ya, estáis perdiendo tiempo.

Yo vacilé.

—¿Te da miedo ir sola?

—¡No! No tengo miedo —contesté—. Mi padre ha dicho que no debíamos separarnos, pero nos iremos nosotros solos. —Cogí a Jonas de la mano—. No lo necesitamos, ¿verdad, Jonas?

Jonas tropezó y, antes de darse la vuelta, lanzó una última mirada a Andrius.

12

—*HALT!* —ordenó una voz.

Estábamos muy cerca, casi debajo de nuestro vagón. Vimos las botas de unos agentes del NKVD que se acercaban a nosotros. Escondí en la palma de mi mano el pulgar con el anillo de oro de papá.

—*Davai!* —gritó la misma voz.

Jonas y yo salimos de

debajo del vagón.

—¡Lina, Jonas! —gritó nuestra madre, asomándose al exterior.

El oficial la apuntó con su pistola para indicarle que guardara silencio. Luego rodeó el vagón para acercarse más a nosotros.

Noté que Jonas se ponía rígido. Apreté el puño con fuerza, con la esperanza de que el agente no viera el anillo de papá.

—Se nos habían caído unas cosas por el agujero del

retrete —mentí, mostrando el montón de ropa. Mi madre le tradujo al ruso al agente lo que yo acababa de decir.

El guardia miró los calcetines que había en lo alto del montón que yo le enseñaba. Agarró a Jonas y se puso a registrarle los bolsillos. Pensé en el jamón que tenía en el vestido. ¿Cómo iba a explicar que guardaba un pedazo de jamón en el bolsillo cuando estábamos todos tan

hambrientos? El agente nos empujó contra el suelo. Agitó su fusil delante de nosotros, gritando algo en ruso. Me acerqué más a Jonas, sin apartar la mirada del cañón de su arma. Cerré los ojos. *Por favor, no*. Nos lanzó grava encima de una patada y luego ladró: «*Davai!*», señalando el vagón con el fusil.

Mi madre estaba lívida. Esta vez no pudo ocultar su miedo. Le temblaban las manos, y nos dijo, casi

jadeando:

—¡Os podían haber matado!

—Estamos bien, mamá —anunció Jonas con voz trémula—. Hemos ido a buscar a papá.

—¿Dónde está Andrius? —La señora Arvydas miró al andén, buscándolo.

—Venía con nosotros —le dije.

—Pero ¿y dónde *está* ahora? —quiso saber.

—Quería buscar a su padre —le contesté.

—¿A su padre? —Exhaló un profundo suspiro—. ¿Por qué no me cree? Le he dicho una y otra vez que su padre… —Se dio la vuelta y se echó a llorar.

Me di cuenta entonces de que había cometido un gran error. No debería haber dejado solo a Andrius.

—Lo hemos encontrado, mamá. Hemos encontrado a papá —dijo Jonas.

La gente se apiñó a nuestro alrededor. Todos querían saber cuántos

hombres había en el tren y si habíamos visto a sus familiares.

—Dice que cree que nos llevan a Siberia —contó Jonas—. Y nos ha dado un poco de jamón. Nos lo hemos comido, pero te hemos guardado un trozo. Lina, dale a mamá su trozo de jamón.

Me llevé la mano al bolsillo e hice lo que me pedía Jonas.

Entonces mi madre vio el anillo de papá en mi

pulgar.

—Por si necesitas dinero —le expliqué—. Me ha dicho papá que podías venderlo.

—Y también ha dicho que te acuerdes del roble —añadió Jonas.

Mi madre me quitó el anillo y se lo llevó a los labios. Luego se puso a llorar.

—No llores, mamá —le dijo Jonas.

—¡Chica! —gritó el calvo—. ¿Qué más has

traído de comer?

—Lina, dale este trozo de jamón al señor Stalas —dijo mi madre, ahogando un sollozo—. Tiene hambre.

El señor Stalas. El calvo tenía nombre. Fui hacia él. Sus brazos arrugados estaban llenos de moretones. Le tendí el trozo de jamón.

—Eso es de tu madre —dijo—. ¿Qué más tienes?

—Esto es todo lo que me ha dado mi padre.

—¿Cuántos vagones había en ese tren?

—No lo sé —le contesté—. Unos veinte, quizá.

—¿Dijo que íbamos a Siberia?

—Sí.

—Puede que tenga razón—declaró.

Mi madre dejó de llorar. Volví a tenderle el trozo de jamón.

—Eso es de tu madre —insistió el calvo—. Asegúrate de que se lo come. De todas maneras no me gusta el jamón. Y ahora déjame solo.

—No ha querido venir con nosotros —le explicó mi hermano a la señora Arvydas—. Lina y él empezaron a pelearse, y Andrius dijo que iba a mirar en más vagones.

—No nos estábamos peleando —lo interrumpí.

—Si lo encuentran por ahí preguntando de vagón en vagón y se enteran de que es hijo de un oficial del ejército… —dijo la señora Arvydas, ocultando el rostro entre las manos.

El hombre del pelo gris sacudió la cabeza de lado a lado y se puso a dar cuerda a su reloj.

Me sentía culpable. ¿Por qué no me había quedado con Andrius, o por qué no le había insistido para que volviera con nosotros? Me asomé a mirar fuera del vagón, con la esperanza de verlo llegar.

Dos soviéticos empujaban a un clérigo por el andén. Tenía las manos atadas y la sotana sucia.

¿Por qué un clérigo? O ya puestos…, ¿por qué cualquiera de nosotros?

13

El sol se levantó, y la temperatura dentro del vagón aumentó rápidamente. El olor húmedo a heces y a orina flotaba en el aire como una manta sucia. Andrius aún no había vuelto, y la señora Arvydas lloraba tan fuerte que me asusté. También me sentía tan culpable que tenía náuseas.

Un guardia se acercó al vagón y nos tendió un cubo

de agua y otro que contenía una especie de puré.

Todo el mundo se lanzó hacia los cubos.

—Esperen —dijo la señora Grybas, como si estuviera dando instrucciones a sus alumnos —. Debemos tomar un sorbo pequeño nada más, para asegurarnos de que haya bastante para todos.

El puré, de color grisáceo, parecía pienso para animales. Algunos niños no lo quisieron ni probar. Era

bazofia.

Jonas encontró el paquete que nos había dado Regina, la prima de mamá. Dentro había una pequeña manta, una salchicha y un bizcocho. Mamá compartió la comida, dándole un trozo pequeño a cada uno. El bebé seguía llorando. Ona se retorció y se puso a llorar a la vez que la niña, que seguía sin querer comer y estaba muy colorada.

Pasaron las horas. Andrius no volvió. Mi

madre se sentó a mi lado.

—¿Qué aspecto tenía tu padre? —me preguntó, acariciándome las trenzas y rodeándome el hombro con el brazo.

—Bastante bueno —le mentí. Apoyé la cabeza en su hombro—. ¿Por qué nos llevan así? ¿De verdad es porque papá trabaja en la universidad? No tiene sentido.

El calvo gruñó.

—Míralo a él, por ejemplo —murmuré—. No

es profesor. No es más que un simple coleccionista de sellos, y aun así lo deportan —dije.

—No es un simple coleccionista de sellos —dijo mi madre en voz muy baja—. De eso estoy segura. Sabe demasiado.

—¿Qué es lo que sabe?

Mi madre suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Stalin tiene un plan, cariño. El Kremlin hará lo que sea para llevarlo a cabo. Eso lo sabes. Quiere que

Lituania sea soviética, por eso nos saca de aquí temporalmente.

—Pero ¿por qué a nosotros? —pregunté—. Ellos ya ocuparon Lituania el año pasado. ¿Es que no les basta con eso?

—No es solo nosotros, tesoro. Imagino que estará haciendo lo mismo con Letonia, con Estonia y con Finlandia. Es complicado —dijo mi madre—. Intenta descansar un poco.

Estaba agotada, pero no

podía dormir. Me pregunté si mi prima Joana estaría también en un tren en alguna parte. A lo mejor estaba cerca de papá. Papá había dicho que podía ayudarlo, pero ¿cómo, si de verdad íbamos a Siberia? Me quedé medio dormida, pensando en Andrius, intentando ver su rostro.

Estaba caminando por la sala, y de pronto mis pies se detuvieron. Ese rostro. Era cautivador, nunca antes

había visto nada igual. Era un retrato a carboncillo de un joven. Las comisuras de sus labios se alzaron, pero a pesar de su sonrisa, el dolor que se leía en su rostro hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Los finos trazos de su cabello se juntaban unos con otros delicadamente, pero aun así creaban una gran variación. Me acerqué un poco más para observarlo de cerca. Era perfecto. ¿Cómo lograba esos juegos de

sombras sin detenerse un segundo y sin difuminar el dibujo con el dedo? ¿Quién era el artista, y quién era el joven? Miré la firma. Munch.

—Jovencita, sigue al grupo, por favor. Ese retrato forma parte de otra exposición —dijo nuestro guía.

Algunos de los alumnos se habían quejado antes de ir. ¿Cómo podían quejarse de una excursión a un museo de arte? Yo llevaba meses

esperando impaciente a que llegara ese gran día.

Los zapatos del guía repiquetearon sobre el suelo de baldosas. Mi cuerpo avanzó en esa dirección, pero mi cabeza no se apartaba del dibujo, mi mirada seguía fija en el rostro. Me froté los dedos. Toques suaves, sí, pero con seguridad. Estaba impaciente por probar.

Me senté a mi mesa en mi habitación. Sentí el carboncillo vibrar

ligeramente al pasarlo por la hoja. El sonido que hacía al rozar el papel me daba escalofríos. Me mordí el labio inferior. Deslicé el dedo corazón sobre el trazo, difuminándolo. No del todo, pero casi.

Pasé la yema del dedo sobre el polvo del suelo, dibujando su nombre. Munch. Podría reconocer su estilo en cualquier parte. Y papá reconocería el mío. A eso se refería antes. Podría

encontrarme si dejaba un rastro de dibujos.

14

Cuando desperté, el vagón estaba a oscuras. Fui a la parte delantera y asomé la cabeza al exterior para poder respirar un poco. La brisa me apartó el pelo de la cara y yo respiré hondo. La grava crujió. Levanté la cabeza, pensando que vería a algún guardia, pero no había nadie. La grava volvió a crujir. Bajé la cabeza para mirar debajo del vagón. Entreví

una silueta oscura junto a la rueda. Guiñé los ojos, tratando de ver mejor. Una mano llena de sangre se levantó hacia mí, temblando. Me aparté, sin darme cuenta de lo que ocurría.

Era Andrius.

Me volví hacia mi madre. Tenía los ojos cerrados y abrazaba a Jonas. Miré hacia el andén. Los agentes del NKVD estaban haciendo su ronda de vigilancia, a dos vagones del nuestro, de espaldas a mí. La

niña de la muñequita estaba de rodillas junto a la puerta. Me llevé un dedo a los labios, y ella asintió. Bajé del vagón, tratando de no hacer el más mínimo ruido. Me latía el corazón en el pecho al acordarme del guardia apuntándome con su fusil.

Di unos pasos y me detuve. Pasó un camión cerca de mí, y sus faros iluminaron un momento el suelo debajo del vagón. Andrius apartó la mirada,

tenía todo el rostro magullado y morado, y los ojos hinchados. Su camisa estaba manchada de sangre, y tenía los labios rotos. Me arrodillé junto a él.

—¿Puedes andar?

—Un poco —contestó.

Eché una ojeada para controlar a los guardias. Habían formado un corrillo con otros agentes y estaban fumando, a cuatro vagones de distancia. Golpeé suavemente con los nudillos al lado del agujero que hacía

las veces de retrete. La mujer gruñona asomó la cabeza y abrió unos ojos como platos.

—Aquí está Andrius. Tenemos que subirlo al vagón.

La mujer me miró fijamente.

—¿Me ha oído? —susurré—. Tiene que ayudarme a subirlo. ¡Muévase!

Su cabeza desapareció del agujero. Oí ruidos ahogados dentro del vagón y

lancé otra mirada a los guardias. Me pasé el brazo de Andrius por los hombros y lo agarré de la cintura. Nos incorporamos y nos dirigimos hacia la puerta. El hombre del pelo gris asomó la cabeza por la abertura, indicándonos que esperáramos un momento. Andrius se desplomó sobre mi hombro, y se me doblaron las rodillas por el peso. No sabía cuánto tiempo lograría seguir sosteniéndolo.

—¡AHORA! —exclamó el hombre. Yo empujé a Andrius hacia él, y este, ayudado por los demás, lo subió al vagón.

Lancé una ojeada a los guardias. Justo en ese momento se dieron la vuelta y echaron a andar hacia mí. Miré a mi alrededor, desesperada. Me agarré a los hierros que había debajo del vagón y levanté las piernas para colgarme de ellos. El sonido de sus botas se fue acercando, y estas

aparecieron junto a la rueda. Cerré los ojos. Estaban hablando en ruso. Oí que encendían una cerilla, y la luz de la llama iluminó la bota del guardia. Hablaban en voz baja. Empezaban a temblarme los brazos, no sabía cuánto tiempo podrían aguantar el peso de mi cuerpo. *Daos prisa*.

Pasó el tiempo, y yo seguía colgada debajo del vagón. Me sudaban las manos, tenía las palmas resbaladizas. *Marchaos*. Me

ardían todos los músculos. Los policías seguían hablando. *Por favor*. Me mordí el labio. *Marchaos*. Ladró un perro, y los guardias se alejaron en esa dirección.

Mi madre y el hombre del pelo gris me ayudaron a subir al vagón. Me apoyé en la puerta, jadeando. La niña de la muñequita se llevó un dedo a los labios y asintió.

Miré a Andrius. Tenía sangre seca en los dientes y en las comisuras de los

labios. Su mandíbula estaba hinchada. Los odiaba, a los agentes del NKVD y a los soviéticos. Planté una semilla de odio en mi corazón. Me juré que crecería hasta convertirse en un árbol inmenso cuyas raíces los estrangularían a todos algún día.

—¿Cómo han podido hacer esto? —pregunté en voz alta. Miré a mi alrededor. En el vagón, nadie dijo nada. ¿Cómo podíamos defendernos si

todo el mundo estaba muerto de miedo y se negaba a hablar?

Yo no pensaba callarme. Lo escribiría todo, lo dibujaría. Ayudaría a papá a encontrarnos.

Andrius movió las piernas. Yo bajé la mirada hacia él.

—Gracias —murmuró.

15

Me desperté sobresaltada junto a Jonas y Andrius. Habían cerrado con llave la puerta de nuestro vagón. Empezó a cundir el pánico entre la gente.

La locomotora soltó una nube de vapor.

—Por favor, no se muevan a menos que sea estrictamente necesario —ordenó la señorita Grybas—. Asegúrense de que la zona

del retrete esté despejada.

—Señora de los libros ¿nos cuenta un cuento? —preguntó la niña de la muñeca.

—Mamá —gimió una vocecita—, tengo miedo. Enciende la luz.

—¿Tiene alguien una linterna? —preguntó una voz.

—Sí, claro, y también tengo un menú de cuatro platos en el bolsillo —contestó el calvo.

—Señor Stalas —dijo mi

madre—, por favor, lo estamos haciendo todos lo mejor que podemos.

—Chica —me ordenó el calvo—, mira por esa rendija y dinos qué ves.

Me acerqué a la puerta del vagón y me incorporé para ver.

—Está empezando a salir el sol —dije.

—Ahórranos la poesía —me espetó el calvo—. ¿Qué pasa ahí fuera?

El tren volvió a soltar vapor y luego traqueteó.

—Unos agentes del NKVD recorren el andén armados con fusiles —dije—. Y unos hombres vestidos de oscuro inspeccionan los vagones.

Sentimos una sacudida y el tren empezó a moverse.

—Hay maletas por todas partes —proseguí—. Y mucha comida en el andén. —La gente gruñó. La estación parecía extraña, desolada, inmóvil en comparación con el caos de antes. Había zapatos sueltos

aquí y allá, un bastón, un bolso abierto tirado en el suelo y un osito de peluche que se había quedado huérfano.

—Salimos de la estación —relaté. Estiré el cuello para poder ver más allá—. Veo gente. Un sacerdote. Está rezando. Un hombre sujeta un gran crucifijo.

El sacerdote levantó la cabeza, lanzó óleo bendito y se santiguó mientras nuestro tren se alejaba.

Estaba administrando la

extremaunción.

16

Conforme avanzábamos, seguí relatando cada detalle que veía por la rendija. El río Nemunas, las grandes iglesias, los edificios, las calles, hasta los árboles que dejábamos atrás. La gente sollozaba. Lituania nunca nos había parecido tan hermosa. Las flores estallaban de color, recortándose contra el paisaje de junio. Nuestros

vagones avanzaban, con sus letreros donde se leía «ladrones y prostitutas».

Al cabo de dos horas, el tren empezó a aminorar la marcha.

—Estamos llegando a una estación —dije.

—¿Qué dice el letrero? —preguntó el calvo.

Esperé a que el tren se acercara un poco más.

—Vilnius. Estamos en… Vilnius —dije quedamente.

Vilnius, la capital de Lituania. Habíamos

estudiado la historia de la ciudad en el colegio. Hace seiscientos años, el archiduque Gediminas tuvo un sueño. Vio a un lobo de hierro en lo alto de una colina. Consultó a un sacerdote, y este le dijo que el lobo de hierro simbolizaba una gran ciudad, una ciudad majestuosa, tierra de oportunidades.

—Lina ¿puedo hablar contigo, por favor?

Mis compañeros salieron de clase, y yo me acerqué a la mesa de la profesora.

—Lina —dijo, agarrando el borde de la mesa con las manos—, parece que prefieres hacer vida social antes que estudiar. —Abrió una carpeta que tenía delante. Se me hizo un nudo en el estómago de los nervios. Dentro había notitas que había escrito a otras chicas de la clase, acompañadas de

dibujos. En lo alto del montón había un dibujo de una estatua griega desnuda y un retrato de mi guapo profesor de Historia—. Esto lo he encontrado en la papelera. He hablado con tus padres.

Me empezaron a sudar las palmas de las manos.

—Estaba intentando copiar la figura de un libro de la biblioteca…

Levantó la mano para hacerme callar.

—Dejando a un lado lo

de que no quieres estudiar, parece que eres una artista de talento. Tus retratos son… —calló un momento, dándole la vuelta al dibujo —... cautivadores. Muestran una emoción profunda, parecen de alguien mucho mayor que tú.

—Gracias —dije con un hilo de voz.

—Creo que tu talento es superior a lo que podríamos enseñarte aquí. Pero hay un curso de verano en Vilnius.

—¿En Vilnius? —

pregunté. Vilnius estaba a varias horas de allí.

—Sí, en Vilnius. El año que viene, cuando tengas dieciséis, podrás matricularte. Si te admiten, estudiarás con algunos de los mejores artistas del norte de Europa. ¿Te interesaría?

Traté de contener mi entusiasmo para poder hablar.

—Sí, señora Pranas, me interesaría mucho.

—Entonces me gustaría

recomendarte. Vas a rellenar un formulario y adjuntarás algunos de tus dibujos como muestra —dijo, tendiéndome la carpeta con las notas y los esbozos—. Lo mandaremos todo a Vilnius lo antes posible.

—¡Gracias, señora Pranas! —exclamé.

Sonrió y se reclinó en el respaldo de su silla.

—Lo hago con gusto, Lina. Tienes talento. Tienes todo un futuro de éxito por delante.

Alguien descubrió un tablón de madera algo suelto detrás de unas maletas en la pared trasera. Jonas se abrió paso gateando hasta allí y consiguió desprenderlo hacia un lado.

—¿Qué ves?

—Hay un hombre entre los árboles —dijo mi hermano.

—Partisanos —declaró el calvo—. Intentan ayudarnos. Llama su atención.

Jonas metió la mano con

dificultad por la abertura en la pared y trató de agitarla.

—Viene hacia aquí —dijo—. ¡Silencio!

—Están desenganchando los vagones de los hombres —dijo una voz masculina—. Están dividiendo el tren en dos. —El hombre corrió a ocultarse entre los árboles de nuevo.

En la distancia se oían disparos intermitentes.

—¿Adónde se llevan a los hombres? —pregunté.

—A lo mejor a los

hombres se los llevan a Siberia —sugirió la señora Rimas—. Y a nosotros a otra parte.

Prefería pensar que nos llevaban a Siberia, si era allí donde iba a estar papá.

Se oyeron ruidos y chirridos metálicos. Estaban dividiendo el tren. Luego se oyó otro sonido.

—Escuchad —dije yo—. Los hombres. —El sonido se hizo más y más fuerte. Estaban cantando, cantando a pleno pulmón. Andrius se

unió a ellos, seguido de Jonas y del hombre del pelo gris. Y por fin también se unió el calvo, para cantar nuestro himno nacional. *Lituania, tierra de héroes*…

Yo me eché a llorar.

17

Las voces de los hombres de los otros vagones habían resonado llenas de orgullo y de seguridad. Padres, hermanos, hijos y maridos, ¿adónde iban todos? ¿Y adónde íbamos *nosotros*, un vagón lleno de mujeres, niños, ancianos y heridos?

Me enjugué las lágrimas con mi pañuelo y se lo presté a otros para que pudieran hacer lo mismo.

Cuando me lo devolvieron, me detuve un momento y me quedé mirándolo. A diferencia del papel, el pañuelo podía ir de mano en mano sin estropearse. Podía utilizarlo para dibujar en él para papá.

Mientras pensaba en un plan, las mujeres del vagón se preocupaban por el bebé, que no parecía capaz de mamar.

La señora Rimas exhortó a Ona a que siguiera intentándolo.

—Vamos, vamos, querida.

—¿Qué ocurre? —le pregunté a mi madre en la oscuridad del vagón.

—Es Ona —me explicó la señora Rimas—. Tiene los conductos obstruidos, y está demasiado deshidratada. El bebé no mama.

Pese a los esfuerzos de la señora Rimas, nada parecía funcionar.

El tren avanzó durante días enteros, deteniéndose a veces en mitad de la nada. El

NKVD quería asegurarse de que nadie nos viera y de que no pudiéramos escapar a ninguna parte. Esperábamos ansiosos esas paradas, pues era el único momento en que abrían la puerta del vagón y podía entrar un poco de luz y de aire fresco.

—¡Una persona! Dos cubos. ¿Algún cadáver aquí? —preguntaban los guardias cada día.

Nos habíamos puesto de acuerdo para turnarnos. Así, todos tendríamos la

oportunidad de salir del vagón. Hoy me tocaba a mí. Había soñado con ver el cielo azul y con sentir el sol en mi rostro. Pero un poco antes se había puesto a llover. Todos nos habíamos precipitado a la pequeña apertura con tazas y recipientes para recoger el agua de lluvia.

Cerré mi paraguas, sacudiéndolo sobre la acera para quitar el exceso de agua. Un hombre vestido de

traje salió de un restaurante y se apartó para evitar las gotas de agua que caían de mi paraguas.

—¡Oh, lo siento, señor!

—No se preocupe, señorita —dijo, asintiendo y llevándose la mano al ala del sombrero.

Del restaurante se escapó un aroma a carne especiada con patatas asadas. Salió el sol, tiñendo de dorado el suelo y calentándome la nuca. Fantástico, esa noche ya no

cancelarían el concierto del parque. Mamá había planeado preparar una cesta con comida para hacer un picnic en la hierba a la luz de la luna.

Estaba terminando de cerrar el paraguas cuando me sobresalté al ver un rostro que me miraba desde el charco que se había formado a mis pies. Me reí de mí misma por mi despiste y vi mi sonrisa reflejada en el charco. Los cercos del agua brillaban bajo la luz

del sol, creando un precioso marco alrededor de mi rostro. Me hubiera gustado fotografiarlo para poder dibujarlo después. De pronto, una ligera sombra apareció en el agua, detrás de mi cabeza. Me di la vuelta y vi el arco iris entre las nubes.

El tren aminoró la velocidad.

—Date prisa, Lina. ¿Tienes los cubos? —me preguntó mi madre.

—Sí. —Me acerqué a la puerta. Cuando el tren se paró, esperé hasta oír el ruido de botas y del cerrojo descorriéndose. Por fin, se abrió la puerta.

—¡Una persona! Dos cubos. ¿Algún cadáver en el vagón? —preguntó el agente del NKVD.

Negué con la cabeza, impaciente por salir. El guardia se hizo a un lado y yo salté a tierra. Como tenía las piernas anquilosadas, no me sostuvieron, y caí al

suelo cubierto de barro.

—Lina, ¿estás bien? —me preguntó mi madre.

—*Davai!* —gritó el guardia, junto con una serie de improperios en ruso, y después me escupió.

Me levanté y recorrí el tren con la mirada. El cielo estaba gris. Seguía lloviendo sin parar. Oí un grito y vi cómo tiraban el cuerpo sin vida de un niño al barro. Una mujer trató de saltar detrás del cadáver. Un guardia la golpeó en la cara

con la culata de su fusil. Vi tirar otro cuerpo. La muerte había empezado a extenderse entre nosotros.

—No te demores, Lina —me dijo el hombre del pelo gris—. Trae rápido los cubos.

Me notaba como si tuviera fiebre alta y delirara. Me sentía como ida y no podía andar recto. Asentí y miré hacia nuestro vagón. Un grupo de cabezas apiñadas me devolvió la mirada.

Tenían los rostros llenos de polvo y de mugre. Andrius estaba fumando un cigarro, mirando para otro lado. Todavía tenía la cara magullada.

Del fondo del vagón caía un reguero de orina. El bebé de Ona lloró. Vi la hierba mojada. *Ven aquí*, parecía decirme. *Huye*.

Tal vez debería, pensé. *Hazlo, Lina*.

—¿Qué le pasa? —oí que decían en el vagón.

Huye, Lina.

Se me cayeron los cubos de las manos. Vi a Andrius alejarse con ellos, cojeando. Yo me quedé ahí plantada, mirando el campo.

—Lina. Vuelve al vagón, cariño —me suplicó mi madre.

Cerré los ojos. La lluvia caía salpicando sobre mi piel y mi pelo. Vi el rostro de papá, iluminado por la cerilla, mirándome a través del agujero de su vagón. *Sabré que eres tú… igual que tú sabes reconocer a*

Munch.

—*Davai!*

Se me acercó un agente del NKVD. Le apestaba el aliento a alcohol. Me agarró de los brazos y me empujó hacia el tren.

Andrius volvió con los dos cubos de agua y de bazofia grisácea.

—Espero que hayas disfrutado de tu baño —me dijo.

—¿Qué has visto ahí fuera, chica? —quiso saber el calvo.

—He… he visto al NKVD arrojar al barro cadáveres del tren. Dos niños. —La gente ahogó un grito de espanto.

La puerta de nuestro vagón se cerró.

—¿Qué edad tenían los niños muertos? —me preguntó Jonas en voz baja.

—No lo sé. Solo los vi de lejos.

Mamá me peinaba el cabello mojado en la

oscuridad.

—Quería salir huyendo —le susurré.

—Lo comprendo —me contestó.

—¿Lo comprendes?

—Lina, querer huir de esto es totalmente comprensible. Pero, como te dijo tu padre, tenemos que permanecer juntos. Es muy importante.

—Pero ¿cómo pueden decidir, así sin más, que somos animales? Ni siquiera nos conocen —protesté.

—Nosotros sí nos conocemos —dijo mi madre —. Sabemos que se equivocan. Y no permitas que nunca te convenzan de lo contrario. ¿Me entiendes?

Asentí. Pero sabía que a algunos ya los habían convencido. Los veía, muertos de miedo delante de los guardias, con una expresión de desesperación. Quería dibujarlos a todos.

—Cuando miré hacia nuestro vagón, todo el mundo parecía enfermo —

proseguí.

—Pues no es así —declaró mi madre—. No estamos enfermos. Pronto estaremos todos de vuelta en casa. Cuando el resto del mundo sepa lo que están haciendo los soviéticos, se pondrá fin a esto.

¿De verdad iba a ayudarnos el resto del mundo?

18

Nosotros no estábamos enfermos, pero otros sí lo estaban. Cada día, cuando el tren se paraba, nos asomábamos fuera y tratábamos de contar los cuerpos que arrojaban fuera de los vagones. Eran más cada día. Me fijé en que Jonas llevaba la cuenta de los niños que morían, grabando muescas en el suelo de madera del vagón

con una piedra. Miré sus marcas, y me imaginé dibujando cabecitas encima de cada una, con pelo, ojos, nariz y boca.

Algunos pensaban que viajábamos hacia el sur. El que estuviera de guardia ante el ventanuco avisaba cuando se veía pasar algún letrero o cartel. Se me dormían los pies por la vibración del suelo del vagón. La cabeza me daba vueltas por el hedor que nos envolvía, y me picaba

terriblemente. Los piojos me comían viva, se ensañaban en mi coronilla, detrás de las orejas y en mis axilas.

Habíamos dejado atrás Vilnius, Minsk, Orsha y Smolensk. Escribí todos estos nombres de ciudades, en su orden correspondiente, en mi pañuelo. Cada día, cuando abrían la puerta del vagón, y entraba la luz, añadía más detalles y señales que papá reconocería —nuestras fechas de cumpleaños, el dibujo de un

vilkas (un zorro)—. Solo dibujaba en el centro del pañuelo, y rodeaba los dibujos con un círculo de manos extendidas cuyos dedos se tocaban. Debajo de las manos escribí «pásalo» y dibujé también una moneda lituana. Con el pañuelo doblado, no se veía nada del dibujo.

—¿Estás dibujando? —me susurró el hombre del pelo gris, dándole cuerda a su reloj.

Yo di un respingo del

susto.

—Perdona, no quería asustarte —se disculpó—. No se lo diré a nadie.

—Tengo que hacer que le llegue a mi padre —le expliqué en voz baja—. Para que pueda encontrarnos. He pensado que podía pasar este pañuelo de mano en mano, hasta que por fin le llegue a él.

—Una idea muy astuta —me contestó.

Se había mostrado amable durante todo el viaje.

¿Podía confiar en él?

—Necesito dárselo a alguien que entienda lo importante que es y que a su vez se lo pase a otra persona.

—Yo puedo ayudarte —me dijo.

Llevábamos ocho días de viaje cuando, tras una fuerte sacudida, el tren empezó a aminorar la velocidad.

Jonas estaba apostado ante el ventanuco.

—Hay otro tren. Nos

estamos acercando a otro tren que va en dirección contraria a la nuestra. Está parado en la vía.

Nuestro vagón avanzó con esfuerzo, bastante más despacio.

—Nos estamos deteniendo al lado de ese tren. Hay hombres. Las ventanas de sus vagones están abiertas —siguió relatando Jonas.

—¿Hombres? —preguntó mi madre. Corrió al ventanuco y se cambió de

sitio con mi hermano para asomarse, y gritó en ruso. Le contestaron. Su voz se animó y se puso a hablar muy deprisa, deteniéndose a coger aliento entre pregunta y pregunta.

—Por Dios santo, mujer —se quejó el calvo—, deje de cotorrear y cuéntenos qué ocurre. ¿Quiénes son esos hombres?

—Son soldados —contestó mi madre, entusiasmada—. Van camino del frente. Hay

guerra entre Alemania y la URSS. Alemania ha entrado en Lituania —gritó—. ¿Me han oído? ¡Los alemanes están en Lituania!

El vagón entero se animó. Andrius y Jonas soltaron gritos de júbilo. La señorita Grybas se puso a cantar *Déjame volver a mi patria*. Todos se abrazaban unos a otros, entre exclamaciones de alegría.

Solo Ona guardaba silencio. Su bebé había muerto.

19

El tren de los soldados rusos se alejó. Abrieron las puertas de nuestros vagones y Jonas saltó a tierra con los cubos.

Miré a Ona. Se llevaba la niña muerta al pecho.

—No —dijo entre dientes, balanceando el busto de atrás hacia delante—. No. No.

Mi madre se acercó a ella.

—Oh, querida. Lo siento tanto…

—¡NO! —gritó Ona, aferrándose a su bebé.

Se me habían llenado los ojos de lágrimas y me ardían.

—¿Por qué llora? —se quejó el calvo—. Sabía que iba a ocurrir tarde o temprano. ¿Qué iba a comer ese bebé, piojos? Son todos unos imbéciles. La cría está mejor así. Cuando yo me muera, si son un poco inteligentes, me comerán

entero, ya que tienen tantas ganas de sobrevivir.

Siguió despotricando, crispándonos a todos, enfureciéndonos. Las palabras se distorsionaron. Yo ya solo percibía el timbre de su voz resonando en mis oídos. Me latía la sangre en el pecho y noté que me subía por la garganta.

—¡MALDITO SEA! —gritó Andrius, abalanzándose sobre él—. Viejo, si no se calla, le arranco la lengua. Se lo juro. Comparados

conmigo, los soviéticos le parecerán amables. —Nadie dijo nada ni trató de detener a Andrius. Ni siquiera mi madre. Sentí alivio, como si las palabras de Andrius las hubiera pronunciado yo.

—Solo se preocupa de su propio ombligo —prosiguió Andrius—. Cuando los alemanes echen a patadas a los soviéticos de Lituania, lo dejaremos aquí tirado en la vía para no tener que aguantarlo más.

—Muchacho, no lo

entiendes. Los alemanes no van a solucionar el problema. Hitler va a crear más problemas todavía —dijo el calvo—. Esas malditas listas… —rezongó.

—Nadie quiere volver a oírlo, ¿se entera?

—Ona, querida —dijo mi madre—, dame a la niña.

—No se la dé a ellos —suplicó Ona—. Por favor.

—No se la daremos a los guardias. Te lo prometo —le aseguró mi madre. Examinó a la niña por última vez,

buscándole el pulso y comprobando si aún respiraba—. Vamos a envolverla en algo hermoso.

Ona lloraba. Me acerqué a la puerta abierta para tomar un poco el aire. Jonas volvió con los cubos.

—¿Por qué lloras? —me preguntó, subiendo al vagón.

Yo negué con la cabeza, como para decirle que no pasaba nada.

—¿Qué ocurre? —insistió.

—El bebé ha muerto —

dijo Andrius.

—¿Nuestro bebé? —preguntó Jonas en voz baja.

Andrius asintió.

Jonas dejó los cubos. Miró a mi madre, que sostenía a la niña en brazos, y luego a mí. Se arrodilló, se sacó del bolsillo la piedrecita y grabó una marca en el suelo de madera, junto a las demás. Luego, se detuvo un momento, inmóvil, y empezó a golpear las marcas con la piedra, una y otra vez, cada vez más

fuerte. Golpeaba el suelo con tanta fuerza que temí que pudiera romperse la mano. Hice un movimiento para acercarme a él, pero Andrius me detuvo.

—Deja que lo haga —me dijo.

Yo lo miré, vacilante.

—Será mejor que se vaya acostumbrando —añadió.

Acostumbrarse ¿a qué? ¿A ese sentimiento de rabia incontrolada? ¿O a una tristeza tan honda que era

como si te hubieran arrancado el corazón y luego te lo dieran a comer flotando en el cubo de bazofia?

Miré a Andrius, todavía tenía el rostro magullado. Vio que lo miraba.

—¿Tú ya estás acostumbrado? —le pregunté.

Se le tensó un músculo en la mandíbula. Se sacó una colilla del bolsillo y la encendió.

—Sí —dijo, exhalando una bocanada de humo—,

estoy acostumbrado.

La gente hablaba de la guerra y de cómo nos iban a salvar los alemanes. Por una vez, el calvo no hizo ningún comentario. Me pregunté si sería verdad lo que había dicho sobre Hitler. ¿Acaso íbamos a cambiar la hoz de Stalin por algo peor? Nadie parecía creerlo. Papá seguro que lo sabría. Siempre sabía esa clase de cosas, pero nunca las comentaba

conmigo, solo con mamá. A veces, de noche, oía murmullos que provenían de su habitación. Sabía que entonces hablaban de los soviéticos.

Me puse a pensar en papá. ¿Sabía lo de la guerra? ¿Sabía que todos teníamos piojos? ¿Sabía que estábamos hacinados con un bebé muerto? ¿Sabía lo mucho que lo echaba de menos? Apreté el pañuelo en mi bolsillo, pensando en el rostro sonriente de papá.

—¡Que no te muevas! —protesté.

—Es que me picaba —dijo mi padre, con una sonrisa de oreja a oreja.

—No es verdad, lo que quieres es ponérmelo difícil —le dije de broma, intentando capturar sus brillantes ojos azules.

—Te estoy poniendo a prueba. Los verdaderos artistas tienen que ser capaces de capturar el momento —me dijo.

—Pero si no te estás

quieto, te dibujaré los ojos bizcos —dije, sombreando un lado de su rostro con el lápiz.

—Los tengo bizcos de todas formas —dijo, poniéndose bizco de verdad. Yo me reí.

—¿Qué noticias tienes de tu prima Joana? —quiso saber.

—Últimamente, ninguna. Le mandé un dibujo de esa casita solariega de Nida que le gustó el verano pasado. Pero ni siquiera me ha

escrito una nota. Mamá me ha dicho que lo recibió pero que está muy ocupada con sus estudios.

—Es cierto —corroboró papá—. Es que quiere ser médico en el futuro, ¿sabes?

Sí, sí que lo sabía. Joana hablaba a menudo de medicina y de que quería ser pediatra. Cuando estaba dibujando, siempre me interrumpía para hablarme de los tendones de mis dedos o de las articulaciones. Si estornudaba lo más mínimo,

me soltaba toda una lista de enfermedades infecciosas que podían mandarme al otro barrio en cuestión de horas. El verano anterior había conocido a un chico cuando estábamos de vacaciones en Nida. Todas las noches me quedaba despierta hasta tarde, escuchándole contar los detalles de sus citas con él. Como tenía diecisiete años, Joana sabía muchas cosas y tenía experiencia. Y también tenía un libro de anatomía

que me fascinaba.

—Hala, ya está —le dije a mi padre, terminando el retrato—. ¿Qué te parece?

—¿Qué es eso? —preguntó él, señalando el papel.

—Mi firma.

—¿Tu firma? Es un garabato. Nadie reconocerá que es tu nombre. Me encogí de hombros.

—Tú sí, papá —le dije.

20

Seguimos viajando hacia el sur y atravesamos los Urales. La señorita Grybas nos explicó que esos montes eran la frontera entre Europa y Asia. Ahora estábamos en Asia, otro continente. La gente decía que nos dirigíamos al sur de Siberia, o incluso a China o Mongolia.

Tres días seguidos tratamos de sacar el cuerpo

del bebé de Ona sin que nos vieran, pero el guardia siempre se quedaba cerca de nuestro vagón en cuanto abrían las puertas. El olor a carne en descomposición se había vuelto insoportable con el calor del vagón. Me daba náuseas.

Ona accedió por fin a dejar caer el cuerpecito por el agujero del retrete. Se arrodilló en el suelo encima del agujero, sollozando, con su bebé en brazos.

—Por Dios santo —se

quejó el calvo—. Tire ya esa cosa. No puedo respirar.

—¡Cállese! —le gritó mi madre.

—No puedo hacerlo —gimió Ona—. La aplastará el tren.

Mi madre se acercó a Ona. Antes de que pudiera llegar hasta ella, la señorita Grybas le arrebató a la niña y la tiró por el agujero. Yo ahogué un grito. La señora Rimas se echó a llorar.

—Hala —dijo la señorita Grybas—. Ya está hecho.

Siempre es más fácil para alguien que no es de la familia. —Se limpió las manos en el vestido y luego se ajustó el moño. Ona se dejó caer en brazos de mamá.

Jonas no se despegaba de Andrius, pasaba casi cada minuto del día con él. Parecía todo el tiempo enfadado, a años luz del niño dulce que había sido. Andrius le había enseñado unas cuantas palabrotas en ruso que yo les había oído

emplear a los agentes del NKVD. Eso me enfurecía. Sabía que, al final, yo también tendría que aprender un poco de ruso, pero no soportaba la idea.

Una noche, vi el rostro de Jonas iluminado por la brasa de un cigarro encendido. Cuando me quejé a mi madre, ella me dijo que lo dejara en paz.

—Lina, todas las noches doy gracias a Dios de que tu hermano tenga a Andrius, y tú también deberías —me

dijo.

Mi estómago se comía a sí mismo. Tenía retortijones de hambre a intervalos regulares y constantes. Aunque mamá se esforzaba para que cumpliéramos un horario, a veces perdía la noción del tiempo y me quedaba dormida durante el día. Se me estaban cerrando los ojos cuando oí algo que me llamó la atención.

—¿Cómo habéis podido hacer eso? ¿Es que os habéis vuelto locos? —exclamó una

voz femenina que se oyó en todo el vagón.

Me incorporé, guiñando los ojos para tratar de ver lo que estaba ocurriendo. La señorita Grybas estaba inclinada sobre Jonas y Andrius. Intenté dirigirme a ellos.

—Y Dickens, nada menos. ¡Cómo os atrevéis! ¡Nos tratan como a animales, y vosotros les dais la razón comportándoos como tales!

—¿Qué pasa? —

pregunté.

—¡Tu hermano y Andrius están fumando! —gritó.

—Mi madre ya sabe que fuma —le dije.

—¡Libros! —dijo, tirándome a la cara uno de tapa dura.

—Se nos han acabado los cigarrillos —dijo Jonas bajito—, pero Andrius tenía tabaco para liar.

—Señorita Grybas —intervino mamá—, ya me ocupo yo.

—Los soviéticos nos han detenido porque somos gente culta y con conocimientos. Fumar páginas de un libro es algo… ¿En qué estabais pensando? —les preguntó la señorita Grybas—. ¿De dónde habéis sacado este libro?

Dickens. Yo tenía *Los papeles póstumos del Club Pickwick* en mi maleta. Me lo había regalado la abuela la Navidad antes de morir.

—¡Jonas! Tú me has

quitado el libro. ¿Cómo has podido?

—Lina —empezó a decir mi madre.

—El libro te lo he quitado yo —terció Andrius —. Échame la culpa a mí.

—Desde luego que te echo la culpa a ti —dijo la señorita Grybas—. Estás corrompiendo a este niño. Debería darte vergüenza.

La señora Arvydas dormía en el otro extremo del vagón y no se había enterado de nada de lo que

estaba ocurriendo.

—¡Eres un idiota! —le grité a Andrius.

—Te compraré uno nuevo —me dijo.

—No. Era un regalo —le contesté—. Jonas, ese libro me lo dio la abuela.

—Lo siento —dijo Jonas, bajando la cabeza.

—¡Y tanto que tienes que sentirlo! —le grité.

—Lina, ha sido idea mía —insistió Andrius—. No es culpa suya.

Lo aparté con un gesto.

¿Por qué tenían que ser tan imbéciles los chicos?

21

Pasaron semanas. Perdí la cuenta del tiempo que llevábamos viajando. Dejé de mirar los cuerpos que arrojaban fuera de los vagones. Cada vez que el tren se detenía, dejábamos una estela de cadáveres a nuestro paso. ¿Qué pensaría la gente si los viera? ¿Los enterraría alguien, o de verdad pensarían que eran ladrones y prostitutas? Me

sentía como si colgara de un péndulo. Cada vez que estaba a punto de caer en el abismo de la desesperación, ocurría algo mínimamente bueno que me salvaba de la caída.

Un día, por ejemplo, justo cuando acabábamos de dejar atrás Omsk, el tren se detuvo en el campo. Había un pequeño quiosco. Mamá sobornó a un guardia para que la dejara salir del vagón. Volvió corriendo, con la falda llena de cosas. Se

arrodilló en el interior del vagón y vació el contenido de su falda. Al suelo rodaron caramelos, piruletas, regalices negros, pastillas de café con leche, montañas de gominolas y otras golosinas, extendiéndose como un arco iris delante de nosotros. No se veían más que colores brillantes por todas partes: rosa, amarillo, verde, rojo… Había para todo el mundo. Los niños gritaron de júbilo, dando saltos de alegría. Mordí una gominola, y una

oleada de sabor a cítrico me inundó la boca. Me reí, y Jonas se rio conmigo.

También había cigarrillos, cerillas y galletas de chocolate negro para los adultos.

—No tenían pan ni nada sustancioso —explicó mamá, repartiendo el tesoro entre todos—. Tampoco había periódicos.

Los niños se agarraron felices a las piernas de mi madre, dándole las gracias.

—Estúpida. ¿Por qué

desperdicia su dinero en nosotros? —le preguntó el calvo.

—Porque está hambriento y cansado —le contestó mamá, tendiéndole un cigarrillo—. Y porque sé que usted haría lo mismo por mis hijos si lo necesitaran.

—Bah —dijo el calvo con desprecio, apartando la mirada.

Dos días después, cuando salió del vagón con los cubos, Andrius encontró una piedra oval con cuarzo y

otros minerales. Pasó de mano en mano en el vagón, y todos exclamaban, maravillados. De broma, la señora Arvydas se la puso en el dedo, como si fuera una piedra preciosa.

—¿No lo sabían? —dijo —. Soy la princesa del vagón de ganado.

Nos reímos. La gente sonreía. Casi no reconocía a mis compañeros de vagón. Miré a Andrius. Él también sonreía de oreja a oreja, y su rostro resplandecía. Me

pareció radicalmente distinto. Estaba guapo cuando sonreía.

22

Después de seis semanas de viaje, cuando llevábamos tres días sin comer ni beber, por fin el tren se detuvo. No abrieron la puerta del vagón. El calvo, que se había estado haciendo una idea aproximada de nuestro recorrido por los letreros de estaciones que veíamos por la ventanilla, calculó que estaríamos en algún lugar de la región de Altái, justo al

norte de China. Intenté mirar al exterior a través de las rendijas entre los tablones de madera de las paredes, pero fuera estaba oscuro. Aporreamos la puerta, pero no acudió nadie. Pensé en la barra de pan que había dejado en el alféizar de mi ventana, todavía esponjosa y calentita, recién sacada del horno. Ojalá pudiera comerme un bocadito. Solo una pizquita de nada.

Me ardía el estómago de hambre y me dolía la

cabeza. Echaba de menos dibujar en papel de verdad, y deseaba apenas un poquito de luz para poder esbozar unos cuantos trazos. Estaba harta de estar tan cerca de otras personas. Sentía su fétido aliento a mi alrededor, y sus codos y sus rodillas se clavaban constantemente en mi espalda. A veces, sentía la necesidad imperiosa de apartar de mí a la gente a manotazos, pero de nada habría servido. Estábamos como sardinas en lata.

Pasó la mañana, y oímos unos sonidos metálicos. Los guardias abrieron la puerta y dijeron que podíamos bajar. Por fin. Todo mi cuerpo tembló cuando salí a la luz del día. Escribí «Altái» en mi pañuelo.

—Lina, Jonas, venid aquí a peinaros —nos ordenó mamá. Nos alisó la ropa, pero no sirvió de nada, y me ayudó a recogerme las trenzas sobre la coronilla. Al retorcerme el cabello así, la cabeza me picaba aún más.

—Recordad, debemos permanecer los tres juntos. No os alejéis ni os quedéis rezagados. ¿Entendido? —Nosotros asentimos. Mamá seguía sosteniendo con fuerza su abrigo debajo del brazo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Jonas—. ¿Nos darán un cubo con agua?

—Aún no lo sé —contestó mamá, arreglándose ella también el pelo. Se sacó una barra de carmín y, con mano temblorosa, se aplicó

en los labios el pigmento medio derretido. Jonas sonrió. Mamá le guiñó un ojo.

Los agentes del NKVD tenían los fusiles con sus bayonetas preparados. El sol se reflejaba en las hojas de las cuchillas. Podían atravesarnos en menos de un segundo. La señorita Grybas y la señora Rimas ayudaron a bajar primero a los niños más pequeños, y a continuación lo hicimos los demás. Andrius y el hombre

de pelo gris cargaron con el calvo.

No estábamos en una estación sino en un gran valle rodeado por colinas cubiertas de árboles. Vi montañas a lo lejos. El cielo estaba más azul y más hermoso que nunca. El sol era tan intenso que tuve que protegerme los ojos. Respiré hondo y sentí que el aire puro y cortante invadía mis pulmones contaminados, limpiándolos. Los agentes del NKVD guiaban a todos los

deportados según íbamos bajando de los vagones y nos hacían sentar en grupos sobre la hierba, a unos siete metros de las vías. Nos dieron dos cubos con agua y bazofia. Los niños se lanzaron sobre ellos.

Era la primera vez que veía a los demás pasajeros. Había miles de personas. ¿Tendríamos nosotros tan mal aspecto como ellos? Masas de lituanos con maletas destartaladas y bolsas llenas a rebosar de

cosas ocuparon el valle, mugrientos, pálidos, con la ropa sucia, como si llevaran años viviendo en una alcantarilla. Todo el mundo se movía a cámara lenta, algunos estaban tan débiles que no podían cargar con sus pertenencias.

Las piernas no me sujetaban, ni a la mayoría de la gente. Algunos se desplomaban bajo su propio peso.

—Tenemos que hacer unos estiramientos antes de

sentarnos, cariño —me dijo mamá—. Seguro que se nos han atrofiado los músculos en estas últimas semanas.

Jonas hizo lo que decía mi madre. Parecía un mendigo cochambroso. Su pelo dorado estaba grasiento y apelmazado, y tenía los labios secos y agrietados. Me miró, abriendo unos ojos como platos. Podía imaginar el aspecto que tenía. Nos sentamos sobre la hierba, que nos pareció divina, como un colchón de plumas

en comparación con el suelo del vagón. Pero yo seguía sintiendo dentro de mi cuerpo el movimiento del tren.

Miré a la gente de nuestro vagón, y ellos me miraron a mí. La luz del día nos reveló a los desconocidos con los que habíamos compartido un armario oscuro durante seis semanas. Ona tan solo tenía unos pocos años más que yo. Era de noche cuando la habían subido al camión, a

la salida del hospital. La señora Arvydas era más atractiva de lo que la penumbra del vagón dejaba adivinar. Tenía una figura muy esbelta, el pelo castaño y liso y unos labios carnosos. La señora Rimas era una mujer bajita de tobillos anchos, más o menos de la edad de mamá.

La gente trataba de comunicarse con los otros grupos, buscando a sus familiares y a sus seres queridos. El hombre que

cada día daba cuerda a su reloj se me acercó.

—¿Podrías prestarme un pañuelo? —me preguntó.

Asentí y me apresuré a entregarle mi pañuelo, bien dobladito para ocultar los dibujos y lo que había escrito.

—Gracias —dijo, tocándose la nariz suavemente con él. Me dio la espalda y se dirigió a la multitud. Lo observé estrecharle la mano a un hombre al que obviamente

conocía, y me fijé en que aprovechaba para pasarle el pañuelo. El hombre se enjugó la frente con él antes de metérselo en el bolsillo. Pásalo, pensé, imaginando el pañuelo pasando de mano en mano hasta llegar por fin a papá.

—Elena, mire —dijo la señora Rimas—. Carretas tiradas por caballos.

Mi madre se levantó y miró a lo lejos.

—Hay unos hombres con los agentes del NKVD.

Están caminando entre los grupos de gente.

Andrius se peinó con los dedos. No paraba de mirar a su alrededor, vigilando a los guardias pero sin levantar la cabeza. Era normal que estuviera nervioso. Se le habían curado bastante las heridas de la cara pero todavía la tenía hinchada y algo magullada. ¿Lo reconocerían? ¿Se lo llevarían o lo matarían ahí mismo, delante de nosotros? Me acerqué a él, tratando de

ocultarlo con mi propio cuerpo. Pero era más alto que yo, y ancho de hombros. Miré las hojas afiladas de las bayonetas y se me retorció el estómago de miedo.

Ona empezó a llorar ruidosamente.

—Baje la voz —le ordenó el calvo—, o atraerá la atención sobre nosotros.

—Por favor, no llore —le dijo Andrius, mirándola y mirando luego a los guardias.

Estos dirigieron a un

grupo de gente que había cerca de la cabecera del tren hacia un par de carretas. Subieron, y los vehículos se alejaron. Observé a los agentes del NKVD ir de grupo en grupo, acompañados de esos otros hombres. Tenían un aspecto extraño. Desde luego no eran lituanos, y tampoco rusos. Eran de tez oscura y cabello negro, y su apariencia en general se me antojó desaliñada. Tenían un aire como primitivo. Se detuvieron junto al grupo de

deportados al lado del nuestro y se pusieron a hablar con los agentes del NKVD.

—¿Qué están diciendo, Elena? —le preguntó a mi madre la señora Rimas.

Ella no contestó.

—¿Elena? —insistió.

—Nos están… —Mi madre calló.

—¿Qué? —volvió a insistir la señora Rimas.

—Nos están vendiendo —murmuró.

23

Observé a los hombres ir de grupo en grupo, examinando la mercancía. Obligaban a la gente a levantarse, a darse la vuelta y a mostrarles las manos.

—Mamá, ¿por qué nos venden? —preguntó Jonas—. ¿Adónde vamos?

—Elena —dijo la señora Arvydas—, tiene que decirles que Andrius es retrasado. Por favor. Si no,

se lo llevarán de mi lado. Andrius, baja la cabeza.

—Nos están vendiendo en grupos —dijo mi madre.

Miré a nuestro grupo. Éramos sobre todo mujeres y niños, solo había dos hombres. Pero teníamos a Andrius. Pese a sus heridas, parecía fuerte y hábil.

—¿Queremos que nos compren? —preguntó Jonas. Nadie contestó. Un guardia se nos acercó, acompañado de uno de aquellos hombres. Se pararon delante de

nuestro grupo. Todos miraron al suelo, excepto yo. No pude contenerme. Miré al guardia, que parecía descansado, limpio y bien alimentado. Vi a mi madre llevarse la mano a la boca para toser y borrarse el carmín disimuladamente. El hombre de aspecto desaliñado la señaló con el dedo y le dijo algo al guardia. Este negó con la cabeza e hizo un gesto circular con el brazo, como englobándonos a todos. El

hombre volvió a señalar a mi madre y luego hizo un gesto obsceno. El guardia se rio y masculló algo. El hombre siguió examinando nuestro grupo y, entonces, señaló a Andrius.

El guardia fue hacia él y ladró una orden. Andrius no se movió. El estómago se me retorció de miedo.

—Es retrasado. Déjenlo en paz —dijo la señora Arvydas—. Elena, dígaselo usted.

Mi madre dijo una

palabra en ruso. El guardia agarró a Andrius del pelo y le obligó a levantar la cabeza. El muchacho lo miró con unos ojos sin expresión. Ona lloraba, balanceándose de atrás hacia delante. El señor Stalas gimió y soltó un gruñido. El hombre hizo un gesto de desaprobación y se alejó de nuestro grupo.

Los hombres desaliñados compraron otros grupos, los subieron a las carretas y se los llevaron de allí, desapareciendo por el valle,

al pie de las colinas. Nos terminamos los últimos restos de agua y de bazofia, debatiendo si habríamos preferido o no que nos compraran.

Alguien habló de escapar. Lo discutimos brevemente, hasta que sonó un disparo seguido de unos gritos cerca de la cabecera del tren. La niña de la muñequita se echó a llorar.

—Elena —dijo la señora Rimas—, pregúntele a uno de los guardias adónde se

llevan a la gente.

Mamá trató de hablar con un guardia, pero este no le hizo caso. En ese mismo instante me traía sin cuidado lo que pudiera ocurrir. La hierba olía a cebollino fresco, y la luz del sol me llenaba de fuerza. Me puse de pie y me estiré.

Los niños se alejaron un poco, correteando y jugando, pero a los guardias no parecía importarles. Los agentes del NKVD inspeccionaban los vagones

y solo se detenían de vez en cuando para gritar que éramos unos cerdos asquerosos y que no teníamos respeto por el tren. La locomotora dejó escapar un bufido, preparándose para salir.

—Se van para traer a más gente —dijo Andrius.

—¿Tú crees? —le preguntó Jonas.

—No pararán hasta que se hayan librado de todos nosotros —sentenció Andrius.

24

Pasaron las horas, y el sol empezó a ocultarse en el horizonte. Solo quedaban dos grupos. La mujer gruñona se levantó y se puso a andar alrededor del nuestro, pisoteando la hierba y gritándonos. Dijo que mamá había hecho que nuestro grupo pareciera débil, y que ahora seguramente nos matarían a tiros a todos.

—Pues que nos maten a tiros —dijo el calvo—. Llevo todo el tiempo diciéndoselo, estamos mejor muertos.

—Pero nos iban a vender como esclavos —argumentó la señora Arvydas.

—Un poco de trabajo no iba a matarla —le dijo la gruñona—. Probablemente quieran que trabajemos en el campo para ellos, nada más. Por eso se llevaron primero a los otros grupos, porque la mayoría de ustedes parecen

muy débiles. Yo me crie en una granja y no me importa mancharme las manos.

—¿Ah, sí? Pues entonces vaya a sacarnos del campo algo de comer. Y deje en paz a nuestras madres.

Jonas y yo estábamos tumbados en la hierba, tratando de estirar bien nuestros músculos anquilosados. Andrius se tumbó con nosotros, cruzó las manos detrás de la nuca y se puso a mirar el cielo.

—Se te está poniendo colorada la frente —le dije.

—Quemarme por el sol es la última de mis preocupaciones —contestó—. No quiero perder de vista a los guardias. A lo mejor si cogemos un poco de color, nos comprarán y nos convertirán en esclavos soviéticos como quiere esa bruja.

Jonas se tumbó de espaldas como Andrius.

—Lo que sea, mientras podamos permanecer juntos.

Papá dijo que era importante.

—Yo no tengo más remedio que quedarme con mi madre. Me sorprende que haya aguantado tanto —dijo Andrius, mirando hacia donde se encontraba la señora Arvydas. Esta estaba espantándose las moscas de la cara con su pañuelo de seda, y al hacerlo perdía el equilibrio cada vez—. No es lo que se dice una mujer fuerte.

—¿Tienes hermanos? —

le preguntó Jonas.

—No —contestó Andrius—. A mi madre no le gustó eso de estar embarazada. Y mi padre dijo que ya que tenía un hijo, no necesitaba más.

—Mi padre dijo que algún día nos iban a dar otro hermano o hermana. Creo que preferiría un hermano —comentó Jonas—. Bueno, ¿y qué crees que estarán haciendo ahora los demás en nuestra ciudad? ¿Crees que se estarán preguntando qué

nos ha pasado?

—Si se lo preguntan, seguro que tienen demasiado miedo como para tratar de averiguarlo —dijo Andrius.

—Pero ¿por qué? ¿Y por qué nos sacaron de nuestras casas y de nuestra ciudad? —preguntó Jonas.

—Porque estábamos en la lista —contesté yo.

—Pero ¿por qué estábamos en la lista? —insistió Jonas.

—Porque papá trabaja en la universidad —le dije.

—Pero la señora Raskunas también trabaja en la universidad, y a ella no se la han llevado —protestó Jonas.

Mi hermano tenía razón. La señora Raskunas espiaba por la ventana mientras nos sacaban de casa en plena noche. La había visto mirándonos. ¿Por qué no se habían llevado a su familia? ¿Por qué se ocultaban detrás de las cortinas en lugar de tratar de impedir que nos deportaran? Papá nunca

habría hecho eso.

—Entiendo por qué el calvo está en la lista —dije—. Es un señor odioso.

—Tiene unas ganas locas de morir, ¿verdad? —dijo Andrius, mirando al cielo.

—¿Sabéis qué? —intervino Jonas—. Mirando al cielo, así, es como si estuviera tumbado en la hierba en nuestra casa, en Lituania.

Eso era algo que podría haber dicho mi madre,

añadiéndole un toque de color a una fotografía en blanco y negro.

—Mirad —prosiguió Jonas—, esa nube parece un cañón.

—Pues que se cargue a los soviéticos —dije yo, acariciando la hierba—. Se lo merecen.

Andrius volvió la cabeza hacia mí y me miró con tanta insistencia que me hizo sentir incómoda.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Siempre parece que tienes una opinión sobre todo —dijo.

—Eso mismo decía papá. ¿Ves, Lina? Será mejor que tengas cuidado —me advirtió Jonas.

Se abrió la puerta de mi habitación.

—Lina, quiero verte en el salón —dijo papá.

—¿Por qué? —pregunté.

—¡En el salón, AHORA! —gritó. Le temblaban las aletas de la nariz. Salió de

la habitación.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Ya has oído a tu padre, Lina. Ve al salón.

Salimos las dos al pasillo.

—Vete a la cama, Jonas —dijo mamá, sin mirar siquiera hacia el dormitorio de mi hermano. Yo sí lo hice. Jonas estaba espiando desde la puerta de su cuarto, con los ojos abiertos de par en par.

Papá estaba furioso, furioso conmigo. ¿Qué

había hecho yo? Entré en el salón.

—¿En esto desperdicias tu talento? —dijo, blandiendo delante de mi cara un trozo de papel arrugado.

—Papá, era una broma —le expliqué.

—A TI te parece una broma. ¿Y qué pasa si al Kremlin no se lo parece? ¡Es idéntico, por Dios! —Me arrojó el papel sobre el regazo.

Miré mi dibujo. Era de

verdad idéntico. Aun vestido de payaso, era obvio que se trataba de Stalin. Lo había dibujado de pie en nuestro comedor, con papá y sus amigos sentados a la mesa tirándole avioncitos de papel. Los hombres reían. Stalin tenía el típico rostro de payaso triste, mientras los avioncitos se estrellaban contra su cabeza. Papá y el doctor Seltzer también estaban idénticos. Pero la barbilla del periodista no me había salido del todo

bien.

—¿Hay más como este? —me preguntó mi padre, arrancándome el papel de las manos.

—Era solo para divertirnos —dijo una vocecita. Jonas estaba de pie en el pasillo, en pijama—. Por favor, papá, no te enfades.

—¿Tú también tienes que ver con esto? —gritó mi padre.

—Oh, Jonas —dijo mamá.

—¡Él no tiene nada que ver! El dibujo lo he hecho yo. Se lo he enseñado porque me parecía divertido.

—¿Se lo has enseñado a alguien más? —quiso saber mi padre.

—No, si lo he dibujado esta tarde —le dije.

—Lina —terció mi madre—. Esto es serio. Los soviéticos podrían detenerte si vieran tu dibujo.

—Pero ¿cómo podrían verlo? Si lo he tirado a la

basura —me defendí.

—¿Y si alguien lo encontrara en la basura, como lo he encontrado yo? El viento podría haberlo empujado hasta los pies de Stalin —dijo papá—. ¡Has dibujado a tu padre y a sus amigos burlándose del dirigente de la Unión Soviética! ¿Hay más dibujos como este?

—No, solo ese.

Papá rompió mi dibujo y arrojó los pedazos al fuego.

Andrius seguía mirándome.

—¿Es eso lo que quieres? —me preguntó por fin—. ¿Cargarte a los soviéticos?

Me volví para mirarlo.

—Yo solo quiero volver a mi casa. Quiero ver a mi padre —le dije.

Él asintió.

25

Cayó la tarde. Seguía habiendo solo dos grupos de deportados. La mayoría de los agentes del NKVD se había marchado en el tren. Solo quedaban cinco agentes armados, con dos camiones. Cerca de setenta y cinco lituanos y tan solo cinco soviéticos, pero pese a todo nadie se atrevía a moverse. Creo que la mayoría estábamos demasiado

cansados y débiles. La hierba era una cama maravillosa y, el espacio, un lujo para nosotros. Me fijé en detalles del paisaje para poder dibujárselos luego a papá.

Los agentes hicieron un fuego y se cocinaron la cena, mientras los demás los mirábamos. Tenían comida norteamericana en lata, pan y café. Después de cenar, se pusieron a beber vodka y a fumar, hablando cada vez más fuerte.

—¿Qué dicen? —le pregunté a mamá.

—Hablan de sus hogares, de las ciudades de donde vienen. Se cuentan cosas de sus amigos y de sus familias —me explicó.

No la creí. Escuché las palabras en ruso. Por el tono de sus voces y sus risas no me parecía que estuvieran hablando de sus familias. Ona se puso a llorar de nuevo. Ahora le había dado por salmodiar «no, no, no, no» una y otra vez. Uno de

los agentes del NKVD se puso de pie y soltó un grito, señalando a nuestro grupo.

—Será mejor que intente calmarla —dijo mamá, levantándose—, antes de que se enfaden los guardias.

Jonas se había quedado dormido. Lo cubrí con mi gabardina azul y le aparté el pelo de los ojos. El calvo roncaba. El hombre del pelo gris daba cuerda a su reloj. Andrius estaba sentado en un extremo del grupo, con una rodilla doblada hacia el

pecho, vigilando a los guardias.

De perfil, tenía unos rasgos decididos y una mandíbula angulosa. Un mechón de su cabello despeinado caía perfectamente sobre su rostro. Me habría hecho falta un lápiz de mina blanda para dibujarlo. Vio que lo miraba, y entonces aparté los ojos rápidamente.

—Eh —me susurró.

Levanté la mirada. Algo rodó por la hierba y golpeó

contra mi pierna. Era la piedra brillante que había encontrado aquel día que había bajado del vagón con los cubos.

—La joya de la corona de la princesa del vagón de ganado —susurré, sonriendo.

Él asintió riendo.

La cogí para devolvérsela.

—No, quédatela tú —me dijo Andrius.

Nos despertamos al amanecer. Unas horas después, llegó un vagón, eligieron al otro grupo y se lo llevaron. Los guardias entonces nos hicieron subir a la trasera de dos camiones. Cruzamos el valle y llegamos al otro lado de las colinas, donde empezaba una carretera. Nadie decía nada. Teníamos demasiado miedo como para hablar siquiera de nuestro próximo

destino.

Mientras íbamos en el camión, me di cuenta de que tratar de escapar habría sido ridículo. No había nada en kilómetros y kilómetros. No nos cruzamos con una sola alma ni con ningún otro vehículo. Pensé en el hombre que tenía mi pañuelo, con la esperanza de que a su vez se lo hubiera pasado a otra persona y que ahora estuviera más cerca de papá. Dos horas después vimos cabañas a ambos

lados de la carretera. Entramos en lo que parecía ser una zona habitada, y el camión se detuvo delante de un edificio de madera. Los guardias saltaron a tierra, gritando *Davai! Davai!* y otras instrucciones.

—Dicen que tenemos que dejar nuestro equipaje en el camión —dijo mamá, agarrando con fuerza su abrigo.

—Antes de bajar, quiero saber adónde vamos —exigió la señora Arvydas.

Mamá trató de hablar con los guardias. Luego se volvió hacia nosotros, sonriendo.

—Son unos baños públicos.

Saltamos del camión. Mamá dobló su abrigo y lo metió en su maleta. Los guardias nos separaron en dos grupos, los hombres a un lado y las mujeres a otro.

—Chicos, llevadme entre los dos —les dijo el calvo a Andrius y a Jonas—. Tenéis que bañarme.

Jonas se quedó paralizado, y Andrius puso cara de asco. Yo sonreí, lo que pareció disgustar a Andrius aún más. Entraron primero los hombres. Los guardias los llamaron desde el porche, gritándoles en la cara y empujándolos. Jonas miró a mi madre, pidiéndole con la mirada que le tradujera lo que decían.

—Quítate la ropa, cariño —le dijo ella.

—¿Ahora? ¿Aquí? —preguntó Jonas, mirando a

las mujeres y a las chicas.

—Nosotras nos vamos a dar la vuelta para no mirar, ¿verdad, señoras? —dijo mi madre, y todas obedecimos.

—Es inútil tener vergüenza —dijo el señor Stalas—. No somos más que esqueletos andantes. Y ahora, quítame el pantalón, niño. ¡Ay! Cuidado con mi pierna.

Oí al señor Stalas quejarse y a Jonas pedirle perdón. La hebilla de un cinturón golpeó contra la

madera del porche. Me pregunté si sería la de Andrius. Los guardias gritaron.

—Dicen que debéis dejar aquí vuestra ropa para que la despiojen —tradujo mamá.

Había un olor raro. No sabía si provenía de nuestro grupo, el de las mujeres, o de los baños. Oímos al calvo gritar desde el interior.

Mamá se dio la vuelta y juntó ambas manos.

—Mi querido Jonas, mi niño —murmuró.

26

Esperamos.

—¿Qué ocurre ahí dentro? —pregunté. Mi madre negó con la cabeza en un gesto de ignorancia. Había tres agentes del NKVD en el porche. Uno de ellos ladró otra orden.

—En grupos de diez —dijo mi madre—. Tenemos que ir al porche y desnudarnos.

Estábamos ambas en el

primer grupo, junto con la señora Arvydas, la mujer gruñona y sus dos hijas. Mamá ayudó a Ona a llegar hasta el porche. Me desabroché el vestido y me lo saqué por la cabeza. Luego me deshice las trenzas y me quité las sandalias. Mi madre se quedó en bragas y sujetador, y siguió ayudando a Ona. Los guardias permanecieron en el porche, mirándonos. Yo vacilé.

—No pasa nada, cariño

—me dijo mamá—. Piensa en lo bien que te vas a sentir cuando vuelvas a estar limpia otra vez. —Ona empezó a gimotear.

Un guardia joven y rubio encendió un cigarrillo, se volvió de espaldas y dirigió la mirada hacia el camión. Otro, en cambio, no apartaba los ojos de nosotras, sonriendo y mordiéndose el labio inferior.

Me quité las bragas y el sujetador y me quedé ahí de pie en el porche,

cubriéndome el cuerpo con las manos. La señora Arvydas estaba junto a mí. Sus voluptuosos pechos eran demasiado grandes, no podía cubrirlos con su delgado antebrazo. Un guardia con un diente de oro y un palillo entre los labios, que tenía aspecto de estar al mando de los demás, recorrió el porche, deteniéndose para mirar a cada mujer, observándolas de arriba abajo. Ahora le tocaba el turno a la señora Arvydas.

Esta no levantó la cabeza. El agente se pasó el palillo al otro lado de la boca y enarcó una ceja, violándola con la mirada.

Dejé escapar un gruñido de asco. Mamá me regañó con la mirada. El guardia me cogió los brazos y me los apartó del cuerpo a la fuerza. Me miró de arriba abajo y sonrió. Tendió la mano y me agarró un pecho. Noté sus uñas afiladas clavándose en mi piel.

Nunca antes había estado

desnuda delante de un hombre. Su áspera mano sobre mi cuerpo me dio náuseas y me hizo sentir más sucia por dentro de lo que lo estaba por fuera. Traté de cruzar los brazos sobre el pecho. Mi madre gritó algo en ruso y me arrastró detrás de Ona.

Esta tenía las nalgas y la cara interna de los muslos manchadas de sangre seca. El guardia se puso a gritarle a mi madre. Ella se quitó la ropa que le quedaba y me

rodeó con el brazo. Nos hicieron entrar en los baños públicos.

27

Había un guardia a cierta distancia. Metió un cazo en un cubo y nos echó encima una especie de polvo blanco. Las duchas se pusieron en marcha, arrojando un chorro de agua helada.

—Tenemos que darnos prisa —dijo mi madre—. No sabemos cuánto tiempo nos van a dejar. —Cogió un pequeño pedazo de jabón y me frotó con él la cabeza y

la cara, sin ocuparse de sí misma. Contemplé los regueros de mugre marrón que bajaban por mis piernas y mis tobillos y luego desaparecían por el desagüe. Quería desaparecer yo también, lejos de los guardias y de la humillación que sentía.

—Sigue frotándote, Lina, deprisa —dijo mi madre, volviéndose para lavar a Ona.

Permanecí bajo el chorro de agua, temblando de frío y

lavándome lo mejor que podía. Esperaba que los guardias no nos estuvieran esperando a la salida.

Le froté la espalda a mi madre, y traté de lavarle también el pelo. La señora Arvydas estaba bajo el chorro de agua, con las manos levantadas sobre la cabeza en un gesto elegante, ajena a todo, como si estuviera en la ducha de su propia casa. El agua se cortó de golpe.

Recuperamos nuestra

ropa a la salida. Me apresuré a ponerme el vestido y sentí que algo me golpeaba el muslo. La piedra de Andrius. Me llevé la mano al bolsillo, buscando con los dedos el suave borde de la piedra.

Mi madre me peinó con los dedos. Miré su cara mojada. De su cabello ondulado y rubio caían gotas de agua que se estrellaban sobre sus hombros.

—Quiero ir a casa —susurré, tiritando—. Por

favor.

Mi madre dejó caer su vestido y me abrazó muy fuerte, largo rato.

—Volveremos a casa. No dejes de pensar en tu padre y en nuestra casa. Tenemos que mantener vivo ese pensamiento en nuestros corazones. —Se apartó de mí y me miró—. Si lo hacemos, volveremos.

Los hombres ya habían subido a uno de los camiones. Cuando salimos de las duchas, había otro

grupo de mujeres y de niños de pie en el porche, desnudos.

—¿Te sientes mejor, cariño? —dijo mi madre, sonriendo a Jonas mientras subía al camión. Comprobó que su abrigo seguía en la maleta. Jonas tenía mucho mejor aspecto y mejor humor también. Lo mismo le ocurría a Andrius. Su cabello mojado brillaba, era color canela oscura.

—Ahora somos hombres muertos limpios. ¿Qué les

parece? —dijo el calvo.

—Si estuviéramos muertos, no nos dejarían ducharnos —dijo el hombre del pelo gris, consultando su reloj.

—Anda, pero si había cabello rubio debajo de toda esa mugre —dijo Andrius, tendiendo la mano y cogiéndome un mechón de pelo. Yo me aparté enseguida y miré hacia otro lado. Mamá me rodeó con el brazo.

—¿Qué ocurre, Lina? —

quiso saber Jonas.

No le hice caso. Pensé en el guardia que me había tocado y en todo lo que debería haber hecho yo: haberle abofeteado, haberle dado una patada, haberle gritado a la cara. Me llevé la mano al bolsillo y cogí la piedra de Andrius. La apreté con todas mis fuerzas, intentando partirla en dos.

—¿Creen que ahora, después de la sauna, nos llevarán a un restaurante a comer tres platos y postre?

—bromeó la señora Rimas.

—Oh, sí, una porción de tarta Selva Negra y una o dos copas de coñac —dijo la señora Arvydas, siguiéndole la broma.

—A mí me encantaría tomar una buena taza de café humeante —dijo mi madre.

—Bien cargado —añadió el calvo.

—¡Guau, nunca pensé que fuera tan agradable estar limpio! —exclamó Jonas, mirándose las manos.

Todo el mundo estaba de

mucho mejor humor, excepto Ona. Seguía repitiendo «no, no, no». Pese a los esfuerzos de la señora Rimas, no había forma de calmarla. Cuando el último grupo de mujeres y niños subió al camión, el agente al mando vio a Ona sentándose y poniéndose de pie mientras se tiraba del pelo, y le gritó algo. El joven guardia rubio se acercó al camión.

—Déjela en paz —dijo la señora Rimas—. Esta

pobre chica tiene una pena muy honda.

Mi madre se lo tradujo al oficial al mando. Ona se puso de pie y golpeó el suelo con el pie derecho. El agente subió y agarró a Ona del brazo para bajarla del camión. Ella perdió los nervios por completo y se puso a chillar, golpeándolo, pero era mucho más baja y más débil que él. El agente la arrojó al suelo. Entrecerró los ojos y tensó los músculos de su mandíbula cuadrada.

Mamá se dispuso a saltar del camión para ayudarla. Pero era demasiado tarde. El agente sacó una pistola y le disparó en la cabeza.

Ahogué un grito, y lo mismo hicieron todos los demás. Andrius agarró a Jonas y le tapó los ojos con las manos. Bajo la cabeza de Ona se formó un charco de sangre espesa del color del vino tinto. Su pierna estaba doblada en una postura extraña. Le faltaba un zapato.

—Lina —dijo Andrius.

Volví la cabeza hacia él, aturdida.

—No mires —me dijo.

Mi boca se abrió, pero de ella no salió sonido alguno. Volví la cabeza de nuevo para mirar. El joven guardia rubio miraba fijamente el cuerpo de Ona.

—Lina, mírame —me exhortó Andrius.

Mamá se desplomó de rodillas junto al borde del camión, mirando a Ona. Me levanté y me senté al lado de

mi hermano.

El motor rugió y el camión empezó a moverse. Mi madre se sentó y se tapó la cara con las manos. La señorita Grybas chasqueó la lengua, haciendo un gesto de desaprobación con la cabeza.

Jonas me cogió la cabeza y la apoyó en su regazo. Mientras me acariciaba el pelo, dijo:

—Por favor, no les digas nada a los guardias. No los hagas enfadar, Lina —me

susurró.

El cuerpo de Ona se fue haciendo más pequeño conforme nos alejábamos. Yacía muerta en el polvo de la carretera, asesinada por el agente del NKVD. En algún lugar, a cientos de kilómetros de allí, su hija se descomponía sobre la hierba. ¿Cómo sabría su familia lo que les había pasado? ¿Cómo sabría nadie lo que nos había pasado a *nosotros?* Seguiría escribiendo y dibujando

siempre que tuviera ocasión. Dibujaría al agente disparando a Ona; a mi madre de rodillas, con la cabeza entre las manos, y nuestro camión alejándose, mientras los neumáticos arrojaban grava sobre el cuerpo sin vida de Ona.

28

Nos adentramos en lo que parecía una gran cooperativa agrícola. Racimos de cabañas destartaladas de una sola habitación formaban una especie de aldea de barracas. Era obvio que el sol que brillaba, cálido y radiante, era solo algo temporal. Los edificios estaban torcidos hacia un lado, y sus tejados de pendientes muy inclinadas

indicaban que allí el clima podía llegar a ser extremo.

Los guardias nos hicieron bajar del camión. Andrius mantenía la cabeza gacha, sin separarse de su madre. Nos dirigieron a lo que pensé que serían nuestras propias cabañas, pero cuando la señorita Grybas y la señora Rimas entraron en una, salió una mujer que se puso a discutir con los guardias.

—Hay gente viviendo en esas cabañas —susurró

Jonas.

—Sí, lo más seguro es que tengamos que compartirlas —dijo mamá, acercándonos más a ella.

Delante de nosotros pasaron dos mujeres que cargaban con unos grandes cubos de agua. No me sonaba haberlas visto en nuestro tren.

Se nos asignó una lúgubre cabaña cerca de la parte trasera del asentamiento. La madera gris de las paredes había

perdido la corteza, arrasada por muchos inviernos de viento y nieve. La puerta tenía grietas y rendijas, y colgaba torcida de sus goznes. Un vendaval levantaría la casucha por los aires sin esfuerzo y la haría pedazos. El guardia rubio abrió la puerta, gritó algo en ruso y nos empujó al interior. Una mujer de la región, baja y rechoncha, corrió a la puerta y se puso a gritarle al guardia. Mamá nos hizo ir a un rincón de la

choza. La mujer se volvió y empezó a gritarnos a nosotros. Llevaba un pañuelo en la cabeza del que se escapaban unas greñas morenas que parecían como de paja. Tenía el rostro ancho y cubierto de pequeñas arrugas.

—¿Qué dice? —preguntó Jonas.

—Dice que no tiene sitio para sucios criminales —dijo mi madre.

—Nosotros *no* somos criminales —protesté yo.

La mujer siguió despotricando, levantando los brazos al cielo y escupiendo en el suelo de la choza.

—¿Está loca? —quiso saber Jonas.

—Dice que apenas tiene comida suficiente para ella y que desde luego no piensa compartirla con criminales como nosotros. —Mamá le dio la espalda a la mujer—. Bueno, vamos a instalar nuestras cosas en este rincón. Jonas, deja tu maleta

en el suelo.

La mujer me agarró del pelo y tiró de él, arrastrándome hacia la puerta para echarme.

Mamá gritó, arremetiendo en ruso contra la mujer. La obligó a soltarme el pelo, le dio una bofetada y la apartó de un empujón. Jonas le dio una patada en la espinilla. La mujer plantó en nosotros sus ojos negros rasgados. Mamá le devolvió la mirada, sin pestañear. La mujer soltó

una carcajada y preguntó algo.

—Somos lituanos —dijo mamá, hablando primero en nuestra lengua y después en ruso. La mujer farfulló algo.

—¿Qué dice? —pregunté.

—Dice que la gente batalladora trabaja bien, y que tenemos que pagarle el alquiler. —Mamá le hizo algunas preguntas a su vez.

—¿Pagarle? ¿Por qué? ¿Por vivir en este agujero en mitad de la nada? —

protesté.

—Estamos en Altái —me contestó mamá—. En esta granja cultivan patatas y remolachas.

—¿Entonces hay patatas para comer? —preguntó Jonas.

—La comida está racionada. Ha dicho que los guardias supervisan la granja y vigilan a los que trabajan en ella —explicó mamá.

Recordé que papá había comentado un día que Stalin les había confiscado las

tierras a los campesinos, así como sus herramientas y sus animales. Les imponía qué debían producir y lo que se les iba a pagar por ello. A mí me pareció ridículo. ¿Cómo podía quedarse Stalin con algo que no le pertenecía, algo por lo que los campesinos y sus familias habían trabajado toda una vida? «Eso es el comunismo, Lina», me había contestado entonces papá.

La mujer le gritó algo a mamá, agitando el dedo y

sacudiendo la cabeza, antes de salir de la choza.

Nos encontrábamos en un koljós, una granja colectiva, y yo estaba a punto de convertirme en una campesina. Iba a plantar y a cosechar remolachas.

Yo, que odiaba las remolachas.

Mapas y serpientes

29

La cabaña medía aproximadamente tres metros cuadrados, quizá un poco más. En un rincón había un infiernillo para guisar y, a su alrededor, un par de ollas y unas latas sucias. Junto a la pared más cercana a la cocina había un jergón de paja. No había almohada, solo una colcha raída. En las paredes vi dos ventanucos cubiertos por

trozos de vidrio.

—Aquí no hay nada —dije yo—. No hay fregadero, ni mesa, ni armario. ¿Es ahí donde duerme esa mujer? —pregunté—. ¿Y dónde vamos a dormir nosotros? ¿Dónde está el cuarto de baño?

—¿Dónde podemos comer? —preguntó a su vez Jonas.

—No estoy segura —dijo mamá, mirando las ollas—. Está todo muy sucio. Pero eso se arregla con un

poquito de limpieza, ¿verdad?

—Bueno, al menos ya no estamos en el tren —comentó Jonas.

El joven guardia rubio irrumpió en la choza.

—Elena Vilkas —dijo.

Mamá lo miró.

—¡Elena Vilkas! —repitió, esta vez más fuerte.

—Sí, soy yo —contestó mamá. Empezaron a hablar en ruso y luego a discutir.

—¿Qué ocurre, mamá? —quiso saber Jonas.

Mamá nos abrazó a los dos.

—No os preocupéis, tesoros. Permaneceremos juntos.

El guardia gritó *Davai!*, indicándonos con un gesto que saliéramos de la cabaña.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—El comandante quiere verme. Le he dicho que tenemos que ir los tres juntos —contestó mamá.

El comandante. Sentí náuseas.

—Yo me quedo aquí. No me pasará nada —dije.

—No, tenemos que permanecer juntos —replicó Jonas.

Seguimos al guardia rubio por entre otras cabañas destartaladas hasta llegar a una construcción de troncos que estaba en mucho mejor estado que las demás. Junto a la puerta había un corrillo de agentes del NKVD, fumando. Todos se quedaron mirando a mamá con lascivia. Esta observó

primero el edificio, y luego a los guardias.

—Quedaos aquí —nos dijo—. Enseguida vuelvo.

—No —contestó Jonas —. Entramos contigo.

Mamá miró a los guardias lascivos, y luego a mí.

Un guardia salió por la puerta.

—*Davai!* —gritó, agarrando a mamá del codo y haciéndola entrar a la fuerza.

—Enseguida vuelvo —

acertó a decir mamá antes de desaparecer en el interior.

—Enseguida vuelvo —dijo mamá.

—Pero ¿qué te parece? —le pregunté.

—Me parece que te queda precioso —dijo mamá, retrocediendo un paso para admirar el vestido.

—Bien —dijo el modisto, devolviendo unos cuantos alfileres a su pequeño acerico de satén—. Ya está

terminado, Lina. Te lo puedes quitar, pero ten cuidado, porque solo está cogido con alfileres, no está cosido todavía.

—Nos vemos fuera, en la calle —dijo mamá antes de desaparecer por la puerta.

—Tu madre tiene un gusto exquisito para los vestidos —dijo el modisto.

Tenía razón. El traje era precioso. El suave tono de gris de la tela hacía resaltar mis ojos.

Me cambié de ropa y salí

para reunirme con mamá. Pero no estaba fuera. Miré calle abajo, fijándome en la larga hilera de tiendas con los escaparates pintados de brillantes colores, pero no la vi. Un poco más abajo se abrió una puerta, y salió mamá. Su sombrero azul iba a juego con su vestido, que ondeaba entre sus piernas al compás de sus pasos. Mamá caminó hacia mí, sonriendo, con dos cucuruchos de helado en la mano y una bolsa con compras colgada

del brazo.

—Los chicos se han ido por su cuenta a sus asuntos, y nosotras a los nuestros —dijo mamá. El carmín brillaba en sus labios. Me tendió uno de los helados y me cogió del brazo, dirigiéndome hacia un banco—. Vamos a sentarnos ahí.

Papá y Jonas habían ido a un partido de fútbol, y mamá y yo nos habíamos pasado la mañana de compras. Lamí la bola

cremosa de helado de vainilla y me recliné en el cálido respaldo del banco de madera.

—Qué gusto sentarse un momento —suspiró mamá. Luego me miró—. Bueno, el vestido ya está terminado. ¿Qué más teníamos que hacer?

—Necesito carboncillo —le recordé.

—Ah, sí, es verdad —dijo mamá—. Carboncillo para mi artista.

—Deberíamos haber entrado con ella —dijo Jonas.

Tenía razón. Pero no quería estar cerca del comandante. Mamá lo sabía. Debería haber entrado con ella. Ahora mi madre estaba sola con ellos, indefensa, y la culpa era mía. Cogí a Jonas del brazo y lo arrastré hacia un lado del edificio, hasta una ventana con el cristal sucio.

—Quédate aquí para que el guardia rubio pueda verte

—le dije.

—¿Y tú qué vas a hacer? —me preguntó.

—Voy a mirar por la ventana, para asegurarme de que mamá está bien.

—¡No, Lina!

—Quédate ahí —le ordené.

El guardia rubio no aparentaba tener más de veinte años. Era el que se había dado la vuelta para no mirar mientras nos desnudábamos. Se sacó una navajita del bolsillo y

empezó a limpiarse las uñas. Me acerqué a la ventana y me puse de puntillas para asomarme. Vi a mamá sentada en una silla, con la vista fija en su regazo. El comandante estaba apoyado en el borde de su escritorio, delante de ella. Hojeaba unos papeles dentro de una carpeta mientras hablaba con mamá. Luego la cerró y la apoyó en su cadera. Yo le lancé una ojeada al guardia y me estiré cuanto pude para ver mejor.

—Para, Lina. Andrius dice que nos pegarán un tiro si buscas problemas —susurró Jonas.

—No estoy buscando problemas —le dije, apartándome de la ventana y reuniéndome con él—. Solo quería asegurarme de que mamá estaba bien.

—Bueno, pero recuerda lo que le pasó a Ona —dijo Jonas.

¿Qué *habría* sido de Ona? ¿Estaba ahora en el cielo con su hija y con la

abuela? ¿O estaba flotando entre los trenes y las masas de lituanos, buscando a su marido?

Me hubiera gustado preguntárselo a papá. Él siempre escuchaba atentamente todas mis preguntas, asentía y luego se quedaba callado un momento antes de contestar. Ahora ¿quién respondería a mis preguntas?

El cielo estaba nublado, pero aun así la temperatura era agradable. A lo lejos,

más allá de las cabañas, vi más granjas, rodeadas de píceas y de pinos. Miré a mi alrededor, memorizando el paisaje para dibujárselo a papá. Me preguntaba dónde estarían ahora Andrius y su madre.

Algunas de las cabañas tenían mejor aspecto que la nuestra. Una tenía una veranda hecha de troncos, y otra un pequeño jardín. Las dibujaría, tristes y lúgubres, sin apenas una nota de color.

Se abrió la puerta del

edificio, y mamá salió. El comandante la siguió y se apoyó en el quicio de la puerta para observarla caminar. Mamá nos hizo un gesto con la cabeza al acercarse a nosotros. Vi que apretaba con fuerza las mandíbulas. El comandante le gritó algo desde la puerta. Ella hizo caso omiso y nos cogió de la mano.

—Llévenos de vuelta a la cabaña —le dijo al guardia rubio. Este no se movió.

—Yo sé el camino —dijo Jonas, echando a andar por el barro—. Seguidme.

—¿Estás bien? —le pregunté a mamá en cuanto empezamos a andar.

—Sí, estoy bien —contestó ella en voz baja.

Sentí que me quitaba un gran peso de encima.

—¿Qué quería?

—Aquí no —dijo ella.

30

—Quieren que trabaje con ellos —nos dijo mamá en cuanto Jonas nos hubo llevado hasta la cabaña.

—¿Trabajar con ellos? —pregunté.

—Sí, bueno, que trabaje *para* ellos —explicó—. Traduciendo documentos, y también hablando con los otros lituanos que están aquí.

Pensé en la carpeta que sostenía en las manos el

comandante.

—¿Y qué te van a dar a cambio? —preguntó Jonas.

—No pienso ser su traductora —dijo mamá—. Les he dicho que no. También me han pedido que escuche las conversaciones de la gente y luego le cuente al comandante lo que haya oído.

—¿Quieren que seas una chivata? —preguntó Jonas.

—Eso es —dijo mamá.

—¿Quieren que espíes a la gente y luego se lo

cuentes a ellos? —pregunté yo.

Mamá asintió.

—Me han prometido un trato preferente si aceptaba.

—¡Qué cerdos! —exclamé.

—¡Lina! Baja la voz —me ordenó mamá.

—¿Y esperan que los ayudes después de lo que nos han hecho? —le pregunté.

—Pero mamá, a lo mejor sí que necesitas el trato especial —dijo Jonas, con

una expresión preocupada.

—No lo dicen de verdad —tercié yo—. Son todos unos mentirosos, Jonas. No le iban a dar nada a cambio.

—Jonas —dijo mamá, acariciándole la cara—. No puedo fiarme de ellos. Stalin le ha dicho al NKVD que los lituanos somos enemigos. El comandante y los guardias nos consideran inferiores. ¿Entiendes?

—Eso ya me lo dijo Andrius —comentó mi hermano.

—Andrius es un chico muy inteligente. Solo debemos hablar entre nosotros —añadió mamá, volviéndose a mí—, y, por favor, Lina, ten cuidado con lo que escribas o dibujes.

Rebuscamos en nuestro equipaje y pusimos a un lado todo lo que pudiéramos vender si llegaba el caso y necesitábamos hacerlo. Miré mi ejemplar de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*.

Las páginas seis a once estaban arrancadas, y la doce estaba sucia.

Cogí el marco de fotos de oro y lo saqué de la maleta, mirando el rostro de mi padre. Me pregunté dónde estaría ahora mi pañuelo. Tenía que mandar otros más.

—Kostas —dijo mi madre, mirando por encima de mi hombro. Le tendí el marco. Con mimo, acarició el rostro de mi padre en la fotografía, y luego el de su

madre.

—Es maravilloso que hayas traído esta foto. No sabes cómo me anima. Por favor, cuida de ella.

Abrí el bloc de papel de cartas que me había traído también. *14 de junio de 1941. Querida Joana*. Estas palabras seguían en lo alto de la primera página, un título sin historia. Había escrito eso hacía ya casi dos meses, la noche en que nos habían sacado de casa. ¿Dónde estaba Joana, y

dónde estaba el resto de nuestros parientes? ¿Qué escribiría ahora si quisiera terminar esa carta? ¿Le diría a mi prima que los soviéticos nos habían metido en vagones para ganado y nos habían retenido prisioneros durante seis semanas sin apenas agua ni comida? ¿Mencionaría que querían que mi madre hiciera de espía para ellos? ¿Y lo del bebé que había muerto en nuestro vagón, y que el agente del NKVD le

había disparado a Ona en la cabeza? Oí la voz de mi madre, advirtiéndome que tuviera cuidado, pero la mano se me movía sola por el papel.

31

La mujer de Altái volvió y empezó a trajinar por la choza. Puso una olla en el fuego. La observamos hervir dos patatas y mordisquear un mendrugo de pan.

—Mamá —dijo Jonas—, ¿habrá patatas para nosotros esta noche?

Cuando se lo preguntamos, la mujer nos dijo que teníamos que trabajar para ganarnos la

comida.

—Si trabajaras para el NKVD, mamá, ¿te darían comida? —preguntó Jonas.

—No, querido. Me darían promesas vacías —contestó ella—, que es mucho peor que un estómago vacío.

Mamá le pagó a la mujer para que le diera una patata, y luego le volvió a pagar para poder tener el privilegio de hervirla. Era ridículo.

—¿Cuánto dinero nos queda? —pregunté yo.

—Apenas nada —me contestó.

Intentamos dormir, acurrucados junto a mamá sobre el suelo desnudo de la cabaña. La campesina resoplaba y roncaba, hundida en su lecho de paja. Su fétido aliento llenaba la pequeña habitación. ¿Habría nacido aquí, en Siberia? ¿Habría conocido alguna vez una vida distinta a esa? Me quedé mirando la oscuridad, tratando de pintar imágenes con mi mente sobre el lienzo

negro.

—¡Ábrelo, cariño!

—No puedo, estoy demasiado nerviosa —le dije a mamá.

—Quería esperar a que estuvieras de vuelta en casa —le explicó mamá a papá—. Lleva horas con ese sobre en las manos.

—¡Ábrelo, Lina! —me urgió Jonas.

—¿Y si no me han admitido? —dije, aferrando el sobre con los dedos,

húmedos de sudor.

—Pues lo harán el año que viene —dijo mamá.

—No lo sabrás mientras no abras el sobre —añadió papá.

—¡Ábrelo! —me dijo Jonas, tendiéndome el abrecartas.

Deslicé la hoja por debajo de la solapa de cierre. Desde que la señora Pranas había mandado mi formulario de admisión, apenas había podido pensar en nada más. Estudiar con

los mejores artistas de Europa. Era una oportunidad tan buena… Rasgué el sobre y saqué una única hoja de papel doblada. Recorrí la carta rápidamente con la mirada:

«Querida señorita Vilkas:

Gracias por su solicitud de admisión en nuestro curso de verano. Los dibujos que nos manda son magníficos. Es para nosotros un gran placer ofrecerle una plaza en

nuestro…

—¡Sí! ¡Han dicho que sí! —grité.

—¡Lo sabía! —exclamó papá.

—Enhorabuena, Lina —dijo Jonas, abrazándome.

—Estoy deseando contárselo a Joana —dije.

—¡Es maravilloso, cariño! —exclamó mamá—. Tenemos que celebrarlo.

—Hay tarta —añadió Jonas.

—Bueno, es que estaba

segura de que tendríamos algo que celebrar... —dijo mamá, guiñándome un ojo.

Papá estaba radiante.

—Hija mía, tú tienes un don —dijo, tomando mis manos entre las suyas—. Te esperan grandes cosas en la vida, Lina.

Volví la cabeza hacia un lado, atraída por un ruido que había oído. La mujer de Altái se dirigió a un rincón de la choza, gruñó y orinó en una lata.

32

Todavía era de noche cuando oímos los gritos de los agentes del NKVD. Nos ordenaron que saliéramos de la choza y que nos pusiéramos en fila. Nos apresuramos a levantarnos y a salir, para unirnos a los demás. Mi vocabulario en ruso iba aumentando. Además de *davai*, había aprendido otras palabras importantes, como *nyet*, que

quería decir «no»; *svinya*, que significaba «cerdo», y, por supuesto, *fasheest*, «fascista». La señorita Grybas y la mujer gruñona del vagón ya estaban en la fila. La señora Rimas le hizo una seña a mamá. Miré alrededor, en busca de Andrius y su madre, pero no estaban allí. Tampoco vi al calvo.

El comandante se puso a recorrer la fila de un extremo a otro, sujetando su sempiterno palillo entre los

dientes. Nos observó con atención y comentó algo al resto de los guardias.

—¿Qué dice, Elena? —preguntó la señora Rimas.

—Nos está dividiendo en grupos de trabajo —le explicó mi madre.

El comandante se acercó a ella y le gritó algo a la cara. Las sacó a ella, a la señora Rimas y a la mujer gruñona a empujones de la fila. El guardia rubio me sacó a mí también y me empujó hacia mi madre.

Luego dividió al resto. Puso a Jonas en un grupo con dos ancianas.

—*Davai!* —El guardia rubio le tendió a mi madre un pedazo de lona enrollado y atado con una correa y se llevó a nuestro grupo.

—Nos vemos luego en la cabaña —le gritó mamá a Jonas. ¿Cómo? Mamá y yo ni siquiera habíamos sido capaces de volver solas desde el edificio de los guardias. Solo Jonas se sabía el camino. Seguramente nos

perderíamos.

Tenía retortijones de hambre y me costaba mover las piernas. Mi madre y la señora Rimas cuchicheaban en lituano, caminando detrás del guardia rubio. Al cabo de unos kilómetros, llegamos a un claro en el bosque. El guardia le arrancó a mamá la lona de las manos y la arrojó al suelo, antes de gritar una orden.

—Ha dicho que cavemos —explicó ella.

—¿Que cavemos? ¿Dónde? —quiso saber la señora Rimas.

—Pues supongo que aquí —contestó mi madre—. Dice que si queremos comer, debemos cavar. Nuestra ración depende de cómo trabajemos.

—¿Y con qué vamos a cavar? —quise saber yo.

Mamá se lo preguntó al guardia rubio. Este señaló con una patada el bulto de lona sobre el suelo. Mamá lo abrió y dentro descubrió

varias palas oxidadas, como las que se usan para las tareas de jardinería. No tenían mango.

Mamá le dijo algo al guardia, y este respondió con un *davai* enfadado, antes de acercarnos las palas de otra patada.

—Quitaos de en medio —dijo la mujer gruñona—. Vamos a terminar con esto de una vez. Necesito comer, y mis hijas también. —Se arrodilló sobre el suelo y se puso a cavar la tierra con la

diminuta pala. Todas la imitamos. El guardia se sentó al pie de un árbol para vigilarnos mientras fumaba.

—¿Dónde están las patatas y las remolachas? —le pregunté a mamá.

—Está claro que me están castigando —contestó ella.

—¿Cómo que la están castigando? —preguntó la señora Rimas. Mi madre le contó al oído la oferta del comandante de trabajar para él.

—Pero Elena, podría haber conseguido un trato preferente —objetó la señora Rimas—. Y seguramente también comida extra.

—Un poco de comida extra no compensa la mala conciencia —le contestó mi madre—. Piense en lo que podrían exigirme en ese despacho. Y piense en lo que podría pasarle a la gente. No necesito cargar con esa culpa. Me esforzaré como todos los demás.

—Una mujer ha dicho

que a cinco kilómetros de aquí hay una aldea. Y que allí hay una tienda, una estafeta de correos y un colegio —dijo la señora Rimas.

—A lo mejor podríamos ir hasta allí andando —propuso mamá—, y echar cartas al correo. Quizá alguien sepa algo de los hombres.

—Tenga cuidado, Elena. Mandar cartas puede poner en peligro a aquellos de nosotros a los que no han

deportado —dijo la señora Rimas—. No deje nada por escrito, nunca.

Bajé la mirada al suelo. Yo lo había estado anotando todo y ya había llenado varias páginas con descripciones y dibujos.

—No —susurró mi madre. Miró a la gruñona, que seguía cavando, y se inclinó hacia la señora Rimas—. Tengo un contacto.

¿Qué quería decir mamá con eso de que tenía un

«contacto»? ¿Quién era su contacto? Y luego estaba lo de la guerra, ahora los alemanes estaban en Lituania. ¿Qué estaba haciendo Hitler? Me preguntaba qué habría sido de nuestra casa y de todo lo que habíamos dejado atrás. ¿Y por qué estábamos cavando ese estúpido agujero?

—Bueno, al menos su compañera de cabaña habla con usted —dijo mi madre —. La nuestra es una mala

bestia, y le tiró del pelo a Lina.

—Los lugareños no están contentos —dijo la señora Rimas—. Pero nos estaban esperando. Al parecer, hace unos días llegaron a un pueblo vecino varios camiones llenos de estonios.

Mamá dejó de cavar un momento.

—¿Estonios?

—Sí —susurró la señora Rimas—. También han deportado a gente de Estonia

y de Letonia.

Mamá suspiró.

—Me lo temía. Esto es una locura. ¿A cuántos piensan deportar?

—A cientos de miles, Elena —contestó la señora Rimas.

—Dejen de cotorrear y pónganse a trabajar —les espetó la gruñona—. Quiero comer.

33

Habíamos cavado una fosa de más de medio metro de profundidad cuando trajeron un cubo de agua en un camión. El guardia nos dio un descanso. Se me habían formado ampollas. Teníamos las manos manchadas de tierra. No nos dieron un vaso ni un cazo siquiera. Nos agachamos como perros, turnándonos para beber del cubo,

mientras el guardia rubio bebía cómodamente de una gran cantimplora. El agua olía mal, pero no me importó. Tenía las rodillas en carne viva y me dolía la espalda de pasar tantas horas inclinada sobre el suelo.

Estábamos cavando en un pequeño claro rodeado de bosques. Mi madre pidió permiso para ir a hacer sus necesidades, y nos arrastró a la señora Rimas y a mí hacia los árboles. Nos agachamos, recogiéndonos el vestido por

encima de la cintura, y nos aliviamos.

Estábamos unas frente a otras, en esa postura.

—Elena, ¿puede pasarme el talco, por favor? —dijo la señora Rimas, limpiándose con una hoja.

Nos echamos a reír. Era tan ridículo, las tres ahí en círculo, agachadas, sujetándonos las rodillas con las manos… Mi madre se reía tan fuerte que le asomaron los pendientes fuera del pañuelo con el que

se había recogido el cabello.

—El sentido del humor es algo que no nos pueden quitar, ¿verdad? —dijo, con los ojos llenos de lágrimas de risa.

Estallamos en carcajadas. Las llamas de los faroles temblaron en la oscuridad. El hermano de Joana tocó una melodía alegre al acordeón. Mi tío, que se había pasado un poco con el licor de moras, se puso a bailar como loco por

el jardín trasero de la casa, tratando de imitar a nuestras madres. Hacía como que se recogía la falda y saltaba de un lado a otro.

—Ven —me susurró Joana, cogiéndome de la mano—. Vamos a dar un paseo.

Avanzamos del brazo entre las casas a oscuras en dirección a la playa. Se me metía la arena en las sandalias. Fuimos hasta la orilla, el agua nos lamía los pies. El mar Báltico brillaba

bajo la luz de la luna.

—Mira cómo brilla la luna en el agua. Es como si nos invitara a entrar —suspiró Joana.

—Sí. Nos está llamando —dije, memorizando la luz y las sombras para poder dibujarlo todo después. Me quité las sandalias—. Vamos.

—No llevo puesto el bañador —objetó Joana.

—Ni yo. ¿Y qué más da?

—¿Cómo que y qué más da? Lina, no podemos

bañarnos desnudas —dijo.

—¿Quién ha hablado de bañarnos desnudas? —contesté. Me adentré en el agua sin quitarme el vestido.

—¡Lina! Por Dios santo, ¿qué estás haciendo? —preguntó Joana, ahogando un grito.

Extendí el brazo para seguir con el dedo en el agua las sombras de la luna. Se me subió la falda, como si no pesara nada.

—¡Vamos, ven, es genial! —Me sumergí bajo

el agua.

Joana se quitó las sandalias y se adentró hasta los tobillos. La luna se reflejaba en su larga melena castaña y en su alta silueta.

—¡Vamos, métete, es precioso! —le dije. Se fue adentrando despacio en el agua, demasiado despacio. Salí de un salto y tiré de ella. Mi prima soltó un grito y se rio. La risa de Joana se distinguía a un kilómetro. Sonaba muy libre, y su eco me rodeó.

—¡Estás loca! —exclamó.

—¿Por qué? Era tan bonito; quería ser parte de ello —dije.

—¿Nos vas a pintar? —me preguntó Joana.

—Sí, y al cuadro lo llamaré... Dos cabezas sumergiéndose en la oscuridad —le dije, salpicándola.

—No quiero volver a casa, aquí se está tan bien... —dijo, extendiendo los brazos dentro del agua—.

Shhh, viene alguien.

—¿Dónde? —dije, dándome la vuelta.

—Ahí, entre los árboles —susurró. Dos siluetas emergieron de entre los árboles, delante de la playa—. ¡Lina, es él! El alto. Ese del que te hablé. ¡El que vi en el pueblo! ¿Qué hacemos?

Los chicos se acercaron a la orilla, sin dejar de mirarnos.

—Un poco tarde para bañarse, ¿no os parece? —

dijo el alto.

—En absoluto —contesté yo.

—¿Ah, no? ¿Siempre te bañas cuando ya ha oscurecido? —preguntó.

—Me baño cuando me apetece —le contesté.

—¿Y qué me dices de tu hermana? ¿También se baña siempre de noche?

—¿Por qué no se lo preguntas tú mismo? —le dije. Joana me dio una patada por debajo del agua.

—Deberíais tener

cuidado. Podrían veros desnudas —dijo sonriendo.

—¿De verdad? ¿Quieres decir así? —Me levanté de un salto, emergiendo del agua. El vestido mojado se me pegaba a la piel. Metí el brazo en el agua para salpicarlos a los dos.

—Qué loca —se rio el chico, tratando de esquivar el agua.

—Venga, vámonos —dijo su amigo—, que si no vamos a llegar tarde a la reunión.

—¿La reunión? ¿A estas horas? ¿Qué clase de reunión es esa? —pregunté yo.

Los chicos bajaron la cabeza.

—Tenemos que irnos. Adiós, hermana mayor —le dijo el chico alto a Joana antes de darse la vuelta y alejarse por la orilla con su amigo.

—Adiós —se despidió Joana.

Nos reíamos tan fuerte que pensé que nuestros

padres nos iban a oír. Salimos del agua, cogimos las sandalias y corrimos por la arena hasta el sendero entre los árboles. A nuestro alrededor se oía el croar de las ranas y el canto de los grillos. Joana me agarró del hombro para obligarme a detenerme en medio de la oscuridad.

—No se lo cuentes a nuestros padres.

—Joana, estamos empapadas. Sabrán que nos hemos bañado —le dije.

—No, me refiero a lo de los chicos… y lo que han dicho —me aclaró.

—Vale, hermana mayor, no diré ni pío —le aseguré, sonriendo. Volvimos a casa corriendo y riendo sin parar.

¿Qué sabía Joana de los chicos y de su reunión que yo desconocía?

Las carcajadas se habían ido apagando.

—Vamos, Lina, cariño —dijo mi madre.

Miré al agujero. ¿Y si estábamos cavando nuestra propia tumba?

34

Encontré un palo y lo partí por la mitad. Me senté y lo utilicé para dibujar en la tierra. Antes de que acabara el descanso y tuviéramos que volver al trabajo dibujé nuestra casa, el jardín y los árboles. Clavé piedrecitas en el suelo, formando un caminito de grava hasta la puerta principal, y cubrí el tejado de ramitas.

—Tenemos que

prepararnos —dijo mi madre—. El invierno será más duro que todo lo que hayamos vivido hasta ahora. Las temperaturas bajarán tanto que todo se congelará. No habrá nada que comer.

—¿El invierno? —dije, inclinándome hacia atrás sobre los talones—. ¿Estás de broma? ¿Crees que seguiremos aquí para cuando llegue el invierno? ¡Mamá, no! —Faltaban meses para el invierno. No podía soportar la idea de vivir en

esa choza, cavando agujeros durante meses y tratando de evitar al comandante. Miré al guardia rubio y vi que estaba observando mi dibujo en la tierra.

—Espero que no —dijo mamá, bajando la voz—. Pero ¿y si seguimos aquí? Si no estamos preparados, nos moriremos de frío o de hambre, seguro. —Mi madre atrajo la atención de la señora gruñona.

—Las tormentas de nieve en Siberia son muy

traicioneras —asintió la señora Rimas.

—No sé cómo pueden aguantarlas estas chozas y seguir en pie —dijo mi madre.

—¿Por qué no nos construimos nuestro propio edificio? —pregunté—. Podemos construirnos una cabaña de troncos, como la oficina del koljós, con una chimenea y una estufa. Podríamos vivir todos juntos.

—Mira que eres tonta,

niña. Nunca nos dejarán tiempo para que nos construyamos nada y, si lo hiciéramos, se lo quedarían ellos —dijo la señora gruñona—. Sigue cavando.

Empezó a llover. Caían gruesos goterones sobre nuestras cabezas y nuestros hombros. Abrimos la boca para beber.

—Esto es una locura —dijo la señora Rimas.

Mamá le gritó algo al guardia rubio. Se distinguía la brasa de su cigarrillo entre

las ramas de los árboles bajo los cuales se había cobijado.

—Dice que tenemos que cavar más deprisa —nos dijo mi madre, levantando la voz para hacerse oír por encima del ruido de la lluvia, que caía a cántaros—. Que ahora la tierra estará más blanda.

—Qué mal nacido —dijo la señora Rimas.

Miré mi dibujo y vi que nuestra casa se estaba disolviendo. El palo que había utilizado se alejó rodando, impulsado por el

viento y la lluvia.

Bajé la cabeza y me puse a cavar. Clavaba la palita en la tierra, cada vez más fuerte, imaginándome que el suelo era el comandante. Sentía calambres en los dedos, y me temblaban los brazos de agotamiento. Se me desgarró el dobladillo del vestido, y el sol de la mañana me quemaba la cara y el cuello.

Cuando dejó de llover, volvimos al campamento, cubiertas de barro hasta la

cintura. Tenía retortijones de hambre. La señora Rimas se echó al hombro la lona con las herramientas y seguimos avanzando a duras penas, con las manos agarrotadas por las palas que no habíamos soltado en casi doce horas.

Entramos en el campo de trabajo por la parte de atrás. Reconocí la choza del calvo, con su puerta marrón, y fui capaz de guiar a mamá hasta la nuestra. Jonas ya estaba esperándonos dentro. Todos

los recipientes estaban llenos hasta arriba de agua.

—¡Habéis vuelto! —exclamó—. Me preocupaba que no encontrarais la choza.

Mamá abrazó a Jonas, besándole el pelo.

—Cuando he llegado aún llovía —nos explicó—. Así que he sacado fuera todos los recipientes para que tengamos agua.

—Muy astuto, cariño. ¿Y has bebido algo? —le preguntó mamá.

—Un montón —dijo,

mirando mi aspecto desaliñado—. Te puedes dar un buen baño.

Bebimos agua de una lata grande y luego nos limpiamos el barro de las piernas. Mamá insistió en que siguiera bebiendo agua, aunque ya me pareciera que no me cabía ni una gota más.

Jonas se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Había extendido delante de él uno de los pañuelos de mi madre. En el centro había un único trozo

de pan, con una florecilla al lado.

Mamá miró el pan y la flor marchita.

—¿Qué banquete es este? —preguntó.

—He recibido un cupón de racionamiento a cambio de mi trabajo de hoy. He estado haciendo zapatos con dos señoras —dijo Jonas, sonriendo—. ¿Tenéis hambre? Parecéis cansadas.

—Tengo muchísima hambre —dije, mirando el solitario pedazo de pan. Si a

Jonas le daban pan por trabajar a cubierto haciendo zapatos, a nosotras sin duda nos darían un pavo entero, pensé.

—Cada uno tenemos derecho a trescientos gramos de pan por nuestro trabajo —explicó Jonas—. Tenéis que ir a recoger vuestro cupón de racionamiento en la oficina del koljós.

—¿Y eso… eso es todo? —quiso saber mamá.

Jonas asintió.

Trescientos gramos de

pan duro. No me lo podía creer. Eso era todo lo que nos daban después de cavar durante horas. Nos estaban matando de hambre, y sin duda al final nos meterían en las fosas que estábamos cavando.

—No es suficiente —protesté.

—Ya conseguiremos algo más —dijo mi madre.

Por suerte, el comandante no estaba en la cabaña de troncos cuando llegamos. Nos dieron los

cupones sin que tuviéramos que suplicarles ni hacer nada a cambio. Seguimos a los demás trabajadores hasta un edificio cercano. Allí pesaron el pan y nos dieron a cada uno nuestra ración. Casi me cabía en el puño cerrado. En el camino de vuelta vimos a la señorita Grybas detrás de su choza. Nos indicó con un gesto que nos acercáramos. Tenía los brazos y el vestido muy sucios. Había estado todo el día trabajando en el campo

de remolachas. Se le contrajo la cara en una mueca de asco cuando nos vio.

—¿Qué les obligan a hacer a ustedes?

—Cavar —dijo mi madre, apartándose de la cara el cabello lleno de barro —. Bajo la lluvia.

—¡Rápido! —dijo, atrayéndonos hacia ella. Le temblaban las manos—. Podría meterme en un lío muy gordo por arriesgarme así por las dos. Espero que

sean conscientes. —Se llevó la mano al sujetador, se sacó unas pequeñas remolachas y se las pasó rápidamente a mi madre. Luego se levantó el vestido y se sacó dos más de la ropa interior—. ¡Y ahora márchense, deprisa! —nos apremió. Oí gritar al calvo en la choza de atrás.

Corrimos a nuestra cabaña para preparar nuestro banquete. Tenía tanta hambre que no reparé en que no me gustaban las remolachas. Ni siquiera me

importaba que alguien las hubiera llevado dentro de su ropa interior sudada.

35

—Lina, métetela en el bolsillo y llévasela al señor Stalas —dijo mi madre, tendiéndome una remolacha.

El calvo. No podía hacerlo. Sencillamente no podía.

—Mamá, estoy demasiado cansada. —Me tendí en el suelo, con la mejilla colorada contra la madera.

—He traído un poco de

paja para tumbarnos encima —anunció Jonas—. Las señoras con las que he trabajado me han dicho dónde encontrarla. Mañana traeré más —dijo.

—Lina, date prisa, ve antes de que anochezca. Llévale la remolacha al señor Stalas —me pidió mi madre, mientras colocaba la paja con Jonas.

Entré en la choza del calvo. Casi todo el espacio de la lúgubre cabaña lo ocupaban una mujer y dos

bebés que lloraban. El señor Stalas estaba acurrucado en un rincón, con la pierna rota inmovilizada con un tablón de madera.

—¿Por qué has tardado tanto? —me dijo al verme —. ¿Es que quieres matarme de hambre? ¿Estás conchabada con ellos? Qué tortura. Se pasan el día y la noche llorando. Gustoso cambiaría al maldito bebé del vagón por esta basura.

Le tiré la remolacha sobre el regazo y me di la

vuelta para marcharme.

—¿Qué te ha pasado en las manos? —me preguntó—. Las tienes horribles.

—He estado trabajando todo el día —le espeté—. No como usted.

—¿Qué os obligan a hacer? —prosiguió.

—Cavar agujeros —le contesté.

—Conque cavar, ¿eh? —masculló—. Interesante. Pensaba que se habrían llevado a tu madre.

—¿Qué quiere decir con

eso? —le pregunté.

—Tu madre es una mujer inteligente. Estudió en Moscú. Los malditos soviéticos lo saben todo de nosotros. Lo saben todo de nuestras familias. No creas que no se aprovecharán de ello.

Pensé en papá.

—Tengo que avisar a mi padre para que pueda encontrarnos.

—¿Encontraros? No seas estúpida —se mofó.

—Lo hará. Se las

apañará para hacerlo. No conoce usted a mi padre —le dije.

El calvo bajó la mirada.

—¿O sí?

—¿Ya se os han metido los guardias a ti y a tu madre? —me preguntó. Yo lo miré sin comprender—. Entre las piernas, ¿ya se os han metido?

Resoplé de asco. Ya no lo aguantaba más. Lo dejé ahí plantado y salí de la choza.

—Eh.

Me volví en dirección a la voz. Andrius estaba apoyado en la pared de la choza.

—Hola —le dije, mirándolo.

—Tienes una pinta horrorosa —me dijo.

Estaba demasiado agotada para contestarle algo inteligente, así que me limité a asentir.

—¿Qué os obligan a hacer?

—Estamos cavando agujeros —le dije—. Jonas

se ha pasado el día haciendo zapatos.

—Y yo, cortando leña en el bosque —dijo. Andrius estaba sucio, pero se veía que los guardias no le habían tocado ni un pelo. Su rostro y sus brazos estaban morenos, lo que hacía resaltar sus ojos azules. Me quité un pedazo de barro seco del pelo.

—¿En qué choza estás tú? —le pregunté.

—En una de por ahí —dijo, sin señalar a ningún

lado—. ¿Cavas con ese agente rubio?

—¿*Con* él? Tienes que estar de broma. Él no mueve un dedo —contesté—. Se limita a fumar y a gritarnos.

—Se llama Kretzsky —dijo Andrius—. Y el comandante, Komorov. Estoy intentando averiguar más cosas.

—¿De dónde sacas esa información? ¿Se sabe algo de los hombres? —pregunté, pensando en papá. Andrius negó con la cabeza.

—Parece ser que hay una aldea cerca de aquí, y que allí hay estafeta de correos —le dije—. ¿Lo sabías? Quiero mandarle una carta a mi prima.

—Los soviéticos leerán cualquier cosa que escribas. Tienen gente para traducir. Así que ten cuidado con lo que dices.

Bajé la mirada, recordando lo del agente del NKVD que le había pedido a mi madre que hiciera de traductora. Nuestra

correspondencia personal no era personal. La intimidad ya no era más que un recuerdo. Ni siquiera estaba racionada, como el pan o el descanso. Pensé en decirle a Andrius que el agente le había pedido a mi madre que fuera una espía.

—Toma —me dijo, tendiéndome la mano. Abrió el puño, y vi tres cigarrillos.

—¿Me das cigarrillos? —le pregunté.

—Bueno, qué te creías, ¿que tenía un pato asado en

el bolsillo?

—No, quería decir… Gracias.

—De nada. Son para tu hermano y para tu madre. ¿Están bien?

Yo asentí, dando una patada al suelo.

—¿De dónde has sacado los cigarrillos? —le pregunté.

—De por ahí.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien —contestó rápidamente—. Mira, ahora tengo que irme. Saluda a

Jonas de mi parte. E intenta no estropear los cigarrillos con el líquido de las ampollas que te han salido en las manos —se burló.

Volví a trompicones a nuestra choza, tratando de ver qué dirección tomaba Andrius. ¿Dónde estaba su cabaña?

Le di a mamá los tres cigarrillos.

—Son de parte de Andrius —le dije.

—Qué detalle por su parte —comentó mi madre

—. ¿De dónde los habrá sacado?

—¿Has visto a Andrius? —preguntó Jonas—. ¿Está bien?

—Sí. Se ha pasado el día cortando leña en el bosque. Me ha dicho que te saludara de su parte.

La lugareña entró y le tendió la mano a mi madre, como reclamándole algo. Mantuvieron un breve diálogo moteado de *nyets*, y la mujer golpeó el suelo varias veces con los pies.

—Elena —dijo mi madre, señalándose a sí misma—. Lina, Jonas —dijo, señalándonos a nosotros.

—¡Ulyushka! —exclamó la mujer, tendiéndole la palma abierta a mi madre.

Esta le dio un cigarrillo.

—¿Por qué le das un cigarrillo? —quiso saber Jonas.

—Dice que es un pago en concepto de alquiler —explicó mi madre—. Se llama Ulyushka.

—Pero ¿eso es su nombre o su apellido? —pregunté yo.

—No lo sé. Pero si hemos de vivir aquí, tenemos que poder llamarnos los unos a los otros correctamente.

Coloqué mi gabardina sobre el montón de paja que Jonas había traído y me tumbé. Odiaba la manera en que mamá había dicho «si hemos de vivir aquí», como si fuéramos a quedarnos mucho tiempo. También le

había oído decir *spaseeba*, que quería decir «gracias» en ruso. La vi compartir una cerilla con ella. Exhaló dos elegantes caladas y luego apagó rápidamente el cigarrillo, racionándose ella misma el tabaco.

—Lina —me susurró Jonas—, ¿Andrius tenía buen aspecto?

—Sí —dije, recordando su rostro moreno.

Estaba tendida en la cama, esperando oír el

sonido acordado. Oí unos suaves pasos fuera. La cortina se levantó, revelando el rostro moreno de Joana asomado a la ventana.

—Sal —me dijo—. Vamos a sentarnos en el porche.

Salí de nuestra habitación sin hacer ruido y me senté en el porche de la casita solariega. Joana se sentó de lado en el balancín, columpiándose. Me acomodé junto a ella,

levantando las rodillas y escondiendo mis pies descalzos bajo el camisón. El columpio crujía al compás del balanceo y Joana se quedó mirando la oscuridad.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido? —le pregunté.

—Es maravilloso —suspiró.

—¿De verdad? —insistí—. ¿Es inteligente? No será uno de esos chicos medio tontos que se pasan el día bebiendo cerveza en la

playa, ¿no?

—Qué va —dijo bajito —. Está en primero, en la universidad. Quiere estudiar Ingeniería.

—Ya. ¿Y no tiene novia? —le pregunté.

—Lina, para de buscarle pegas.

—No le estoy buscando pegas, solo pregunto.

—Algún día te fijarás en un chico, Lina, y cuando eso ocurra espero que no seas tan crítica.

—No soy crítica —

protesté—. Solo quiero asegurarme de que es lo bastante bueno para ti.

—Tiene un hermano pequeño —me dijo Joana, con una sonrisita cómplice.

—¿En serio? —pregunté, arrugando la nariz.

—¿Lo ves? Todavía no lo conoces y ya te estás poniendo en plan crítico.

—¡Que no me pongo en plan crítico! Bueno, ¿y dónde está este hermano pequeño?

—Llegará la semana que viene. ¿Quieres conocerlo?

—No lo sé, quizá. Depende de cómo sea —dije.

—Bueno, eso no lo sabrás hasta que no lo conozcas, ¿no te parece? —se burló Joana.

36

Ocurrió cuando estábamos durmiendo. Me había lavado las ampollas y había empezado una carta para Joana. Pero estaba demasiado cansada y me quedé dormida. Me despertaron los gritos de un agente del NKVD, que después nos sacó a empujones de la choza.

—Mamá, ¿qué ocurre? —quiso saber Jonas.

—Dicen que debemos presentarnos inmediatamente en la oficina del koljós.

—*Davai!* —gritó un guardia que llevaba una linterna. Se volvieron impacientes, y uno de ellos sacó una pistola.

—*Da!* ¡Sí! —dijo mamá—. ¡Vamos, niños, moveos! —Nos levantamos de nuestro camastro de paja. Ulyushka se volvió hacia el otro lado, dándonos la espalda. Miré hacia mi

maleta, aliviada de haber escondido mis dibujos.

También estaban sacando a otras personas de sus chozas. Caminamos en fila india por el sendero hasta la oficina del koljós. En algún lugar, a nuestra espalda, oí gritar al calvo.

Nos amontonaron en la habitación principal de la cabaña de troncos. El hombre del pelo gris que siempre daba cuerda a su reloj estaba en un rincón. La niña de la muñequita me

saludó con la mano muy contenta, como si hubiera vuelto a ver a una amiga muy querida. Tenía un gran moretón en la mejilla. Nos ordenaron que esperáramos en calma hasta que llegaran todos los demás.

Las paredes de troncos estaban cubiertas con una pasta gris para tapar las rendijas. La mayor parte del espacio la ocupaba un escritorio con una silla negra. Sobre la mesa había retratos de Marx, Engels,

Lenin y Stalin.

Iósif Vissariónovich Dzhugashvili. Se hacía llamar Josef Stalin, que significaba «Hombre de acero». Me quedé mirando el retrato, y era como si me devolviera la mirada, con la ceja derecha enarcada en un gesto desafiante. Miré su mostacho poblado y sus ojos oscuros como dos piedras. En ese retrato mostraba una sonrisa de suficiencia. ¿Sería intencionada? Me puse a pensar en los artistas que

pintaban los retratos de Stalin. ¿Se sentirían agradecidos de estar en su presencia o aterrados de que al modelo no le gustara el resultado final? El cuadro de Stalin estaba torcido.

Se abrió la puerta, y entró el calvo cojeando con su pierna rota.

—¡Y a ninguno se le ha ocurrido ayudarme! —gritó.

Komorov, el comandante, entró tras él, seguido de varios agentes del NKVD con fusiles. El

guardia rubio, Kretzsky, cerraba la fila, con un taco de papeles en la mano. ¿Cómo se habría aprendido Andrius sus nombres? Lo busqué con la mirada, a él y a su madre, pero no estaban.

Komorov empezó a hablar. Todos se volvieron hacia mamá. El comandante calló y la miró, con las cejas enarcadas y dándole vueltas en la boca a su eterno palillo.

El rostro de mi madre se endureció.

—Dice que nos han traído aquí para hacer papeleo.

—¿Papeleo? —se extrañó la señora Rimas—. ¿A estas horas?

Komorov siguió hablando. Kretzsky blandió un papel escrito a máquina.

—Todos debemos firmar ese documento —explicó mi madre.

—¿Y qué dice ese papel? —preguntó todo el mundo.

—Dice tres cosas —

declaró mamá, mirando fijamente a Komorov. Este siguió hablando, y mamá iba traduciendo para los demás.

—Primero, firmamos que accedemos a formar parte de esta granja colectiva. —Hubo cuchicheos de desaprobación en el grupo. La gente se iba volviendo hacia el comandante mientras hablaba. Este movió el brazo, apartándose la guerrera del uniforme, lo que reveló la pistola que

llevaba a la cintura. La gente se apartó.

—Segundo —prosiguió mamá—, firmamos que accedemos a pagar un impuesto de guerra de doscientos rublos por persona, niños incluidos.

—¿Y de dónde vamos a sacar doscientos rublos? —preguntó el calvo—. Ya nos han robado todo cuanto teníamos.

A ese comentario siguió un murmullo prolongado, hasta que uno de los

guardias golpeó la mesa con la culata de su fusil, y todos callaron.

Yo observaba a Komorov mientras hablaba. Este miraba fijamente a mamá, como si estuviera disfrutando enormemente de lo que le estaba diciendo. Mamá calló un momento e hizo una mueca.

—¿Qué pasa? ¿Cuál es la tercera cosa, Elena? —quiso saber la señora Rimas.

—Aceptamos que somos criminales. —Mi madre

volvió a callar un momento —. Y que nuestra sentencia será… veinticinco años de trabajos forzados.

La habitación entera prorrumpió en gritos y gemidos. Alguien empezó a ahogarse, presa del pánico. La multitud se fue acercando al escritorio para protestar. Los agentes del NKVD levantaron sus fusiles y nos apuntaron con ellos. Se me abrió la boca de par en par. ¿Veinticinco años? ¿Íbamos a estar prisioneros

veinticinco años? Eso significaba que sería mayor que mamá ahora cuando nos liberaran. Extendí las manos para apoyarme en Jonas, pero ya no estaba a mi lado. Se había desplomado sobre el suelo.

Me costaba respirar. La habitación empezó a dar vueltas. Me sentía mareada, yo también era presa del pánico.

—¡SILENCIO! —gritó una voz masculina. Todo el mundo se volvió hacia ella.

Había hablado el hombre del pelo gris que todos los días daba cuerda a su reloj.

—Cálmense —dijo despacio—. No sirve de nada ceder a la histeria. Si somos presa del pánico, no podremos pensar con claridad. Estamos asustando a los niños.

Miré a la niña de la muñequita. Estaba agarrada al vestido de su madre, y las lágrimas resbalaban por sus mejillas magulladas.

El hombre bajó la voz y

habló con calma.

—Somos personas inteligentes y dignas. Por eso nos han deportado. Para aquellos de ustedes que no me conocen, mi nombre es Alexandras Lukas. Soy abogado y vengo de Kaunas.

La multitud se tranquilizó. Mamá y yo ayudamos a Jonas a levantarse.

El comandante, Komorov, gritó desde su escritorio.

—Por favor, señora

Vilkas, dígale al comandante que estoy explicándoles la situación a nuestros compañeros —dijo el señor Lukas. Mi madre tradujo sus palabras. Kretzsky, el agente rubio, se mordió una uña.

—No pienso firmar ningún documento —declaró la señorita Grybas—. Nos hicieron firmar un documento de inscripción en el congreso de profesores, y miren dónde me ha llevado. Así recopilaron los nombres de todos los profesores, para

luego deportarlos.

—Nos matarán si no firmamos —objetó la mujer gruñona.

—No lo creo —dijo el hombre del pelo gris—. Al menos, no antes del invierno. Estamos en la primera semana de agosto. Hay mucho que hacer. Somos obreros fuertes y capaces. Estamos trabajando los campos para ellos, construyendo edificios. Para ellos es una ventaja tenernos aquí, al menos hasta que

llegue el invierno.

—Tiene razón —corroboró el calvo—. Primero nos exprimirán al máximo y luego nos matarán. ¿Quién quiere esperar hasta que eso ocurra? Yo no, desde luego.

—Mataron a la madre del bebé —resopló la gruñona.

—Mataron a Ona porque perdió el juicio —dijo el señor Lukas—. Estaba fuera de control. Nosotros no. Somos gente racional e

inteligente.

—Entonces ¿no deberíamos firmar? —preguntó alguien.

—No. Creo que deberíamos sentarnos en orden. La señora Vilkas les explicará que no estamos preparados para firmar papeleo.

—¿Que no estamos preparados? —preguntó la señora Rimas.

—Estoy de acuerdo con el señor Lukas —dijo mi madre—. No debemos

negarnos por completo. Y hemos de demostrarles que no estamos histéricos. Formemos tres filas.

Los agentes del NKVD cogieron sus fusiles, pues no estaban muy seguros de lo que íbamos a hacer. Nos sentamos formando hileras ante el escritorio, bajo los retratos de los dirigentes rusos. Los guardias se miraron unos a otros, estupefactos. Nos mostramos muy tranquilos. Habíamos recuperado una

pizca de dignidad. Rodeé a mi hermano con el brazo.

—Señora Vilkas, pregúntele, por favor, al comandante Komorov de qué se nos acusa —dijo el hombre del pelo gris, y mi madre lo tradujo. Komorov estaba sentado en el borde de la mesa, balanceando la pierna en el aire.

—Dice que estamos acusados según el artículo 58 del Código penal soviético por actividades contrarrevolucionarias

contra la URSS —dijo mi madre.

—Eso no se castiga con una sentencia de veinticinco años —rezongó el calvo.

—Dígale que trabajaremos para ellos y lo haremos bien, pero que todavía no estamos preparados para firmar —declaró el señor Lukas, y mi madre tradujo sus palabras.

—Dice que tenemos que firmar ahora —añadió.

—No voy a firmar un papel que me condena a

veinticinco años de trabajos forzados —declaró la señorita Grybas.

—Yo tampoco —dije.

—Entonces ¿qué hacemos? —quiso saber la señora Rimas.

—Esperar aquí tranquilamente hasta que nos echen —contestó el señor Lukas, dando cuerda a su reloj.

De modo que eso hicimos.

—¿Dónde está Andrius? —murmuró Jonas.

—No lo sé —le contesté. Había oído al calvo hacer la misma pregunta.

Permanecimos sentados en el suelo de la oficina del koljós. Cada pocos minutos, Komorov abofeteaba o le daba una patada a alguien, tratando de obligarlo a firmar, pero nadie lo hizo. Cada paso que daba el comandante me hacía estremecer. El sudor resbalaba por mi nuca y mi espalda. Intenté mantener la cabeza gacha, temerosa de

que Komorov se fijara en mí. A los que se quedaban dormidos los golpeaban.

Pasaron las horas. Seguíamos sentados obedientemente, como los niños en el colegio en presencia del director. Por fin, Komorov le dijo algo a Kretzsky.

—Le está diciendo al joven guardia que se ocupe él ahora de nosotros —tradujo mi madre.

Komorov se dirigió hacia mi madre. La agarró

del brazo y le escupió a la cara algo que parecía una ostra. Luego se marchó.

Mi madre se limpió la saliva rápidamente, como si no le molestara en absoluto. A mí sí me molestaba. Quería transformar todo mi odio en saliva y escupírsela a su vez al comandante en plena cara.

37

Al amanecer nos dijeron que era hora de volver al trabajo. Cansados, pero aliviados, nos arrastramos hasta nuestras chozas. Ulyushka ya se había marchado. La cabaña olía a huevos podridos. Bebimos un poco de agua de lluvia y nos comimos un pedazo de pan duro que mamá había guardado. Pese a mis esfuerzos por lavarlo, mi

vestido seguía sucio de barro. Tenía las manos como si un animalillo hubiera estado un buen rato mordisqueándolas. De mis ampollas manaba pus.

Intenté lavarme las heridas con agua de lluvia, pero no sirvió de nada. Mamá me dijo que necesitaba que se me formaran callos.

—Tú solo haz lo que puedas, cariño —me dijo—. Mueve el brazo como si estuvieras cavando, pero no

aprietes. Yo trabajaré por las dos. —Salimos de la cabaña y nos dirigimos a la fila para que nos asignaran la tarea.

Se nos acercó la señora Rimas, con una expresión de pánico en la cara. Entonces lo vi, vi el cuerpo de un hombre clavado sobre la pared de la oficina del koljós, con una estaca que le atravesaba el pecho. Sus brazos y sus piernas colgaban como los de una marioneta. La sangre que manaba de la herida le había

empapado la camisa y goteaba hasta el suelo, donde ya se había formado un charco. Las águilas ratoneras se estaban dando un festín en sus heridas de bala. Una picoteó el interior vacío de la cuenca de uno de sus ojos.

—¿Quién es? —pregunté.

Mi madre ahogó un grito y me agarró, tratando de taparme los ojos.

—Escribió una carta —susurró la señora Rimas.

Me zafé de mamá y me acerqué a la pared, donde estaba sujeta con una chincheta la hoja de papel, ondeando al viento junto al cadáver del hombre. Vi algo escrito y un tosco dibujo.

—Escribió una carta a los partisanos, los luchadores por la libertad lituanos. El NKVD la encontró —explicó la señora Rimas.

—¿Y quién se la tradujo? —le preguntó mi madre en un susurro. La

señora Rimas se encogió de hombros.

Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en mis dibujos. Sentí náuseas y me llevé la mano a la boca.

El guardia rubio, Kretzsky, se me quedó mirando. Parecía cansado y enfadado. Nuestra confrontación le había quitado horas de sueño. Nos llevó hasta el claro en el bosque a paso más rápido que el día anterior, gritándonos y empujándonos

durante todo el camino.

Llegamos a la gran fosa que habíamos cavado el día anterior. La miré y calculé que dentro podían caber cuatro hombres tumbados. Kretzsky nos dio instrucciones para que caváramos otra similar junto a la anterior. No podía quitarme de la cabeza la imagen del hombre asesinado. Su dibujo no era más que unas cuantas líneas mal trazadas. Pensé en mis dibujos, tan reales y llenos

de dolor, guardados en mi maleta. Tenía que esconderlos mejor.

Bostecé y empecé a cavar la tierra. Mi madre dijo que el tiempo pasaba más deprisa si hablábamos de cosas alegres y que nos gustaran. Dijo que eso nos daría fuerza.

—Quiero encontrar esa aldea —dije yo—. Quizá podamos comprar comida o mandar cartas.

—¿Cómo vamos a ir a ninguna parte si no hacemos

más que trabajar? —dijo la gruñona—. Y si no trabajamos, no comemos.

—Intentaré preguntárselo a la mujer con la que vivo —dijo la señora Rimas.

—Cuidado con quién habla —le advirtió mi madre—. No sabemos en quién podemos confiar.

Echaba de menos a papá. Él sabría a quién podríamos preguntar y de quién era mejor mantenernos alejados.

Cavamos y cavamos

hasta que nos trajeron el agua. El comandante Komorov iba en el camión. Se paseó por las fosas, inspeccionándolas. Yo no le quitaba ojo al cubo de agua. Tenía el cabello pegado a la cara por el sudor. Quería meter la cabeza en el cubo y beber. Komorov ladró una orden. Kretzsky movió los pies. El comandante repitió su orden.

Mamá palideció de repente.

—Dice… que tenemos

que meternos en el primer agujero —dijo, aferrándose el borde del vestido.

—¿Para qué? —quise saber yo.

Komorov gritó y se sacó una pistola del cinturón. Apuntó con ella a mamá. Esta saltó dentro del primer agujero. Ahora me apuntaba a mí con la pistola. Yo también salté. Siguió apuntándonos, hasta que las cuatro estuvimos en el agujero. Se rio y dio otra orden.

—Tenemos que ponernos las manos en la cabeza —dijo mamá.

—No, Dios mío —gimió la señora Rimas, temblando.

Komorov rodeó la fosa, mirándonos, sin dejar de apuntarnos con su pistola. Nos dijo que nos tumbáramos. Lo obedecimos, tendiéndonos todas juntas. Mamá me cogió la mano y me la apretó con fuerza. Yo levanté la mirada. El cielo era azul, detrás de su silueta, alta y

corpulenta. Volvió a rodear la fosa.

—Te quiero, Lina —murmuró mamá.

—Padre nuestro, que estás en el cielo —empezó a rezar la señora Rimas.

¡PAM!

Disparó al agujero. Cayó tierra sobre nuestras cabezas. La señora Rimas gritó. Komorov nos mandó callar. Rodeaba la fosa una y otra vez, mascullando que éramos unas cerdas asquerosas. De pronto, se

puso a echar tierra a patadas al interior del agujero. Se reía, echando tierra cada vez más rápido. La tierra cayó primero sobre mis pies, luego sobre mi vestido y después sobre mi pecho. Pateaba el suelo furioso, cubriéndonos de tierra, sin dejar de apuntarnos a la cara con su pistola. Si me incorporaba, me pegaría un tiro. Si no lo hacía, me enterraría viva. Cerré los ojos. Sentía un gran peso de tierra sobre mi cuerpo. Y,

entonces, la tierra empezó a caer también sobre mi rostro.

¡PAM!

Cayó más tierra sobre nuestras cabezas. Komorov se reía como un loco, arrojándonos tierra sobre la cara. Me cubría la nariz. Abrí la boca para respirar y la garganta se me llenó de tierra, ahogándome.

Oí a Komorov reír y luego carraspear. Reía y tosía, tratando de recuperar la compostura, como si se

hubiera excedido. Kretzsky dijo algo.

¡PAM!

Luego ya no oí nada, solo silencio. Yacíamos ahí, enterradas en la fosa que tanto nos había costado cavar. Me llegó un sonido ahogado, era el motor del camión, el vehículo se alejaba. No podía abrir los ojos. Sentí que mamá me apretaba la mano. Todavía estaba viva. Le apreté la mano a mi vez. Luego oí la voz de Kretzsky. Mamá se

incorporó y, como loca, se puso a apartarme la tierra de la cara y tiró de mí para que me levantara. La abracé muy fuerte, no quería soltarla. La señora Rimas quitó la tierra que cubría a la gruñona. Estornudó y escupió tierra.

—Ya pasó, mi vida —dijo mamá, acunándome en sus brazos—. Solo intenta asustarnos. Quiere que firmemos esos documentos.

No podía llorar, ni siquiera podía hablar.

—*Davai* —dijo

Kretzsky, tendiéndonos la mano.

Yo miré su brazo tendido hacia mí y vacilé. Él lo acercó un poco más. Agarré su antebrazo, y él agarró el mío. Clavé un pie en la pared de tierra de la fosa y dejé que el guardia tirara de mí hacia arriba. Cuando salí, me quedé junto al agujero, delante de Kretzsky. Nos miramos el uno al otro.

—¡Sáquenme de aquí! —gritó la gruñona. Aparté la

mirada y la dirigí al lugar donde antes estaba el camión. Kretzsky nos ordenó que retomáramos nuestra tarea y nos pusiéramos a cavar. Nadie volvió a hablar en todo el día.

38

—¿Qué ocurre? —preguntó Jonas cuando volvimos a la cabaña.

—Nada, cariño —dijo mamá.

Jonas nos miró por turnos, inspeccionando nuestros rostros en busca de respuestas.

—Estamos cansadas, nada más —le explicó mamá, sonriendo.

—Cansadas, nada más

—repetí yo.

Jonas nos empujó al montón de paja que nos servía de lecho. Dentro de su gorrita había tres patatas grandes. Se llevó un dedo a los labios para que nadie nos oyera gritar de alegría. No quería que Ulyushka se quedara con las patatas como pago del alquiler.

—¿De dónde las has sacado? —pregunté en un susurro.

—¡Gracias, tesoro! —exclamó mamá—. Y creo

que ha sobrado el agua de lluvia suficiente. Vamos a poder preparar una rica sopa de patata.

Mamá sacó su abrigo de la maleta.

—Enseguida vuelvo.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—A llevarle comida al señor Stalas —me dijo.

Rebusqué en mi maleta, pensando en el hombre al que habían clavado con una estaca a la pared de la oficina del koljós. Mis

dibujos seguían en su sitio, nadie los había tocado. El forro de mi maleta estaba cerrado con automáticos. Arranqué del cuaderno cada página que había escrito o dibujado, las escondí dentro del forro y volví a cerrar todos los automáticos. Escondería mis mensajes para papá hasta que pudiera encontrar la manera de hacérselos llegar.

Ayudé a Jonas a poner el agua a hervir. Entonces caí en la cuenta de que la

señorita Grybas no había podido darnos remolachas hoy. Mamá no había cogido ninguna patata, entonces ¿qué le había llevado al calvo para comer?

Avancé entre las cabañas y enseguida me oculté para que no me vieran. Mamá estaba hablando con Andrius delante de la choza del calvo. Ya no llevaba puesto su abrigo. No alcanzaba a oír su conversación. Andrius parecía preocupado. Con mucha discreción, le entregó

un paquete a mamá. Ella lo cogió y le dio una palmadita en el hombro. Andrius se volvió para marcharse. Yo me escondí detrás de la choza. Cuando mi madre pasó por mi lado sin verme y se alejó, salí de mi escondite y me puse a seguir a Andrius.

Este recorrió la hilera de cabañas. Yo me mantuve a escasa distancia, lo bastante cerca para ver por dónde iba. Llegó hasta el límite del campamento y luego siguió

hasta una gran cabaña hecha de troncos, con ventanas en las paredes. Allí se detuvo y miró a su alrededor. Yo me escondí detrás de una choza. Me pareció que Andrius entraba en la cabaña por la puerta de atrás. Me acerqué un poco más, cuidando de que no me viera, y me oculté detrás de un arbusto.

Guiñé los ojos para ver por la ventana. Había un grupo de agentes del NKVD sentados alrededor de una mesa. Miré a la parte trasera

de la cabaña. No, Andrius no podía haber entrado en una cabaña del NKVD. Estaba a punto de acercarme más, cuando la vi. La señora Arvydas apareció en la ventana, llevando una bandeja con vasos. Su cabello estaba limpio y bien peinado y su ropa planchada. Iba maquillada. Sonrió y sirvió las bebidas a los agentes del NKVD.

Andrius y su madre trabajaban para los soviéticos.

39

Debería haberme sentido agradecida por cenar sopa de patata aquella noche, pero no dejaba de pensar en Andrius. ¿Cómo podía hacer algo así? ¿Cómo podía trabajar para ellos? ¿Viviría en esa cabaña? Pensé en que mientras yo yacía en aquella fosa, quizá Andrius estuviera tumbado en una cama, una cama soviética. Golpeé con el pie la paja que

me picaba en la piel, mirando fijamente el techo oxidado.

—Mamá ¿crees que nos dejarán dormir esta noche? ¿O crees que insistirán en que vayamos a la oficina a firmar esos papeles? —preguntó Jonas.

—No lo sé —dijo mamá. Volvió la cabeza hacia mí—. Andrius me ha dado ese pan tan bueno que hemos cenado hoy con la sopa. Es muy valiente por su parte arriesgarse así por nosotros.

—Sí, ya, seguro, es muy valiente, claro.

—¿Qué quieres decir con eso? —protestó Jonas—. Claro que es valiente. Nos consigue comida casi todos los días.

—Él desde luego parece muy bien alimentado. De hecho, hasta me parece que ha engordado —contesté.

—Pues deberías alegrarte —dijo mi madre—. Deberías alegrarte de que no todo el mundo pase tanta hambre como nosotros.

—Sí, me alegro mucho de que el NKVD no pase hambre. Si estuvieran hambrientos, ¿cómo tendrían fuerzas para enterrarnos vivas? —dije.

—¿Qué? —preguntó Jonas, sin comprender.

Ulyushka nos gritó que nos calláramos.

—Silencio, Lina. Vamos a rezar y a dar gracias por esta cena tan rica. Recemos por que vuestro padre esté tan bien como nosotros ahora.

Dormimos toda la noche. A la mañana siguiente, el agente Kretzsky nos dijo que debíamos unirnos a las demás mujeres en los campos de remolachas. Yo estaba feliz. Inclinadas sobre las largas hileras verdes de remolachas de azúcar, trabajamos la tierra con azadas sin mango. Mientras nos esforzábamos así, la señorita Grybas nos iba advirtiendo. Nos contó que, el primer día, alguien había descansado un momento,

clavando el mango en el suelo y apoyándose en la herramienta para secarse el sudor de la frente. Entonces, los soviéticos habían mandado serrar todos los mangos. Me di cuenta entonces de lo difícil que había sido para la señorita Grybas robar remolachas para nosotros. Había guardias armados vigilando. Aunque parecían más interesados en fumar y contarse chistes unos a otros, esconder una remolacha en

mi ropa interior sin que se dieran cuenta no fue tarea fácil. Sobresalía y se notaba mucho.

Aquella noche, me negué a llevarle comida al señor Stalas. Le dije a mamá que me encontraba mal y que no podía andar. No soportaba tener que ver a Andrius. Era un traidor. Estaba gordo de comida soviética, comía de la mano que cada día nos estrangulaba a todos.

—Yo le llevaré la

comida al señor Stalas —dijo Jonas unos días después.

—Lina, acompáñalo —me ordenó mi madre—. No quiero que vaya solo. —Fui con Jonas hasta la choza del calvo. Andrius estaba esperando fuera.

—Hola —me saludó. Yo no le hice ni caso, dejé a Jonas fuera y entré para darle al señor Stalas sus remolachas. Me recibió de pie.

—Hombre, mira quién

viene. ¿Dónde has estado? —me preguntó, apoyándose en la pared. Me fijé en que tenía el abrigo de mi madre metido en su camastro de paja.

—Qué, ¿le decepciona que aún no me haya muerto? —le dije, tendiéndole las remolachas.

—Vaya humor traes —comentó.

—¿Es usted el único con derecho a estar enfadado? Estoy harta de esto. Estoy cansada de que el NKVD nos

acose así.

—Bah. No les importa si firmamos o no —aseguró el calvo—. ¿De verdad crees que les hace falta nuestra autorización, nuestras firmas para hacer lo que están haciendo con nosotros? Stalin necesita someternos. ¿Es que no lo entiendes? Sabe que si firmamos unos estúpidos documentos, tiraremos la toalla. Y así quebrantará nuestra voluntad.

—Y eso usted ¿cómo lo

sabe? —le pregunté.

Con un gesto, me indicó que me marchara.

—No te sienta bien estar enfadada, a ti no —me dijo —. Y ahora, largo de aquí.

Salí de la choza.

—Vámonos, Jonas.

—Espera —susurró Jonas, acercándose a mí—. Nos ha traído embutido.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—Supongo que tu hermana es alérgica a la amabilidad —indicó

Andrius.

—No es a eso a lo que soy alérgica. ¿De dónde has sacado el embutido? —quise saber.

Andrius se me quedó mirando fijamente.

—Jonas ¿puedes dejarnos solos un momento? —le pidió.

—No, no puede. Mi madre no quiere que se quede solo. Esa es la única razón de que yo esté aquí ahora —le contesté.

—No me pasa nada por

estar solo —dijo Jonas, y, dándonos la espalda, se alejó.

—¿De modo que esto es lo que estás comiendo estos días? —le pregunté—. ¿Embutido soviético?

—Cuando puedo conseguirlo —me contestó. Se sacó un cigarro del bolsillo y lo encendió. Andrius parecía más fuerte, tenía los brazos musculosos. Dio una calada y exhaló una nube de humo por encima de nuestras cabezas.

—Y cigarrillos —comenté—. ¿Estás durmiendo en una cómoda cama en esa cabaña soviética?

—No tienes ni idea —me respondió.

—¿Ah, no? Bueno, mira, lo que sí sé es que no pareces cansado ni hambriento. A ti no te arrastraron a la oficina del koljós en mitad de la noche ni te sentenciaron a veinticinco años de trabajos forzados. ¿Qué, te estás

chivando de todo lo que hablamos entre nosotros?

—¿Crees que soy un espía?

—Komorov le pidió a mi madre que espiara y le contara todo lo que oyera. Pero ella le dijo que no.

—No sabes de qué estás hablando —dijo Andrius, poniéndose muy colorado.

—¿Ah, no?

—No, no tienes ni idea —declaró.

—No veo que tu madre trabaje la tierra…

—No —contestó Andrius, acercándose mucho a mí—. ¿Y sabes por qué? —Vi que le latía una vena en la sien. Sentí su aliento sobre mi frente.

—Sí, porque…

—Porque la amenazaron con matarme si no se acostaba con ellos. Y si se cansan de ella, lo mismo me matan de todas maneras. De modo que ¿cómo te sentirías, Lina, si tu madre tuviera que prostituirse para salvarte a ti la vida?

Se me abrió la boca de par en par.

Las palabras salían en tropel de sus labios.

—¿Cómo crees que se sentiría mi padre si lo supiera? ¿Cómo se siente mi madre teniendo que acostarse con los hombres que asesinaron a su esposo? No, tu madre quizá no trabaje de traductora para ellos, pero ¿qué crees que haría si le pusieran un cuchillo en el cuello a tu hermano?

—Andrius, yo…

—No, no tienes ni idea. No tienes ni idea de cuánto me odio a mí mismo por permitir que mi madre tenga que pasar por esto, cómo pienso cada día en quitarme la vida para que mi madre pueda ser libre. Pero, en lugar de eso, mi madre y yo aprovechamos nuestra desgracia para mantener a otros con vida. Pero eso tú no lo puedes entender, ¿verdad? Eres demasiado egoísta y solo piensas en ti.

Pobrecita de ti, que te pasas el día cavando. No eres más que una niña mimada. —Se dio la vuelta y se alejó.

40

La paja me hacía cosquillas en la cara. Hacía tiempo que Jonas se había quedado dormido. Con cada una de sus respiraciones, dejaba escapar un tenue silbido. Yo no dejaba de dar vueltas en la cama.

—Lo está intentando, Lina —me dijo mi madre.

—Está durmiendo —le contesté.

—Me refiero a Andrius.

Lo está intentando contigo, y tú lo rechazas cada vez. Los hombres no son siempre muy hábiles, ¿sabes?

—Mamá, tú no lo entiendes —le aseguré.

No me hizo caso y siguió hablando.

—Bueno, veo muy claro que estás disgustada. Jonas me ha dicho que has sido desagradable con Andrius. Eso no es justo. A veces la amabilidad se demuestra de manera torpe. Pero, en su torpeza, es mucho más

sincera que la de esos hombres distinguidos que salen en los libros que tú lees. Tu padre era muy torpe también.

Una lágrima rodó por mi mejilla.

Mamá se rio en la oscuridad.

—Dice que lo embrujé el mismo instante en que me vio. Pero ¿sabes lo que ocurrió de verdad? Intentó hablar conmigo y se cayó de un árbol. Se cayó de un roble y se rompió el brazo.

—Mamá, no se trata de eso —le dije.

—Kostas —suspiró ella—. Era tan torpe, pero tan sincero. A veces la torpeza esconde tanta belleza… Es una manera de intentar expresar amor y emoción, pero al final todo queda en simple torpeza. ¿Lo entiendes?

—Mmm —dije, intentando ahogar el llanto.

—Los hombres buenos suelen ser más prácticos que guapos —dijo mi madre—.

Pero da la casualidad de que Andrius es ambas cosas.

No podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos, lo veía guiñándome un ojo, acercando su hermoso rostro al mío. El olor de su cabello flotaba a mi alrededor.

—¿Estás despierta? —murmuré.

Joana se dio la vuelta en la cama.

—Sí, hace demasiado calor para dormir —

protestó.

—Me da vueltas la cabeza. Es tan… guapo —le dije.

Ella soltó una risita, metiendo los brazos debajo de la almohada.

—Y baila aun mejor que su hermano mayor.

—¿Qué pensaste al vernos juntos? ¿Qué aspecto teníamos? —le pregunté a mi prima.

—Pues se veía que lo estabais pasando en grande —dijo—. Era obvio, saltaba

a la vista.

—Estoy impaciente por verlo mañana —suspiré—. Es un chico perfecto.

Al día siguiente, después de comer, corrimos a casa para peinarnos. Casi me choqué con Jonas al salir.

—¿Adónde vais? —me preguntó.

—A dar un paseo —respondí, corriendo para alcanzar a Joana.

Caminé lo más deprisa que pude sin echar a correr. Intentaba no arrugar el

dibujo que llevaba en la mano. Al ver que no lograba conciliar el sueño, había decidido dibujarlo. El retrato me había salido tan bien que Joana me había sugerido que se lo regalara. Me aseguró que le impresionaría mi talento.

En la calle, su hermano corrió para alcanzar a Joana.

—Hola, desconocida —dijo, sonriéndole.

—Hola —contestó esta.

—Hola, Lina. ¿Qué es

eso que llevas ahí? —me preguntó, señalando la hoja de papel.

Joana miró hacia la heladería. Yo miré también, buscándolo.

—Lina —dijo ella, tendiendo el brazo para retenerme.

Demasiado tarde. Ya lo había visto. Mi príncipe rodeaba con el brazo a una chica pelirroja. Se los veía muy juntitos, riendo y compartiendo un cono de helado. Sentí un nudo en el

estómago.

—Se me ha olvidado una cosa —comenté, dando un paso atrás. Arrugué el dibujo. Me sudaban las palmas de las manos—. Enseguida vuelvo.

—Voy contigo —dijo Joana.

—No, no hace falta —le contesté. Esperaba que nadie viera que me había puesto colorada. Intenté sonreír. Me temblaban las comisuras de los labios. Me di la vuelta y me alejé,

pugnando por guardar la compostura hasta que estuve lo bastante lejos de ellos.

Por más que apretaba los dientes, no lograba contener el llanto. Me detuve y me apoyé en un cubo de basura.

—¡Lina! —Joana me alcanzó—. ¿Estás bien?

Yo asentí. Alisé el retrato arrugado de su hermoso rostro. Lo rompí en pedazos. Algunos escaparon de entre mis dedos y salieron volando por la

calle. Los chicos eran todos unos imbéciles. Todos.

41

Se acercaba el otoño. El NKVD nos acosaba más y más. Bastaba que diéramos un simple traspié para que nos redujeran las raciones de pan. Por muy fuerte que mi madre me pellizcara, no me quedaban lágrimas. La sensación de llanto me inundaba, pero mis ojos seguían secos y me escocían.

Era difícil imaginar que en algún lugar de Europa se

estaba librando una guerra. Nosotros teníamos nuestra propia guerra, mientras esperábamos a que el NKVD eligiera a su próxima víctima o nos arrojara a una fosa. Disfrutaban pegándonos puñetazos y patadas en los campos. Una mañana, sorprendieron a un anciano comiéndose una remolacha. Un guardia le arrancó los dientes superiores con unas tenazas. Nos obligaron a mirar. Una noche sí otra no, nos

despertaban en plena madrugada para obligarnos a firmar los documentos que nos sentenciaban a veinticinco años de trabajos forzados. Aprendimos a permanecer sentados delante del escritorio de Komorov y a descansar con los ojos abiertos. Yo me las ingeniaba para escapar del NKVD mientras permanecía sentada delante de sus agentes.

Mi profesor de arte nos había contado que si

respirabas hondo y te imaginabas algún lugar, podías estar allí. Podías verlo y sentirlo. Durante nuestras protestas silenciosas ante el NKVD aprendí a hacerlo. Me aferraba a mis herrumbrosos sueños durante esos momentos de silencio. A punta de pistola, me abandonaba a la esperanza, me permitía a mí misma confiar y ser optimista. Komorov pensaba que nos estaba torturando, pero lo

que hacíamos era concentrarnos en la quietud que se formaba dentro de nosotros mismos. Allí encontrábamos las fuerzas para continuar.

No todo el mundo era capaz de permanecer sentado, inmóvil. Algunos, exhaustos, se ponían nerviosos y terminaban por tirar la toalla.

—¡Traidores! —escupió entre dientes la señorita Grybas, chasqueando la lengua. La gente

despotricaba de aquellos que firmaban. La primera noche que alguien firmó yo me puse furiosa. Mamá me dijo que debía compadecerme de aquella persona, que la habían acosado hasta el punto de anular su identidad. Pero yo era incapaz de sentir lástima. Sencillamente, no lo entendía.

Cada mañana, de camino a los campos de remolachas, podía predecir quién sería el próximo en firmar. En su rostro se leía la derrota como

en un libro abierto. Mamá también se daba cuenta. Entonces charlaba con la persona en cuestión y trabajaba junto a ella en el campo, intentando animarla. A veces funcionaba pero, otras muchas, no. Por las noches, yo dibujaba retratos de aquellos que habían firmado, y relataba cómo el NKVD había quebrantado su voluntad.

Las hostilidades del NKVD no hacían sino intensificar mi actitud

desafiante hacia ellos. ¿Por qué debía someterme a gente que me escupía a la cara y me atormentaba todos los días? ¿Qué me quedaría si les entregaba también el respeto por mí misma? Me preguntaba a veces qué pasaría si al final fuéramos los únicos que no estaban dispuestos a firmar.

El calvo se quejaba de que no podíamos fiarnos de nadie. Acusaba a todo el mundo de ser un espía. La confianza se hacía añicos.

La gente empezó a poner en cuestión los motivos de los demás y a plantar semillas de recelo. Pensé en papá, que siempre me decía que tuviera cuidado con lo que dibujaba.

Dos noches después, la gruñona firmó los papeles. Se inclinó sobre el escritorio. La pluma temblaba en su mano nudosa. Me pareció que estaba a punto de cambiar de idea, pero de pronto garabateó algo y arrojó la

pluma al suelo, condenándose a sí misma y a sus hijas a veinticinco años de trabajos forzosos. La miramos fijamente. Mamá se mordió el labio inferior y bajó la cabeza. La gruñona se puso a gritarnos que éramos unos imbéciles, que íbamos a morir todos, así que ¿por qué no comer bien hasta entonces? Una de sus hijas empezó a llorar. Aquella noche, dibujé su rostro. Lo dibujé con las comisuras de los labios

hacia abajo y una expresión de desamparo. En las arrugas de su frente se leía una mezcla de rabia y confusión.

Mi madre y la señora Rimas pugnaban por conseguir noticias de los hombres y de la guerra. Andrius le pasaba información a Jonas y hacía como si yo no existiera. Mamá le escribía cartas a papá, aunque no supiera dónde mandarlas.

—Ojalá pudiéramos ir a

esa aldea cercana, Elena —dijo una noche la señora Rimas mientras hacíamos cola para recibir nuestra ración cotidiana de pan—. Entonces podríamos echar al correo nuestras cartas.

Quienes habían firmado el documento que los condenaba a veinticinco años tenían permiso para ir a la aldea, pero los demás no.

—Sí, tenemos que ir a la aldea —exclamé, pensando en hacerle llegar algo a papá.

—Manden a la puta, a esa tal señora Arvydas —propuso el calvo—. Esa seguro que consigue los mejores tratos. Ya debe de haber aprendido bastante ruso.

—¡Cómo se atreve! —exclamó indignada la señora Rimas.

—Es usted un viejo asqueroso. ¿Acaso cree que ella quiere acostarse con ellos? —grité—. ¡La vida de su hijo depende de ello! —Jonas bajó la cabeza.

—Debería compadecerse de la señora Arvydas —le dijo mi madre—, igual que los demás nos compadecemos de usted. Gracias a Andrius y a su madre ha tenido algo más de comer muchas noches. ¿Cómo puede mostrarse tan desagradecido?

—Bueno, pues entonces tendrán que sobornar a esa estúpida cascarrabias que firmó los papeles —bramó el calvo—. Seguro que quiere echar sus cartas al

correo a cambio de dinero.

Todos habíamos escrito cartas, y mi madre tenía planeado enviárselas a su «contacto», una pariente lejana que vivía en el campo. Su esperanza era que papá hubiera hecho lo mismo. No podíamos firmar las cartas ni escribir nada muy concreto. Sabíamos que los soviéticos las leerían. Escribimos que estábamos todos bien, que nos divertíamos mucho aprendiendo nuevas tareas.

Dibujé un retrato de la abuela y escribí «muchos recuerdos de la abuela de Altái» debajo, acompañado del garabato que era mi firma. Papá reconocería seguro el rostro de la abuela, mi firma y la palabra «Altái». Con suerte, el NKVD, en cambio, no.

42

Mi madre conservaba todavía tres cubiertos de plata cosidos en el forro de su abrigo. Los llevaba encima desde que nos habían deportado.

—Regalos de boda de mis padres —dijo, cogiéndolos. Mi madre le ofreció uno a la gruñona a cambio de echar al correo nuestras cartas y de traernos noticias y otras cosillas de la

aldea. Ella aceptó.

Todo el mundo ansiaba tener noticias del exterior. El calvo le contó a mi madre algo sobre un pacto secreto entre Rusia y Alemania. Lituania, Letonia, Estonia, Polonia y otros países estaban divididos entre Hitler y Stalin. Los dibujé a ambos, repartiéndose países como se reparten los niños los juguetes. Para ti Polonia, para mí Lituania. ¿Sería como un juego para ellos? Dijo el calvo que Hitler

había roto su pacto con Stalin, porque Alemania había invadido Rusia una semana después de que nos deportaran. Cuando le pregunté a mamá cómo sabía el calvo lo del pacto, me dijo que no tenía ni idea.

¿Qué había pasado con nuestra casa y con todo lo que teníamos desde nuestra deportación? ¿Sabían Joana y el resto de mis parientes lo que había ocurrido? Quizá nos estuvieran buscando.

Me alegraba de que

Hitler hubiera echado a Stalin de Lituania, pero ¿qué hacía él en mi país?

—No hay nada peor que Stalin —aseguró uno de los hombres sentados a la mesa del comedor—. Es el mal personificado.

—No hay nada peor ni mejor —respondió papá en voz baja. Me acerqué un poco más por el pasillo sin que me vieran para escuchar lo que decían.

—Pero Hitler no nos

desarraigará —insistió el hombre.

—Tal vez a vosotros no, pero ¿qué hay de nosotros, los judíos? —dijo el doctor Seltzer, amigo íntimo de mi padre—. Ya has oído el rumor que corre. Hitler obligó a los judíos a llevar brazales con la estrella de David.

—Martin tiene razón —aprobó mi padre—. Y Hitler está estableciendo un sistema de guetos en Polonia.

—¿Un sistema? ¿Así es como lo llamas, Kostas? Ha encerrado a cientos de miles de judíos en Lodz y a muchos más en Varsovia —dijo el doctor Seltzer, con desesperación en la voz.

—He elegido mal las palabras. Lo siento, Martin —dijo papá—. Lo que quiero decir es que nos enfrentamos a dos demonios, y ambos quieren dirigir el infierno.

—Pero Kostas, permanecer neutral o

independiente va a ser imposible —planteó un hombre.

—¡Lina! —exclamó mi madre, agarrándome del cuello del vestido—. Vete a tu habitación.

No me importó. Me aburría que siempre estuvieran hablando de política. Solo escuchaba para poder dibujarlos luego. Intentaba dibujar la expresión de sus rostros escuchando su conversación, pero sin ver

sus caras. Había escuchado lo suficiente como para poder dibujar al doctor Seltzer.

Jonas siguió trabajando con las dos señoras siberianas haciendo zapatos. Le tenían aprecio. Todo el mundo quería a Jonas por su carácter dulce. Las mujeres le recomendaron que se fabricara unas botas para el invierno. Hacían la vista gorda cuando se guardaba material para ello. Jonas

estaba aprendiendo ruso mucho más deprisa que yo. Entendía bastante las conversaciones y hasta sabía algunas palabrotas. Yo siempre le estaba pidiendo que me tradujera lo que decían los guardias. Detestaba el sonido del ruso.

43

Estaba trabajando la tierra junto a mi madre en el campo de remolachas cuando aparecieron unas botas negras junto a mis pies. Levanté la mirada. Era Kretzsky. Iba peinado con raya a un lado, y el cabello le caía en cascada sobre la frente. Me pregunté qué edad tendría. No parecía mucho mayor que Andrius.

—Vilkas —dijo.

Mamá levantó la mirada. El agente dijo algo en ruso, demasiado rápido para que pudiera entenderlo. Mamá bajó la mirada y luego volvió a dirigirla a Kretzsky. Alzó la voz y gritó para que la oyeran todos los demás en el campo.

—Están buscando a alguien que dibuje bien.

Me quedé paralizada. Habían descubierto mis dibujos.

—¿Sabe alguno de ustedes dibujar bien? —

preguntó, mirando a su alrededor con la mano delante de los ojos a modo de visera. ¿Qué estaba haciendo mamá? Nadie contestó.

Kretzsky entrecerró los ojos, mirándome.

—Pagarán dos cigarrillos a aquel que pueda copiar un mapa y una fotografía.

—Yo lo haré —me apresuré a decir, soltando la azada.

—¡No, Lina! —exclamó

mi madre, agarrándome del brazo.

—Mamá, un mapa —le susurré yo—. Quizá nos dé noticias de la guerra y de los hombres. Y así no tendré que trabajar en el campo. —Pensé en darle un cigarrillo a Andrius. Quería disculparme con él.

—Iré con ella —dijo mi madre en ruso.

—*Nyet!* —gritó Kretzsky, agarrándome del brazo—. *Davai!* —volvió a gritar, sacándome de allí a

empujones.

Kretzsky me sacó a rastras del campo de remolachas. Me agarraba tan fuerte del brazo que me hacía daño. En cuanto desaparecimos de la vista de los demás, me soltó. Caminamos en silencio hacia la oficina del koljós. Dos agentes del NKVD bajaban por la hilera de chozas. Uno de ellos nos vio y le gritó algo a Kretzsky.

Este los miró, y luego me miró a mí. Su actitud

cambió por completo. *Davai!*, gritó, y luego me dio una bofetada. Me ardía la mejilla. La cabeza se me fue hacia un lado por la fuerza de tan inesperado golpe.

Los dos agentes se acercaron a mirar. Kretzsky me llamó cerda fascista. Los otros dos se rieron. Uno de ellos pidió fuego, y Kretzsky le encendió el cigarrillo. El agente acercó mucho su cara a la mía, hasta casi tocarla. Masculló algo en ruso y luego me exhaló una larga

bocanada de humo que me hizo toser. Cogió el cigarrillo encendido y dirigió la punta incandescente a mi mejilla. Sus dientes delanteros estaban manchados de sarro marrón. Tenía los labios secos y agrietados. Dio un paso atrás, observándome, y asintió.

Me latía muy fuerte el corazón. Kretzsky se rio y le dio al guardia una palmada en el hombro. El otro agente enarcó las cejas e hizo

gestos obscenos con las manos antes de echarse a reír y alejarse con su amigo. Me palpitaba la mejilla, allí donde me habían hecho daño.

Kretzsky bajó los hombros. Retrocedió un paso y encendió un cigarrillo. «Vilkas», dijo, negando con la cabeza y exhalando humo por la comisura de los labios. Se rio, me agarró del brazo y me llevó a rastras hasta la oficina del koljós.

Se comportaba como si yo acabara de aceptar algo sucio, pero no sabía el qué.

44

Me senté a una mesa en la oficina del koljós. Sacudí las manos, con la esperanza de que dejaran de temblarme. A mi izquierda, habían colocado un mapa y, a la derecha, una fotografía. El mapa era de Siberia y, la fotografía, de una familia. En esta, alguien había señalado la cabeza del hombre enmarcándola con un rotulador negro.

Un agente del NKVD me trajo papel y una caja con una bonita selección de plumas, lápices y material de dibujo. Acaricié los útiles de escritura, anhelando poder utilizarlos en mis propios dibujos. Kretzsky me señaló el mapa.

Yo ya había visto mapas en el colegio, pero ninguno me había interesado nunca tanto como aquel. Observé el mapa de Siberia, anonadada por su enormidad. ¿Dónde

estábamos nosotros en ese mapa? ¿Y dónde estaba papá? Me fijé en los detalles de la leyenda. Kretzsky golpeó la mesa con el puño, impaciente.

Mientras dibujaba, varios agentes deambulaban por la habitación. Consultaban carpetas y señalaban lugares en el mapa. Las carpetas eran expedientes, contenían papeles y fotografías. Mientras copiaba el mapa, trataba de memorizar los

nombres de las ciudades. Más tarde, pensaba volver a dibujarlo de memoria.

La mayoría de los agentes se marchó en cuanto terminé el mapa. Kretzsky siguió consultando otras carpetas a la vez que bebía café, mientras yo dibujaba al hombre de la fotografía. Cerré los ojos e inspiré. El café olía deliciosamente bien. Hacía calor en la habitación, como en la cocina de nuestra casa. Cuando abrí los ojos, vi que

Kretzsky me estaba mirando.

Dejó su taza de café sobre la mesa, examinando el dibujo. Miré el rostro del hombre, que iba tomando vida en la hoja de papel. Tenía los ojos brillantes y una cálida sonrisa. La expresión de su boca era tranquila y relajada, no tensa, como la de la señorita Grybas o la del calvo. Me pregunté quién sería ese hombre, y si sería lituano. Pensé en crear algo que a su

mujer y a sus hijos les gustara contemplar. ¿Dónde estaba ese señor y por qué era importante para el NKVD? La tinta de la pluma fluía suavemente sobre el papel. Quería esa pluma. Cuando Kretzsky se dio la vuelta, la dejé caer sobre mi regazo y me incliné más sobre la mesa.

Necesitaba textura para plasmar el cabello del hombre. Metí el dedo en la taza de Kretzsky para coger algunos posos de café. Los

deposité sobre la palma de mi mano y los extendí sobre mi piel. Luego utilicé la pasta que se había formado para dibujar el cabello del hombre. Quedó *casi* idéntico. Me incliné hacia delante y difuminé el polvillo con el meñique. Mi dedo resbalaba suavemente por encima. Ahora sí que quedó *perfecto*. Oí pasos. Delante de mí aparecieron dos cigarrillos. Me di la vuelta sorprendida. El comandante estaba detrás de

mí. Al verlo, se me puso la carne de gallina y se me erizó el pelo de la nuca. Me acerqué a la mesa todo lo que pude, en un intento por esconder la pluma que tenía en el regazo. Me miró enarcando las cejas, y vi brillar en su boca el diente de oro.

—He terminado —dije, tendiéndole el dibujo.

—*Da* —respondió, asintiendo. Me miró, dando vueltas al palillo en la boca.

45

Avancé entre las cabañas en la oscuridad, camino del edificio del NKVD que se encontraba en la parte de atrás del campo de trabajo. Oí un murmullo de voces a través de las paredes. Avancé más deprisa entre los árboles, acariciando en mi bolsillo los cigarrillos y la pluma, como si de un tesoro se tratara. Me detuve detrás de un árbol. Las

cabañas del NKVD parecían hoteles comparadas con nuestras chozas. Unos faroles de queroseno emitían una luz brillante. En el porche, había un grupo de agentes, estaban sentados jugando a las cartas y bebiendo por turnos de una petaca.

Me escabullí entre las sombras hasta alcanzar la parte trasera de la cabaña. Oí algo que me pareció un sollozo, así como murmullos en lituano. Doblé la esquina.

La señora Arvydas estaba sentada sobre una caja, y sus hombros se movían al compás de sus sollozos ahogados. Andrius estaba de rodillas delante de ella y le cogía las manos. Me acerqué un poquito más. De pronto, Andrius levantó la cabeza.

—¿Qué quieres, Lina? —me dijo.

—Yo… Señora Arvydas, ¿se encuentra bien? —Esta apartó la mirada de mí.

—Vete, Lina —me ordenó Andrius.

—¿Puedo ayudar de alguna manera? —pregunté.

—No.

—¿Hay algo que pueda hacer? —insistí.

—¡He dicho que te vayas! —Andrius se levantó y se puso delante de mí. Yo me quedé donde estaba, sin moverme.

—He venido a traerte esto… —Me llevé la mano al bolsillo para sacar los cigarrillos.

La señora Arvydas volvió la cabeza hacia mí.

Se le había corrido el maquillaje de los ojos y rodaba sobre una herida hinchada y sanguinolenta que ardía en su mejilla.

¿Qué le habían hecho? Sentí que los cigarrillos se hacían pedazos entre mis dedos. Andrius me miró fijamente.

—Lo siento. —Se me quebró la voz—. Lo siento de verdad. —Me volví rápidamente y eché a correr. Mi cabeza se llenó de imágenes, gritaban dentro de

mí entre manchas de sangre, distorsionadas por la velocidad de mi carrera: Ulyushka sonriendo con sus dientes amarillos; Ona tirada en el suelo, muerta, con un ojo abierto; el guardia acercándose a mí, exhalando una bocanada de humo entre los labios apretados—. *Basta, Lina*. —El rostro magullado de papá mirándome por el agujero en el vagón; cadáveres junto a las vías del tren; el comandante extendiendo la

mano para tocarme el pecho —. *¡BASTA!*. —Pero no podía detener ese aluvión de imágenes.

Volví corriendo a nuestra choza.

—Lina ¿qué ocurre? —me preguntó Jonas.

—¡Nada!

Me puse a recorrer la cabaña de un lado a otro. Odiaba ese campo de trabajo. ¿Por qué estábamos allí? Odiaba al comandante. Odiaba a Kretzsky. Ulyushka se quejó y me

ordenó que me sentara.

—¡CIERRA LA BOCA, BRUJA! —grité.

Me puse a rebuscar en mi maleta. Mi mano chocó contra la piedra de Andrius. La cogí. Pensé en tirársela a Ulyushka. En lugar de eso, traté de aplastarla entre mis dedos. No tenía fuerza suficiente. Me la guardé en el bolsillo y cogí el papel de dibujo.

Todavía había un poco de luz en la parte trasera de la choza. Sostuve la pluma

robada sobre el papel. Mi mano empezó a moverse, dibujando cortos trazos que rasgaban la hoja. Me detuve a respirar un momento. Los trazos se hicieron más fluidos. La señora Arvydas empezó a aparecer lentamente en el papel. Su largo cuello, sus labios carnosos. Pensaba en Munch mientras dibujaba, en su teoría de que el dolor, el amor y la desesperación eran los eslabones de una cadena sin fin.

Mi respiración se fue haciendo más pausada. Sombreé su espeso cabello castaño, que caía en una suave curva sobre su rostro, sin tapar del todo una gran herida que se extendía por toda su mejilla. Me detuve un momento para asegurarme de que estaba sola. Dibujé el maquillaje de sus pestañas, emborronado por las lágrimas. En sus ojos acuosos, dibujé el reflejo del comandante, de pie delante de ella, amenazándola con el

puño cerrado. Seguí dibujando, y por fin exhalé aire y sacudí las manos.

Volví a la choza y escondí la pluma y el dibujo en mi maleta. Jonas estaba sentado en el suelo, moviendo nervioso la pierna. Ulyushka estaba dormida en su jergón, roncando.

—¿Dónde está mamá? —pregunté.

—La gruñona ha ido hoy a la aldea —me explicó mi hermano—. Mamá ha salido

a su encuentro, en el camino de vuelta.

—Es tarde —observé—. ¿Aún no ha regresado? —Le había dado a la gruñona un trozo de madera con indicaciones grabadas, para pasarlo de mano en mano hasta que por fin le llegara a papá.

Salí de la choza y vi que mamá ya regresaba. Llevaba abrigos y botas. Al verme, me dedicó una de sus grandes sonrisas. La señorita Grybas acudió corriendo.

—¡Rápido! —dijo—. Esconde esas cosas. Los agentes del NKVD están reuniendo a todo el mundo otra vez para obligarnos a firmar documentos.

No tuve ocasión de contarle a mamá lo de la señora Arvydas. Lo escondimos todo en la choza del calvo. Mamá me abrazó. Su vestido bailaba con holgura sobre su cuerpo delgado, y noté los huesos de su cadera, que sobresalían por debajo de la tela.

—¡Ha echado al correo nuestras cartas! —murmuró mamá con una gran sonrisa. Yo asentí. Esperaba que el pañuelo ya hubiera recorrido cientos de kilómetros, pasando de mano en mano, antes que las cartas.

Apenas habían transcurrido cinco minutos cuando los agentes del NKVD irrumpieron en nuestra choza, gritándonos que nos reuniéramos en la oficina del koljós. Jonas y yo nos pusimos en camino con

mamá.

—¿Y qué tal te ha ido esta tarde lo de pintar el mapa? —me preguntó esta.

—Ha sido fácil —le respondí, pensando en la pluma robada que descansaba ahora en mi maleta.

—No las tenía todas conmigo, temía que no estuvieras a salvo —dijo mamá—. Pero supongo que me equivocaba. —Nos rodeó a ambos con los brazos.

Sí, claro, estábamos a salvo. A salvo en el infierno.

—Hoy han castigado a Tadas enviándolo al despacho del director —anunció Jonas durante la cena, antes de meterse un enorme trozo de salchicha en la boca.

—¿Por qué? —pregunté yo.

—Por hablar del infierno —contestó mi hermano con la boca llena. Por su barbilla resbalaba el

jugo de la salchicha que estaba masticando.

—Jonas, no hables con la boca llena. Y come trozos más pequeños —lo regañó mamá.

—Perdón —dijo él, con la boca igual de llena—. Está muy rico. —Terminó de masticar. Yo probé un trocito de salchicha. Estaba caliente, y la piel, deliciosamente salada.

—Tadas le dijo a una de las chicas que el infierno es el peor lugar que existe, y

que no hay escapatoria por toda la eternidad.

—¿Y por qué le ha dado a Tadas por hablar del infierno? —quiso saber papá, sirviéndose las verduras.

—Porque su padre le ha dicho que si Stalin viene a Lituania, todos terminaremos en el infierno.

46

—Se llama Turaciak —nos dijo mamá al día siguiente—. Está en lo alto de la colina. No es muy grande, pero hay una estafeta de correos e incluso una pequeña escuela.

—¿Hay una escuela? —preguntó la señorita Grybas, muy animada de repente.

Jonas me lanzó una mirada. Llevaba preguntando si podía volver

al colegio desde principios de septiembre.

—Elena, tiene que decirles que soy maestra —declaró la señorita Grybas—. Los niños del campo deben ir a la escuela. Tenemos que organizar aquí algo parecido a una escuela.

—¿Echó las cartas al correo? —quiso saber el calvo.

—Sí —dijo mamá—. Y escribió la dirección de la estafeta en el remite.

—Pero ¿cómo sabremos

si nos llega alguna carta? —preguntó la señora Rimas.

—Pues tendremos que seguir sobornando a alguien que haya firmado —dijo la señorita Grybas con una mueca—. Cuando vayan a la aldea, comprobarán si hay correo para nosotros.

—Dice que conoció a una letona cuyo marido está en una cárcel cerca de Tomsk —informó mi madre.

—Oh, Elena, ¿podrían nuestros maridos estar en Tomsk? —preguntó la

señora Rimas, llevándose una mano al pecho, a la altura del corazón.

—Su marido le escribió que tiene muchos amigos lituanos en la cárcel. —Mamá sonrió—. Pero dijo que las cartas eran enigmáticas y que llegaban con tachones y anotaciones.

—Pues claro —dijo el calvo—. Están censuradas. Será mejor que esa letona tenga cuidado con lo que escribe. Y lo mismo ustedes, si no quieren que les peguen

un tiro en la cabeza.

—¿Es que no piensa callarse nunca? —le pregunté.

—Solo digo la verdad. Por culpa de sus cartas de amor se arriesgan a que las maten. ¿Y qué hay de la guerra? —preguntó.

—Los alemanes han tomado Kiev —anunció mi madre.

—¿Y qué están haciendo allí? —quiso saber Jonas.

—¿Qué crees que están haciendo? Matar a gente.

¡Esto es la guerra! —gritó el calvo.

—¿Están los alemanes matando a gente en Lituania también? —insistió Jonas.

—Niño, eres tonto, ¿acaso no lo sabes? —le increpó el calvo—. Hitler está matando a los judíos. ¡Lo mismo los lituanos le están ayudando!

—¿Qué? —pregunté.

—¿Qué quiere decir con eso? Hitler echó a Stalin de Lituania —protestó Jonas.

—Eso no lo convierte en

un héroe. Nuestro país está perdido, ¿no se dan cuenta? Nuestro destino es el exterminio, poco importa en manos de quién caigamos —sentenció el calvo.

—¡Cállese! —gritó la señorita Grybas—. No soporto oírle decir eso.

—Ya basta, señor Stalas —lo reprendió mi madre.

—¿Y qué hay de América o de Gran Bretaña? —preguntó la señora Rimas—. Seguro que nos ayudan.

—Por ahora, nada —dijo

mi madre—. Pero espero que lo hagan pronto.

Y esas fueron las primeras noticias de Lituania en meses. Mamá se animó mucho. Pese al hambre y a las ampollas por culpa del duro trabajo en el campo, estaba efervescente. Caminaba como dando saltitos de alegría. La esperanza, como el oxígeno, era lo que la impulsaba a continuar. Pensé en papá. ¿De verdad estaría en una cárcel en algún lugar de

Siberia? Recordé el mapa que había copiado para el NKVD, y a Hitler y a Stalin repartiéndose Europa. De repente, me asaltó una duda: si Hitler estaba matando a los judíos de Lituania, ¿qué le habría ocurrido al doctor Seltzer?

La posibilidad de que ya estuvieran de camino nuestras cartas daba pie a interminables conversaciones. Nos aprendimos los nombres de los parientes, los vecinos y

los compañeros de trabajo de todo el mundo en el campo, de todas las personas que pudieran mandarnos alguna carta. La señorita Grybas estaba segura de que su antiguo vecino escribiría.

—No, no lo hará. Seguramente ni se fijó siquiera en que vivía usted en la casa de al lado —respondió el calvo—. No es usted precisamente alguien en quien la gente se fije.

A la señorita Grybas no le hizo ni pizca de gracia ese

comentario. Jonas y yo nos reímos más tarde. Por la noche, tendidos en nuestros camastros de paja, nos inventábamos ridículas historias sobre la señorita Grybas tirándole los tejos a su vecino. Mamá nos mandaba callar, pero a veces la oía reírse bajito.

Las temperaturas bajaban y los agentes del NKVD nos acosaban cada vez más. Empezaron a darnos una ración extra de pan porque querían que

construyéramos otra cabaña de troncos antes de las primeras nevadas. Seguíamos negándonos a firmar los papeles. Y Andrius seguía negándose a dirigirme la palabra. Plantamos patatas para la primavera, aunque nadie se imaginaba en Siberia cuando llegara el frío.

Los soviéticos obligaron a mamá a dar clases a un grupo de niños lituanos y locales. Solo los niños cuyos padres habían firmado los

documentos tenían derecho a asistir a esa escuela improvisada. La obligaban a enseñar en ruso, aunque muchos niños no entendieran aún bien la lengua. El NKVD no le permitía a la señorita Grybas dar clase. Eso la mortificaba. Le dijeron que si firmaba, le dejarían ayudar a mamá. No firmó, pero por las noches ayudaba a mamá a preparar las clases del día siguiente.

Yo estaba contenta de que mi madre pudiera dar

clases en el interior de una choza. A Jonas le habían asignado una nueva tarea: tenía que cortar leña en el bosque. La nieve había llegado, y volvía a casa cada noche con la ropa empapada y muerto de frío. Las puntas de su cabello congelado se quebraban al contacto. A mí se me endurecieron las articulaciones por culpa del frío. Estaba segura de que mis huesos estaban llenos de hielo por dentro. Cuando me estiraba, producían un

sonido seco, como si crujieran. Antes de entrar en calor, sentíamos un horrible hormigueo en las manos, los pies y la cara. Cuando llegó el frío, los guardias del NKVD se volvieron más irritables todavía. Lo mismo le pasó a Ulyushka. Nos exigía el pago del alquiler siempre que le apetecía. Varias veces tuve, literalmente, que arrebatarle mi ración de pan porque se la quería quedar.

Jonas pagaba a Ulyushka con astillas y troncos

pequeños que robaba en el bosque. Por suerte, nos fabricó unas gruesas botas resistentes mientras aún trabajaba con las dos mujeres siberianas. Su conocimiento del ruso mejoraba rápidamente. Dibujé a mi hermano pequeño más alto y con una expresión más sombría en el rostro.

A mí me asignaron la tarea de cargar a la espalda, por la nieve, sacos de grano que pesaban casi treinta

kilos. La señora Rimas me enseñó a hurtar algo de grano ensanchando un poco la trama del saco con una aguja y volviendo luego a tapar el agujero para que no se notara. No tardamos en perfeccionar el arte de rebuscar en la basura. Jonas salía a escondidas todas las noches y traía restos de comida de la basura de los guardias. Los bichos y los gusanos no desanimaban a nadie. Los apartábamos de un manotazo y luego nos

metíamos el pedazo de comida en la boca. A veces, Jonas volvía con paquetes de comida que Andrius y la señora Arvydas escondían para nosotros entre la basura. Pero, exceptuando esos festines ocasionales que le debíamos a Andrius, nos alimentábamos de basura y podredumbre.

47

Tal y como había imaginado el calvo, pudimos seguir sobornando a la gruñona para que fuera a la estafeta de correos cada vez que iba a la aldea. Durante dos meses, nuestros sobornos no dieron resultado alguno. Tiritábamos de frío en nuestras chozas, sin más fuente de calor que la esperanza de que algún día llegara un sobre con noticias

de casa. Las temperaturas cayeron en picado, muy por debajo de cero. Jonas dormía junto a la pequeña estufa, y se despertaba varias veces por la noche para añadir más leña. Yo tenía los dedos de los pies dormidos, y la piel se me agrietaba sin cesar.

La señora Rimas fue la primera en recibir una carta. Era de una prima lejana suya, y llegó a mediados de noviembre. La noticia de la carta se extendió rápidamente por todo el

campo. Cerca de veinte personas se apiñaron en su choza para oír noticias de Lituania. La señora Rimas no había vuelto aún de la cola del pan. Aguardamos. Entonces llegó Andrius y se abrió paso hasta mí. Se sacó del bolsillo biscotes robados y los repartió entre todos. Pugnamos por hablar en voz baja, pero la excitación era palpable.

Me di la vuelta y, al hacerlo, sin querer le pegué un codazo a Andrius.

—Perdona —le dije. Él me indicó con un gesto que no pasaba nada.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Bien —contestó. El calvo entró en la choza y se quejó de que no había sitio. La gente se apiñó aún más para dejarle espacio. Yo quedé aplastada contra el abrigo de Andrius.

—¿Cómo está tu madre? —le pregunté, levantando la mirada hacia él.

—Todo lo bien que

puede estar —me respondió.

—¿Qué tarea te han asignado últimamente? —Tenía la barbilla prácticamente contra su pecho.

—Estoy cortando leña en el bosque. —Se movió un poco, mirándome—. ¿Y tú? —quiso saber. Sentía su aliento en mi cabeza.

—Tengo que acarrear sacos de grano —dije, y él asintió.

El sobre pasó de mano en mano. Algunos lo

besaron. Llegó hasta nosotros y Andrius acarició el sello lituano y el matasellos.

—¿Has escrito a alguien? —le pregunté a Andrius. Él negó con la cabeza.

—Todavía no sabemos si es seguro hacerlo —contestó.

Entonces llegó la señora Rimas. La multitud trató de hacerse a un lado para dejarla pasar, pero había demasiada gente. Volvieron

a empujarme contra Andrius. Él me agarró en un intento por no caer sobre los demás, pues los habría tirado al suelo como una hilera de fichas de dominó. Cuando recuperamos el equilibrio, me soltó rápidamente.

La señora Rimas rezó antes de abrir el sobre. Como era de esperar, habían tachado con tinta negra algunas líneas de la carta. Pero el resto era legible.

—«He recibido dos cartas de nuestro amigo de

Jonava» —leyó la señora Rimas—. ¡Ese tiene que ser mi marido! —exclamó—. Nació en Jonava. ¡Está vivo! —Las mujeres se abrazaron.

—¡Siga leyendo! —gritó el calvo.

—«Me contaba que unos amigos y él habían decidido visitar un campamento de verano» —continuó la señora Rimas—. «Dice que es muy bonito» —prosiguió—, «tal y como describe el salmo 102».

—Que alguien vaya a

buscar una Biblia y consulte el salmo 102 —pidió la señorita Grybas—. Eso tiene que ser un mensaje en clave.

Ayudamos a la señora Rimas a descifrar el resto de la carta. Alguien bromeó que la multitud daba más calor que una estufa. Yo miraba a Andrius de reojo. Sus facciones y sus ojos estaban perfectamente equilibrados. Me di cuenta de que se las apañaba para afeitarse de vez en cuando. Tenía la piel curtida por el viento como

todos nosotros, pero no tenía los labios agrietados como los guardias. Su pelo castaño y ondulado estaba limpio en comparación con el mío. Bajó los ojos hacia mí, y yo aparté la mirada. No acertaba a imaginar lo sucia que debía de parecerle, ni lo que veía en mi pelo.

Jonas volvió con la Biblia de mamá.

—¡Deprisa! —urgió una voz—. El salmo 102.

—Ya lo tengo —dijo Jonas.

—Silencio todos, el chico va a leer.

«Escucha, ¡oh Yavé!, mi oración

y llegue a ti mi clamor.

No escondas de mí tu rostro en el día de mi angustia;

inclina tus oídos a mí;

cuando te invoco, apresúrate a oírme.

Pues se desvanecen como humo mis días

y se tuestan mis huesos como en horno.

Marchitado como hierba, se deseca mi corazón,

pues me olvido de comer ni pan.

Por la voz de mi gemido

se pegan mis huesos a la piel».

Alguien ahogó un grito. La voz de Jonas se apagó. Me aferré al brazo de Andrius.

—Sigue leyendo —pidió la señora Rimas, que se retorcía las manos en un gesto de angustia.

Sopló una fuerte ráfaga de viento que hizo temblar las paredes de la choza. Se oyó la tenue voz de Jonas.

> «Me asemejo al pelícano del desierto;
> soy como búho entre las ruinas.
> Me desvelo y sollozo
> como pájaro

solitario sobre el tejado.

Todo el día se burlan de mí mis enemigos,

se enfurecen contra mí y me execran.

Como el pan como si fuera ceniza,

y mi bebida se mezcla con lágrimas.

Por tu indignación y tu ira,

porque me cogiste y me lanzaste,

mis días son como sombra que se inclina,

y me seco como hierba».

—Haz que se calle —le susurré a Andrius, apoyando la cabeza en su abrigo—. Por favor. —Pero Jonas no calló.

Por fin terminó de leer el salmo. Una ráfaga de viento se abatió sobre el tejado.

—Amén —dijo la señora Rimas.

—Amén —contestaron el resto de las voces.

—Se está muriendo de

hambre —dije yo.

—¿Y qué? Nosotros también. Yo también estoy seco como el heno —dijo el calvo—. No está peor que yo.

—Está vivo —dijo Andrius en voz baja.

Levanté los ojos hacia él. Claro. A él le hubiera gustado que su padre estuviera vivo, aunque se muriera de hambre.

—Sí, Andrius tiene razón —concluyó mamá—. ¡Está vivo! ¡Y seguramente

su prima le habrá dicho que usted también está viva!

La señora Rimas volvió a leer la carta. Algunas personas se marcharon. Andrius era una de ellas. Jonas lo siguió.

48

Ocurrió una semana más tarde. Mamá dijo que había visto señales. Yo, en cambio, no reparé en nada.

La señorita Grybas me hacía gestos desesperados. Trataba de correr por la nieve.

—¡Lina, tienes que darte prisa! Se trata de Jonas —me susurró.

Mamá dijo que se había fijado en que no tenía buen

color. Nadie tenía buen color. El gris se nos había colado por debajo de la piel, formando franjas oscuras bajo nuestros ojos.

Kretzsky no me daba permiso para abandonar mi trabajo.

—Por favor —le supliqué—, Jonas está enfermo. —¿Es que no podía ayudarme por una vez?

Me señaló el montón de sacos de grano. El comandante iba de un lado a

otro, gritándonos que nos diéramos prisa y golpeándonos. Se acercaba una tormenta de nieve.

—*Davai!* —gritó Kretzsky.

Cuando volví a la choza, ya había llegado mamá. Jonas estaba tendido en su jergón, casi inconsciente.

—¿Qué es? —le pregunté, arrodillándome a su lado.

—No lo sé. —Le levantó la pernera del pantalón. Tenía la pantorrilla cubierta

de granitos—. Puede que sea alguna infección. Tiene fiebre —dijo, llevando la mano a su frente—. ¿Te habías fijado en lo cansado e irritable que estaba últimamente?

—La verdad es que no. Todos estamos cansados e irritables —contesté. Miré a Jonas. ¿Cómo podía no haberme dado cuenta? Su labio inferior estaba lleno de llagas y tenía las encías moradas. Sus manos y sus dedos estaban cubiertos de

granitos rojos.

—Lina, ve a buscar nuestras raciones de pan. Tu hermano necesita alimentarse para combatir su enfermedad. Y mira a ver si encuentras a la señora Rimas.

Me abrí paso en la oscuridad, a través de la tormenta de nieve. El viento me azotaba la cara. Los guardias no quisieron darme tres raciones. Dijeron que como Jonas se había desmayado mientras

trabajaba había perdido el derecho a su ración. Intenté explicarles que estaba enfermo, pero me indicaron con un gesto que me largara.

La señora Rimas no sabía lo que tenía Jonas, y tampoco la señorita Grybas. Mi hermano parecía sumirse cada vez más en la inconsciencia.

Llegó el calvo a nuestra choza. Se inclinó sobre Jonas.

—¿Es contagioso? ¿Alguien más tiene granos?

Este niño podría ser al ángel de la muerte para todos nosotros. Una chica murió de disentería hace unos días. Quizá sea eso lo que tiene. Creo que la arrojaron a esa fosa que estuvieron cavando ustedes —dijo. Mamá le ordenó que saliera de la choza.

Ulyushka nos gritó que sacáramos a Jonas fuera, a la nieve. Mamá le gritó a su vez y le dijo que se fuera a dormir a otro sitio si temía contagiarse. Ulyushka salió

de la choza muy enfadada. Me senté junto a Jonas, enjugándole la frente con un paño empapado en nieve. Mamá se arrodilló junto a él y le habló con voz suave, besándole la cara y las manos.

—Mis hijos no —susurró mamá—. Por favor, Señor, no te lo lleves. Es tan pequeño… Ha visto tan poco de la vida. Por favor… Llévame a mí, pero a él no. —Mamá levantó la cabeza, con el rostro contraído por el

dolor—. ¿Kostas?

Era tarde cuando el hombre que siempre daba cuerda a su reloj llegó con un farol de queroseno.

—Escorbuto —declaró tras mirarle las encías a Jonas—. En fase avanzada. Se le están poniendo morados los dientes. No se preocupen; no es contagioso. Pero será mejor que le traigan a este chico algo con vitaminas antes de que sus órganos dejen de funcionar por completo. Está

malnutrido. Podría morir en cualquier momento.

Mi hermano era la encarnación del salmo 102, «seco como el heno». Mamá salió a la nieve a mendigar algo, dejándome con Jonas. Yo le iba aplicando compresas frías en la frente. Le puse en la mano la piedra de Andrius y le dije que las chispas que había dentro lo ayudarían a curarse. Le conté historias de nuestra niñez y describí nuestra casa, habitación por

habitación. Cogí la Biblia de mamá y recé a Dios para que no se llevara a mi hermano. Estaba tan angustiada que sentía náuseas. Cogí el papel y me puse a dibujar algo para Jonas, algo que le hiciera sentirse mejor. Había empezado a dibujar su habitación cuando entró Andrius.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó, arrodillándose junto a él.

—Desde esta tarde —contesté.

—¿Puede oírme?

—No lo sé —le dije.

—Jonas. Te vas a poner bien. Solo tenemos que encontrarte algo de comer y de beber. Aguanta, amigo, ¿me oyes? —Jonas seguía inmóvil.

Andrius sacó un paquete de tela que llevaba escondido dentro del abrigo y lo abrió. Contenía una pequeña lata plateada. Luego se sacó una navaja del bolsillo del pantalón e hizo un agujero con ella en

la tapa de la lata.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Tiene que comérselo —indicó Andrius, inclinándose sobre el rostro de mi hermano—. Jonas, si puedes oírme, abre la boca.

Jonas no se movió.

—Jonas —insistí yo—. Abre la boca. Tenemos algo que te va a ayudar.

Sus labios se entreabrieron.

—Bien —dijo Andrius. Metió la hoja de la navaja

dentro de la lata y la volvió a sacar, con un jugoso tomate asado clavado en la punta. Sentí un calambre en la mandíbula. Tomates. Se me hizo la boca agua. En cuanto el tomate tocó sus labios, estos empezaron a temblar —. Eso es, mastica y traga —pidió Andrius. Se volvió hacia mí—. ¿Tenéis agua?

—Sí, agua de lluvia —le contesté.

—Dásela —me indicó —. Tiene que comerse la lata entera.

Me la quedé mirando. El jugo resbalaba por el cuchillo y le caía a Andrius en los dedos.

—¿De dónde has sacado esos tomates? —le pregunté.

Me miró enfadado.

—Del mercado de la esquina. ¿Es que no lo conoces? —Se me quedó mirando fijamente y luego apartó los ojos—. ¿De dónde te crees que los he sacado? Los he robado. —Le metió en la boca a mi hermano lo que quedaba de los tomates.

Jonas bebió el jugo directamente de la lata. Andrius se limpió las manos en los pantalones, así como la hoja de su navaja. Sentí como si todo mi cuerpo quisiera lanzarse sobre ese jugo.

Mamá llegó con una de las mujeres siberianas que habían trabajado con Jonas haciendo zapatos. La nieve se había amontonado sobre su cabeza y sus hombros. La mujer corrió hacia mi hermano, hablando en ruso

rápidamente.

—He intentado explicarle lo que ocurría —dijo mamá—, pero ha insistido en venir a verlo ella misma.

—Andrius ha traído una lata de tomates y se los ha dado a Jonas —dije.

—¿Tomates? —preguntó mi madre, con un hilo de voz—. ¡Oh, gracias! Gracias, cariño, y, por favor, dale las gracias a tu madre de mi parte.

La mujer se puso a

hablar con mi madre.

—Dice que hay una infusión que cree que podría curarlo —me tradujo Andrius—. Le está diciendo a tu madre que la ayude a reunir los ingredientes. —Yo asentí.

—Andrius ¿podrías quedarte un poquito más? —le pidió mi madre—. Sé que Jonas se sentirá mucho mejor si estás aquí. Lina, pon agua a hervir para la infusión. —Mi madre se inclinó sobre mi hermano—.

Jonas, enseguida vuelvo, mi vida. Voy a buscar una infusión que te curará.

49

Nos quedamos sentados en silencio. Andrius miraba a mi hermano, con los puños apretados de rabia. ¿En qué estaba pensando? ¿Estaba enojado porque mi hermano estaba enfermo? ¿O porque su madre tenía que acostarse con los agentes del NKVD? ¿O quizá porque su padre estaba muerto? Quizá, simplemente, estuviera enfadado conmigo.

—Andrius.

No me miró.

—Andrius, soy una idiota.

Volvió la cabeza.

—Eres tan bueno con nosotros, y yo… yo no soy más que una idiota. —Bajé la cabeza.

Él no dijo nada.

—Me precipité y saqué una conclusión equivocada. Fui una tonta. Lo siento. Te acusé de ser un espía. Desde entonces me siento fatal.

Él siguió callado.

—¿Andrius?

—Vale, lo sientes —dijo, y se volvió para mirar a mi hermano.

—¡Y… siento mucho lo de tu madre! —exclamé también.

Cogí mi cuaderno y me senté a terminar el dibujo de la habitación de Jonas. Al principio, era consciente del silencio. Se me hacía pesado e incómodo. Conforme seguía dibujando, me fui enfrascando en mi tarea. Me concentré en plasmar

perfectamente sobre el papel los pliegues de la colcha. La mesa y los libros también tenían que quedarme perfectos. A Jonas le gustaban mucho su mesa y sus libros. A mí me encantaban los libros. Dios, cómo echaba de menos mis libros.

Agarré con fuerza mi cartera, protegiendo los libros. No podía llevarla arrastrando ni golpearla como solía hacer. Después

de todo, Edvard Munch estaba dentro. Había esperado casi dos meses a que mi profesora recibiera los libros. Y por fin habían llegado, de Oslo.

Sabía que a mis padres no les gustaría ni Munch ni su estilo. Algunos lo llamaban «arte degenerado». Pero yo, nada más ver fotografías de Angustia, Desesperación y El grito, supe que tenía que ver más. Sus obras eran desgarradas y retorcidas,

como si las hubiera pintado un neurótico. Me fascinaban.

Abrí la puerta principal de nuestra casa. Vi el sobre encima de la mesa del recibidor y me precipité hacia él. Lo rompí en mi ímpetu por abrirlo.

Querida Lina:

Feliz año nuevo. Perdona que no te haya escrito antes. Ahora que han pasado las vacaciones de Navidad, parece que la vida

se ha vuelto muy seria de repente. Mis padres han estado discutiendo. Mi padre siempre está de mal humor y apenas duerme. Se pasea de un lado a otro de la habitación durante toda la noche y vuelve a casa desde el trabajo a mediodía para ver el correo. Ha metido en cajas la mayor parte de sus libros, pues dice que ocupan demasiado espacio. Hasta ha intentado guardar en cajas también algunos de mis libros de

medicina. ¿Es que se ha vuelto loco? Las cosas han cambiado mucho desde la anexión.

Lina, por favor, hazme un dibujo de la casa de Nida. Los bonitos recuerdos del verano me darán ánimo para soportar este frío invierno, hasta que llegue la primavera.

Por favor, escríbeme y cuéntame qué piensas y dónde te llevan tus dibujos.

Tu prima que te quiere,

Joana

—Me habló de ese avión —dijo Andrius, señalando el dibujo por encima de mi hombro. Se me había olvidado que estaba ahí. Asentí.

—Sí, le encantan los aviones.

—¿Puedo verlo?

—Claro —le dije, pasándole mi cuaderno de dibujo.

—Es bueno —opinó. Apretaba con el pulgar el borde de la hoja—. ¿Puedo ver los otros?

—Sí —le contesté, contenta de no haber arrancado todas las hojas.

Andrius pasó la página. Le quité a Jonas la compresa de la frente y fui a refrescarla en la nieve. Cuando volví, Andrius estaba mirando un retrato suyo. Lo hice el día en que la señora Rimas recibió la carta.

—Qué ángulo más raro —indicó, riéndose bajito. Yo me senté.

—Eres más alto que yo.

Así es como te veía yo aquel día. Además, estábamos todos muy apiñados.

—Así que tenías un buen ángulo de los agujeros de mi nariz —comentó.

—Bueno, te estaba mirando desde abajo. Ahora el ángulo sería distinto —le expliqué, observándolo.

Se volvió hacia mí.

—¿Ves?, desde esta perspectiva pareces diferente —señalé.

—¿Mejor o peor? —quiso saber.

En ese momento volvió mamá con la mujer siberiana.

—Gracias por quedarte, Andrius —dijo mamá.

Él contestó con un gesto de cabeza. Se inclinó y le susurró algo al oído a Jonas antes de marcharse.

Metimos las hojas de las plantas en el agua que yo había puesto a hervir. Jonas se bebió la infusión. Mamá se quedó junto a él. Me tendí en mi camastro, pero no conseguía dormir. Cada vez

que cerraba los ojos, veía en mi mente el cuadro de *El grito*, pero el rostro del cuadro era el mío.

50

Jonas tardó dos semanas en recuperarse. Le temblaban las piernas cuando caminaba, y su voz era poco más que un susurro. Mientras tanto, mamá y yo nos fuimos debilitando. Teníamos que compartir nuestras raciones de pan con Jonas. Al principio, cuando se lo pedimos, la gente nos dio un poco de las suyas. Pero

conforme el frío se iba colando en las chozas, la generosidad también se fue congelando. Un día, vi a la señorita Grybas volver la espalda y meterse su ración de pan entera en la boca en cuanto se la entregaron. No podía reprochárselo. A menudo, yo también había sentido deseos de hacer lo mismo. Después de eso, mamá y yo no volvimos a pedirle nada a nadie.

Pese a nuestras súplicas, los agentes del NKVD se

negaron a darnos comida para Jonas. Mamá trató incluso de hablar con el comandante, pero este se rio en su cara. Le dijo algo que la tuvo disgustada durante días. Ya no nos quedaba nada que vender. Le habíamos dado prácticamente cuanto poseíamos a los lugareños a cambio de ropa de invierno. El forro del abrigo de mamá era ahora fino y ligero como un velo.

Se acercaba la Navidad,

y eso nos dio un poco de ánimo. Nos reuníamos en alguna choza y recordábamos juntos las vacaciones de Navidad en Lituania. Hablábamos sin descanso de *Kucios*, nuestra celebración de la víspera de Navidad. Decidimos que celebraríamos Kucios en la choza del calvo. Este accedió a regañadientes.

Cerramos los ojos mientras escuchábamos la descripción de los doce deliciosos platos que

representaban a los doce apóstoles. La gente se balanceaba de atrás hacia delante, asintiendo con la cabeza. Mamá hablaba de la deliciosa sopa de semillas de amapola y del flan de arándanos. La señora Rimas lloró cuando se mencionaron los barquillos típicos y la bendición tradicional navideña: «Quiera Dios que volvamos a estar todos juntos el año que viene».

Para entrar en calor, los guardias bebían después del

trabajo. A menudo se olvidaban de vigilarnos, o no querían salir de sus cabañas para enfrentarse a los vientos glaciales. Nos reuníamos cada noche y nos turnábamos para contar cómo celebraba cada uno la Navidad. Gracias a esos recuerdos de momentos felices compartidos empezamos a conocernos mejor unos a otros. Mamá insistía en que invitáramos a la gruñona a nuestras reuniones. Decía que el que

hubiera firmado no significaba que no sintiera nostalgia de su hogar. Nevaba todos los días, y las temperaturas se desplomaron, pero el trabajo y el frío se nos hacían algo más tolerables porque teníamos algo en lo que pensar, algo que desear compartir: un pequeño ritual que aliviaba nuestros días grises y la negrura de nuestras noches.

Yo había empezado a robar leña para mantener la

estufa de nuestra choza encendida. Eso preocupaba mucho a mamá, pero yo le aseguraba que tenía cuidado, y que los guardias eran demasiado perezosos para salir a vigilarnos. Una noche, me fui de la choza del calvo para coger algo de leña. Rodeé la cabaña sigilosamente y, de repente, oí un ruido que me dejó petrificada. Había alguien entre las sombras. ¿Sería Kretzsky? Se me heló la sangre en las venas. ¿Sería

el comandante?

—Soy yo, Lina.

Oí la voz de Andrius en la oscuridad. Prendió una cerilla y encendió un cigarrillo, iluminando un momento su rostro.

—Qué susto me has dado —dije—. ¿Qué haces aquí fuera?

—Escucho desde aquí.

—¿Y por qué no entras? Fuera hace un frío horroroso —le indiqué.

—Los demás no me dejarían entrar. No es justo.

Todo el mundo pasa mucha hambre.

—Eso no es verdad. Nos alegraría tenerte con nosotros. Solo hablamos de la Navidad.

—Ya lo sé. Os he escuchado. Mi madre me suplica que le relate cada noche lo que contáis.

—¿En serio? Si vuelvo a oír una descripción más del flan de arándanos voy a perder la razón —le dije, sonriendo—. Ahora necesito conseguir un poco de leña

para la estufa.

—¿Te refieres a robarla? —me preguntó él.

—Sí, bueno, supongo —contesté.

Sacudió la cabeza, ahogando una risa.

—Tú, desde luego, no te arredras ante nada, ¿eh?

—Pues no —le dije—. Es que tengo frío. —Él se rio—. ¿Quieres acompañarme? —le pregunté.

—No, será mejor que vuelva ya —me contestó—.

Ten cuidado. Buenas noches.

Tres días después, llegaron Andrius y la señora Arvydas con una botella de vodka. La multitud calló cuando entraron en la choza. La señora Arvydas llevaba medias. Su cabello estaba limpio y rizado. Andrius bajó la mirada y se metió las manos en el fondo de los bolsillos. No me importaba que su madre llevara un vestido limpio y que no pasara hambre. Nadie

hubiera querido estar en su lugar.

—Propongo un brindis —dijo mi madre, blandiendo la botella de vodka hacia la señora Arvydas—, por los buenos amigos.

La señora Arvydas sonrió y asintió. Mamá bebió un sorbito de la botella y luego contoneó las caderas, esbozando un paso de baile, feliz. Todos la imitamos, pasándonos la botella de mano en mano, riendo juntos y disfrutando

del momento. Andrius se apoyó en la pared para mirarnos, con una gran sonrisa pintada en la cara.

Aquella noche fantaseé imaginándome que papá se reunía con nosotros para celebrar la Navidad. Lo imaginaba abriéndose camino con dificultad sobre la nieve hacia la región de Altái. Llegaba justo a tiempo para Navidad, con mi pañuelo en el bolsillo. *Date prisa, papá*, lo exhorté. *Por favor, date prisa*.

—No te preocupes, Lina, pronto estará aquí —dijo mi madre—. Ha ido a buscar heno para la mesa.

Me asomé a la ventana y miré caer la nieve.

Jonas ayudaba a mamá en el comedor.

—Así que mañana tomaremos doce platos. Entonces, nos pasaremos el día comiendo. —Chasqueó la lengua de placer.

Mamá alisó las arrugas del mantel blanco.

—¿Puedo sentarme al

lado de la abuela? —preguntó Jonas.

La silueta oscura de papá apareció en la calle antes de que me diera tiempo a protestar diciendo que al lado de la abuela me quería sentar yo.

—¡Ya está aquí! —grité. Cogí mi abrigo, bajé corriendo la escalinata y me quedé parada en medio de la calle. La pequeña silueta oscura se iba agrandando conforme avanzaba, bañada en la tenue luz del

crepúsculo, abriéndose paso a través de la cortina de nieve que caía. Llegó hasta mis oídos un tintineo de cascabeles del arnés de un caballo.

Oí su voz antes de poder distinguir su rostro.

—Pero bueno, ¿a qué chica sensata se le ocurre quedarse plantada en medio de la calle cuando está nevando?

—Pues a una cuyo padre llega tarde —lo regañé en broma.

Entonces apareció el rostro de papá, colorado y cubierto de escarcha. Llevaba un manojo de heno en la mano.

—No llego tarde —me dijo, rodeándome con el brazo—. Llego justo a tiempo.

51

Y llegó la Navidad. Trabajé todo el día cortando leña. Se me heló el moquillo. Ocupé la mente tratando de recordar detalles de cada Navidad en casa. Aquella noche, la víspera de Navidad, nadie engulló su ración de pan en la cola. Nos saludamos todos amablemente unos a otros y nos dirigimos a nuestras chozas. Jonas volvía a ser él

mismo, o casi. Nos lavamos el pelo con nieve fundida y nos limpiamos las uñas. Mamá se subió el bajo del vestido con unos alfileres y se pintó los labios. Me puso un poco de carmín a mí en las mejillas para darme algo de color.

—No es perfecto, pero hacemos lo que podemos —dijo mamá, arreglándonos la ropa y el pelo.

—Saca la foto familiar —pidió Jonas.

A los demás se les

ocurrió la misma idea. La choza del calvo estaba llena de fotografías de familia y de seres queridos. Vi un retrato de la señora Rimas con su marido. Era bajito, como ella, que salía riendo. Parecía tan diferente, tan fuerte. Ahora estaba encorvada, como si alguien le hubiera sacado todo el aire de los pulmones. El calvo estuvo llamativamente callado aquella noche.

Nos sentamos en el suelo, como si estuviéramos

alrededor de una mesa. Había un mantel blanco extendido en el centro, con heno y piñas delante de cada comensal. Dejamos un lugar sin ocupar, frente al cual ardía un cabo de sebo. La tradición lituana dictaba que se dejara un lugar vacío en la mesa, un espacio que simbolizaba a los miembros de la familia ausentes o que ya habían fallecido. La gente colocó las fotografías de su familia y amigos alrededor de ese espacio vacío. Yo

también coloqué con cuidado la nuestra.

Saqué el paquetito de comida que había estado guardando para la ocasión y lo dejé sobre la mesa. Otros también tenían pequeñas sorpresas como una patata que habían guardado o algo rico que habían conseguido robar. La gruñona mostró unas galletas que debía de haber comprado en la aldea. Mamá se lo agradeció efusivamente.

—Esto es de parte del

chico Arvydas y de su madre —dijo el calvo—. Para el postre. —Lanzó algo sobre la mesa, que aterrizó con un ruido sordo. La gente ahogó una exclamación de sorpresa. No me lo podía creer. Estaba tan anonadada que me puse a reír. Era chocolate. ¡Chocolate de verdad! Y el calvo no se lo había comido.

Jonas soltó un grito de júbilo.

—Shhhh… Jonas. No tan fuerte —lo reprendió

mamá. Miró el paquete sobre la mesa—. ¡Chocolate! Es maravilloso. Qué abundancia de bienes.

El calvo puso la botella de vodka en la mesa.

—Pero bueno, ¿qué hace? —lo increpó la señorita Grybas—. En Kucios, no.

—¿Y yo cómo quiere que lo sepa? —le espetó el calvo.

—Quizá después de cenar —terció mamá, guiñándole un ojo.

—Yo no quiero tomar parte en nada de esto —dijo el calvo—. Soy judío.

Todo el mundo se lo quedó mirando.

—Pero… señor Stalas, ¿por qué no nos lo había dicho? —quiso saber mi madre.

—Porque no es asunto suyo —replicó el calvo en tono cortante.

—Pero llevamos días reuniéndonos para hablar de la Navidad. Y usted ha sido tan amable de compartir su

choza con nosotros… Si nos lo hubiera dicho, habríamos celebrado también Janucá —dijo mi madre.

—No piense que no he celebrado mis propias fiestas —respondió el calvo, blandiendo el dedo índice—. Lo único que pasa es que yo no hablo durante horas de ello como hacen ustedes, insensatos. —Todo el mundo calló—. Yo no le restriego a nadie mi religión. Es algo personal. Y, francamente, esa sopa suya

de semillas de amapola, bah, no vale un pimiento.

La gente parecía incómoda. Jonas se echó a reír. Él odiaba la sopa de semillas de amapola. El calvo se unió a su risa, y pronto todos los demás nos reíamos también hasta las lágrimas.

Estuvimos allí horas, disfrutando de la cena, en nuestra mesa improvisada. Entonamos canciones y villancicos. Después de mucho insistir, mamá

convenció al calvo para que recitara la oración *Ma'ozTzur* en hebreo. Cuando lo hizo, por una vez su voz no sonó tensa ni desagradable. Cerró los ojos. Sus palabras temblaban de emoción.

Me quedé mirando nuestra fotografía de familia, en el asiento vacío. Siempre habíamos celebrado la Navidad en casa, con las campanas tintineando en las calles, y esos aromas tan ricos que provenían de la

cocina y se extendían por todo el ambiente. En mi mente, me imaginé el comedor a oscuras, el candelabro lleno de telas de araña y la mesa cubierta con una fina capa de polvo. Pensé en papá. ¿Qué estaría haciendo esa Navidad? ¿Tenía él también un minúsculo trocito de chocolate que deshacer en la boca?

La puerta de la choza se abrió bruscamente. Los agentes del NKVD

irrumpieron en la habitación, apuntándonos con sus armas.

—*Davai!* —gritó uno de ellos, agarrando al hombre que todos los días daba cuerda a su reloj. La gente empezó a protestar.

—Por favor, es la víspera de Navidad —suplicó mamá—. No intenten hacernos firmar una noche como esta.

Los guardias gritaron y empezaron a echar a la gente de la cabaña a empujones.

Yo no pensaba marcharme sin papá. Fui a gatas hasta el otro extremo de la mesa, cogí nuestra fotografía de familia y me la metí debajo del vestido. La escondería mejor camino de la oficina del koljós. Kretzsky no se dio cuenta. Estaba ahí parado, inmóvil, con su fusil en la mano, mirando fijamente todas las fotos de familia.

52

Nos hicieron trabajar muy duro el día de Navidad. Yo me caía de agotamiento pues la noche anterior no nos habían dejado pegar ojo. Cuando volví a la cabaña, apenas podía caminar. Mamá le había regalado a Ulyushka un paquete entero de cigarrillos por Navidad. Estaba sentada junto a la estufa, fumando. ¿De dónde habría sacado mamá los

cigarrillos? No entendía por qué le daba nada a esa mujer.

Jonas llegó con Andrius.

—Feliz Navidad —nos deseó este.

—Gracias por el chocolate —le dijo mamá—. Estábamos locos de alegría.

—Andrius, espera un momento —pidió Jonas—. Tengo algo para ti.

—Yo también tengo algo para ti —contesté. Saqué de mi maleta una hoja de papel y se la tendí a Andrius.

—No es muy bueno —comenté—, pero el ángulo es mejor. Los agujeros de la nariz se ven más pequeños.

—Es fantástico —dijo Andrius, contemplando mi dibujo.

—¿De verdad?

Me miró, y vi que se le habían iluminado los ojos.

—Gracias.

Abrí la boca para hablar, pero de mi boca no salió sonido alguno.

—Feliz Navidad —acerté a decir por fin.

—Toma —dijo Jonas, tendiendo la mano—. Era tuya, y luego se la diste a Lina. Ella me la dio cuando estaba enfermo. Sobreviví, así que supongo que debe de dar mucha suerte. Creo que ahora te toca a ti tenerla. —Jonas abrió la mano. Dentro estaba la piedra brillante. Se la tendió a Andrius.

—Gracias. Supongo que sí, que esta piedra da suerte —admitió Andrius, mirándola.

—Feliz Navidad —le

deseó Jonas—. Y gracias por los tomates.

—Te acompañaré —dijo mamá—. Me gustaría desearle feliz Navidad a tu madre, si tiene un momento para charlar.

Jonas y yo nos tumbamos en nuestros camastros, arrebujados en nuestros abrigos, sin quitarnos las botas.

—¿Te acuerdas cuando dormíamos en pijama? —me preguntó Jonas.

—Sí, con edredones de

plumas —contesté. Mi cuerpo se sumergió en la paja, envuelto en silencio. Sentía cómo el frío del suelo me iba invadiendo poco a poco, subiéndome por la espalda hasta llegar a los hombros.

—Espero que papá pueda abrigarse esta noche con un edredón de plumas —pidió Jonas.

—Yo también. Feliz Navidad, Jonas.

—Feliz Navidad, Lina.

—Feliz Navidad, papá



—murmuré.

53

—¡LINA! —gritó Andrius, corriendo a nuestra choza—. Date prisa, vienen por ti.

—¿Quién? —pregunté extrañada. Acababa de volver del trabajo.

—El comandante y Kretzsky vienen hacia aquí.

—¿Qué? ¿Y por qué, qué ocurre? —preguntó mamá con un hilo de voz.

Pensé en la pluma

robada, escondida en mi maleta.

—Es porque… yo… robé una pluma —confesé.

—¿Que hiciste qué? —dijo mamá—. ¿Cómo pudiste ser tan insensata? ¡Robar al NKVD!

—No es por ninguna pluma —dijo Andrius—. El comandante quiere que le hagas un retrato.

Me volví hacia Andrius.

—¿Qué?

—Es un narcisista —me explicó—. No para de decir

que necesita un retrato para la oficina del koljós, un retrato para su mujer.

—¿Su mujer? —preguntó Jonas.

—No puedo hacerlo —declaré—. No puedo concentrarme si lo tengo cerca. —Miré a Andrius—. Me pone nerviosa.

—Yo iré contigo —dijo mamá.

—El comandante no se lo permitirá —objetó Andrius.

—Me romperé las manos

si es necesario. Pero no puedo hacerlo —dije.

—Lina, no vas a hacer una cosa así —declaró mamá.

—Si te rompes las manos, no podrás trabajar —dijo Andrius—. Y si no puedes trabajar, te morirás de hambre.

—¿Saben que tiene otros dibujos? —preguntó Jonas bajito. Andrius negó con la cabeza.

—Lina. —Andrius bajó la voz—. Tienes que hacer

un retrato… favorecedor.

—¿Me estás diciendo cómo tengo que dibujar? —le pregunté.

Andrius suspiró.

—Me gustan tus dibujos. Algunos son muy realistas, pero otros son… cómo decirlo… retorcidos.

—Yo solo dibujo lo que veo —protesté.

—Ya sabes lo que quiero decir —insistió Andrius.

—¿Y qué voy a conseguir a cambio? —pregunté—. No pienso

hacerlo por un trozo de pan o un par de cigarrillos rotos.

Discutimos sobre lo que debía pedir a cambio del retrato. Mamá quería sellos de correos y semillas para plantar. Jonas quería patatas. Yo quería una choza para nosotros solos y un edredón de plumas. Pensé en lo que había dicho Andrius, tratando de decidir cómo podía hacer un retrato «favorecedor». Unos hombros anchos simbolizarían poder. Si lo

dibujaba con la cabeza ligeramente ladeada, ello acentuaría su fuerte mandíbula. El uniforme sería cosa fácil. Podía dibujarlo con mucha precisión. Era su cara lo que me preocupaba. No me suponía ningún problema imaginarme pintando su retrato, salvo cuando se trataba de su cabeza. En mi mente, veía un uniforme limpio y bien planchado, con un nido de víboras saliéndole del cuello, o un

cráneo con las cuencas de los ojos vacías y un cigarrillo humeante sobresaliendo del agujero de la boca. Eran imágenes muy poderosas. Estaba deseando dibujarlas. Necesitaba hacerlo. Pero no podía, al menos no delante del comandante.

54

Ardía un fuego en la chimenea de la oficina del koljós. La habitación olía a leña. Me quité los mitones y me calenté las manos al fuego.

Entonces entró el comandante. Llevaba un uniforme verde impoluto con ribetes azules, y una bandolera negra que albergaba su pistola. Intenté memorizar todos esos

detalles rápidamente para no tener que mirarlo. Pantalones azules, una gorra azul con una franja color frambuesa sobre el borde. A la izquierda, sobre su pecho, brillaban dos medallas de oro. Y, por supuesto, el sempiterno palillo bailando de un lado a otro de su boca.

Acerqué una silla a su escritorio y me senté, indicándole con un gesto que hiciera lo mismo. El comandante cogió una silla y se sentó delante de mí, tan

cerca que sus rodillas casi tocaban las mías. Yo retrocedí un poco, arrastrando mi silla, fingiendo que buscaba el ángulo adecuado para dibujar.

—El abrigo —indicó él.

Yo levanté los ojos para mirarlo.

—Quítatelo.

No me moví.

Él asintió, mirándome enfadado con sus ojos hundidos. Con la lengua, movió el palillo de un lado a

otro de la boca.

Yo hice un gesto negativo con la cabeza y me froté los brazos.

—Frío —dije.

El comandante hizo un gesto de exasperación.

Respiré hondo y levanté los ojos hacia él. El comandante me miraba fijamente.

—¿Qué edad tienes? —me preguntó, recorriéndome todo el cuerpo con los ojos.

Entonces empezó la visión. Del cuello de su

uniforme salieron serpientes que se enrollaron alrededor de su rostro, siseando. Yo parpadeé varias veces. Cuando volví a abrir los ojos, vi una calavera en el lugar que antes ocupaba su cabeza, con la mandíbula abierta de par en par, riendo.

Me froté los ojos. No hay serpientes. No dibujes serpientes. Ahora sabía cómo se sentía Edvard Munch. «Pinta las cosas como las veas», solía decir siempre. «Aunque sea un día

soleado pero tú lo que ves es oscuridad y sombras. Píntalo como lo veas». Volví a parpadear. No puedo, pensé, no puedo dibujarlo como lo veo.

—No comprendo —mentí. Con un gesto le indiqué que girara la cabeza hacia la izquierda.

Dibujé una silueta poco precisa. Tenía que empezar por el uniforme. No podía mirarlo a la cara. Intenté trabajar deprisa. No quería pasar un solo segundo más

de lo necesario cerca de ese hombre. Estar sentada delante de él me producía un escalofrío que no se disipaba.

¿Cómo puedo terminar el trabajo en una hora? Concéntrate, Lina. Nada de serpientes.

El comandante no era capaz de estarse quieto. Insistía en tomarse frecuentes descansos para fumar. Descubrí que podía conseguir que aguantara más tiempo sin moverse si le

enseñaba mis progresos de vez en cuando. Estaba encantado consigo mismo, absorto en su propio ego.

Un cuarto de hora después, quiso tomarse otro descanso. Reclamó su palillo, que descansaba sobre la mesa, y salió de la oficina.

Miré el retrato. Parecía un hombre fuerte y poderoso.

El comandante volvió, acompañado de Kretzsky. Me arrebató el cuaderno y se

lo enseñó al joven guardia, dándole una palmada en el hombro.

Kretzsky dirigió el rostro hacia el retrato, pero yo vi que me estaba mirando a mí. El comandante le dijo algo, y Kretzsky le contestó. Su voz, al hablar, parecía muy distinta a cuando daba órdenes. Su tono era tranquilo y sonaba joven. Yo no levanté la mirada.

El comandante me devolvió el cuaderno y se puso a dar vueltas a mi

alrededor. Veía sus botas negras avanzando en círculos, lentamente. Me miró a la cara y luego le ladró una orden a Kretzsky.

Empecé a dibujar su gorra. Era lo último que me quedaba para terminar el retrato. Kretzsky volvió y le entregó una carpeta. Komorov la abrió y se puso a hojear los papeles que contenía. Me miró. ¿Qué decía en ese expediente? ¿Qué sabía de nosotros? ¿Decía algo de papá?

Me puse a dibujar furiosamente. Deprisa, *davai*, me decía a mí misma. El comandante empezó a hacer preguntas. Yo entendía palabras sueltas.

—¿Dibujas desde niña?

¿Para qué querría saberlo? Asentí, indicándole que ladeara ligeramente la cabeza. Él obedeció y posó.

—¿Qué te gusta dibujar? —me preguntó.

Qué estaba, ¿dándome conversación? Me encogí de hombros.

—¿Quién es tu artista preferido?

Me detuve un momento y lo miré.

—Munch —contesté.

—Munch, mmm. —Asintió—. No lo conozco.

La banda roja sobre el borde de su gorra necesitaba más detalle. Pero no quería detenerme mucho tiempo, así que me limité a sombrearla rápidamente. Arranqué con cuidado la hoja del cuaderno y se la tendí al comandante.

Dejó la carpeta sobre la mesa y cogió el retrato. Se puso a dar vueltas por la oficina, absorto en la contemplación de sí mismo.

Yo miré la carpeta.

Estaba ahí, sobre la mesa. Dentro tenía que haber algo sobre papá, algo que pudiera ayudarme a hacerle llegar algún dibujo.

El comandante le dio una orden a Kretzsky. Pan. Le dijo a Kretzsky que me diera pan. Pero yo merecía algo más que eso.

El comandante salió de la habitación, y yo empecé a protestar.

Kretzsky me señaló la puerta.

—*Davai!* —gritó, echándome con un gesto.

Vi que Jonas estaba esperándome fuera.

—Pero… —empecé a decir.

Kretzsky gritó algo y salió por detrás del escritorio.

Jonas abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Nos ha dicho que vayamos a la puerta de la cocina. Lo he oído. Allí nos darán el pan —susurró.

—Pero se supone que debían darnos patatas —protesté. El comandante era un mentiroso. Debería haber dibujado las serpientes. Me volví para coger mi cuaderno de dibujo, y vi la carpeta sobre la mesa.

—Vamos, Lina, tengo hambre —me apremió Jonas.

—De acuerdo —

contesté, haciendo como que recogía mi cuaderno. Cogí también la carpeta y me la metí dentro del abrigo—. Venga, vamos —dije. Jonas no se había percatado de lo que acababa de hacer.

55

Nos dirigimos hacia las cabañas de los agentes del NKVD. El corazón me latía tan fuerte que resonaba en mis oídos. Hice un esfuerzo por tranquilizarme y actuar con naturalidad. Miré por encima de mi hombro y vi a Kretzsky salir de la oficina del koljós por la puerta trasera. Se dirigió entre las sombras hacia las cabañas, con su largo abrigo de lana

ondeando entre sus piernas. Esperamos detrás, cerca de la cocina, como nos habían ordenado.

—A lo mejor no viene —dije, impaciente por volver corriendo a la choza.

—Tiene que venir —insistió Jonas—. Nos deben comida a cambio de tu dibujo.

Kretzsky apareció entonces en la puerta trasera. Una barra de pan aterrizó en el suelo. ¿Es que no podía dárnosla en la mano? ¿Tanto

le costaba hacer eso? Odiaba a Kretzsky.

—Venga, Jonas. Vámonos —le dije. De pronto, cayó sobre nosotros una lluvia de patatas. Oí risas en el interior de la cocina.

—¿Tiene que tirárnoslas así? —pregunté, acercándome al oscuro umbral. La puerta de la cocina se cerró.

—¡Mira, hay varias! —exclamó Jonas, corriendo a recogerlas.

Volvió a abrirse la puerta de la cocina. Una lata me golpeó la frente. Oí un sonido metálico, y sentí cómo algo cálido resbalaba sobre mis cejas. Cayó sobre nosotros una lluvia de latas y de basura. Los agentes del NKVD se divertían arrojando basura sobre un par de niños indefensos.

—Están borrachos. ¡Vámonos, date prisa! Antes de que empiecen a dispararnos —propuse, pues no quería que se me cayera

la carpeta del abrigo.

—¡Espera, parte de lo que tiran es comida! —dijo Jonas, recogiendo como loco las cosas del suelo. De la cocina salió volando un saco y le golpeó a Jonas en el hombro, derribándolo. Estalló una carcajada desde el otro lado de la puerta.

—¡Jonas! —Corrí hacia mi hermano. Algo húmedo me golpeó en la cara.

Kretzsky apareció en la puerta y dijo algo.

—Date prisa —dijo

Jonas—. Dice que estamos robando comida y que nos va a denunciar.

Echamos a correr, inclinando el cuello hacia el suelo para recoger cuanto podíamos. Me llevé la mano a los ojos para limpiarme la maloliente basura que se me había quedado pegada. Eran mondas podridas de patatas. Bajé la cabeza y me las comí.

—*Fasheest sveenya!* —gritó Kretzsky, antes de cerrar con un sonoro

portazo.

Amontoné todo lo que pude en mi falda, protegiendo con el brazo la carpeta dentro de mi abrigo. Me llevé cuanto pude, incluso latas vacías para aprovechar los restos. Me dolía la frente. Me llevé la mano y noté un chichón acuoso.

Andrius apareció entonces por un lateral de la cabaña y miró a su alrededor.

—Veo que has

conseguido algo a cambio de tu retrato —dijo.

No le hice caso y me puse a recoger rápidamente las patatas del suelo con la mano que me quedaba libre. Me las fui metiendo en los bolsillos y en la falda, en un intento desesperado por no dejar ni una.

Andrius se volvió hacia el saco que yo me esforzaba por arrastrar y apoyó una mano en mi hombro.

—No te preocupes —dijo amablemente—. Nos lo

llevaremos todo.

Levanté la mirada hacia él.

—Estás sangrando.

—No es nada, estoy bien —le contesté, quitándome las mondas podridas del cabello.

Jonas recogió el pan del suelo, y Andrius cargó con el gran saco.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Jonas.

—Harina —respondió Andrius—. Yo os lo llevaré.

—¿Te has hecho daño en

el brazo? —me preguntó Andrius, al ver que lo mantenía pegado al cuerpo.

Negué con la cabeza, y seguimos avanzando con dificultad por la nieve, en silencio.

56

—Vamos, Jonas —dije, en cuanto nos hubimos alejado lo suficiente de la cabaña del NKVD—. Mamá estará preocupada. Adelántate tú y dile que estamos bien.

Jonas corrió hacia nuestra choza. Yo aminoré el paso.

—Tienen un expediente sobre nosotros, dentro de una carpeta —dije mientras

mi hermano se alejaba en la distancia.

—Tienen expedientes sobre todo el mundo —afirmó Andrius, enderezándose el saco que llevaba cargado al hombro.

—Quizá puedas ayudarme con una cosa —le pedí.

Andrius negó con la cabeza, casi riendo.

—No puedo robar un expediente, Lina. Eso no tiene nada que ver con robar leña o una lata de tomates.

Una cosa es colarse en la cocina, pero…

—No necesito que robes el expediente —dije, deteniéndome antes de llegar a nuestra choza.

—¿Qué? —Andrius se detuvo también.

—No necesito que robes el expediente. —Miré a mi alrededor y me abrí un poco el abrigo—. Ya lo tengo —susurré—. Estaba sobre el escritorio del comandante. Necesito que lo devuelvas una vez que lo haya leído.

La sorpresa invadió los rasgos de Andrius. Miró a un lado y a otro muy nervioso para asegurarse de que estábamos solos, y luego me arrastró detrás de una choza.

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Es que quieres que te maten? —susurró.

—El calvo dice que está todo en nuestros expedientes, dónde nos han mandado y quizá también lo que le ha ocurrido al resto de nuestra familia. Está todo

aquí. —Me agaché, soltando las patatas y todo lo demás, y rebusqué en el interior de mi abrigo.

—Lina, no puedes hacer esto. Dame el expediente, lo voy a dejar donde estaba.

Oímos unos pasos que se acercaban. Andrius se colocó delante de mí, tapándome. Alguien pasó y se alejó.

Soltó el saco y tendió la mano para coger el expediente. Yo me aparté de él y abrí la carpeta. Me

temblaban las manos. Había fotografías de nuestra familia y varias hojas. Se me cayó el alma a los pies cuando descubrí que todo estaba en ruso. Me volví hacia Andrius, que me arrebató la carpeta.

—Por favor —le rogué—. Dime lo que pone.

—¿De verdad eres tan egoísta? ¿O solo estúpida? Os matarán a ti y a tu familia —me dijo.

—No. —Lo agarré del brazo—. Por favor, Andrius.

Podría ayudarme a encontrar a mi padre. Ya oíste lo que dijo en el tren. Puedo ayudarle a encontrarnos. Puedo mandarle mis dibujos. Solo necesito saber dónde está. Sé… sé que puedes entenderlo.

Me miró fijamente y luego abrió la carpeta.

—No leo muy bien el ruso. —Recorrió los papeles rápidamente con la mirada.

—¿Qué pone?

—Alumnos de la Academia —dijo,

echándome una rápida ojeada por encima del hombro—. Esta palabra significa «artista». Esa eres tú. Tu padre —anunció, señalando una palabra con el dedo.

—¿Sí, qué? —lo apremié.

—Ubicación.

Me acerqué más a Andrius.

—¿Qué pone?

—Krasnoyarsk. Prisión.

—¿Papá está en Krasnoyarsk? —Recordé

haber dibujado Krasnoyarsk en el mapa que había copiado para el NKVD.

—Creo que esta palabra significa «delito» o «acusación» —indicó, señalando algo que había escrito—. Pone que tu padre es…

—Es ¿qué?

—No conozco esta palabra —susurró Andrius. Cerró la carpeta rápidamente y se la guardó dentro del abrigo.

—¿Qué más pone?

—No pone nada más.

—¿Puedes averiguar lo que significa esa palabra? ¿Esa que no sabes y que se refiere a papá?

—¿Y qué pasa si me pillan con esto? —preguntó Andrius, muy enfadado de repente.

¿Qué ocurriría si lo pillaban? ¿Qué le harían? Se dio la vuelta para marcharse. Lo agarré del brazo.

—Gracias —le dije—. Te lo agradezco mucho.

Él asintió, zafándose de


mí.

57

Mamá estaba feliz con la comida. Decidimos comérnosla casi toda enseguida, por si acaso el NKVD decidía quitárnosla. Las sardinas en lata estaban deliciosas, compensaban de sobra la brecha que me habían abierto en la frente. Sentía el aceite sobre mi lengua como una sedosa caricia.

Mamá le dio una patata a

Ulyushka. La invitó a compartir nuestra cena. Sabía que era menos probable que se chivara de que teníamos comida si le dábamos un poco. No soportaba que mamá compartiera nuestros alimentos con ella. Había tratado de echar a Jonas al frío y a la nieve mientras estaba enfermo. No se lo pensaba dos veces si le apetecía robarnos. Ella nunca compartía su comida con nosotros. Se comía un

huevo tras otro, delante de nuestras narices. Y, pese a todo, mamá insistía en compartir con ella.

Estaba preocupada por Andrius, esperaba que pudiera devolver el expediente a su sitio sin que nadie se diera cuenta. ¿Y cuál era esa palabra que me había señalado, esa que pensaba que significaba «delito» o «acusación»? Me negaba a creer que papá hubiera hecho algo malo. No dejaba de darle vueltas a esa

idea en mi cabeza. La señora Raskunas trabajaba en la universidad con papá. A ella no la habían deportado. La vi espiando por la ventana, detrás de las cortinas, la noche que vinieron a sacarnos de casa. De modo que no habían deportado a todos los que trabajaban en la universidad. ¿Por qué a papá sí? Quería decirle a mamá que habían mandado a papá a la cárcel de Krasnoyarsk, pero no podía hacerlo. Se preocuparía

demasiado de que papá estuviera preso, y además se enfadaría conmigo por haber robado el expediente. Y se preocuparía también de que ahora lo tuviera Andrius. Yo, desde luego, estaba inquieta por Andrius.

Aquella noche, arranqué más dibujos de mi cuaderno y los escondí junto a los demás dentro del forro de mi maleta. Ya solo me quedaban dos hojas. Mi lápiz sobrevoló el papel. Levanté la mirada. Mamá y

Jonas hablaban en voz baja entre ellos. Hice rodar el lápiz entre mis manos. Dibujé el cuello de una camisa. Bajo la punta del lápiz empezó a aparecer una serpiente, parecía que se dibujara sola. La borré inmediatamente.

Al día siguiente por la tarde, me crucé con Andrius cuando volvía del trabajo. Lo miré fijamente, como para preguntarle por el expediente. Él asintió. Mis hombros se relajaron. Lo

había devuelto a su sitio. Pero ¿habría averiguado el significado de la palabra? Le sonreí. Él sacudió la cabeza de lado a lado, disgustado, pero al final esbozó una media sonrisa.

Encontré un trozo de corteza de abedul, fino y plano, y me lo llevé a la choza. Por la noche, decoré los bordes con motivos tradicionales lituanos. Sobre la corteza dibujé nuestra casa de Kaunas, así como otros símbolos de nuestro

país. Abajo escribí: «Hacer llegar a la cárcel de Krasnoyarsk. Con cariño de la señorita Altái». Añadí el garabato que me hacía las veces de firma, junto con la fecha.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con esto? —me preguntó la gruñona cuando la abordé para dárselo.

—Basta con que se lo dé a algún lituano que vea en la aldea —le expliqué—. Y dígale que se lo pase a otro,

y este a su vez a otro. Así hasta que llegue a Krasnoyarsk.

La gruñona miró mis dibujos del blasón lituano, el castillo de Trakai, nuestro santo patrón, san Casimiro, y la cigüeña, el ave nacional de nuestro país.

—Tome —le dije, tendiéndole un pedazo de tela raído y hecho un burruño—. A lo mejor alguna de sus hijas necesita esta combinación. Sé que no es gran cosa, pero…

—Quédatela —me contestó la gruñona, que seguía mirando mis dibujos —. Haré lo que me pides.

58

22 de marzo, el día de mi cumpleaños. Dieciséis años ya. Mi cumpleaños olvidado. Mamá y Jonas salieron de la choza para ir a trabajar. Ninguno de los dos se acordó de que era mi cumpleaños. ¿Qué esperaba, una fiesta para celebrarlo? Apenas teníamos nada de comer. Mamá cambiaba lo que podía por sellos para escribir cartas a papá. No

pensaba decirle nada a mamá, se habría sentido fatal por olvidarse de mi cumpleaños. El mes anterior, le había recordado que era el cumpleaños de la abuela. Se sintió culpable durante días por haberlo olvidado. Después de todo ¿cómo podía olvidarse del cumpleaños de su propia madre?

Me pasé el día amontonando leña, imaginando la fiesta que habría organizado de haber

estado todavía en Lituania. Mis compañeros de clase me habrían felicitado. Mi familia se habría puesto sus mejores galas. El amigo de papá nos habría sacado una fotografía. Hubiésemos ido a un restaurante caro en Kaunas. El día habría sido especial, diferente. Joana me habría mandado un regalo.

Pensé en mi último cumpleaños. Papá llegó tarde al restaurante. Le dije que no había recibido ningún regalo de Joana. Me

di cuenta de que se puso tenso al oírme mencionar a mi prima. «Seguramente estará ocupada», me contestó.

Stalin me había quitado mi casa y a mi padre. Ahora me había quitado también mi cumpleaños. Caminaba arrastrando los pies de vuelta a casa después del trabajo. Me paré a recoger mi ración de pan. Jonas estaba en la cola.

—¡Corre, date prisa! —me dijo—. La señora Rimas

ha recibido una carta de Lituania. ¡Una muy gruesa!

—¿Hoy? —le pregunté.

—¡Sí! —contestó—. ¡Date prisa! Nos vemos en la choza del calvo.

La cola avanzaba despacio. Pensé en la última vez que la señora Rimas había recibido una carta. Hacía calor en su choza abarrotada de gente. Me pregunté si estaría allí Andrius hoy también.

Cogí mi ración y corrí por la nieve hasta la choza

del calvo. Todo el mundo estaba apiñado en el reducido espacio. Vi a Jonas y me abrí paso hasta colocarme detrás de él.

—¿Qué me he perdido? —pregunté en voz baja.

—Solo esto —dijo.

La multitud se dividió en dos, y vi a mamá.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamaron todos.

Se me hizo un nudo en la garganta de emoción.

—¡Felicidades, tesoro! —exclamó mi madre

abrazándome.

—Feliz cumpleaños —me deseó también Jonas—. ¿Pensabas que se nos había olvidado?

—Pues sí, la verdad es que sí…

—Pues te equivocabas —dijo mamá, dándome otro abrazo.

Miré a mi alrededor en busca de Andrius, pero no estaba allí.

Me cantaron una canción de cumpleaños. Nos sentamos juntos en el suelo a

comernos nuestra ración de pan. El hombre que daba cuerda a su reloj todos los días contó la historia de su decimosexto cumpleaños. La señora Rimas nos describió la capa de crema de mantequilla y azúcar glas que ponía sobre las tartas. Se levantó y nos mostró cómo se apoyaba el cuenco en la cadera y batía la mezcla con la espátula. Crema de mantequilla y azúcar glas. Recordé la suave consistencia y el riquísimo

sabor.

—Tenemos un regalo para ti —me anunció Jonas.

—¿Un regalo? —pregunté sorprendida.

—Bueno, no está envuelto, pero sí, es un regalo —explicó mamá.

La señora Rimas me tendió un paquete. Era un bloc y un trozo de lápiz.

—¡Gracias! ¿De dónde lo habéis sacado? —pregunté.

—No podemos desvelar nuestros secretos —dijo

mamá—. El papel tiene rayas, pero es todo lo que hemos podido conseguir.

—¡Oh, es maravilloso! —exclamé—. No importa que tenga rayas.

—Así los dibujos no te saldrán torcidos —bromeó Jonas.

—Tienes que dibujar algo como recuerdo de tu cumpleaños. Este es un cumpleaños único. Pronto todo esto no será más que un recuerdo —aseguró mamá.

—Sí, ya, un recuerdo,

bah. Ya está bien de celebraciones. Largo de aquí todos. Estoy cansado —se quejó el calvo.

—Gracias por ofrecerse a celebrar mi cumpleaños en su choza —le dije.

El calvo hizo una mueca y dio unas palmadas para echarnos.

Cogidos del brazo, comenzamos a andar camino de la choza de Ulyushka. Levanté los ojos al cielo gris. Pronto volvería a nevar.

—Lina. —Andrius

apareció por un lateral de la choza del calvo.

Mamá y Jonas lo saludaron con la mano y siguieron andando sin mí.

—Feliz cumpleaños —me dijo.

Me acerqué un poquito más a él.

—¿Cómo te has enterado?

—Me lo dijo Jonas.

Andrius tenía la nariz roja de frío.

—Sabes que puedes entrar con nosotros —le

invité.

—Sí, lo sé.

—¿Has averiguado el significado de aquella palabra del expediente? —le pregunté.

—No. No he venido por eso. He venido… a darte esto. —Andrius sacó un paquete que tenía escondido detrás de la espalda. Estaba envuelto en tela—. Feliz cumpleaños.

—¿Me has traído algo? ¡Muchas gracias! Yo ni siquiera sé cuándo es tu

cumpleaños.

Cogí el paquete. Andrius se giró para marcharse.

—Espera. Siéntate un momento —le pedí, señalándole un tronco que había delante de la choza.

Nos sentamos uno al lado del otro. Andrius frunció el ceño, en una mueca de incertidumbre. Aparté la tela que envolvía el regalo, y lo miré.

—No… no sé qué decir —tartamudeé.

—Di que te gusta.

—¡Y tanto que me gusta!

Me encantaba. Era un libro. De Dickens.

—No es *Los papeles póstumos del Club Pickwick*. Ese es el que me fumé, ¿verdad? —Se rio—. Este es *Dombey e hijo*. Es el único libro de Dickens que he podido encontrar. —Se frotó las manos una contra otra para calentárselas. Su cálido aliento se elevó de su boca como una voluta de humo en el aire frío.

—Es perfecto. —Abrí el libro. Estaba en ruso.

—Ahora tendrás que aprender ruso si quieres poder leer tu regalo —me dijo.

Fruncí el ceño, de broma.

—¿De dónde lo has sacado?

Exhaló otra bocanada de aliento, negando con la cabeza.

—¿Qué pasa, quieres que nos lo fumemos ahora mismo?

—Puede —dijo—. He intentado leer unas páginas. —Fingió que bostezaba. Yo me reí.

—Bueno, Dickens al principio se puede hacer un poco pesado. —Miré el libro en mi regazo. La encuadernación, de color burdeos, era tersa y suave al tacto. El título estaba grabado en letras doradas. Era precioso, un auténtico regalo, el regalo perfecto. De pronto, mi cumpleaños parecía un cumpleaños de

verdad. Miré a Andrius.

—Gracias —le dije. Llevé las manos a sus mejillas, acerqué su cara a la mía y lo besé. Tenía la nariz fría. Sus labios eran cálidos y su piel olía a limpio. Sentí mariposas en el estómago. Me aparté, observando sus hermosas facciones, y traté de recordar cómo se respiraba—. Gracias de verdad. Es un regalo maravilloso.

Andrius se quedó sentado en el tronco,

anonadado. Yo me puse en pie.

—Es el veinte de noviembre —me dijo.

—¿Qué?

—Mi cumpleaños.

—Lo recordaré. Buenas noches. —Me di la vuelta y me alejé. Empezó a nevar.

—No te lo fumes todo de golpe —le oí decir a mi espalda.

—No, pierde cuidado —respondí, sin volverme del todo, abrazando mi tesoro contra mi pecho.

59

Removimos la nieve y el barro para que el sol pudiera llegar a nuestra pequeña parcela plantada de patatas. La temperatura subió justo por encima de los cero grados según un termómetro que había en el exterior de la oficina del koljós. Me desabroché el abrigo.

Mamá corrió a la choza, muy colorada, con un sobre en la mano. Temblaba.

Había recibido una carta del ama de llaves de nuestra prima que, en clave, le decía que papá estaba vivo. Me abrazó muy fuerte diciendo «sí» y «gracias» una y otra vez.

La carta no mencionaba dónde estaba papá. Miré la arruga que tenía mi madre en la frente, una arruga nueva que le había salido desde que nos habían deportado. Era injusto, por mi parte, no contárselo. Le dije a mamá que había visto

el expediente y que papá estaba en Krasnoyarsk. Su primera reacción fue de enfado por el peligro al que me había expuesto, pero pasados unos días su actitud se suavizó, y su voz fue sonando algo más alegre.

—¡Nos encontrará, mamá, ya verás cómo sí! —le dije, pensando en el trozo de corteza de abedul que ya iba en camino hacia él.

La actividad aumentó en el campo de trabajo. Llegaban suministros desde

Moscú. Andrius dijo que algunos contenían cajas con expedientes. Se marcharon los guardias, y llegaron otros nuevos. Yo quería que se fuera también Kretzsky. Odiaba estar sumida en un estado de miedo constante, temía que volviera a arrojarme algo a la cara. Pero no se marchó. Me fijé en que Andrius y él hablaban de vez en cuando. Un día, cuando iba de camino al bosque a cortar leña, llegaron varios

camiones con agentes. No los reconocí. Llevaban uniformes de otro color y caminaban muy tiesos.

Después de que me obligaran a dibujar el retrato del comandante, dibujaba todo lo que veía o me apetecía. Algunos dibujos, como los de Munch, irradiaban dolor, y otros, esperanza y nostalgia. Todos eran una descripción precisa de la realidad, y desde luego se habrían considerado antisoviéticos. Por las

noches, leía media página de *Dombey e hijo*. Me costaba entender cada palabra. Constantemente tenía que pedirle a mamá que me las tradujera.

—Es ruso antiguo, con un léxico muy culto —me explicó—. Si aprendes a hablar con ese libro parecerás una erudita.

Andrius se acostumbró a reunirse conmigo en la cola del pan. Yo cortaba leña con más ímpetu, con la esperanza de que el día

pasara más deprisa. Por las noches, me lavaba la cara con nieve, trataba de limpiarme también los dientes y de peinar mi cabello enmarañado.

—¿Qué, cuántas páginas te has fumado ya? —me susurró por detrás.

—Casi diez —le respondí sin volverme.

—Ya debes de hablar ruso perfectamente —se burló, tirando de mi gorro.

—*Peerestan* —le dije sonriendo.

—¿Que pare? Ah, muy bien. Vaya, veo que sí que has aprendido algo. ¿Y qué me dices de esta palabra: *krasivaya?*

Me volví para mirarlo.

—¿Qué significa?

—Tendrás que averiguarlo —me respondió.

—De acuerdo —le contesté—. Lo haré.

—Pero tú sola, sin preguntárselo a tu madre —me advirtió—. ¿Prometido?

—De acuerdo —accedí —. Dímela otra vez.

—*Krasivaya*. Lo digo en serio, tienes que averiguarlo tú sola.

—Lo haré.

—Ya lo veremos —dijo, y se alejó con una sonrisa.

60

Llegó el primer día cálido de la primavera. Andrius se reunió conmigo en la cola del pan.

—Anoche conseguí entender dos páginas enteras sin ayuda —presumí, cogiendo mi ración de pan.

Pero Andrius estaba serio.

—Lina —me dijo, agarrándome del brazo.

—¿Qué ocurre?

—Aquí no. —Nos alejamos de la cola. Andrius no decía nada. Me llevó detrás de una choza.

—¿Qué pasa? —volví a preguntarle.

Miró por encima del hombro para asegurarse de que no había nadie más allí.

—Dime qué ocurre.

—Están trasladando a gente —susurró.

—¿El NKVD?

—Sí.

—¿Adónde? —le pregunté.

—Todavía no lo sé. —La chispa que brillaba en sus ojos el día anterior había desaparecido.

—¿Por qué están trasladando a gente? ¿Cómo te has enterado?

—Lina —dijo, agarrándome el brazo. Su expresión me asustó.

—¿Qué ocurre?

Me cogió de la mano.

—Estás en la lista.

—¿Qué lista?

—La lista de la gente a la que van a trasladar. Jonas

y tu madre también.

—¿Se han enterado de que cogí el expediente? —le pregunté, pero él negó con la cabeza—. ¿Quién te lo ha contado?

—Es todo lo que sé —concluyó. Bajó la mirada y me apretó la mano.

Miré nuestras manos unidas.

—Andrius —le dije despacio—, ¿estás tú en la lista?

Alzó la mirada y negó con la cabeza.

Le solté la mano. Pasé corriendo por las chozas destartaladas. Mamá. Tenía que decírselo a mamá. ¿Adónde nos llevaban? ¿Era porque no habíamos firmado? ¿Quién más estaba en la lista?

—¡**L**ina, cálmate! —me ordenó mi madre—. Respira.

—Nos van a trasladar. Me lo ha dicho Andrius —dije jadeando.

—A lo mejor nos

mandan a casa —aventuró Jonas.

—¡Eso es! —exclamó mi madre—. A lo mejor nos llevan a un lugar mejor.

—A lo mejor nos reunimos con papá —prosiguió Jonas.

—Mamá, no hemos firmado. Además, no has visto la cara de Andrius —dije.

—¿Dónde está Andrius? —preguntó Jonas.

—No lo sé —contesté—. Él no está en la lista.

Mamá se fue a buscar a Andrius y a la señora Rimas. Yo me quedé en la choza, paseando nerviosa de un lado a otro.

El entarimado de madera crujió bajo los pies de papá.

—Mejor Suecia —dijo mamá.

—No es posible —explicó papá—. La única opción es Alemania.

—Kostas, tenemos que ayudarlos —indicó mamá.

—Ya lo hacemos. Tomarán un tren hasta Polonia, y de allí conseguiremos que pasen a Alemania.

—¿Y los papeles? —preguntó mamá.

—Eso ya está arreglado.

—Preferiría que fueran a Suecia —insistió mamá.

—No es posible. Tiene que ser a Alemania.

—¿Quién se va a Alemania? —grité desde el comedor.

Silencio.

—Lina, no sabía que estuvieras aquí —dijo mamá, saliendo de la cocina.

—Estoy haciendo los deberes.

—Un colega de tu padre se va a Alemania —me explicó.

—Volveré para cenar. —Papá besó a mamá en la mejilla y se marchó corriendo por la puerta trasera.

La noticia del inminente

traslado se extendió rápidamente por todo el campo. La gente entraba y salía corriendo de sus chozas. Todo eran especulaciones. Las versiones de los motivos del traslado cambiaban cada momento. Surgían sin parar otras nuevas. Alguien dijo que habían llegado nuevos agentes del NKVD al campo. Otro, que había visto a un grupo de agentes cargar sus fusiles. Nadie sabía la verdad.

Ulyushka abrió de golpe la puerta de la choza. Le dijo algo a Jonas y volvió a salir rápidamente.

—Está buscando a mamá —me explicó mi hermano.

—¿Sabe algo? —le pregunté.

La señorita Grybas entró corriendo en nuestra choza.

—¿Dónde está vuestra madre? —preguntó.

—Ha ido a buscar a Andrius y a la señora Rimas —le dije.

—La señora Rimas está

con nosotros. Id con vuestra madre a la choza del calvo.

Esperamos. No sabía qué hacer. ¿Debía guardar todas mis cosas en la maleta? ¿De verdad nos íbamos a marchar? ¿Sería verdad lo que había dicho Jonas? ¿Sería verdad que volvíamos a casa? No habíamos firmado. No conseguía quitarme de la cabeza la expresión de Andrius cuando me había dicho que estábamos en la lista. ¿Cómo lo sabía él? ¿Y cómo sabía

que él no estaba en ella?

Volvió mamá, y fuimos a la choza del calvo, que estaba abarrotada de gente.

—Silencio —dijo el hombre que cada día daba cuerda a su reloj—. Por favor, siéntense todos. Oigamos lo que tiene que decirnos Elena.

—Es verdad —explicó mamá—. Hay una lista, y corre el rumor de que van a trasladar a gente.

—¿Cómo se ha enterado Andrius? —preguntó Jonas.

—La señora Arvydas recibió información. —Mamá apartó la mirada—. No sé cómo la consiguió. Estoy en la lista. Mis hijos también. Y la señora Rimas. Usted no, señorita Grybas. Es todo cuanto sé.

Enseguida, la gente empezó a preguntar si estaba en la lista.

—Basta de charla. Les ha dicho que es todo cuanto sabe —protestó el calvo.

—Qué interesante —comentó el hombre que

siempre daba cuerda a su reloj—. La señorita Grybas no está en la lista. Ella no ha firmado. De modo que no trasladan solo a los que se niegan a firmar.

—Por favor —pidió la señorita Grybas, ahogando un sollozo—, no me dejen aquí.

—Deje de lloriquear —le espetó el calvo—. Todavía no sabemos lo que ocurre.

Intenté buscarle una lógica. ¿Cuál era el criterio

del traslado inminente? Pero no había lógica ninguna. La psicología del terror de Stalin parecía consistir en no saber nunca lo que iba a ocurrir.

—Tenemos que estar preparados —explicó el señor Lukas, dando cuerda a su reloj—. Piensen en cómo fue el viaje hasta aquí. Ya no estamos tan fuertes como entonces. Si hemos de enfrentarnos de nuevo a un viaje así, tenemos que estar preparados.

—¿No pensará que nos van a volver a meter en esos vagones para ganado, verdad? —preguntó la señora Rimas con un hilo de voz. Una oleada de lamentos se extendió por toda la choza.

¿Cómo podíamos prepararnos para algo así? Ninguno de nosotros tenía comida. Estábamos débiles y mal alimentados. Habíamos vendido casi todos nuestros objetos de valor.

—Si es cierto, y no estoy

en la lista, firmaré los papeles —anunció la señorita Grybas.

—¡No! ¡No debe hacerlo! —exclamé.

—Basta —le dijo la señora Rimas—. No está pensando con claridad.

—Desde luego que sí —protestó la señorita Grybas, conteniendo un sollozo—. Si usted y Elena se marchan, me quedaré casi completamente sola. Si firmo, me permitirán dar clase a los niños del campo.

Aunque no hable mucho ruso, puedo enseñar de todas maneras. Y si me quedo sola, necesitaré poder ir a la aldea. Solo me permitirán ir allí si firmo. De esta manera, podré seguir escribiendo cartas para todos nosotros. Alguien tiene que hacerlo.

—No tomemos ninguna decisión todavía —convino mi madre, acariciando las manos de la señorita Grybas.

—Tal vez se trate de un error —añadió la señora Rimas.

Mamá bajó la mirada y cerró los ojos.

61

Tarde aquella noche, Andrius vino a nuestra choza y habló fuera con mamá.

—Andrius quiere hablar contigo —me dijo mamá, entrando en la cabaña. Ulyushka le dijo algo en ruso, y ella asintió.

Salí fuera. Andrius me esperaba con las manos en los bolsillos.

—Hola —saludó,

escarbando el suelo con el pie.

—Hola.

Miré la hilera de chozas. La brisa me levantó el cabello.

—Empieza a hacer menos frío —comenté por fin.

—Sí —dijo Andrius, mirando el cielo—. Vamos a dar un paseo.

La nieve se había fundido, y el barro se había endurecido. Ninguno de los dos dijo nada hasta que

dejamos atrás la choza del calvo.

—¿Sabes adónde nos llevan? —le pregunté.

—Creo que os van a trasladar a otro campo. Y parece ser que también van algunos agentes del NKVD. Están haciendo el equipaje.

—No puedo dejar de pensar en mi padre y en lo que ponía en ese expediente sobre él.

—Lina, ya he averiguado lo que significaba esa palabra —

declaró Andrius.

Me detuve y lo miré, esperando su respuesta.

Tendió la mano y me apartó el pelo de la cara suavemente.

—Significa «cómplice» —me dijo.

—¿Cómplice?

—Probablemente significa que trató de ayudar a gente que estaba en peligro —me explicó.

—Claro, por supuesto que haría algo así. Porque no crees que de verdad

cometiera ningún crimen, ¿no?

—¡Claro que no! No somos criminales —exclamó —. Bueno, tú quizá sí, tú que robas leña, plumas y expedientes. —Me miró, reprimiendo una sonrisa.

—Oh, mira quién fue a hablar, el que roba tomates, chocolate y vodka.

—Sí, y a saber cuántas cosas más —observó Andrius.

Me cogió la mano y la besó.

Caminamos de la mano, sin hablar. Aflojé el paso.

—Andrius, tengo… tengo miedo.

Se detuvo y se volvió para mirarme.

—No. No tengas miedo. No les des nada, Lina, ni siquiera tu miedo.

—No puedo evitarlo. Ni siquiera estoy acostumbrada a este campo. Echo de menos mi casa, a mi padre, el colegio, a mi prima. —Se me aceleró la respiración.

—Shhhh —dijo Andrius,

atrayéndome hacia él—. Ten cuidado con quién hablas. No bajes la guardia, ¿de acuerdo? —susurró. Me abrazó con más fuerza.

—No quiero irme —admití. Permanecimos allí, en silencio.

¿Cómo había ido a parar allí? ¿Cómo había ido a parar a los brazos de un chico al que apenas conocía pero al que sabía que no quería perder? Me pregunté qué me habría parecido Andrius en Lituania. ¿Me

habría gustado? ¿Le habría gustado yo a él?

—Y yo no quiero que te vayas —susurró él por fin, tan bajito que casi no lo oí. Cerré los ojos.

—Andrius, tenemos que volver a casa.

—Lo sé —confirmó—. Volveremos. —Me cogió de la mano y regresamos.

—Te escribiré. Mandaré cartas a la aldea —le dije.

Él asintió.

Llegamos a la choza.

—Espera un momento

—le dije, y entré. Saqué todos mis dibujos, incluso aquellos que había hecho en pequeños trozos de papel, del interior del forro de mi maleta, y arranqué unas páginas de mi cuaderno de dibujo. Salí y se lo entregué todo a Andrius. El retrato de su madre con la cara magullada resbaló del montón y cayó al suelo. Desde allí parecía mirarnos.

—¿Qué haces? —preguntó, recogiéndolo rápidamente.

—Escóndelos. Cuida de ellos por mí —le pedí, cogiéndole las manos—. No sé adónde nos llevan. No quiero que se destruyan. Hay tanto de mí, de todos nosotros, en estos dibujos… ¿Encontrarás un lugar seguro para ellos?

Andrius asintió.

—Hay una tabla suelta debajo de mi litera. Ahí es donde escondí el libro de Dickens. Lina —dijo despacio, mirando los dibujos—, tienes que seguir

dibujando. Mi madre dice que el mundo no tiene ni idea de lo que nos están haciendo los soviéticos. Nadie sabe lo que han sacrificado nuestros padres. Si otros países lo supieran, quizá nos ayudarían.

—Lo haré —le prometí—. Y lo he estado anotando todo. Por eso tienes que guardar todo esto en un lugar seguro. Escóndelo.

Andrius asintió.

—Y tú prométeme que tendrás cuidado —me pidió

—. No seas estúpida, no robes expedientes ni te metas debajo de ningún tren.

Nos miramos el uno al otro.

—Y no te fumes ningún libro sin mí, ¿de acuerdo? —me dijo. Yo sonreí.

—No, tranquilo. ¿Cuánto tiempo crees que nos queda?

—No lo sé. Os marcharéis cualquier día de estos.

Me puse de puntillas y lo besé.

—*Krasivaya* —me dijo al oído, acariciándome la mejilla con la nariz—. ¿Ya has averiguado lo que significa? —Me besó el cuello.

—No, todavía no —le dije, cerrando los ojos.

Andrius lanzó un suspiro y se separó de mí despacio.

—Dile a Jonas que vendré a verlo por la mañana, ¿de acuerdo?

Asentí. Todavía sentía la calidez de sus labios sobre mi cuello.

Se alejó en la oscuridad, con mis dibujos escondidos dentro del abrigo. Se volvió para mirarme. Yo le hice un gesto con la mano, y él me lo devolvió. Su silueta se fue haciendo cada vez más pequeña hasta que, por fin, desapareció entre las sombras.

62

Vinieron antes del amanecer. Irrumpieron en nuestra choza fusil en mano, como lo habían hecho en nuestra casa diez meses antes. Solo teníamos unos minutos. Esta vez estuve lista enseguida.

Ulyushka se levantó de su camastro y le ladró algo a mamá.

—Deje de gritar. Nos marchamos —le dije.

Se puso a darle a mamá patatas, remolachas y otros alimentos que había estado guardando. A Jonas le dio una gruesa piel de animal y le dijo que la guardara en su maleta. A mí me dio un lápiz. No me lo podía creer. ¿Por qué nos daba comida? Mamá trató de abrazarla, pero apenas pudo. Ulyushka la rechazó y salió de la choza pisando fuerte.

El agente del NKVD nos dijo que esperáramos en la puerta de la choza. El

hombre que siempre daba cuerda a su reloj se acercó a nosotros, con una maleta en la mano. Él también estaba en la lista. La señora Rimas iba detrás de él, seguida de la niña de la muñeca, su madre y toda una fila de gente. En lenta procesión, nos dirigimos hacia la oficina del koljós, arrastrando nuestras pertenencias con nosotros. Todos esos rostros parecían unos cuantos años más viejos que cuando habíamos

llegado, apenas diez meses antes. ¿Yo también parecía más vieja? La señorita Grybas corrió hacia nosotros, llorando.

—Han venido por ustedes. Se los llevan a América. Lo sé. Por favor, no me olviden —suplicó—. Por favor, no dejen que me pudra aquí. Quiero volver a casa.

Mi madre y la señora Rimas la abrazaron y le aseguraron que no la olvidarían. Yo no la

olvidaría nunca, nunca olvidaría las remolachas que escondió para nosotros debajo de su vestido.

Seguimos avanzando con dificultad. El llanto de la señora Grybas se fue desvaneciendo. La gruñona salió de su choza. Alzó una mano arrugada para decirnos adiós al pasar. Sus hijas se agarraban a sus faldas. Recordé cómo había tapado con su amplio trasero el agujero del retrete en el vagón, para que nadie lo

viera. Ahora, en cambio, se la veía tan delgada… Busqué a Andrius con la mirada. Había guardado en mi maleta el libro que me había regalado, junto con nuestra fotografía familiar.

Había un gran camión aparcado junto a la oficina del koljós. Vi a Kretzsky fumando con otros dos agentes del NKVD. El comandante estaba en el porche junto con otro agente al que no reconocí. Empezaron a leer una lista

de nombres por orden alfabético. Al oír el suyo, la gente iba trepando a la trasera del camión.

—Cuídate, Jonas —dijo la voz de Andrius a nuestra espalda—. Adiós, señora Vilkas.

—Adiós, Andrius —contestó mamá, cogiéndolo de las manos y besándolo en las mejillas—. Cuida de tu madre, querido.

—Ella quería venir también, pero…

—Lo entiendo. Dale un

abrazo de mi parte —dijo mamá.

Los agentes siguieron leyendo nombres de la lista.

—Escríbeme, ¿eh, Jonas? —pidió Andrius.

—Lo haré —respondió mi hermano, tendiéndole su manita para que se la estrechara.

—Cuida de las dos, ¿eh? Tu padre y yo contamos contigo —aseguró Andrius.

Jonas asintió.

Andrius se volvió, buscando mi mirada.

—Volveré a verte —dijo.

Mi expresión no se alteró lo más mínimo. No pronuncié una sola palabra. Pero, por primera vez en meses, lloré. Las lágrimas brotaban de mis ojos secos y rodaban por mis mejillas formando rápidos regueros. Aparté la mirada.

Los agentes leyeron el nombre del calvo.

—Mírame —susurró Andrius, acercándose más a mí—. Volveré a verte —

repitió—. No dejes de pensarlo. Piensa en mí trayéndote tus dibujos. Imagínatelo, porque lo haré.

Yo asentí.

—Vilkas —leyó el agente.

Fuimos hacia el camión y trepamos a la trasera. Miré a Andrius. Se pasaba los dedos por el cabello. El motor se encendió y rugió. Alcé la mano para decirle adiós.

Andrius movió los labios para decir «Volveré a verte»

y asintió para dar más fuerza a sus palabras.

Yo le devolví el gesto. La puerta del vehículo se cerró, y me senté en el suelo. El camión dio una sacudida hacia delante. El viento me azotó la cara. Me abroché el abrigo hasta arriba y me metí las manos en los bolsillos. Entonces la sentí entre los dedos. La piedra. Andrius me la había guardado en el bolsillo sin que me diera cuenta. Me levanté para decirle que la


tenía, pero él ya no estaba allí.

Hielo y cenizas

63

Viajamos durante toda la mañana en el camión. La estrecha carretera serpenteaba entre los árboles, oculta a la vista. Como mamá, intenté ver el lado bueno de las cosas. Me puse a pensar en Andrius. Su voz resonaba aún en mis oídos. Al fin nos habíamos librado del comandante y de Kretzsky. Esperaba que nos llevaran a algún sitio cerca

de Krasnoyarsk, para estar más cerca de papá.

El camión se detuvo junto a un campo. Nos permitieron saltar a tierra para hacer nuestras necesidades. A los pocos segundos, los agentes del NKVD empezaron a gritar:

—*Davai!*

Reconocí esa voz. Miré y vi a Kretzsky.

A última hora de la tarde, llegamos a un apeadero de tren. Un letrero despintado crujía al viento.

Biysk. El patio estaba lleno de camiones aparcados. La escena no se parecía a la de aquel otro apeadero, el día de nuestra deportación. Aquel mes de junio, en Kaunas, estábamos desesperados. Todo el mundo era presa del pánico. La gente corría gritando. Ahora, masas de personas cansadas y pálidas se dirigían despacio hacia los vagones, como una procesión de hormigas agotadas rumbo a su

hormiguero.

—Pónganse todos en la puerta del vagón —indicó el calvo—. Con aire de estar incómodos. A lo mejor no meten a más gente, y así tendremos algo de espacio para respirar.

Subí al vagón. Era distinto al del viaje de ida, más largo. Del techo colgaba una lámpara. Dentro olía a sudor y a orines. Eché de menos el aire fresco y el olor a madera del campo de trabajo. Hicimos lo que

había dicho el calvo y nos apiñamos todos junto a la puerta. Funcionó. Los guardias dirigieron a dos grupos de personas hacia otros vagones.

—Esto está asqueroso —comentó la señora Rimas.

—¿Y qué esperaba? ¿Un coche cama de lujo? —le espetó el calvo.

Metieron a unas cuantas personas más en nuestro vagón antes de cerrar la puerta. Nuestros nuevos compañeros eran una mujer

con dos niños y un anciano. Después subió también un hombre alto, que se puso a mirar nervioso a su alrededor. Subieron a la fuerza a una mujer y a su hija. Jonas me dio un codazo. La tez de la niña era tan amarilla como un limón, y tenía los ojos tan hinchados que eran apenas dos rendijas sobre su cara. ¿Dónde había estado? La madre le hablaba en lituano.

—Otro trayecto cortito y llegaremos a casa, cariño —

le dijo. Mamá ayudó a la mujer con su equipaje. La niña carraspeó y tosió.

Teníamos suerte: solo éramos treinta y tres en nuestro vagón. Esta vez teníamos espacio y luz. Le adjudicamos a la niña de tez amarilla un estante de madera para que le sirviera de litera. Mamá insistió en que Jonas ocupara otro. Yo me senté en el suelo, junto a la niña de la muñequita, cuyas manos estaban ahora vacías.

—¿Dónde está tu muñeca? —le pregunté.

—Muerta —me contestó, con una mirada sin expresión.

—Oh.

—El guardia la mató. ¿Recuerdas cómo dispararon a la mamá del bebé? Eso es lo que le hicieron a Liale, solo que a ella la lanzaron por los aires y le dispararon a la cabeza. Como si fuera una paloma.

—Debes de echarla mucho de menos —le dije.

—Bueno, al principio sí. No paraba de llorar y llorar. Un guardia me dijo que dejara de llorar. Lo intenté, pero no pude. Entonces me pegó en la cabeza. ¿Ves esta cicatriz? —Me señaló una gruesa cicatriz roja en la frente.

Desgraciados. Era solo una niña.

—¿Tú tampoco pudiste dejar de llorar? —me preguntó.

—¿Qué?

Me señaló la cicatriz que

tenía sobre la ceja.

—No, me pegaron con una lata de sardinas —le expliqué.

—¿Porque estabas llorando? —insistió.

—No, solo para divertirse —le contesté.

Con el dedo índice, me indicó que me acercara más a ella.

—¿Quieres saber un secreto muy gordo? —me dijo.

—¿Cuál?

Se inclinó sobre mí y me

susurró al oído:

—Mamá dice que los agentes del NKVD van a ir al infierno. —Se apartó de mí—. Pero no puedes decírselo a nadie. Es un secreto, ¿de acuerdo? ¿Sabes?, Liale, mi muñequita, está en el cielo. Desde allí me habla. Me cuenta cosas. Es un secreto, pero Liale dijo que podía contártelo.

—Yo no se lo voy a decir a nadie —le prometí.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Lina —contesté.

—¿Y tu hermano?

—Jonas.

—Yo me llamo Janina. —La niña siguió con su parloteo—. Tu mamá ahora parece más vieja. La mía también. Y a ti te gusta el chico que esperaba junto al camión.

—¿Qué?

—El que te metió algo en el bolsillo. Yo lo vi. ¿Qué era?

Le enseñé la piedra.

—Cómo brilla. Creo que

le gustaría a Liale. A lo mejor podrías dármela.

—No, es un regalo. Creo que será mejor que lo guarde un tiempo —le dije.

Mamá se sentó a mi lado.

—¿Has visto el regalo que le ha dado a Lina su novio? —le preguntó Janina.

—No es mi novio.

¿O sí lo era? Quería que lo fuera. Le enseñé a mamá la piedra.

—Ya veo que al final la piedra ha vuelto a ti —dijo

—. Eso sí que es buena suerte.

—Mi muñequita ha muerto —anunció Janina—. Está en el cielo.

Mamá asintió y le dio una palmadita en el brazo.

—Que alguien haga callar a esa niña —suplicó el calvo—. Usted, el alto, ¿qué sabe de la guerra?

—Los japoneses han bombardeado Pearl Harbor, han bombardeado, sí —contestó el hombre.

—¿Pearl Harbor? ¿Que

han bombardeado América? —preguntó incrédula la señora Rimas.

—¿Cuándo? —quiso saber el calvo.

—Hace meses. En Navidad, más o menos; sí, en Navidad. —Repetía siempre las palabras que decía, era un tic nervioso que tenía.

—¿Así que Estados Unidos le ha declarado la guerra a Japón? —preguntó mi madre.

—Sí, junto con

Inglaterra. Inglaterra también le ha declarado la guerra.

—¿De dónde viene usted? —le preguntó el calvo.

—De Lituania —contestó el hombre.

—Eso ya lo sé, idiota. Pregunto que de dónde viene hoy, que dónde estaba antes.

—En Kalmanka —contestó el hombre—. Sí, en Kalmanka.

—Conque Kalmanka, ¿eh? Y eso qué era, ¿una

cárcel o un campo de trabajo? —le preguntó el calvo.

—Un campo, sí, un campo. Una granja de patatas. ¿Y ustedes?

—Nosotros estábamos en una granja de remolachas cerca de Turaciak —contestó mamá—. ¿En su campo eran todos lituanos?

—No, la mayoría eran letones —contestó el hombre—. Y finlandeses, sí, finlandeses.

Finlandeses. Se me había

olvidado Finlandia. Recordé la noche en que el doctor Seltzer vino a casa buscando a papá. Los soviéticos habían invadido Finlandia.

—Está tan solo a treinta kilómetros de Leningrado, Elena —le había dicho el doctor Seltzer a mamá—. Stalin quiere protegerse por el oeste.

—¿Querrán negociar con él los finlandeses? —le había preguntado mamá.

—Los finlandeses son fuertes. Lucharán —había



contestado el doctor Seltzer.

64

El tren avanzaba. El ruido que hacían las ruedas sobre los raíles me atormentaba, todos esos golpes y esos chirridos. Me arrastraban lejos de Andrius hacia un destino desconocido. La lámpara del techo oscilaba como un péndulo, iluminando nuestros rostros sin expresión y arrojando sombras sobre las paredes del vagón. Janina hablaba en

voz baja con el fantasma de su muñequita muerta, riéndose.

La niña de tez amarilla carraspeaba y tosía, tendida junto a Jonas. Le escupió sangre sobre la espalda. Al verlo, mamá agarró a Jonas para bajarlo de la litera. Le arrancó la camisa y la tiró por el agujero del retrete. No parecía necesario. Todos respirábamos el mismo aire que la niña enferma. Unas flemas y un poco de sangre en una camisa no podían ser

más contagiosos.

—Lo siento mucho —dijo la niña entre sollozos—. Te he estropeado la camisa.

—No pasa nada —le contestó Jonas, abrazándose el torso desnudo. Los granitos provocados por el escorbuto aún no habían desaparecido del todo. Unas manchas de color rosa moteaban sus costillas, que ya eran solo piel y huesos.

El hombre alto, el que siempre repetía las palabras, hablaba muy animado,

convencido de que nos llevaban a América, América. Yo no estaba convencida de nada excepto de que me moría de ganas por volver a mi hogar y de estar con papá y con Andrius.

En mitad de la tercera noche, me desperté. Alguien me daba golpecitos en el pecho. Abrí los ojos. Vi el rostro de Janina junto al mío, con los ojos abiertos de par en par. La lámpara se balanceaba de un lado a otro

por encima de ella.

—¿Janina? ¿Qué ocurre?

—Es Liale.

—Dile a Liale que es hora de dormir —le pedí, cerrando los ojos.

—No puede dormir. Dice que la niña amarilla está muerta.

—¿Qué?

—Liale dice que está muerta. ¿Puedes comprobar tú si tiene los ojos abiertos? Es que a mí me da miedo.

Atraje a Janina hacia mí, apoyando su cabeza sobre

mi pecho.

—Shhhh. Duérmete. —Temblaba entre mis brazos. Agucé el oído. Ya no se oían las toses de la niña amarilla —. Shhh. Es hora de dormir, Janina —le dije, arrullándola suavemente.

Me puse a pensar en Andrius. ¿Qué estaría haciendo en el campo? ¿Habría mirado mis dibujos? Me llevé la mano al bolsillo y apreté la piedra. Lo vi sonriendo, quitándome el gorro en la cola del pan.

La niña amarilla había muerto. La sangre había resbalado por las comisuras de sus labios hasta su barbilla, y ahora esos regueros estaban secos. A la mañana siguiente, los guardias sacaron a rastras del vagón su cuerpo rígido. Su madre saltó tras ella, llorando. Sonó un disparo. Se oyó un ruido sordo al tiempo que caía un cuerpo al suelo. Una madre loca de dolor era un incordio.

Ulyushka, la mujer a la

que yo tanto despreciaba, nos mantuvo con vida en el tren. Si no morimos de hambre fue gracias a la comida que le dio a mamá. La compartimos con los demás. Dibujé el ancho rostro de la mujer y sus mechones de pelo negro, pugnando por mantener el pulso firme pese a las vibraciones del tren.

Nadie rechazó el agua ni la bazofia gris de los cubos. Comíamos con avidez, lamiéndonos las manos y

buscando los restos de comida que quedaban adheridos bajo nuestras uñas sucias. La madre de Janina dormía mucho. Yo apenas podía conciliar el sueño, pese a que estaba agotada. El ruido y las sacudidas del vagón me mantenían despierta. Ahí sentada, me preguntaba adónde nos llevaban y cómo me las iba a apañar para avisar a papá.

Janina le dio una palmadita al calvo en el hombro.

—He oído que eres judío —le dijo.

—Conque eso has oído, ¿eh? —le contestó el calvo.

—¿Es verdad? —quiso saber Janina.

—Sí. Y yo he oído que eres una mocosa, ¿es verdad?

Janina calló un momento, pensando.

—No, no lo creo. ¿Sabías que Hitler y los nazis quizá maten a los judíos? Lo ha dicho mi mamá.

—Tu madre se equivoca. Hitler ya *está* matando a los judíos.

—Pero ¿por qué? —quiso saber Jonas.

—Los judíos son el chivo expiatorio de todos los problemas de Alemania —dijo el calvo—. Hitler está convencido de que la pureza racial es la solución. Es demasiado complicado para que lo puedan entender los niños.

—Entonces ¿usted está aquí con nosotros en lugar

de con los nazis? —le preguntó Jonas.

—¿Crees que yo elegiría estar aquí? Ya sea bajo Hitler o bajo Stalin, la guerra terminará con todos nosotros. Lituania está atrapada entre los dos. Ya has oído a ese hombre. Los japoneses han bombardeado Pearl Harbor. Estados Unidos quizá ya se haya aliado con los soviéticos. Pero basta de charla. Silencio —ordenó el calvo.

—Vamos a América —

dijo el hombre que repetía las palabras—. América.

65

Tras una semana de viaje, el tren se detuvo una noche, ya tarde. La señora Rimas dijo que había visto un cartel que decía Makarov. Nos sacaron de los vagones. El aire soplaba sobre mi cara, limpio y fresco. Lo inspiré por la nariz y lo exhalé por la boca. Tenía los labios cortados. Los guardias nos dirigieron hacia un gran edificio, a unos

cuatrocientos metros de allí. Sacamos del tren nuestras sucias pertenencias. Mamá cayó al suelo.

—Levantadla, rápido —dijo la señora Rimas, mirando a su alrededor en busca de los guardias—. Si le disparan a una madre que acaba de perder a su hija, no creo que tengan reparos en matar a una mujer a la que se le han dormido las piernas.

—Estoy bien, solo un poco cansada —explicó

mamá. La ayudamos a caminar entre la señora Rimas y yo. Jonas arrastraba nuestras maletas. Mamá volvió a tropezar cuando ya estábamos cerca del edificio.

—*Davai!* —Se acercaron dos guardias, fusil en mano. Mamá no avanzaba lo bastante deprisa.

Se dirigieron a nosotros. Mamá se incorporó. Uno de los guardias escupió en el suelo. El otro la miró. Se me hizo un nudo en el

estómago. Kretzsky. Había viajado con nosotros.

—Nikolai —dijo mamá débilmente.

Kretzsky señaló algo en otra dirección y caminó hacia un grupo de personas.

El edificio era grande, parecía un enorme establo. Éramos muchos, varios miles, por lo menos. Estábamos demasiado cansados para hablar. Nos desplomamos sobre el suelo, encima de nuestras maletas. Mis músculos se relajaron

por fin. Sentir que el suelo no se movía era maravilloso, como si alguien hubiera parado un metrónomo. El chirrido de las ruedas sobre los raíles había cesado por fin. Rodeé mi maleta con la mano, abrazando a *Dombey e hijo*. Todo estaba en silencio. Nos tumbamos sobre nuestros harapos y nos quedamos dormidos.

Despuntó el alba. Sentía la respiración de Janina, acurrucada junto a mi espalda. Jonas se sentó

encima de su maleta. Me hizo un gesto con la barbilla. Yo miré a mamá, que dormía profundamente, con el rostro y los brazos sobre su maleta.

—Lo llamó Nikolai —dijo Jonas.

—¿Qué?

Jonas se puso a caminar nervioso de un lado a otro.

—A Kretzsky. ¿No la oíste? Anoche. Lo llamó Nikolai.

—¿Se llama así? —pregunté.

—Exactamente, tú no lo sabes, y yo tampoco. ¿Cómo lo sabe ella? —preguntó Jonas en tono cortante—. ¿Por qué ha venido con nosotros? —Jonas golpeó el suelo con el pie.

Los guardias llegaron con pan y cubos de sopa de champiñones. Despertamos a mamá y rebuscamos en nuestro equipaje para sacar una taza o un plato.

—Nos están preparando, preparando —dijo el hombre alto—. Cuando estemos en

América, cada día será un banquete, un banquete.

—¿Por qué nos dan de comer? —quise saber yo.

—Quieren fortalecernos, para que podamos trabajar —me explicó Jonas.

—Comeos hasta el último bocado —nos dijo mamá.

Después de comer, los guardias empezaron a reunirnos en grupos. Mamá aguzó el oído y soltó una débil risita.

—Vamos a bañarnos.

¡Vamos a poder bañarnos!

Nos dirigimos rápidamente hacia un gran edificio de madera que albergaba unos baños públicos. Mamá ya caminaba normalmente. En la puerta, nos dividieron en dos grupos, las mujeres a un lado y los hombres a otro.

—Espéranos —le indicó mamá a Jonas.

Nos ordenaron que nos quitáramos la ropa y que se la entregáramos a los siberianos que trabajaban en

la puerta. Abandonamos todo pudor. Las mujeres se desvistieron rápidamente. Querían estar limpias. Yo bajé la mirada, vacilante.

—¡Date prisa, Lina!

No quería que me miraran ni que me tocaran. Crucé los brazos sobre el pecho.

Mamá habló con uno de los hombres.

—Dice que debemos darnos prisa, que esto solo es un alto en el camino. Más tarde llegará otro gran grupo

de gente. Dice que por aquí ya han pasado letones, estonios y ucranianos —dijo mamá—. No te preocupes, cariño, de verdad.

Los hombres no parecían prestarnos ninguna atención. Por supuesto que no. Nuestros cuerpos esqueléticos tenían un aspecto casi andrógino. Hacía meses que yo no tenía el período. No me sentía en absoluto femenina. A un hombre le resultaría mucho más atractiva una salchicha

o una cerveza bien fresquita.

Después de ducharnos, nos metieron en un camión con nuestro equipaje. Avanzamos varios kilómetros entre bosques hasta llegar al lecho del río Angara.

—¿Por qué nos han traído aquí? —preguntó Jonas.

La orilla estaba sembrada de grandes cobertizos de madera. Encajado entre los árboles, había un edificio del NKVD.

—Nos van a meter en barcos. ¿Es que no lo veis? Vamos a América. ¡América! —dijo el hombre que repetía las palabras—. Vamos a remontar el curso del Angara hasta el Lena, y luego cruzaremos el mar por el Estrecho de Bering. El Estrecho de Bering.

—Eso llevaría meses —dijo el hombre que siempre daba cuerda a su reloj.

¿América? ¿Cómo podíamos abandonar a papá en una cárcel en

Krasnoyarsk? ¿Cómo me las iba a arreglar para hacerle llegar mis dibujos? ¿Y qué pasaba con la guerra? ¿Qué ocurriría si otros países se aliaban con Stalin? Recordé la cara de Andrius cuando me había contado que estábamos en la lista. Algo en su expresión me decía que no era a América a donde íbamos.

66

Las barcas tardaban en llegar. Estuvimos esperándolas, en las pedregosas orillas del río Angara, durante más de una semana. De comer nos daban gachas de cebada. No entendía por qué nos daban algo más que pan. No era por bondad. Necesitaban que estuviéramos fuertes, pero ¿para qué? Nos sentábamos al sol, como si estuviéramos

de vacaciones. Hacía dibujos para papá y escribía a Andrius todos los días. Dibujaba en pequeños trozos de papel para que no se notara y luego los escondía entre las páginas de *Dombey e hijo*. Una mujer estonia vio que dibujaba y me regaló más papel.

Acarreábamos troncos, pero solo para la hoguera que encendíamos cada noche. Nos sentábamos alrededor de las llamas y cantábamos canciones

lituanas. Los ecos de esos bálticos cantando a su tierra natal resonaban en todo el bosque. Eligieron a dos mujeres para viajar hasta Tcheremchov en tren. Ayudarían a llevar suministros a los agentes del NKVD. Les dimos nuestras cartas para que las echaran al correo.

—Por favor ¿puede llevar esto a Tcheremchov y entregárselo allí a alguien que a su vez se lo dé a otra persona para que pueda

hacerlo llegar hasta Krasnoyarsk? —Le di a la mujer una tablilla de madera.

—Es precioso. Estas flores… Has hecho un gran trabajo. Yo tenía rudas plantadas en el jardín de mi casa —declaró con un suspiro, y luego levantó la mirada hacia mí—. ¿Tu padre está en Krasnoyarsk?

Yo asentí.

—Lina, por favor, no te hagas demasiadas ilusiones. Krasnoyarsk está muy lejos

de aquí —dijo mamá.

Un día, después de estar un rato sentadas al sol, mamá y yo nos bañamos en el Angara. Salimos del agua, riendo. La ropa se pegaba a nuestros delgados cuerpos.

—¡Cubríos! —nos ordenó Jonas, mirando a su alrededor.

—¿Por qué dices eso? —dijo mamá, despegándose del cuerpo la tela mojada.

—Nos observan —contestó mi hermano, indicando con la cabeza a

los agentes del NKVD.

—Jonas, no les interesamos. Míranos. No estamos muy atractivas que digamos —observó mamá, escurriéndose el agua del cabello. Yo crucé los brazos sobre mi pecho.

—Pues la señora Arvydas sí que les interesó. A lo mejor él también te encuentra interesante —replicó Jonas.

Mi madre dejó lo que estaba haciendo.

—¿De qué estás

hablando? ¿A quién te refieres?

—A Nikolai —dijo Jonas.

—¿Kretzsky? ¿Qué pasa con él? —tercié yo.

—Pregúntale a mamá —dijo Jonas.

—Basta, Jonas. No conocemos a Nikolai —concluyó mi madre. Yo me volví para mirarla.

—¿Por qué lo llamas Nikolai? ¿Cómo sabes su nombre?

Mamá nos miró, primero

a Jonas y después a mí.

—Se lo pregunté —respondió.

Sentí náuseas. ¿Tendría razón Jonas?

—Pero mamá, es un monstruo —dije, secándome la cicatriz de la frente.

Se acercó más a nosotros, escurriéndose el agua de la falda.

—No sabemos lo que es.

Yo solté un bufido.

—Es un…

Mamá me agarró el brazo con tanta fuerza que

me hizo daño. Con los dientes apretados, dijo:

—No lo sabemos. ¿Me oyes? No sabemos lo que es. Es un muchacho. No es más que un muchacho. —Mamá me soltó el brazo—. Y no me acuesto con él —le espetó a Jonas—. Cómo te atreves siquiera a insinuarlo.

—Mamá… —balbució Jonas.

Esta se alejó. Yo me quedé frotándome el brazo dolorido.

Jonas la miró,


estupefacto por su reacción.

67

Las gabarras remontaron durante semanas el curso del río Angara en dirección al norte. Desembarcamos y viajamos varios días en la trasera de negros camiones, atravesando bosques tupidos. Dejamos atrás enormes árboles caídos, con troncos tan grandes que los camiones podrían haber pasado dentro de ellos. No vi ni un alma. El bosque,

denso y oscuro, parecía rodearnos, impenetrable. ¿Adónde nos llevaban? De día nos asábamos de calor y de noche tiritábamos de frío. Las ampollas se nos fueron curando. Comíamos cuanto nos daban, contentos de que no nos obligaran a trabajar.

Los camiones llegaron a Ust Kut, a orillas del río Lena. De nuevo esperamos a que llegaran las gabarras. Las orillas del río estaban hechas de minúsculos guijarros. Llovía a cántaros.

Las improvisadas tiendas levantadas junto al río apenas ofrecían amparo alguno. Yacía sobre mi maleta, protegiendo con mi cuerpo a *Dombey e hijo*, la piedra, mis dibujos y la fotografía familiar. Janina se quedaba plantada bajo la lluvia, mirando al cielo y hablando sola. Kretzsky caminaba de un lado a otro de la orilla, sus botas crujían sobre los guijarros. Nos gritaba que permaneciéramos en grupos.

De noche, se quedaba contemplando el reflejo plateado de la luna sobre el Lena, inmóvil, y su único gesto consistía en llevarse a los labios un cigarrillo incandescente.

Mi conocimiento del ruso mejoró, aunque mi hermano me superaba con mucho.

Dos semanas después llegaron las gabarras y, una vez más, los agentes del NKVD nos hicieron subir a bordo, rumbo al norte.

Abandonamos Ust Kut y dejamos atrás Kirensk.

—Viajamos hacia el norte —anunció Jonas—. A lo mejor de verdad embarcamos rumbo a América.

—¿Y dejar atrás a papá? —protesté yo.

Jonas miró al agua y no dijo nada.

El hombre que siempre repetía las palabras solo hablaba de América. Se esforzaba por trazar mapas de Estados Unidos,

comentando detalles que había oído de amigos o parientes. Necesitaba creer que era posible.

—En América hay excelentes universidades en una zona llamada Nueva Inglaterra. Y dicen que Nueva York es una ciudad muy moderna —dijo Joana.

—¿Quién lo dice? —quise saber yo.

—Mis padres.

—Y ellos ¿qué saben de América? —le pregunté.

—Mi madre tiene un tío allí —me explicó Joana.

—Pensaba que tu madre solo tenía familia en Alemania —dije.

—Pues al parecer también tiene un pariente en América. Recibe cartas suyas. Vive en Pensilvania.

—Bah. A mí no me interesa mucho América. Desde luego no hay muchos artistas allí. No conozco ni un solo artista americano de prestigio reconocido.

—Espero por ti que no me estés dibujando —me dijo el calvo—. No quiero ningún retrato.

—Pues ahora que lo dice, precisamente lo estoy terminando —respondí, sombreando sus mejillas.

—Rómpelo —insistió él.

—No —le dije—. No se preocupe, no se lo enseñaré a nadie.

—Desde luego que no, si no te vas a enterar.

Miré mi dibujo. Había capturado la mueca de sus

labios y la expresión hosca que siempre tenía. No era feo. Las profundas arrugas que surcaban su frente solo le hacían parecer malhumorado.

—¿Por qué lo deportaron? —le pregunté —. Dijo que era coleccionista de sellos. Pero ¿por qué habrían de deportarlo por eso?

—Ocúpate de tus asuntos —me espetó.

—¿Dónde está su familia? —insistí.

—Te he dicho que no es asunto tuyo —me ladró, amenazándome con el dedo—. Y si sabes lo que te conviene, mejor será que escondas bien esos dibujos, ¿entendido?

Janina se sentó a mi lado.

—Nunca serás una artista famosa —dijo el calvo.

—Sí que lo será —le rebatió Janina.

—No, no lo será. ¿Y sabes por qué? Porque no

está muerta. Pero bueno, eso podría cambiar pronto. América, bah.

Me lo quedé mirando fijamente.

—Mi muñequita sí que está muerta —anunció Janina.

68

Estábamos llegando a Jakutsk.

—Ahora veremos, ahora veremos —dijo el hombre alto muy nervioso—. Si desembarcamos aquí no iremos a América. No iremos.

—¿Y adónde iríamos entonces? —preguntó Jonas.

—A la región de Kolymá —aseveró el calvo —. A las cárceles, tal vez a

Magadán.

—No vamos a ir a Magadán —dijo mamá—. Deje de decir esas cosas, señor Stalas.

—No, a Kolymá, no, a Kolymá, no —repitió el hombre alto.

Las gabarras aminoraron la velocidad. Íbamos a parar.

—No, por favor, no —murmuró Jonas.

La señora Rimas se puso a llorar.

—No puedo estar en una cárcel tan lejos de mi

marido.

Janina me tiró de la manga.

—Liale dice que no vamos a Kolymá —dijo, y se encogió de hombros.

Nos acercamos a la borda de la gabarra. Algunos de los guardias desembarcaron, Kretzsky entre ellos, con una mochila a la espalda. Un oficial se reunió con los agentes en la orilla. Nosotros aguardamos mientras este les repartía las tareas.

—Mirad —dijo Jonas—. Algunos de los guardias están cargando suministros en la gabarra.

—¿Querrá decir eso que no vamos a desembarcar aquí? —pregunté yo.

Entonces se oyeron voces en la orilla. Era Kretzsky, estaba discutiendo con un comandante. Entendí que este le decía que volviera a bordo.

—Kretzsky quiere quedarse —dijo Jonas.

—Muy bien, pues que se

quede —contesté yo.

Kretzsky agitaba los brazos, pero el comandante le señaló la gabarra.

Mamá suspiró y bajó la mirada. Kretzsky volvió hacia nosotros. No se iba a quedar, dondequiera que fuéramos, se venía con nosotros.

Los pasajeros aplaudieron y se abrazaron de alegría cuando la barcaza se alejó de las orillas de Jakutsk.

Una semana más tarde, los ánimos seguían muy altos. La gente cantaba en la cubierta del barco. Alguien tocaba el acordeón. Kretzsky se abrió paso a empujones.

—¿Qué os pasa? ¿Es que sois imbéciles? Os alegráis como si fuerais a ir a América. ¡Estúpidos! —gritó.

La alegría se disipó y solo quedaron murmullos.

—¿América, América?

—dijo bajito el hombre alto.

¿Adónde nos llevaban? Ya estábamos en agosto. Las temperaturas cayeron en picado conforme íbamos avanzando hacia el norte. Parecía finales de octubre en lugar de verano. Los bosques a orillas del Lena se fueron haciendo menos densos.

—Hemos cruzado al Círculo Ártico —anunció el hombre que siempre daba cuerda a su reloj.

—¿Qué? —preguntó

Jonas, ahogando un grito—. ¿Cómo puede ser? ¿Adónde nos llevan?

—Es correcto —dijo el hombre alto—. Iremos hasta la desembocadura del Lena y allí embarcaremos en grandes buques a vapor rumbo a América. Buques a vapor.

Las gabarras se detuvieron en Bulun y Stolbai, en el Ártico. Los guardias obligaron a desembarcar a un gran grupo de gente y lo dejaron

esperando en la orilla desierta, mientras nosotros proseguíamos camino.

A finales de agosto, llegamos a la desembocadura del río Lena. La temperatura apenas superaba los cero grados. Las gélidas olas del Mar de Láptev se estrellaban contra la gabarra atracada en la orilla.

—*Davai!* —gritaron los guardias, empujándonos con las culatas de sus fusiles.

—Nos van a ahogar —

dijo el calvo—. Nos han traído hasta aquí para ahogarnos y librarse de nosotros.

—No, Dios mío —gimió la señora Rimas.

Los guardias colocaron una tabla de madera sobre la borda de la gabarra e hicieron bajar por ella a los niños, gritándoles para que se dieran prisa.

—Darnos prisa para ir ¿adónde? Aquí no hay nada —dijo mamá.

Tenía razón. La zona

estaba completamente deshabitada, no había ni un solo árbol, ni un solo arbusto, solo una tierra yerma y una orilla de infinitas aguas. Estábamos rodeados por la tundra polar y el Mar de Láptev. El viento soplaba con fuerza, las ráfagas eran como latigazos. Me arrojó un puñado de arena a la cara que se me metió en la boca y me escoció en los ojos. Aferrada a mi maleta, miré a mi alrededor. Los agentes

del NKVD se dirigieron a dos edificios de ladrillo. ¿Cómo íbamos a caber todos allí? Éramos más de trescientos.

Kretzsky discutió con algunos de los agentes, repitiendo que tenía que ir a Jakutsk. Un guardia de pelo grasiento y dientes marrones y torcidos nos detuvo.

—¿Adónde creéis que vais? —nos preguntó.

—A los edificios —respondió mamá.

—Esos son para los agentes —ladró.

—¿Y dónde se supone que nos vamos a alojar nosotros? —le preguntó mamá—. ¿Dónde está la aldea?

El guardia hizo un gesto circular con los brazos, como para abarcarlo todo.

—*Esto* es la aldea. Tenéis toda la aldea para vosotros. —Los otros agentes se rieron.

—Perdón ¿cómo ha dicho? —dijo mamá.

—¿Qué pasa, es que no te gusta? ¿Te crees que eres

demasiado buena para esto? Cerda fascista. Los cerdos duermen en el barro. ¿Es que no lo sabías? Pero antes de iros a dormir, tenéis que terminar la panadería y construir una piscifactoría. —Se acercó más a mamá. Sus dientes podridos asomaban bajo su labio superior—. A los cerdos os gusta el pescado, ¿verdad? Me dais asco. —Le escupió en el pecho y se alejó—. Ni siquiera merecéis el barro donde dormís —gritó por

encima del hombro.

Nos obligaron a acarrear ladrillos y tablas de madera de la gabarra hasta la orilla. Entrábamos y salíamos de la profunda bodega del barco, cargando con tantos ladrillos como podíamos. Nos llevó diez horas descargarlo todo. Además de ladrillos y tablas también transportamos barriles de queroseno, sacos de harina e incluso algunas pequeñas barquitas de pesca, todo ello para los agentes del NKVD. Me temblaban los

brazos de agotamiento.

—Dice Liale que no vamos a ir a América —anunció Janina.

—¿En serio? ¿Te ha dicho el fantasma de tu muñeca que nos íbamos a quedar aquí? —preguntó el calvo, señalando un cartel, desdibujado y estropeado por las inclemencias.

Trofimovsk. El punto más alto del Círculo Ártico, cerca del Polo Norte.

69

Nos acurrucamos juntos, arrebujándonos en nuestros abrigos con la esperanza de entrar un poco en calor. Echaba de menos el campo de trabajo, la choza de Ulyushka y a Andrius. La sirena del barco de vapor hendió la noche, y luego el gran buque arrastró las barcazas río abajo. ¿Pensaban tal vez recoger a más gente para traerla aquí?

—¿Cómo vais a mandarle cartas a papá desde aquí? —preguntó Jonas.

—Tiene que haber alguna aldea cerca —dijo mamá.

Pensé en el trozo de madera que había entregado en Tcheremchov. Ya le tendría que haber llegado alguno a papá.

—De modo que este es su plan —concluyó el calvo, mirando a su alrededor—. ¿Así es como piensa Stalin

acabar con nosotros? Nos va a dejar morir de frío. O dejará que nos coman los zorros.

—¿Los zorros? —preguntó la señora Rimas. La madre de Janina lanzó una mirada disgustada al calvo.

—Si hay zorros, nos los podemos comer nosotros a ellos —indicó Jonas.

—¿Has cazado alguna vez un zorro, niño? —le preguntó el calvo.

—No, pero estoy seguro

de que se puede hacer —le contestó mi hermano.

—Han dicho que tenemos que construir una fábrica —dije yo.

—No puede ser que nos vayamos a quedar aquí —aseguró mamá—. Seguramente nos llevarán a otro sitio.

—No esté tan segura, Elena —dijo el hombre que daba cuerda a su reloj—. Para los soviéticos ya no existe Lituania, ni Letonia ni Estonia. Stalin debe librarse

por completo de toda esa basura que representamos para cumplir su plan.

Basura, ¿eso éramos para Stalin?

—Ya estamos casi en septiembre —confirmó el hombre que daba cuerda a su reloj—. Pronto se nos echará encima la noche polar.

Casi había llegado septiembre. Nos congelábamos de frío. En el colegio habíamos estudiado aquello de la noche polar. En la región polar, el sol se

esconde detrás del horizonte durante 180 días. Durante medio año la oscuridad es total. No presté mucha atención en clase cuando lo estudiamos. Dibujé el sol escondiéndose detrás del horizonte. Ahora sentía un nudo en el estómago, la bilis me mordía las entrañas.

—No tenemos mucho tiempo —dijo el hombre que daba cuerda a su reloj—. Creo que…

—¡Basta! ¡Cállese! —gritó la madre de Janina.

—¿Qué ocurre, querida? —le preguntó mamá.

—Shhh… No llamen la atención de los guardias —rogó la señora Rimas.

—Mamá ¿qué pasa? —preguntó Janina. Su madre no paraba de gritar.

La mujer apenas había hablado durante todo el viaje, pero ahora no podíamos hacerla callar.

—¡No lo soporto más! No quiero morir aquí. ¡No dejaré que nos coman los zorros! —De pronto, la

mujer agarró a Janina del cuello y se lo apretó con tanta fuerza que la niña no podía respirar.

Mamá se lanzó sobre la madre, obligándola a soltar a su hija. Janina recuperó la respiración y se echó a llorar.

—Lo siento, lo siento tanto —sollozaba su madre. Colocándose de espaldas a nosotros, se agarró su propio cuello y trató de estrangularse.

La señora Rimas la

abofeteó. El hombre que daba cuerda a su reloj tuvo que contenerla para que no siguiera golpeándola.

—¿Qué demonios le pasa? Si quiere matarse, hágalo en privado —ladró el calvo.

—La culpa es suya —lo acusé—. Usted le dijo que se la comerían los zorros.

—Calla, Lina —me ordenó Jonas.

—Mamá —sollozó Janina.

—Ya habla con su

muñeca muerta. ¿Necesitamos oírla hablar también con su madre muerta? —dijo el calvo.

—¡Mamá! —gritó Janina.

—No le va a pasar nada a tu mamá —indicó mi madre, acariciándole el cabello sucio—. No nos va a pasar nada a nadie. No debemos perder los nervios. Todo va a salir bien. De verdad.

70

Al amanecer, los agentes del NKVD nos gritaron que nos pusiéramos a trabajar. Me dolía el cuello de dormir sobre mi maleta. Jonas y mamá habían dormido bajo una barca de pesca para protegerse del viento. Yo solo había logrado conciliar el sueño unas pocas horas. Cuando todo el mundo se hubo dormido, dibujé a la luz de la luna, hice el retrato

de la madre de Janina tratando de estrangular a su hija, los ojos desorbitados de la niña. Le escribí una carta a Andrius, contándole que estábamos en Trofimovsk. ¿Cómo iba a mandársela? ¿Pensaría Andrius que me había olvidado de él? *Volveré a verte*, había dicho. ¿Cómo podría encontrarnos allí? Papá, pensé. Ven a buscarnos. Date prisa.

Los guardias nos dividieron en veinticinco grupos de quince personas

cada uno. Éramos el grupo número once. Cogieron a los hombres que conservaban algo de fuerza y les asignaron la tarea de terminar de construir los barracones del NKVD. A los chicos los mandaron a pescar al Mar de Láptev. Al resto de las mujeres y los ancianos se nos encomendó la labor de construir una *jurta*, una choza, para nuestro grupo. No nos estaba permitido, sin embargo, utilizar ni los ladrillos ni los

tablones de madera que había junto al edificio del NKVD, pues estaban reservados para los barracones. Después de todo, se acercaba el invierno, y los guardias necesitaban un lugar caliente en el que vivir, dijo Ivanov, el guardia de los dientes podridos. Podíamos utilizar astillas o trozos de troncos que la corriente arrojaba a la orilla.

—Antes de pensar siquiera en construir algo

necesitamos material —dijo la señora Rimas—. Vamos, coged todo lo que podáis encontrar antes de que los otros se lo lleven. Traedlo todo aquí.

Yo recogí grandes piedras, palos y trozos de ladrillos rotos. ¿De verdad conseguiríamos construir una casa con piedras y palos? Mamá y la señora Rimas encontraron troncos que las olas habían arrastrado hasta la orilla. Los llevaron hasta nuestro

campamento y volvieron a por más. Vi a una mujer recogiendo musgo para usarlo como argamasa. Janina y yo la imitamos, arrancamos pedazos de musgo y los apilamos junto a nuestro montón de material. Me dolía el estómago de hambre. Esperaba ansiosa que volviera Jonas con el pescado.

Por fin volvió, empapado y temblando, con las manos vacías.

—¿Dónde están los peces que has pescado? —le pregunté. Me castañeteaban los dientes.

—Los guardias dicen que no tenemos derecho a pescado. Todos los peces que cogemos los almacenan para el NKVD.

—Y entonces ¿qué vamos a comer? —pregunté.

—Raciones de pan —me contestó.

Nos llevó una semana reunir troncos suficientes para construir la estructura

de nuestra yurta. Los hombres debatían el diseño, y yo dibujaba los planos.

—Estos troncos no parecen muy sólidos —comentó Jonas—. Es solo madera flotante.

—Es todo lo que tenemos —señaló el hombre que daba cuerda a su reloj—. Debemos darnos prisa. Tenemos que terminar la choza antes de las primeras nevadas. Si no, no sobreviviremos.

—Deprisa, deprisa —

repetía el hombre alto.

Cavé profundos agujeros en el duro suelo con una piedra. La tierra estaba helada. Conforme cavaba, tenía que ir cortando el hielo. Mamá, la señora Rimas y yo clavamos los troncos verticalmente en esos agujeros, y luego los rodeamos de tierra apelmazada.

—No parece lo bastante grande para albergar a quince personas —indiqué, mirando la estructura. El

viento me azotaba la cara.

—Si estamos más juntos unos de otros, nos daremos más calor —dijo mi madre.

Ivanov se acercó con Kretzsky. Entendí la mayor parte de la conversación que mantuvieron.

—¡Los cerdos más lentos de todo Trofimovsk! —dijo Ivanov entre sus dientes podridos.

—Necesitáis un tejado —observó Kretzsky, señalando con su cigarrillo.

—Sí, ya lo sé. ¿Y qué

hay de la calefacción? —le contesté. Teníamos troncos suficientes para el tejado, pero ¿cómo íbamos a calentarnos?

—Necesitaremos una estufa —dijo mi madre en ruso.

A Ivanov eso le pareció particularmente divertido.

—¿Queréis una estufa? Y ¿qué más, un baño caliente? ¿Una copa de coñac? Callaos la boca y a trabajar. —Dicho esto, se alejó.

Mamá miró a Kretzsky.

Este bajó la mirada y luego se alejó también.

—¿Ves?, no va a ayudarnos —constaté.

Trabajamos una semana más, construyendo nuestra yurta. No era una casa. Era un montón de estiércol, un puñado de troncos cubiertos de barro, arena y musgo. Parecía algo construido por un niño. Y teníamos que vivir allí.

Los hombres terminaron de construir los barracones y

una panadería para el NKVD. Eran edificios propiamente dichos, de ladrillos, con estufas o chimeneas en cada habitación. El hombre que daba cuerda a su reloj dijo que estaban bien equipados. ¿Y se suponía que debíamos resistir a un invierno ártico en una choza de barro? No, lo que esperaban era que no resistiéramos nada en absoluto.

71

Al día siguiente de terminar nuestra yurta, Janina vino hacia mí corriendo.

—¡Lina, un barco! ¡Se acerca un barco!

En cuestión de segundos, teníamos encima a todos los agentes del NKVD, apuntándonos a la cara con sus fusiles. Nos ordenaron a todos que nos metiéramos en nuestras yurtas. Corrían de

un lado a otro, nerviosos, sin parar de gritar.

—¿Jonas? —llamó mamá—. Lina, ¿dónde está Jonas?

—Lo han enviado a pescar —respondí.

—*Davai!* —ladró Ivanov, empujándome dentro de la yurta.

—¡Jonas! —gritó mamá, pugnando por zafarse del guardia.

—Ya viene, Elena —dijo el señor Lukas, corriendo hacia nosotras—.

Lo he visto, venía detrás de mí.

Jonas llegó por fin, jadeando, sin aliento de tanto correr.

—Mamá, he visto un barco. Tiene bandera americana.

—Los americanos han llegado. ¡Han llegado! —gritó el hombre alto.

—¿Van a luchar los americanos contra el NKVD? —preguntó Janina.

—Mira que eres tonta, niña. Los americanos están

ayudando al NKVD —contestó el calvo.

—Nos están ocultando —comentó mamá—. Los guardias no quieren que los americanos nos vean, no quieren que sepan lo que nos están haciendo.

—¿Y no se van a preguntar los americanos qué son estas chozas de barro? —me extrañé yo.

—Pensarán que son para algún uso militar —dijo el hombre que siempre daba cuerda a su reloj.

—¿Y por qué no salimos para que nos vean los americanos? —propuse.

—Si lo haces, te matarán —dijo el calvo.

—¡No te muevas, Lina! —me ordenó mamá—. ¿Me has entendido?

Tenía razón. Los guardias nos ocultaban para que no nos vieran los americanos. Permanecimos en nuestras yurtas durante más de cinco horas, que fue lo que tardaron en descargar el barco americano. En

cuanto zarpó, los guardias vinieron gritando a ordenarnos que volviéramos al trabajo. Había que acarrear suministros a la panadería y a los barracones del NKVD. Contemplé alejarse al barco americano; se llevaba consigo todas nuestras esperanzas de un rescate. Quería correr hasta la orilla agitando los brazos y gritando.

Apilamos los suministros en palés de madera, tan grandes y altos

como cuatro casas de Kaunas. Comida. Estaba tan cerca. Jonas me dijo que vigilara la madera del palé pues podíamos utilizarla para construir una puerta para nuestra yurta.

El hombre que siempre daba cuerda a su reloj hablaba inglés. Nos tradujo lo que ponía en los contenedores. Latas de guisantes, tomates, mantequilla, leche condensada, huevos en polvo, azúcar, harina, vodka

y whisky. Más de trescientos lituanos y finlandeses acarrearon montañas de comida y suministros que nunca volverían a tocar. ¿Cuánta comida había en América para que un barco pudiera traer tan enorme cantidad para menos de veinte guardias? Y ahora, los americanos se habían marchado. ¿Conocían el espantoso secreto de los soviéticos? ¿Estarían haciendo la vista gorda?

Después de la comida,

trasladamos suministros —queroseno, redes de pesca, abrigos, gorros y gruesos guantes de piel—. Los agentes del NKVD pasarían un invierno bien calentitos. El viento atravesaba mi abrigo raído. Me esforzaba por levantar caja tras caja con Jonas.

—Por favor, no lo haga más —le dijo mamá al señor Lukas.

—Lo siento —contestó él, dando cuerda a su reloj—, me calma.

—No me refiero a eso. No siga traduciendo lo que pone en las cajas. Ya no soporto saber lo que estamos trasladando —replicó mamá, alejándose.

—Pues yo sí quiero saberlo —objetó el calvo—. Quiero saber de qué disponemos si se presenta la oportunidad para alguno de vosotros.

—¿A qué se refiere? —preguntó Jonas.

—Me imagino que quiere que robemos cosas

para él —le dije.

—Ya lo está haciendo otra vez —dijo Jonas.

—¿El qué? —pregunté yo.

Mi hermano señaló a mamá, que estaba hablando con Kretzsky.

72

Jonas encontró un tonel vacío flotando en el Mar de Láptev. Consiguió empujarlo hasta la orilla con un tronco, y luego lo hizo rodar hasta nuestra yurta. Los hombres lo recibieron con vítores y aplausos.

—Para hacer una estufa —dijo Jonas sonriendo.

—¡Buen trabajo, cariño! —lo felicitó mamá.

Los hombres se pusieron

manos a la obra, utilizando latas de conserva vacías que les habían robado a los guardias para fabricar un conducto para evacuar el humo.

Era arriesgado llevar encima o guardar la ración de pan cuando Ivanov andaba cerca. Le encantaba arrebatárnoslas. Trescientos gramos. Eso era todo lo que nos daban. Una vez lo vi arrancarle su ración a una anciana en la cola del pan. Se la metió entera en la boca

y se la comió. La anciana lo miraba, y su boca vacía mascaba a la vez que la suya. Luego escupió el pan a sus pies. Ella se agachó para recoger cada trozo y se los comió todos. La señora Rimas dijo que había oído que habían trasladado a Ivanov de una cárcel en Krasnoyarsk. Su nuevo destino en Trofimovsk tenía que ser un castigo, una degradación. ¿También habrían degradado a Kretzsky? Me pregunté si

Ivanov habría estado en la misma cárcel que papá.

Me dolía el estómago de hambre. Añoraba las gachas grises que nos daban en el tren. Hice dibujos de comida, pollos asados de piel dorada y crujiente, cuencos con ciruelas, tartas de manzana. Escribí los detalles del barco americano y la comida que transportaba a bordo.

Los guardias nos asignaron la tarea de sacar madera flotante del Mar de

Láptev. Luego teníamos que cortar los troncos y ponerlos a secar, para que pudieran servir como leña. A nosotros no nos estaba permitido tener madera. Nos sentábamos en nuestra yurta, frente a la estufa vacía. Cerraba los ojos y veía a mi madre quitarnos platos con comida y tirar los restos a la basura. Oía a Jonas diciendo «pero mamá, es que no tengo hambre» cuando mi madre le pedía que se terminara la cena. No tengo

hambre. Ahora siempre teníamos hambre.

—Tengo frío —dijo Janina.

—¡Pues vete a buscar leña para la estufa! —gruñó el calvo.

—¿Dónde puedo encontrarla? —preguntó la niña.

—Puedes robarla. Cerca del edificio del NKVD. Allí la consiguen los demás —sugirió.

—No la mande a ella a robar. Ya encontraré yo algo

—dijo.

—Voy contigo —se ofreció Jonas.

—¿Mamá? —Esperaba que pusiera alguna pega.

—¿Sí? —preguntó.

—Jonas y yo vamos a buscar leña.

—Muy bien, cariño —dijo dulcemente.

—¿Se encuentra bien mamá? —le pregunté a Jonas al salir de nuestra choza de barro.

—Parece más débil y como confusa —dijo Jonas.

Me detuve en seco.

—Jonas, ¿has visto a mamá comer?

—Creo que sí —respondió.

—Piénsalo bien. La hemos visto mordisquear, pero siempre nos da su pan —dije—. Ayer, sin ir más lejos, nos dio pan. Dijo que era una ración extra que le habían dado por acarrear troncos.

—¿Crees que nos está dando su ración?

—Sí, o al menos parte

—dije. Mamá se estaba matando de hambre para alimentarnos a nosotros.

El viento aullaba mientras nos dirigíamos al edificio del NKVD. Cada bocanada de aire que respiraba me quemaba la garganta. El sol no apareció en el cielo. Había empezado la noche polar. La luna pintaba de azul y de gris el paisaje desolado. El hombre alto no paraba de repetir que teníamos que pasar el primer invierno. Mamá estaba de

acuerdo con él. Si podíamos pasar el primer invierno, entonces sobreviviríamos. Teníamos que resistir a la noche polar para poder volver a ver el sol.

—¿Tienes frío? —me preguntó Jonas.

—Estoy helada. —El viento me atravesaba la ropa y se me clavaba como un cuchillo en la piel.

—¿Quieres mi abrigo? —se ofreció—. Creo que podría estarte bien.

Miré a mi hermano. El

abrigo que mamá le había conseguido le estaba grande. Pero le quedaría bien cuando creciera un poco.

—No, entonces tendrías frío tú —le dije—. Pero gracias de todas maneras.

—¡Vilkas! —Era Kretzsky. Llevaba un largo abrigo de lana y cargaba con un saco—. ¿Qué estáis haciendo? —nos preguntó.

—Estamos buscando algo de madera flotante para encender fuego —le dijo Jonas—. ¿Ha visto alguna

por aquí?

Kretzsky vaciló. Metió la mano en el saco y extrajo un pedazo de madera que nos tiró a los pies. Se marchó antes de que pudiéramos decir nada.

Aquella noche, el 26 de septiembre, sufrimos la primera tormenta de nieve.

Duró dos días. El viento y la nieve aullaban y se colaban por las grietas de nuestra yurta. El frío glacial me calaba hasta los huesos de las rodillas y las caderas.

Me dolían tanto que me costaba moverme. Nos acurrucamos todos juntos para darnos calor. El hombre alto se nos acercaba mucho. Le olía mal el aliento.

—¿Ha comido pescado? —le preguntó el calvo.

—¿Pescado? Sí, un poco de pescado —dijo.

—¿Y por qué no nos ha traído a nosotros? —le reprochó el calvo. Otros también se enfadaron con él, llamándolo egoísta.

—Lo robé. Solo había un

poco. Un poco.

—A Liale no le gusta el pescado —susurró Janina. La miré. Se rascaba con furia la cabeza.

—¿Te pica? —le pregunté.

Ella asintió. Piojos. Era solo cuestión de tiempo que nuestra choza estuviera llena.

Nos turnamos para cavar un camino en la nieve desde nuestra yurta hasta la panadería para poder ir a buscar nuestras raciones. Yo

recogía grandes cantidades de nieve para fundirla y beber el agua. Jonas se aseguraba de que mamá bebiera y se comiera su ración entera. Hasta entonces, nuestras necesidades las habíamos hecho fuera de la yurta, pero con la tormenta de nieve no tuvimos más remedio que hacerlas en un cubo dentro de la choza. Para tener algo de intimidad, el que se sentaba en el cubo daba la espalda a los demás, pero

algunos se quejaron de que el panorama visto por detrás era peor todavía.

73

Cuando la tormenta amainó, los guardias nos gritaron que volviéramos al trabajo. Salimos de nuestra choza de barro. Aunque estaba oscuro, la blanca nieve iluminaba el paisaje como si fuera de carbón. Pero eso era todo lo que podíamos ver, distintos tonos de gris por todas partes. Los guardias nos ordenaron que acarreáramos

troncos y los cortáramos en trozos para hacer leña. Jonas y yo pasamos por delante de una yurta cubierta por completo de nieve.

—¡No! —gritó una mujer en la puerta. Tenía las puntas de los dedos ensangrentadas y las uñas hechas pedazos.

—Idiotas. Construyeron una puerta que se abría hacia fuera. Cuando nevó, se quedaron atrapados dentro de la yurta. ¡Y como están tan débiles no pudieron

echar la puerta abajo! —Ivanov se reía, dándose palmadas en los muslos—. Hay cuatro muertos. Estúpidos cerdos —le dijo a otro guardia.

Jonas tenía la boca abierta de par en par.

—¿Qué estás mirando? —le gritó Ivanov—. Ponte a trabajar.

Arrastré a Jonas lejos de la mujer que lloraba y de la choza sepultada por la nieve.

—Se estaba riendo. Esa gente ha muerto, e Ivanov se

estaba riendo —indiqué.

—Han muerto cuatro personas en la primera tormenta de nieve —dijo Jonas, mirando al suelo—. Quizá más. Necesitamos más madera. Tenemos que pasar el invierno.

Nos dividieron en grupos. Tenía que caminar tres kilómetros hasta donde empezaba el bosque para encontrar madera para el NKVD. El calvo estaba en mi grupo. Caminábamos con esfuerzo sobre la nieve, que

crujía bajo nuestros pies.

—¿Cómo se supone que puedo caminar sobre la nieve con la pierna como la tengo? —se quejó.

Apreté el paso porque no quería quedarme rezagada con él, pues ralentizaría mi marcha.

—¡No me dejes atrás! —me ordenó—. Dame tus mitones.

—¿Qué?

—Dame tus mitones. Yo no tengo.

—No. Si se los doy se

me helarán las manos —dije. Ya sentía que el frío me atenazaba el rostro.

—¡Yo ya las tengo heladas! Dame tus mitones. Solo unos minutos. Tú, mientras, te puedes meter las manos en los bolsillos.

Recordé que mi hermano se había ofrecido a darme su abrigo y me pregunté si debía compartir mis mitones con el calvo.

—Si me das tus mitones te cuento una cosa —propuso.

—¿Qué cosa? —le pregunté, recelosa.

—Algo que quieres saber.

—¿Qué querría yo saber de usted? —le pregunté.

—Venga, dame tus mitones. —Le castañeteaban los dientes.

Yo seguí andando, en silencio.

—¡Dame tus malditos mitones, y te diré por qué os deportaron!

Me detuve y lo miré.

Me arrancó los mitones

de las manos.

—Bueno, no te quedes ahí parada como un pasmarote. Sigue andando si no quieres que nos congelemos. Métete las manos en los bolsillos.

Caminamos unos pasos.

—¿Y bien?

—¿Conoces a un tal Petras Vilkas? —me preguntó.

Petras Vilkas. El hermano de mi padre. El padre de Joana.

—Sí —le dije—. Es mi

tío. Joana es mi mejor amiga.

—Quién es Joana, ¿su hija?

Yo asentí.

—Bien, pues eso es por lo que os deportaron —confirmó, frotándose una mano contra la otra para entrar en calor—. Tu madre lo sabe. Pero no os lo ha dicho. Y ahora ya lo sabes tú también.

—¿A qué se refiere con que por eso nos deportaron? ¿Cómo lo sabe? —le

pregunté.

—¿Qué más da cómo lo sé? Tu tío escapó de Lituania antes de que os deportaran.

—Está mintiendo.

—¿Tú crees? El apellido de soltera de tu tía era alemán. Así que a la familia de tu tío la repatriaron, probablemente a Alemania. Tu padre los ayudó. Él tomó parte en ello. Por eso pusieron a tu familia en la lista. Así que tu padre está en la cárcel, tú te morirás en

este infierno ártico, y tu mejor amiga ahora probablemente estará viviendo en América.

¿Qué estaba diciendo? ¿Que Joana había escapado y se había ido a América? ¿Cómo era eso posible?

—Repatriarlos, si es que es posible —dijo mi padre, y calló bruscamente cuando me sorprendió en el umbral.

Querida Lina:

Ahora que han pasado

las vacaciones de Navidad, parece que la vida se ha puesto muy seria de repente. Mi padre ha metido en cajas la mayor parte de sus libros, pues dice que ocupan demasiado espacio.

Pensé en mi último cumpleaños. Papá llegó tarde al restaurante. Le dije que no había recibido ningún regalo de Joana. Me di cuenta de que se puso tenso al oírme mencionar a mi prima. «Seguramente

estará ocupada», me dijo.

—Mejor Suecia —señaló mamá.

—No es posible —explicó papá—. La única opción es Alemania.

—¿Quién se va a Alemania? —grité desde el comedor.

Silencio.

—Pensaba que tu madre solo tenía familia en Alemania —dije.

—Pues al parecer también tiene un pariente en

América. Recibe cartas suyas. Vive en Pensilvania.

Sí que era posible.

La libertad de Joana me había costado a mí la mía.

—Daría cualquier cosa por un cigarrillo —dijo el calvo.

74

—Pero ¿por qué no me lo dijisteis?

—Tratábamos de proteger a tu tío. Iban a ayudarnos —explicó mamá.

—¿Ayudarnos a qué? —preguntó Jonas.

—A escapar —susurró mamá.

De nada servía bajar la voz. Todo el mundo fingía estar muy ocupado en limpiarse las uñas o en

mirarse la ropa, pero podía oír cada palabra de lo que hablábamos. Solo Janina nos miraba fijamente. Estaba de rodillas junto a Jonas, apartándose los piojos de las cejas.

—Cuando hubiesen llegado a Alemania, tenían que ocuparse del papeleo para tratar de repatriarnos a nosotros también.

—¿Qué es *repatriar?* —preguntó Janina.

—Volver al lugar de donde viene tu familia —le

expliqué.

—¿Eres alemana? —le preguntó a mi madre.

—No, querida. Pero la familia de mi cuñada nació en Alemania —le contestó ella—. Pensamos que podríamos conseguir papeles gracias a ellos.

—¿Y papá los ayudó? ¿Así que fue cómplice? —pregunté.

—¿Cómplice? Él no cometió ningún crimen, Lina. Los ayudó. Son familia nuestra —me dijo

mamá.

—Entonces ¿Joana está en Alemania? —quise saber.

—Es lo más probable —dijo mamá—. Todo salió horriblemente mal. Después de que se marcharan, tu padre recibió informes en abril de que el NKVD había entrado en casa de los tíos y la había registrado. Alguien debió de informar a los soviéticos.

—¿Quién haría una cosa así? —preguntó Jonas.

—Lituanos que trabajan

para los soviéticos. Informan sobre otra gente para protegerse a sí mismos.

Alguien carraspeó y tosió.

—No puedo creer que Joana no me lo contara —dije.

—¡Joana no lo sabía! Seguro que sus padres no se lo dijeron, por miedo a que se lo contara a alguien. Ella pensaba que iban a visitar a un amigo de la familia —me explicó mamá.

—Andrius dijo que

pensaban que su padre tenía contactos internacionales. Ahora los soviéticos piensan que papá se comunica con alguien de fuera de Lituania —dijo Jonas bajito—. Eso quiere decir que está en peligro.

Mamá asintió. Janina se levantó y fue a tumbarse junto a su madre.

Las ideas bullían en mi cabeza. En cuanto procesaba una, me asaltaba otra. Nosotros sufríamos un castigo mientras la familia

de Joana vivía cómodamente en Alemania. Habíamos entregado nuestras vidas a cambio de las suyas. Mamá estaba enfadada porque el calvo me lo hubiera contado. Le había confiado el secreto, y él lo había revelado a cambio de ponerse mis mitones cinco minutos. ¿No pensaron papá y mamá en confiarnos a *nosotros* el secreto? ¿Consideraron las consecuencias antes de ayudarlos a escapar? Me rasqué la coronilla. Los

piojos bajaban por mi cuello.

—¡Qué egoístas! ¿Cómo pudieron hacernos esto? —protesté.

—Ellos también tuvieron que renunciar a cosas —dijo Jonas.

Abrí la boca de par en par.

—¿Qué quieres decir? —protesté—. ¡Ellos no renunciaron a nada! Nosotros lo dimos todo por ellos.

—Renunciaron a su hogar, el tío renunció a su

tienda y Joana a sus estudios de Medicina.

Sus estudios. Joana deseaba ser médico tanto como yo ser artista. Aunque yo podía seguir pintando, ella no podía estudiar Medicina si Alemania estaba en guerra. ¿Dónde estaba ahora? ¿Sabía lo que nos había ocurrido? ¿Habían logrado los soviéticos ocultar al mundo que nos habían deportado? De ser así, ¿cuánto duraría esta situación? Pensé en el barco

americano de suministros alejándose mar adentro. ¿Se le ocurriría a alguien buscarnos en el ártico siberiano? Si Stalin se salía con la suya, moriríamos sepultados en el hielo y la nieve.

Cogí mi papel de dibujo y me senté junto al fuego de la estufa. La rabia me corroía por dentro. Era tan injusto. Pero no podía odiar a Joana. No era culpa suya. ¿De quién era la culpa? Dibujé dos manos que se

agarraban y se separaban a la vez. Dibujé una esvástica en su palma y la hoz y el martillo en la mía, y, en medio, la bandera lituana hecha pedazos.

Oí un ruido. El hombre que siempre daba cuerda a su reloj estaba esculpiendo un pequeño trozo de madera con su navaja. Los troncos chisporroteaban, escupiendo cenizas fuera de la estufa.

—Parece como arañado —dijo Jonas. Estaba

sentado en mi cama, con las piernas cruzadas, mirando una de las láminas de Munch que me habían mandado de Oslo.

—Es que está arañado. Utilizó su navaja para arañar el lienzo —le expliqué.

—Hace que parezca… confundida —dijo él—. Si no estuviera arañada, parecería triste. Pero los arañazos añaden confusión.

—Exactamente —confirmé, cepillándome el

cabello limpio y caliente todavía del secador—. Pero para Munch, eso le daba vida al cuadro. Él era un hombre confundido. No le importaban las proporciones, solo quería que el cuadro pareciera real.

Jonas pasó a la siguiente lámina.

—¿A ti esto te parece real? —me preguntó, abriendo unos ojos como platos.

—Desde luego que sí —

le dije—. Ese se titula Cenizas.

—Real no sé si parece, pero realmente aterrador, eso desde luego —dijo Jonas, levantándose para marcharse—. ¿Sabes, Lina? Tus dibujos me gustan más que estos. Estos son demasiado raros. Buenas noches.

—Buenas noches —le contesté. Cogí las láminas y me tiré sobre la cama, hundiéndome en mi edredón de plumas. En el margen se

leía un comentario de un crítico de arte: «Munch es ante todo un poeta lírico del color. Siente los colores, pero no los ve. En su lugar, ve la pena, el llanto y la decadencia».

La pena, el llanto y la decadencia. Yo también veía todo eso en Cenizas. El cuadro me parecía maravilloso.

Cenizas. Se me ocurrió una idea. Cogí un palo que había junto a la estufa, le

quité la corteza y dejé al descubierto la pulpa. Separé las fibras, formando cerdas. Cogí un puñado de nieve de la puerta de la yurta y la mezclé cuidadosamente con ceniza de la estufa. El color no era homogéneo, pero conseguí una bonita acuarela gris.

75

Llegó noviembre. Se había apagado la chispa en los ojos de mi madre. Cada vez nos costaba más conseguir que sonriera. Solo lo hacía cuando apoyaba la barbilla en la mano o cuando Jonas mencionaba a papá en nuestras oraciones. Entonces alzaba el rostro, y se le dibujaba una sonrisa de esperanza. Yo me preocupaba mucho por ella.

Por la noche, cerraba los ojos y pensaba en Andrius. Lo veía pasándose los dedos por el cabello enmarañado, recordaba el tacto de su nariz sobre mi mejilla la noche antes de marcharnos. No había olvidado su gran sonrisa cuando aquel día se burlaba de mí en la cola del pan. Veía su mirada insegura cuando me entregó *Dombey e hijo*, y cómo trataba de infundirme ánimos cuando el camión se alejaba. Dijo que me encontraría. ¿Sabía

dónde nos habían llevado? ¿Sabía que se reían de nuestras muertes y que hacían apuestas? *Encuéntrame*, murmuré.

El hombre que siempre daba cuerda a su reloj miró al cielo y dijo que se avecinaba una tormenta. Lo creí, no por el gris pálido del cielo, sino por el ajetreo de los guardias. Nos gritaron, sus «davais» sonaban más apremiantes. Hasta Ivanov nos hostigaba. Normalmente, se limitaba a

ladrar órdenes desde lejos. Pero hoy entraba y salía del barracón, coordinando todos los esfuerzos.

La señora Rimas trató de negociar que nos adelantaran las raciones en vista de que se acercaba una tormenta de nieve.

Ivanov se rio.

—Si hay tormenta, no trabajaréis. Entonces ¿por qué habríamos de daros pan?

—Pero ¿cómo sobreviviremos sin pan? —preguntó ella.

—No lo sé. Dímelo tú, ¿cómo sobreviviréis? —le contestó Ivanov.

Robé madera de los barracones de los guardias. No había más remedio. Necesitaríamos mucha para aguantar la nevada. Volví a por más. Empezó a nevar.

Entonces la vi.

Mamá estaba hablando con Kretzsky y con Ivanov detrás de los barracones. ¿Qué estaba haciendo? Me oculté y entrecerré los ojos para ver mejor. Ivanov

escupió al suelo, y luego acercó mucho su cara a la de mi madre. Empezó a latirme el corazón con fuerza. De repente, se llevó la mano a la sien e hizo como que se disparaba un tiro. Mamá se estremeció. Ivanov echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, antes de entrar en el barracón.

Mamá y Kretzsky permanecieron inmóviles mientras la nieve caía a su alrededor. Kretzsky extendió la mano y la apoyó en el

hombro de mi madre. Vi que sus labios se movían. A mamá se le doblaron las rodillas. Él la retuvo, agarrándola de la cintura. El rostro de mamá se contrajo en una mueca, y cayó sobre el pecho del guardia. Mi madre empezó a golpearle con los puños.

—¡MAMÁ! —grité, corriendo hacia ella. Tropecé con la madera que caía del interior de mi abrigo.

La aparté de Kretzsky,

atrayéndola hacia mí.

—Mamá. —Caímos las dos al suelo.

—Kostas —sollozaba ella.

Le acaricié el pelo, abrazándola. Las botas de Kretzsky se movieron. Levanté los ojos para mirarlo.

—Muerto de un disparo. En la cárcel de Krasnoyarsk —dijo.

Sentí que me faltaba el aire y que me hundía en la nieve.

—No, te equivocas —repuse, buscando con la mirada los ojos de Kretzsky—. Va a venir a buscarnos. Está de camino. ¡Se equivoca, mamá! Piensan que ha muerto porque se ha marchado. Le hicieron llegar mis dibujos. ¡Viene a buscarnos!

—No. —Kretzsky negó con la cabeza.

Lo miré. *¿No?*

Mamá lloraba, su cuerpo temblaba junto al mío.

—¿Papá? —La palabra

apenas franqueó la barrera de mis labios.

Kretzsky dio un paso hacia nosotras, inclinándose para ayudar a mamá. Una bocanada de odio salió de mi boca.

—¡Apártate de ella! No te acerques. Te odio. ¿Me oyes? ¡TE ODIO!

Kretzsky miró fijamente a mi madre.

—Yo también —replicó, y se alejó, dejándome en el suelo con mamá.

Nos hundimos más, la

nieve nos sepultaba bajo su manto, y el viento nos clavaba agujas en el rostro.

—Ven, mamá. Se acerca una tormenta. —No le sostenían las piernas. Su pecho temblaba a cada paso, haciéndonos perder el equilibrio. La nieve revoloteaba a nuestro alrededor, casi no podía ver nada.

—¡SOCORRO! —grité—. ¡Que alguien me ayude, POR FAVOR! —No oía nada más que el aullido del viento—.

Mamá, sígueme. Camina conmigo. Tenemos que volver a la choza. Se ha desatado una tormenta.

Mamá no avanzaba. No dejaba de repetir el nombre de mi padre, mientras la nieve seguía cayendo a nuestro alrededor.

—¡SOCORRO!

—¿Elena?

Era la señora Rimas.

—¡Sí! Estamos aquí. ¡Ayúdenos! —grité.

Dos siluetas surgieron de la pared de viento y nieve.

—¿Lina?

—¡Jonas! ¡Por favor!

Mi hermano y la señora Rimas avanzaron a través de la nieve, tendiendo los brazos hacia nosotras.

—¡Oh, Dios mío, Elena! —exclamó la señora Rimas.

Arrastramos a mamá hasta nuestra yurta. Quedó tendida boca abajo sobre una tabla de madera, con la señora Rimas a su lado. Janina se acercó para ver qué ocurría.

—Lina, ¿qué ha pasado?

—preguntó Jonas aterrado.

Yo miraba al vacío, sin expresión.

—¿Lina?

Me volví hacia mi hermano.

—Papá.

—¿Papá? —Se le descompuso el rostro.

Asentí despacio. No podía hablar. El único sonido que salía de mi boca era un gemido lastimero. Esto no estaba ocurriendo. Esto no podía estar pasando. Papá, no. Le había mandado

mis dibujos.

Vi que el rostro de Jonas retrocedía al pasado. De pronto sí aparentaba su edad, se le veía vulnerable. Ya no parecía un muchacho luchando por su familia, fumando libros, sino el niño pequeño que corría a mi habitación la noche en que nos sacaron de nuestra casa. Me miró, y luego miró a mamá. Fue hasta ella, se tendió en el suelo y la rodeó con los brazos. La nieve se coló por una grieta y cayó

sobre el cabello de ambos.

Janina se abrazó a mis piernas, canturreando bajito.

—Lo siento. Lo siento mucho —dijo el hombre alto.

76

No podía dormir. No podía hablar. Cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro magullado de papá mirándome por el retrete del vagón. *Sé valiente, Lina*, me dijo entonces. El agotamiento y el dolor se clavaban en cada fibra de mi cuerpo, y aun así no podía dormir. Mi mente echaba chispas, como si hubiera sufrido un cortocircuito, y

me escupía sin cesar imágenes de angustia, desesperación y dolor.

¿Cómo lo sabía Kretzsky? Tenía que ser un error. Se trataba de otro hombre, no de papá. Era posible, ¿verdad? Pensé en Andrius, buscando a su padre en todos los vagones. Él también pensaba que era posible. Quería contarle a Andrius lo que había ocurrido. Me llevé la mano al bolsillo y apreté la piedra entre los dedos.

Mis dibujos habían fracasado. Yo había fracasado.

Intenté dibujar pero no pude. Cuando empezaba a hacerlo, el lápiz se movía solo, empujado por algo horroroso que vivía dentro de mí. El rostro contraído de mi padre. Su boca en una mueca de agonía. Sus ojos irradiaban miedo. Me dibujé a mí misma, gritando a Kretzsky. Mis labios se torcían. Tres serpientes negras enseñando los

colmillos salían de mi boca abierta. Escondí los dibujos en *Dombey e hijo*.

Papá era fuerte. Era un patriota. ¿Se resistió? ¿O no se enteró siquiera? ¿Lo dejaron tirado en el suelo como a Ona? Me preguntaba si esas mismas preguntas torturaban también a Jonas. No hablamos de ello. Escribí una carta a Andrius, pero las lágrimas emborronaron la tinta.

La tormenta empeoraba. El viento y la nieve helada

producían un rugido ensordecedor. Cavamos un camino desde nuestra yurta hasta la panadería para ir a recoger nuestras raciones de pan. Dos finlandeses, perdidos en la ventisca, no encontraban su yurta, por lo que se metieron en la nuestra. Uno de ellos sufría disentería. El hedor que despedía me dio arcadas. Los piojos campaban a sus anchas en mi cabeza.

El segundo día de la tormenta, mamá se levantó e

insistió en quitar la nieve que bloqueaba la puerta. Parecía exhausta, como si parte de su alma la hubiera abandonado.

—Mamá, deberías descansar —le pidió Jonas —. Yo quitaré la nieve.

—No arreglo nada con estar tumbada —le contestó ella—. Hay trabajo pendiente, y yo tengo que hacer mi parte.

El tercer día de la tormenta, el hombre que siempre daba cuerda a su

reloj guió a los finlandeses hasta su yurta.

—Saca ese cubo. Límpialo con nieve —me ordenó el calvo.

—¿Por qué yo? —le pregunté.

—Nos turnaremos —dijo mamá—. A todos nos tocará hacerlo.

Salí a la oscuridad con el cubo. El viento había amainado. De pronto, noté que no podía respirar. Se me había helado la nariz por dentro. Estábamos solo en

noviembre. La noche polar duraría hasta principios de marzo. El tiempo empeoraría. ¿Cómo íbamos a resistirlo? Teníamos que pasar el primer invierno. Me di prisa en limpiar el cubo y volví a la yurta. Me sentía como Janina, susurrándole a papá de noche como le susurraba ella a su muñeca muerta.

Era el 20 de noviembre, el cumpleaños de Andrius.

Había contado los días con mucha atención. Le deseé feliz cumpleaños al despertarme y pensé en él todo el día, mientras acarreaba troncos. Por la noche, me senté a la luz de la estufa a leer *Dombey e hijo*. «Krasivaya». Todavía no había averiguado el significado de la palabra. A lo mejor lo encontraba si me saltaba algunas páginas. Las hojeé, y una anotación me llamó la atención. Retrocedí unas cuantas páginas. Había

algo escrito a lápiz en el margen de la página 278.

Hola, Lina. Has llegado a la página 278. ¡Eso está muy bien!

Ahogué un gritito, y fingí estar muy enfrascada en mi lectura. Miré la escritura de Andrius. Acaricié con el dedo las letras de mi nombre. ¿Habría más anotaciones? Sabía que debía seguir leyendo. Estaba impaciente. Pasé las páginas despacio, mirando los márgenes con atención.

Página 300:

¿De verdad has leído hasta aquí o es que te estás saltando páginas?

Tuve que contener la risa.

Página 322:

Es una novela aburrida. Reconócelo.

Página 364:

Pienso en ti.

Página 412:

¿A lo mejor tú también piensas en mí?

Cerré los ojos.

Sí, pienso en ti. Feliz



cumpleaños, Andrius.

77

Estábamos ya a mediados de diciembre. El invierno nos tenía atrapados entre sus fauces. El hombre que siempre repetía las palabras mostraba síntomas de congelación. Tenía las yemas de los dedos arrugadas y negras como el carbón. En la punta de la nariz le salieron unos granos grises y gordos. Nos arrebujábamos en nuestros

abrigos y en cualquier trapo que pudiéramos encontrar. Nos liábamos en los pies unas viejas redes de pesca que la corriente había arrojado a la orilla. Nos peleábamos sin cesar en la yurta, irritándonos unos a otros.

Los niños pequeños fueron muriendo. Mamá le dio su ración de pan a un niño que se estaba muriendo de hambre. Ya estaba muerto, con su manita tendida, esperando que

alguien le diera un trozo de pan. En el campamento no teníamos médico ni enfermera, solo un veterinario estonio. Acudíamos a él. El hombre hacía lo que podía, pero las condiciones eran insalubres. No tenía ninguna medicina que darnos.

Ni Ivanov ni ningún agente del NKVD entraban nunca en nuestras yurtas. Nos gritaban que dejáramos a los muertos en la puerta.

—Sois todos unos cerdos

asquerosos. Vivís en la mugre. No es de extrañar que muráis como ratas.

La disentería, el tifus y el escorbuto se extendieron por todo el campo. Los piojos se daban un festín en nuestras llagas abiertas. Una tarde, uno de los finlandeses dejó de cortar leña para ir a orinar. Janina lo descubrió colgado de un poste. Se había ahorcado con una red de pescar.

Cada vez teníamos que alejarnos más para encontrar

leña, hasta casi cinco kilómetros del campo de trabajo. Al final del día, Janina se agarró a mí.

—Liale me ha enseñado algo —me dijo.

—¿El qué? —le pregunté, metiéndome ramitas en los bolsillos, para nuestra estufa y para utilizarlas como pinceles.

Janina lanzó una mirada a su alrededor.

—Ven conmigo. Te lo enseñaré.

Me tomó de la mano y

me arrastró con ella por la nieve. Luego me señaló algo con su mitón.

—¿El qué? —pregunté. Paseé la mirada por la nieve, pero no distinguía nada.

—Shhh… —Me acercó más a ella y siguió señalándome algo con el dedo.

Entonces vi lo que la niña me indicaba. Había una gran lechuza en la nieve. Sus plumas blancas se confundían tan bien con el entorno que por eso al

principio no la había distinguido. Su cuerpo medía algo más de medio metro, calculé a ojo. La gran ave rapaz tenía unas diminutas manchitas marrones en la cabeza y el tronco.

—¿Está durmiendo? —me preguntó Janina.

—Yo creo que está muerta —le contesté. Me saqué una ramita del bolsillo y le toqué el ala con ella. La lechuza no se movió—. Sí, está muerta.

—¿Crees que nos la podríamos comer? —quiso saber Janina.

Al principio me escandalicé. Luego pensé en su cuerpo rollizo, asándose en nuestra estufa como un pollo. Volví a tocarla con la rama. La cogí del ala y tiré de ella. Pesaba, pero resbalaba sobre la nieve.

—¡No! No puedes tirar de ella así. Los guardias te van a ver y nos la quitarán —dijo la niña—. Escóndela en tu abrigo.

—Janina, esta lechuza es enorme. No puedo esconderla dentro de mi abrigo. —Además, temblaba solo de pensar en llevar una lechuza muerta dentro del abrigo.

—Pero yo tengo mucha hambre —lloriqueó Janina —. Por favor, Lina. Yo caminaré delante de ti. Nadie te verá.

Yo también tenía hambre; y mamá; y Jonas. Me incliné sobre la lechuza y le pegué las alas al cuerpo.

Estaba rígida. Su rostro tenía una expresión amenazadora. No sabía si me cabría dentro del abrigo, pegada a mi propio cuerpo. Miré a Janina. Esta asintió, con los ojos abiertos de par en par.

Miré a mi alrededor.

—Desabróchame el abrigo. —Sus manitas se pusieron manos a la obra.

Levanté el ave rapaz muerta y la pegué contra mi pecho. Me sacudieron unos escalofríos de asco.

—Date prisa, vuelve a

abrochármelo.

Pero Janina no podía abrocharme el abrigo. La lechuza abultaba demasiado. Apenas alcanzaba a cubrirla con mi abrigo abierto.

—Dale la vuelta, para que no asome la cara —me indicó Janina—. El cuerpo y la cabeza no se distinguirán entre la nieve. Vamos, tenemos que caminar deprisa.

¿Caminar deprisa? ¿Cómo se suponía que podía recorrer cinco kilómetros

con una lechuza a cuestas sin que se dieran cuenta los guardias?

—Janina, ve más despacio. No puedo ir tan deprisa. La lechuza es demasiado grande. —Su pico curvo se me clavaba en el pecho. Cargar con ese cuerpo muerto me ponía la piel de gallina. Pero tenía tanta hambre…

Otros deportados se nos quedaban mirando al pasar.

—Nuestras madres están enfermas. Necesitan comida.

¿Quieren ayudarnos? —les dijo Janina.

Personas a las que yo no conocía formaron un círculo a mi alrededor para ocultarme de los guardias. Me acompañaron así hasta la yurta, sin que nos descubrieran. No pidieron nada a cambio. Estaban contentos de ayudar a alguien, de lograr hacer algo, aunque no fuera en su beneficio. Habíamos estado intentando tocar el cielo desde el fondo del mar. Me

di cuenta de que si nos ayudábamos unos a otros, tal vez lo lográramos.

La madre de Janina desplumó la lechuza. Todos nos apiñamos alrededor de la estufa mientras se asaba para disfrutar del aroma.

—Huele a pato, ¿no les parece? —dijo Jonas—. Finjamos que es pato.

El aroma a carne caliente era divino. No importaba que estuviera un poco dura; la maravilla duró más porque tuvimos que masticar

bien. Nos parecía estar en un banquete de palacio.

—¿Verdad que notan el sabor del adobo de grosella? —dijo con un suspiro la señora Rimas.

—Es maravilloso. Gracias, Lina —dijo mamá.

—Denle las gracias a Janina. Fue ella quien encontró la lechuza —dije yo.

—La encontró Liale —corrigió la niña.

—¡Gracias, Janina! —exclamó Jonas.

Janina sonrió de oreja a oreja, blandiendo un puñado de plumas.

78

Llegó Navidad. Ya habíamos pasado la mitad del invierno. Al menos era algo de lo que alegrarse.

El tiempo siguió empeorando, sin tregua. En cuanto pasaba una tormenta, llegaba otra, pisándole los talones a la anterior. Vivíamos como pingüinos, congelados bajo capas de hielo y nieve. La señora Rimas solía apostarse en la

puerta de la panadería. El aroma de la mantequilla y el cacao hacía que se le saltaran las lágrimas. Los agentes del NKVD preparaban bollos y pasteles. Comían pescado, bebían café caliente y disfrutaban de carne y verduras en conserva que llegaban de América. Después de comer, jugaban a las cartas, fumaban cigarrillos, a veces incluso hasta un puro, y bebían una copita de brandy. Luego encendían la chimenea en

sus barracones y se cubrían con sus edredones de plumas.

Mis dibujos se fueron haciendo cada vez más pequeños. No me quedaba mucho papel. Mamá apenas tenía fuerzas. Ni siquiera pudo celebrar con nosotros la cena de la víspera de Navidad, el Kucios, tuvo que estar tumbada la mayor parte del tiempo. Tenía el cabello congelado. A ratos se quedaba dormida, y cuando se despertaba solo

acertaba a mandarnos un beso si sentía que estábamos cerca.

Los piojos trajeron tifus. El hombre alto que repetía siempre las palabras se sintió enfermo e insistió en abandonar nuestra yurta.

—Son todos tan buenos y tan amables… Es demasiado peligroso para todos ustedes. Demasiado peligroso —advirtió.

—Sí, largo de aquí —dijo el calvo.

Se mudó a otra yurta

donde había más deportados con síntomas similares —fiebre, sarpullido y delirios—. La señora Rimas y yo lo ayudamos a llegar hasta allí.

Cuatro días después, vi su cuerpo desnudo, con los ojos muy abiertos, entre un montón de cadáveres. Le faltaba una mano, aquella que se le había congelado. Los zorros le habían comido el estómago, dejando al aire sus tripas, y su sangre manchaba la nieve.

Me volví, tapándome los

ojos.

—Lina, por favor, quita esos libros de la mesa —ordenó mamá—. No soporto ver esas imágenes tan espantosas, al menos no durante el desayuno.

—Pero esas imágenes inspiraron el arte de Edvard Munch. Él no las veía como muerte, sino como un renacer —protesté.

—Las quiero fuera de la mesa —insistió mamá.

Papá se reía detrás de su

periódico.

—Pero, papá, escucha lo que decía Munch.

Papá bajó su periódico.

Volví la vista al libro:

—Decía: «De mi cuerpo en descomposición crecerán flores, yo estaré en ellas, y eso es la eternidad». ¿No es bonito?

Papá sonrió.

—Tú eres bonita, por verlo de esa manera.

—Lina, quita esos libros de la mesa, por favor —dijo mamá. Papá me guiñó el

ojo.

—¡Tenemos que hacer algo! —les dije a Jonas y a la señora Rimas—. No podemos dejar morir así a la gente.

—Haremos cuanto podamos. Más no está en nuestra mano —dijo esta—. Y rezaremos para que ocurra un milagro.

—¡No! No hable así. Sobreviviremos —le contesté—. ¿Verdad, Jonas?

Mi hermano asintió.

—¿Te encuentras mal? —le pregunté.

—No, estoy bien —me contestó.

Aquella noche me senté con la cabeza de mamá en mi regazo. Los piojos caminaban triunfales por su frente. Los aparté de un manotazo.

—¿Le has pedido perdón? —me preguntó, mirándome con los párpados entrecerrados.

—¿A quién?

—A Nikolai. Le dijiste

que lo odiabas.

—Y es que es verdad que lo odio —repliqué—. Podría ayudarnos. Pero elige no hacerlo.

—A mí me ayudó —dijo mamá bajito.

La miré.

—Aquel día que fui a encontrarme con la gruñona, cuando volvía de la aldea. Estaba oscuro. Pasaron por mi lado unos guardias y se metieron conmigo. Me levantaron el vestido. Entonces vino Nikolai y les

hizo marcharse. Me llevó en coche el resto del trayecto. Le supliqué que averiguara noticias de tu padre. Nos cruzamos con la gruñona por la carretera, cuando ya había oscurecido. Nikolai nos dejó a tres kilómetros del campo, y el resto del camino lo hicimos andando. ¿Ves? —me dijo, levantando la cabeza para mirarme—. Para mí eso fue una ayuda. Y creo que el comandante se enteró, y castigó a Nikolai. Creo que por eso está aquí.

—Merece estar aquí. A lo mejor cae enfermo, y nadie se ocupa de él. Entonces verá lo que se siente. ¡Podría conseguirnos un médico!

—Lina, piensa en lo que diría tu padre. Que se porten mal con nosotros no nos da derecho a portarnos mal con otros. Lo sabes.

Pensé en papá. Mamá tenía razón. Él seguramente diría algo así.

Jonas entró en la yurta.

—¿Cómo está? —me

preguntó.

Le toqué la frente a mamá.

—Todavía tiene fiebre alta.

—Cariño —le dijo mamá a Jonas—, tengo tanto frío… ¿Tú también tienes frío?

Jonas se quitó el abrigo y me lo tendió. Se tumbó junto a mamá, abrazándola para darle calor.

—Bien, Lina, tápanos con el abrigo. Y coge las pieles de Ulyushka —me

indicó Jonas.

—Ulyushka —susurró mamá con cariño.

—Yo te daré calor, mamá —indicó Jonas, besándola en la mejilla.

—Ya me siento mejor —dijo ella.

79

Ensayé las palabras en ruso. «Médico», «medicinas», «madre», «por favor». Tenía un nudo en el estómago. Apreté la piedra entre mis dedos. Oí la voz de Andrius: *No les des nada, Lina. Ni siquiera tu miedo*.

No se trataba solo de mamá. El hombre que siempre daba cuerda a su reloj también estaba enfermo. Y la madre de

Janina. Si solo pudiera conseguir algunas medicinas… Aborrecía la sola idea de tener que pedirles algo. El NKVD había matado a papá. Los odiaba por eso. No podía dejar que hicieran lo mismo con mamá.

Vi a Kretzsky cerca de los barracones de los guardias. Estaba con Ivanov. Esperé, porque quería hablar a solas con él. Pasó el tiempo. Tenía que ir a trabajar si quería ganarme

mi ración de pan. Avancé penosamente por la nieve hacia ellos.

—Mira, aquí viene una pequeña cerda —dijo Ivanov.

—Mi madre está enferma —dije.

—¿De verdad? —preguntó, fingiendo preocupación—. Creo que sé de algo que podría ayudarla.

Lo miré.

—Que le dé el sol, que tome mucha fruta fresca y mucha verdura. —Se rio de

su chiste malévolo.

—Necesitamos un médico. Necesitamos medicinas —dije tiritando.

—¿Y qué más necesitáis? ¿Unos baños públicos? ¿Un colegio? Pues será mejor que os pongáis a construirlos. *Davai!*

Miré a Kretzsky.

—Por favor, ayúdeme. Necesitamos un médico. Necesitamos medicinas. Mi madre está enferma.

—No hay médico —dijo Kretzsky.

—Medicinas —insistí—. Necesitamos medicinas.

—¿Es que quieres que te caigan otros veinte años? —gritó Ivanov—. Eso sí que te lo puedo dar. Hoy te quedas sin pan, cerda desagradecida. ¡Ponte ahora mismo a trabajar! *Davai!*

No conseguí un médico. No conseguí medicinas. Perdí mi ración de pan y de paso me humillé ante ellos. Eché a andar, alejándome de los barracones. Había olvidado lo que era sentir el

sol en la cara. Si cerraba los ojos, podía ver el sol en Lituania, o en el cabello de Andrius. Pero no podía imaginarme el sol en el Mar de Láptev. Aunque lográramos pasar el invierno, ¿tendríamos fuerzas para construir cosas? ¿De verdad podríamos construir unos baños públicos y un colegio? ¿Y quién quedaría para dar clase?

No podía perder a mamá. Lucharía. Haría lo que fuera

necesario. Tiritaba, alternando sueño y vigilia. Jonas y yo nos apostábamos cada uno a un lado de nuestra madre y tratábamos de darle calor y consuelo. La señora Rimas calentaba ladrillos que luego le ponía en los pies. Janina le quitaba los piojos de las pestañas.

El calvo se inclinó sobre ella y le puso su ración de pan en la mano.

—Vamos, mujer. No tire la toalla. Tiene hijos que cuidar, por Dios —dijo.

Pasaron las horas. A mamá le castañeteaban los dientes y se le pusieron morados los labios.

—J-Jonas, ten esto y guárdalo. —Le tendió el anillo de boda de papá—. Está lleno de amor. Nada hay tan importante como eso.

Mamá temblaba cada vez más. Gemía al respirar.

—Por favor —nos imploró, mirándonos con ojos suplicantes—, Kostas.

La abrazamos los dos,

rodeando su cuerpo, marchito y exhausto, con nuestros brazos.

Jonas tenía la respiración agitada. Sus ojos asustados buscaron los míos.

—No —susurró—. Por favor.

5 de enero. Jonas siguió abrazando a mamá durante las solitarias horas del alba, acunándola suavemente, como solía hacer ella con nosotros. La señora Rimas trató de darle de comer y de avivar la circulación en sus brazos y en sus piernas. Mamá no podía comer ni hablar. Yo calentaba ladrillos, iba y venía de la estufa al lecho. Me senté a

su lado, frotándole las manos para que entrara en calor y contándole cosas de cuando estábamos en casa. Le describí con detalle cada habitación, incluso el dibujo del mango de las cucharas que guardábamos en un cajón de la cocina.

—Hay un pastel en el horno, y hace calor en la cocina, así que has decidido abrir la ventana que está sobre el fregadero para que entre la brisa. Fuera se oyen niños que juegan —le conté.

Unas horas más tarde, esa misma mañana, la respiración de mamá se fue haciendo más trabajosa.

—Calienta más ladrillos, Lina —me pidió mi hermano—. Tiene demasiado frío.

De pronto, mamá levantó la mirada hacia Jonas. Abrió la boca, pero no salió de ella ningún sonido. Dejó de tiritar. Sus hombros se relajaron, y su cabeza cayó sobre el regazo de mi hermano. Su mirada

parecía vacía.

—¿Mamá? —llamé, acercándome más a ella.

La señora Rimas llevó la mano a su cuello, suavemente.

Jonas empezó a llorar, acunándola entre sus brazos, los brazos de un niño de once años. Lo que no era más que un gemido pronto se convirtió en profundos sollozos roncos que agitaban todo su cuerpo.

Me tendí junto a él, abrazándolo.

La señora Rimas se arrodilló junto a nosotros.

—«El Señor es mi pastor, nada me falta» —empezó a rezar.

—¡Mamá! —gritó Jonas.

Las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

—Tenía un carácter maravilloso —dijo el hombre que siempre daba cuerda a su reloj.

Janina me acarició el pelo.

—Te quiero, mamá —susurré—. Te quiero, papá.

La señora Rimas continuó:

—«Aunque pase por valle tenebroso, ningún mal temeré, porque tú vas conmigo; tu vara y tu cayado, ellos me sosiegan. Tú preparas ante mí una mesa frente a mis adversarios; unges con óleo mi cabeza, rebosante está mi copa. Sí, dicha y gracia me acompañarán todos los días de mi vida; mi morada será la casa del Señor a lo largo de los días».

—Amén.

Ese salmo describía a mamá perfectamente. Su copa estaba rebosante de amor por todos y por todo, incluso por sus enemigos.

La señora Rimas se puso a llorar.

—Dulce Elena. Era tan bondadosa, tan buena con todo el mundo…

—Por favor, no permita que se lleven su cuerpo —le dijo Jonas—. Quiero enterrarla. No podemos dejar que se la coman los

zorros.

—La enterraremos —le aseguré a Jonas entre lágrimas—. Construiremos un ataúd. Utilizaremos las tablas de madera sobre las que dormimos.

Jonas asintió.

El calvo tenía la mirada perdida y por una vez no dijo nada.

—Está guapa —manifestó Jonas, de pie junto al féretro de la abuela —. Papá, ¿sabe ella que

estoy aquí?

—Claro que sí —dijo papá, abrazándonos—. Nos ve desde arriba.

Jonas miró al techo, y luego a papá.

—¿Te acuerdas del verano pasado, cuando hicimos volar la cometa? —dijo papá.

Jonas asintió.

—Sopló el viento, y entonces yo te grité que era el momento. Te dije que aflojaras la mano. El hilo empezó a desenrollarse, y el

carrete de madera se puso a dar vueltas entre tus manos, ¿te acuerdas? La cometa subía y subía. Se me había olvidado atar el hilo al carrete. ¿Y recuerdas lo que ocurrió?

—La cometa desapareció en el cielo —contestó Jonas.

—Exactamente. Eso es lo que ocurre cuando las personas mueren. Su espíritu se eleva volando en el cielo —explicó papá.

—A lo mejor la abuela

encontró la cometa —dijo Jonas.

—A lo mejor —le contestó papá.

El calvo estaba sentado con los codos apoyados en las rodillas, hablando solo.

—¿Por qué es tan difícil morir? —preguntó—. Ayudé a entregarlos a ustedes. Dije «No» demasiado tarde. Vi las listas.

La señora Rimas se volvió bruscamente hacia él.

—¿Qué?

El calvo asintió.

—Me pidieron que confirmara las profesiones de la gente. Me pidieron que hiciera una lista de los profesores, los abogados y los militares del barrio.

—¿Y lo hizo? —pregunté.

Jonas seguía llorando, sin dejar de abrazar a mamá.

—Les dije que lo haría —confirmó el calvo—. Pero luego cambié de opinión.

—¡Es usted un traidor! ¡Un viejo patético y traidor!

—exclamé.

—Patético, sí, y pese a todo sobrevivo. Es obvio que ese es mi castigo, sobrevivir. Tiene que serlo. Esta mujer cierra los ojos, y ya está, se va. Yo he deseado morir desde el primer día, y pese a todo sobrevivo. De verdad ¿tan difícil es morir?

81

Me desperté inquieta. No había sido una buena noche. Dormí junto a mamá, ahogando los sollozos para no asustar a Jonas. Mi preciosa madre… Ya nunca volvería a ver su sonrisa, ya no volvería a sentir su abrazo. Ya añoraba su voz. Mi cuerpo estaba hueco, era como si los lentos latidos de mi corazón rebotaran y resonaran por mis

miembros, vacíos y doloridos.

Las preguntas del calvo me mantuvieron despierta, reflexionando. ¿Qué era más difícil, morir o ser el que sobrevive? Tenía dieciséis años, era huérfana, estaba en Siberia, pero lo sabía. Era lo único sobre lo que no tenía dudas, nunca: quería vivir. Quería ver crecer a mi hermano. Quería volver a ver mi patria. Quería ver a Joana. Quería volver a sentir el aroma de las lilas que la

brisa traía hasta mi ventana. Quería pintar en los campos. Quería ver a Andrius con mis dibujos. En Siberia solo había dos escenarios posibles: el éxito significaba sobrevivir; el fracaso significaba morir. Yo quería la vida. Quería sobrevivir.

Una parte de mí se sentía culpable. ¿Era egoísta querer vivir aunque mis padres hubieran muerto? ¿Era egoísta tener otros deseos aparte de que mi familia siguiera unida? Ahora estaba

al cargo de mi hermano de once años. ¿Qué sería de él si yo moría?

Después del trabajo, Jonas ayudó al hombre que siempre daba cuerda a su reloj a construir un ataúd. La señora Rimas y yo nos encargamos de preparar a mamá.

—¿Queda algo en su maleta? —preguntó.

—No creo. —Saqué la maleta de mamá de debajo de la tabla de madera donde dormía. Me equivocaba.

Dentro había algo de ropa limpia. Un vestido ligero, medias de seda, zapatos sin estropear y su pintalabios. También había una camisa de hombre y una corbata. Eran de papá. Me puse a llorar.

La señora Rimas se llevó la mano a la boca.

—De verdad pensaba volver a casa.

Miré la camisa de papá y me la acerqué a la cara. Mamá se moría de frío. Podría haberse puesto esas

prendas de ropa. Pero las había guardado, para volver a Lituania vistiendo ropa limpia.

La señora Rimas sacó el vestido de seda.

—Es precioso. Se lo pondremos.

Le quité a mamá el abrigo. Lo llevaba desde la noche en que nos deportaron. El forro en el que había escondido nuestros objetos de valor estaba lleno de puntadas y de hilos sueltos. Levanté el

tejido. Quedaban todavía algunos papeles.

—Son las escrituras de vuestra casa y vuestras propiedades en Kaunas —me dijo la señora Rimas, mirando los documentos—. Guárdalas en un lugar seguro. Las necesitaréis cuando volváis a casa.

Había otro pedacito de papel. Lo desdoblé.

Era una dirección en Biberach, Alemania.

—Alemania. Debe de ser donde vive mi prima.

—Probablemente, pero no debes escribir a esa dirección —me advirtió la señora Rimas—. Podría acarrearles problemas.

Esa noche, Jonas y yo robamos palas y punzones para el hielo de las inmediaciones de los barracones del NKVD.

—Tiene que ser en un lugar que recordemos —le dije—. Porque luego, cuando podamos hacerlo, nos llevaremos su cuerpo a Lituania.

Caminamos hasta una pequeña colina junto al Mar de Láptev.

—Desde aquí la vista es bonita —dijo Jonas—. Y este sitio lo recordaremos fácilmente.

Cavamos toda la noche, golpeando el hielo con los punzones, lo más hondo que pudimos. Al amanecer, acudieron a ayudarnos la señora Rimas y el hombre que siempre daba cuerda a su reloj. Hasta Janina y el calvo se les sumaron y

cavaron con nosotros. El hielo estaba tan duro que la tumba apenas tenía profundidad.

Por la mañana, la señora Rimas le quitó a mamá su anillo de boda.

—Guárdalo. Entiérralo con ella cuando la traigáis de vuelta a casa.

Sacamos el ataúd de la yurta y lo llevamos en silencio por la nieve hasta la colina. Jonas y yo lo sujetábamos por la parte delantera, la señora Rimas y

el hombre que daba cuerda a su reloj, por el centro y, el calvo, por detrás. Janina avanzaba junto a mí. Por el camino se nos fueron uniendo otras personas que yo no conocía. Rezaban por mamá. Pronto se formó una larga procesión detrás de nosotros. Pasamos por delante de los barracones. Kretzsky estaba en el porche, charlando con otros guardias. Al vernos, dejó de hablar. Yo miré al frente y seguí caminando hacia el


frío agujero excavado en el hielo.

82

Dibujé un mapa de cómo llegar hasta la tumba, utilizando la mezcla de ceniza y una pluma de la lechuza. La ausencia de mamá dejó un vacío enorme. El gris eterno del campo de trabajo se volvió aún más gris, aún más oscuro. En la noche polar, nuestro único sol se había ocultado detrás de una nube.

—Podríamos ahogarnos

en el mar —propuso el calvo —. Eso sería fácil, ¿verdad?

Nadie contestó.

—¡No me ignores, chica!

—No lo ignoro. ¿Es que no lo entiende? ¡Estamos todos hartos de usted! —le espeté.

Estaba tan, tan cansada. Estaba cansada mental, física y emocionalmente.

—Siempre habla de la muerte y de que nos matemos. ¿Es que no se ha dado cuenta? No queremos

morir —le dije.

—¡Pero yo sí quiero! —insistió él.

—Quizá, en realidad, usted no quiera morir —le dijo Jonas—. Quizá solo piense que merece morir.

El calvo miró a Jonas primero y después a mí.

—No piensa en nada más que en usted. Si quiere matarse, ¿qué se lo impide? —le pregunté.

Se hizo el silencio entre nuestras miradas.

—El miedo —contestó.

Dos noches después de que enterráramos a mamá sonaba como un aullido en el aire. Al día siguiente habría tormenta. Me arrebujé con toda la ropa que pude encontrar y salí a la oscuridad para robar leña del barracón del NKVD. Cada día, cuando cortábamos troncos y luego los llevábamos hasta el barracón, dejábamos caer unos pocos y los

escondíamos detrás del montón. Era una especie de acuerdo tácito entre nosotros: la leña estaba ahí para el que fuera lo bastante valiente para robarla. A un hombre del grupo 25 lo sorprendieron robando leña. Lo sentenciaron a cinco años más. Cinco años por un tronco de nada. Podrían haber sido cincuenta. Las sentencias las dictaba nuestra supervivencia.

Me dirigí hacia el barracón del NKVD dando un

largo rodeo para llegar por detrás, cerca del montón de leña. Llevaba el rostro y las orejas envueltos en un paño, solo se me veían los ojos. Me había puesto también el gorro de mi madre. Una silueta pasó deprisa por mi lado, cargando con una gran tabla de madera. Qué valiente. Las tablas estaban apoyadas contra las paredes del barracón. Rodeé por detrás el montón de leña y entonces me detuve. Junto a la enorme montaña de

troncos había una figura envuelta en un largo abrigo. Resultaba imposible distinguir sus rasgos en la oscuridad. Me volví despacio para alejarme, intentando no hacer el más mínimo ruido.

—¿Quién anda ahí? ¡Avanza para que pueda verte!

Me di la vuelta.

—¿Número de grupo? —quiso saber la silueta.

—Once —dije, retrocediendo para alejarme.

La figura se acercó a mí.

—¿Vilkas?

Yo no contesté. El guardia avanzó hacia mí. Le vi los ojos bajo el gran gorro de piel. Era Kretzsky.

Se tambaleó, y oí que resbalaba sobre la nieve. Llevaba una botella en la mano.

—Qué, ¿robando? —me preguntó, bebiendo un trago de la botella.

Yo no dije nada.

—No puedo conseguir que dibujes un retrato aquí.

Nadie quiere un retrato —dijo Kretzsky.

—¿Piensa que quiero dibujar para usted?

—¿Por qué no? —me preguntó—. Te alejé del frío un rato. Conseguiste comida a cambio. Y dibujaste un bonito retrato realista. —Se rio.

—¿Realista? No quiero tener que dibujar así por obligación. —¿Por qué hablaba siquiera con él? Me volví para marcharme.

—Tu madre —dijo.

Me detuve.

—Era una buena mujer. Era obvio que debió de ser muy guapa.

Me volví bruscamente hacia él.

—¿Qué quiere decir con eso? ¡Seguía siendo guapa, siempre lo fue! El feo es usted. ¡Usted no podía ver su belleza, ni la de nadie!

—No, sí que la veía. Era bonita. Krasivaya.

No. Esa palabra no. Se suponía que debía averiguar su significado yo sola, no

que me lo dijera Kretzsky.

—Significa bonita, pero con fuerza —balbuceó—. Única.

No podía mirarlo, así que miré los troncos. Quería coger uno. Quería estrellárselo en la cara, como había hecho él conmigo al tirarme la lata de sardinas.

—¿Así que me odias? —Se rio.

¿Cómo había podido mamá aguantar a Kretzsky? Decía que la había ayudado.

—Yo también me odio a

mí mismo —dijo.

Levanté la mirada hacia él.

—¿Quieres dibujarme así? ¿Como tu querido Munch? —me preguntó. Tenía la cara abotargada. Apenas podía entender lo que balbucía—. Lo sé todo sobre tus dibujos. —Me señaló con un dedo tembloroso—. Los he visto todos.

Sabía lo de mis dibujos.

—¿Cómo es que sabía lo de mi padre? —le pregunté.

Hizo caso omiso de mi pregunta.

—Mi madre también era artista —dijo, haciendo un gesto con la botella—. Pero está con la tuya… Muerta.

—Lo siento —dije instintivamente. ¿Por qué lo había dicho? No me importaba.

—¿Lo sientes? —resopló, como si no me creyera. Se puso la botella debajo del brazo y se frotó las manos enguantadas—. Mi madre era polaca. Murió

cuando yo tenía cinco años. Mi padre es ruso. Se volvió a casar con una rusa cuando yo tenía seis años. Mi madre no llevaba muerta un año siquiera. Algunos de los parientes de mi madre viven en Kolymá. Se suponía que yo debía ir con ellos, a ayudarlos. Por eso quería abandonar la gabarra en Jakutsk. Pero ahora estoy aquí. Así que no eres la única que está en la cárcel.

Bebió otro largo trago.

—¿Quieres robar

madera, Vilkas? —Abrió los brazos—. Pues roba madera. —Señaló el montón de leña con la mano—. *Davai*.

Me quemaban las orejas, y los ojos me escocían de frío. Avancé hacia el montón de leña.

—La mujer con la que se casó mi padre también me odia. Odia a los polacos.

Cogí un tronco. Él no me lo impidió. Empecé a apilar troncos para llevármelos. Entonces oí un ruido. Kretzsky me había dado la

espalda, la botella colgaba de su mano. ¿Estaba vomitando? Me alejé un paso con los troncos. Volví a oír el mismo ruido. Kretzsky no estaba vomitando. Estaba llorando.

¡Vete, Lina, corre! Coge la leña y vete. Di un paso para alejarme. En lugar de eso, mis piernas avanzaron hacia él, pero no solté la leña. ¿Qué estaba haciendo? El ruido que venía de Kretzsky sonaba ahogado, contenido.

—Nikolai.

No me miró.

Me quedé allí de pie, en silencio.

—Nikolai. —Aparté una de las manos con las que sujetaba los troncos y se la apoyé en el hombro—. Lo siento —dije por fin.

Nos quedamos allí, en la oscuridad, sin decir nada.

Me volví para marcharme.

—Vilkas.

Volví la cabeza para mirarlo.

—Siento la muerte de tu madre —me dijo.

Asentí.

—Yo también.

83

Había imaginado situaciones, había imaginado cómo podría vengarme del NKVD, cómo podría aplastar a los soviéticos si tenía la ocasión. Y la había tenido. Podría haberme reído de él, podría haberle arrojado leña, podría haberle escupido en la cara. Él me había arrojado cosas, me había humillado. Lo odiaba. Debía haberle dado la espalda y haberme

alejado. Debía haberme alegrado de su sufrimiento. Pero no era así. El sonido de su llanto me hacía daño físicamente. ¿Qué me pasaba?

No le conté a nadie el incidente. Al día siguiente, Kretzsky se marchó.

Llegó febrero. Janina luchaba para combatir el escorbuto. El hombre que siempre daba cuerda a su reloj tenía disentería. La señora Rimas y yo los cuidábamos como mejor

sabíamos. Janina hablaba durante horas con su muñeca muerta, a veces gritaba o reía. Al cabo de unos días dejó de hablar.

—¿Qué vamos a hacer? —le dije a Jonas—. Janina empeora por minutos.

Mi hermano se me quedó mirando.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Me han vuelto a salir las mismas manchas —me comentó.

—¿Dónde? Déjame ver.

Las manchas del escorbuto habían vuelto a aparecer en su vientre. El pelo se le caía a mechones.

—Esta vez no hay tomates —dijo—. Andrius no está aquí. —Mi hermano negó con la cabeza. Yo lo agarré por los hombros.

—Jonas, escúchame. Vamos a sobrevivir. ¿Me oyes? Vamos a volver a casa. No vamos a morir. Vamos a volver a nuestra casa, y vamos a dormir en nuestras camas con nuestros

edredones de plumas. Lo haremos. ¿De acuerdo?

—¿Cómo vamos a vivir solos, sin papá ni mamá? —me preguntó.

—Están los tíos. Y Joana. Ellos nos ayudarán. Comeremos las tartas de manzana que prepara la tía, y los bollos rellenos de mermelada. Los que te gustan. Y Andrius nos ayudará.

Jonas asintió.

—Dilo. Di: «vamos a volver a casa».

—Vamos a volver a casa —repitió Jonas.

Lo abracé y le besé la calva que había aparecido en su cabeza.

—Toma. —Me saqué la piedra de Andrius del bolsillo y se la tendí. Mi hermano parecía aturdido y no la cogió.

Se me hizo un nudo en el estómago. ¿Qué podía hacer? No tenía medicinas. Todo el mundo estaba enfermo. ¿Iba a ser yo la única que sobreviviera,

íbamos a ser los únicos el calvo y yo?

Nos turnamos para ir en busca de las raciones de pan. Fui mendigando de yurta en yurta como había hecho mamá en la granja de remolachas. Entré en una choza. Había dos mujeres sentadas entre cuatro personas tendidas en el suelo, tapadas con mantas, como si durmieran. Estaban muertas.

—Por favor, no se lo digas a nadie —me

suplicaron—. Queremos enterrarlos cuando pase la tormenta. Si los guardias se enteran de que han muerto, los arrojarán a la nieve.

—No se lo diré a nadie —les aseguré.

La tormenta era cada vez más salvaje. El aullido del viento resonaba en mis oídos. Era un viento glacial, como fuego blanco. Me abrí paso entre la nieve hasta nuestra yurta. En la puerta de cada choza había montones de cuerpos

apilados. El hombre que daba cuerda a su reloj aún no había vuelto.

—Iré a buscarlo —le dije a la señora Rimas.

—Apenas podía andar —comentó el calvo—. Seguramente se metió en la yurta más cercana cuando empezó a soplar el viento. No te arriesgues por nada.

—¡Tenemos que ayudarnos unos a otros! —le recriminé. Pero ¿cómo podía esperar que él, precisamente él, lo entendiera?

—Tienes que quedarte aquí. Jonas no está bien.

La señora Rimas miró a Janina.

—¿Su madre? —pregunté.

—La he llevado a la yurta de los enfermos de tifus —susurró la señora Rimas.

Me senté junto a mi hermano. Lo arropé con los trapos y las redes con que lo habíamos cubierto.

—Estoy tan cansado, Lina —se quejó—. Me

duelen las encías y las muelas.

—Lo sé. En cuanto pase la tormenta iré a buscar comida. Necesitas pescado. Hay muchísimo. Toneles y toneles llenos. Solo tengo que robarlo.

—Tengo t-tanto frío —dijo Jonas, tiritando—. Y no puedo estirar las piernas.

Calenté trozos de ladrillo y se los puse debajo de los pies. Hice lo mismo con Janina. Las manchas del escorbuto se extendían por

su rostro y su cuello. La punta de su naricita estaba negra porque se le había congelado.

Cuidé de que no se apagara el fuego en la estufa, pero no ayudaba mucho. Solo podía utilizar unos maderos porque teníamos que reservar la poca leña que nos quedaba. No sabíamos cuánto duraría la tormenta. Miré los lugares vacíos que antes ocupaban mi madre, la madre de Janina, el hombre que daba

cuerda a su reloj y el que siempre repetía las palabras. El suelo de la yurta estaba lleno ahora de espacios vacíos.

Me tendí junto a Jonas, cubriéndolo con mi cuerpo, como habíamos hecho ambos con mamá. Lo abracé y tomé sus manos entre las mías. El viento azotaba nuestra mísera yurta, que se iba desintegrando bajo su embestida. La nieve revoloteaba a nuestro alrededor.

No podía terminar así. No era posible. ¿Qué quería de mí la vida? ¿Qué podía contestar cuando no sabía la respuesta?

—Te quiero —le susurré a mi hermano.

84

La tormenta se aplacó al día siguiente. Jonas apenas podía hablar. Yo tenía las articulaciones bloqueadas, como si se me hubieran congelado.

—Tenemos que trabajar hoy —dijo la señora Rimas—. Necesitamos pan y leña.

—Sí. —El calvo se mostró de acuerdo.

Sabía que tenían razón. Pero no estaba segura de que

me quedaran fuerzas para ello. Miré a Jonas. Estaba tendido sobre una tabla, totalmente inmóvil, con las mejillas hundidas y los labios entreabiertos. De pronto, abrió unos ojos sin expresión.

—¿Jonas? —lo llamé, incorporándome de golpe.

Fuera se oyó un gran estruendo. Llegó hasta mí el eco de unas voces masculinas que gritaban. Jonas movió ligeramente las piernas.

—Todo va bien —le dije, tratando de calentarle los pies.

La puerta de nuestra yurta se abrió de par en par. Un hombre se asomó al interior. No vestía de uniforme, llevaba un abrigo forrado de piel y un grueso gorro.

—¿Hay algún enfermo aquí? —preguntó en ruso.

—¡Sí! —exclamó la señora Rimas—. Estamos enfermos. Necesitamos ayuda.

El hombre entró. En la mano llevaba un farol.

—Por favor —le supliqué—. Mi hermano y la niña tienen escorbuto. Y no encontramos a uno de nuestros amigos.

El hombre se dirigió a Jonas y a Janina. Exhaló, y junto al aire dejó escapar también una sarta de palabrotas en ruso. Luego gritó algo. Un guardia asomó la cabeza por la puerta.

—¡Pescado! —le ordenó

el hombre—. Pescado crudo para estos niños, inmediatamente. ¿Quién más está enfermo? —Me miró.

—Yo estoy bien —le dije.

—¿Cómo te llamas?

—Lina Vilkas.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

Examinó la situación.

—Voy a ayudarlos, pero hay centenares de muertos y de heridos. Yo también necesito ayuda. ¿Hay médicos o enfermeras en el

campo?

—No, solo un veterinario. Pero… —Callé. Quizá ya estuviera muerto.

—¿Un veterinario? ¿Nada más? —El hombre bajó la mirada, sacudiendo la cabeza de lado a lado.

—Podemos ayudarlo —se ofreció la señora Rimas—. Podemos andar.

—¿Y usted, viejo? Necesito equipos de personas para preparar sopa y cortar pescado. Estos niños necesitan ácido ascórbico.

Había pedido ayuda a la persona equivocada. El calvo no iba a mover un dedo para ayudar a nadie. Ni siquiera a sí mismo.

Levantó la cabeza.

—Sí, ayudaré —dijo.

Yo lo miré. Se levantó.

—Ayudaré, siempre y cuando nos ocupemos primero de estos niños —dijo, señalando a Jonas y a Janina.

El médico asintió, arrodillándose junto a Jonas.

—¿Le permitirán los

guardias ayudarnos? —le preguntó.

—Están obligados. Soy un oficial de inspección. Podría enviar un informe al tribunal. Quieren que me marche y diga que todo va bien aquí, que no he visto nada fuera de lo normal. Eso es lo que esperan de mí.

Llevó la mano rápidamente hacia mí. Yo levanté las palmas para protegerme, en un gesto instintivo.

—Soy el doctor

Samodurov. —Tendía la mano para estrechar la mía. Me la quedé mirando, anonadada por ese gesto de respeto.

Trabajamos bajo su supervisión. Ese día cada uno tuvo derecho a un cuenco de sopa de guisantes y a medio kilo de pescado. Nos ayudó a almacenarlo para las tormentas venideras y a trazar una parcela para albergar más de cien cadáveres, entre ellos el del hombre que siempre daba

cuerda a su reloj. Había muerto congelado. El médico requirió la ayuda de los lugareños, cazadores y pescadores, que vivían en Evensk, a menos de treinta kilómetros de nuestro campo de trabajo. Acudieron en trineos tirados por perros y trajeron abrigos, botas y provisiones.

Pasados diez días, dijo que tenía que marcharse a otro lado, que había otros campos de deportados que también sufrían. Le di todas

las cartas que le había escrito a Andrius. Me dijo que las echaría al correo.

—¿Y tu padre? —quiso saber.

—Murió preso, en Krasnoyarsk.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó.

—Ivanov se lo dijo a mi madre.

—¿Ivanov? Hmmm —murmuró el doctor, sacudiendo la cabeza en un gesto de desaprobación.

—¿Cree que mentía? —

me apresuré a preguntarle.

—Oh, no lo sé, Lina. He estado en muchas cárceles y en muchos campos, ninguno tan lejano y remoto como este, pero hay cientos de miles de personas. Oí que un famoso acordeonista había muerto de un disparo, pero un par de meses después me lo encontré en una cárcel, vivo.

Se me aceleró el corazón.

—Eso es lo que yo le dije a mi madre. ¡Que quizá

Ivanov se equivocaba!

—Bueno, Lina, yo no lo sé. Pero digamos que he conocido a mucha gente que supuestamente había muerto.

Asentí y sonreí, incapaz de contener el aluvión de esperanza que acababa de embargarme.

—Doctor Samodurov, ¿cómo nos ha encontrado? —le pregunté.

—Nikolai Kretzsky. —Eso fue lo único que dijo.

85

Jonas empezó a mejorar poco a poco. Janina había recuperado el habla. Enterramos al hombre que siempre daba cuerda a su reloj. Me agarré a la historia del acordeonista como a un clavo ardiendo, y me imaginaba mis dibujos pasando de mano en mano hasta llegar a papá.

Dibujaba cada vez más, pensaba que cuando llegara

la primavera quizá hallara la forma de hacerle llegar un mensaje.

—Dices que esos lugareños de los trineos ayudaron al doctor —me dijo Jonas—. A lo mejor también quieren ayudarnos a nosotros. Parece que tienen muchas provisiones.

Sí. A lo mejor querían ayudarnos.

Tenía un sueño recurrente. Veía una silueta masculina que venía hacia mí en el campo, a través de

la ventisca de hielo y nieve. Siempre me despertaba antes de poder ver su rostro, pero una vez me pareció oír la voz de papá.

—Pero bueno ¿a qué chica sensata se le ocurre quedarse plantada en medio de la calle cuando está nevando?

—Pues a una cuyo padre llega tarde —le regañé en broma.

Entonces apareció el rostro de papá, colorado y

cubierto de escarcha. Llevaba un manojo de heno en la mano.

—No llego tarde —me dijo, rodeándome con el brazo—. Llego justo a tiempo.

Salí de la yurta para ir a cortar leña. Eché a andar por la nieve, tenía por delante cinco kilómetros hasta llegar a la línea de árboles. Y entonces lo vi. Una diminuta franja dorada apareció entre los distintos tonos de gris del

horizonte. Me quedé mirando la franja de luz dorada, sonriendo. Había vuelto el sol.

Cerré los ojos. Sentí a Andrius acercarse a mí.

—Volveré a verte —dijo.

—Sí, yo también volveré a verte —susurré—. Volveré a verte.

Me llevé la mano al bolsillo y apreté la piedra entre mis dedos.

Epílogo

25 de abril de 1995.
Kaunas, Lituania

—¿Qué haces? Date prisa o no terminaremos hoy —gritó el hombre. Detrás de él rugían las palas excavadoras.

—He encontrado algo —dijo el que excavaba, mirando al agujero. Se arrodilló para ver mejor.

—¿Qué es?

—No lo sé. —El hombre levantó del suelo una caja de madera. Abrió la tapa cerrada con bisagras y miró lo que había dentro. Sacó un tarro de cristal lleno de papeles. Lo abrió y empezó a leer.

Querido amigo:

Las cartas y los dibujos que tiene ahora entre las manos fueron enterrados el año 1954, después de volver de Siberia con mi hermano,

donde estuvimos doce años prisioneros. Había miles como nosotros, casi todos están ya muertos. Los que están vivos no pueden hablar. Aunque no cometimos ningún delito, se nos considera criminales. Incluso ahora, hablar de las atrocidades que sufrimos nos acarrearía la muerte. Así que depositamos nuestra confianza en usted, la persona que descubra en un futuro esta cápsula de recuerdos. Le confiamos la

verdad, porque lo que hay aquí reunido es exactamente eso: la verdad.

Mi marido, Andrius, dice que el mal gobernará hasta que los hombres y las mujeres de buena voluntad se decidan a actuar. Yo también lo creo. Este testimonio se escribió para dejar constancia de todo lo que pasó, para hablar en un mundo donde nuestras voces han sido acalladas. Estos escritos quizá sorprendan o horroricen, pero no es esa

mi intención. Mi mayor esperanza es que las páginas que aquí encuentre despierten, en lo más hondo de su corazón, su compasión por el género humano. Espero que lo muevan a hacer algo, a contárselo a alguien. Solo así podremos evitar que vuelvan a ocurrir atrocidades como estas.

Sinceramente,

Lina Arvydas

9 de julio de 1954, Kaunas

Nota de la autora

«En lo más crudo del invierno,
supe por fin que dentro de mí
albergaba un verano invencible.»

Albert Camus, *El verano*

En 1939, la Unión Soviética ocupó los Estados bálticos de Lituania, Letonia

y Estonia. Poco después, el Kremlin estableció listas de personas consideradas antisoviéticas que debían ser asesinadas, encarceladas o deportadas como esclavas a Siberia. Médicos, abogados, profesores, militares, escritores, empresarios, músicos, artistas e incluso bibliotecarios fueron todos considerados antisoviéticos y se añadieron a esa lista creciente que establecía las víctimas de una exterminación en masa

programada. Las primeras deportaciones se llevaron a cabo el 14 de junio de 1941.

Mi padre es hijo de un oficial del ejército lituano. Como Joana, escapó con sus padres a través de Alemania y fue a parar a un campo de refugiados. Como Lina, también deportaron y encarcelaron a otros miembros de su familia. Las atrocidades que sufrieron los deportados son espeluznantes. Mientras tanto, los soviéticos

arrasaban sus países, quemando sus bibliotecas y destruyendo sus iglesias. Atrapados entre el imperio nazi y el imperio soviético, y olvidados por el resto del mundo, los Estados bálticos, sencillamente, desaparecieron de los mapas.

Viajé dos veces a Lituania para recopilar información para este libro. Me entrevisté con miembros de la familia de mi padre, con supervivientes de las

deportaciones, supervivientes de los gulags, psicólogos, historiadores y funcionarios del Estado. Muchos de los hechos y de las situaciones que describo en la novela fueron experiencias que estas personas y sus familiares me contaron, experiencias que, según me dijeron, compartieron también muchos otros deportados en toda Siberia. Los personajes de esta historia pertenecen a la ficción, todos salvo el

doctor Samodurov. Llegó al Ártico justo a tiempo de salvar muchas vidas.

Los que sobrevivieron pasaron entre diez y quince años en Siberia. Cuando regresaron a sus casas, a mediados de la década de 1950, los lituanos se encontraron con que los soviéticos habían ocupado sus casas, estaban disfrutando de todas sus pertenencias y hasta habían adoptado sus nombres y apellidos. Lo perdieron todo.

A los deportados que regresaron se los trató como a criminales. Se les obligó a vivir en áreas restringidas, bajo la vigilancia constante del KGB, antes llamado NKVD. Si hablaban de su experiencia, eran castigados con la cárcel o deportados de nuevo a Siberia, inmediatamente. De resultas de ello, tuvieron que callar los horrores que habían vivido, y esa experiencia se convirtió en un horrible secreto compartido por

millones de personas.

Como Lina y Andrius, algunos deportados se casaron y encontraron consuelo contándose unos a otros, en voz baja, lo vivido. Niños preciosos, como Jonas y Janina, crecieron en campos de trabajos forzados y regresaron ya adultos a Lituania. Innumerables madres y esposas, como Elena, perecieron. Almas valientes, que temían que la verdad quedara sepultada para siempre, enterraron

diarios y dibujos en suelo báltico, exponiéndose a la muerte si el KGB descubría esas cápsulas antes de tiempo. Como Lina, muchos canalizaron su emoción y su miedo en el arte y la música, la única manera en que podían expresarse, manteniendo así su nación viva en sus corazones. Los cuadros y los dibujos no se compartían nunca públicamente. El arte pasaba secretamente de mano en mano, preñado de mensajes

y noticias en clave, provenientes de las distintas cárceles y campos de trabajos forzados. A veces, a un deportado le bastaba ver un esbozo de algún símbolo nacional para que encontrara la fuerza de seguir adelante, de seguir luchando un día más.

Se calcula que Josef Stalin asesinó a más de veinte millones de personas durante su reinado del terror. Los Estados bálticos de Lituania, Letonia y Estonia

perdieron más de un tercio de su población durante el exterminio soviético. Las deportaciones llegaron hasta Finlandia. Hoy todavía muchos rusos niegan haber deportado nunca a nadie. Pero la mayoría de los bálticos no albergan rencor, resentimiento ni malos sentimientos. Están agradecidos a los soviéticos que mostraron compasión. Su libertad es un tesoro valioso, y están aprendiendo a vivir con ella. Algunos

piensan que las libertades que disfrutamos como ciudadanos americanos se forjaron a costa de muchos que yacen bajo tumbas sin nombre en Siberia. Como la de Joana por la de Lina, nuestra libertad les costó a ellos la suya.

Algunas guerras se ganan con bombardeos. Para los pueblos de los Estados bálticos, esta guerra se ganó con fe. En 1991, después de cincuenta años de ocupación brutal, los tres países

bálticos recuperaron su independencia, de manera pacífica y con dignidad. Prefirieron la esperanza al odio, y demostraron al mundo que hay luz hasta en la noche más oscura. Por favor, investiguen lo que ocurrió y cuéntenselo a alguien. Esas tres naciones diminutas nos han enseñado que el amor es el ejército más poderoso. Ya sea el amor a un amigo, a la patria, a Dios o incluso al enemigo, el amor nos revela la

milagrosa naturaleza del género humano.

Ruta E. Sepetys

Agradecimientos

Estoy enormemente agradecida a muchas personas maravillosas que me ayudaron en el viaje que constituye esta novela.

Lindsay Davis, que creyó en este libro desde la primera página —eres mi héroe—. Steven Malk, cuya orientación y cuya música me llevaron hasta Writers House. Rebecca Sherman, que me aseguró que podía hacerlo, y el increíble Ken

Wright, que apareció en su caballo blanco para hacer que todo fuera posible. No podría tener mejores mentores, representantes y amigos.

Mi espectacular editora, Tamra Tuller, invirtió inconmensurables cantidades de tiempo y de esfuerzo en esta novela. Somos un equipo, y le estaré eternamente agradecida. Mi más sincera admiración para Michael Green, que tuvo la valentía de desenterrar la

caja de cristal y sacar a la luz esta historia. A Courtenay Palmer, Camilla Sanderson, Farah Géhy, Liz Moraz, Julia Johnson y toda la gente maravillosa de Philomel y Penguin: gracias por tener fe.

Mi grupo de escritura: Sharon Cameron, Amy Eytchison, Rachel Griffiths, Linda Ragsdale, Howard Shirley y Angelika Stegmann. Gracias por vuestra dedicación y, sobre todo, por vuestra amistad.

¡No lo habría conseguido sin vosotros! Gracias a Laura Goering por su ayuda con el ruso.

A la Society of Children's Book Writers and Illustrators, cuya beca, conferencias y fiestas me ayudaron a darme cuenta de que de verdad podía escribir un libro. Quiero dar las gracias especialmente a Genetta Adair y a Tracy Barrett de SCBWI Midsouth.

Yvonne Seivertson,

Niels Bye Nielsen, Fred y Lindsay Wilhelm, Mike Post, Mike Cortese, Jeroen Noordhuis, Louise Ardenfelt Ravnild, Laurence Harry, Heather Napier, Gerry Rosenblatt, J. W. Scott, Daniel Schmidt, John Wells, Gavin Mikhail, los Reid, los Tucker, los Peale y los Smith, todos me han ayudado a escribir este libro desde el primer día.

Se lo debo todo a mi madre y a mi padre, que me enseñaron a tener grandes

sueños y un corazón aún mayor. Y a John y Kristina, que son mi inspiración, mis mejores amigos. Mi sueño es escribir algún día tan bien como vosotros.

Y mi marido, Michael, quien tuvo la idea de que yo empezara a escribir. Tu amor me dio valor y alas para hacerlo. Lo eres todo para mí.

Agradecimientos lituanos

Sin Linas Zabaliunas, este libro sencillamente no habría sido posible. Linas me puso en contacto con innumerables personas que me proporcionaron valiosos testimonios, me hizo las veces de intérprete, me llevó a recorrer Lituania, me proporcionó *spurgos* y *cepelinai* y hasta se las ingenió para que me encerraran en una antigua

prisión soviética. *¡Aciu labai*, amiga mía!

Mi más sincero agradecimiento a la organización Laptevieciai y a los siguientes supervivientes de las deportaciones contra lituanos por compartir su tiempo y sus experiencias conmigo: Irena Spakauskiene, Jonas Markauskas, el doctor Jonas Puodzius, Ryte Merkyte y Antanas Stasiskis.

Un agradecimiento

especial también a Agnieska Narkevic por hacerme de intérprete en Vilnius; a Dalia Kazlauskiene por compartir conmigo las asombrosas fotografías de su marido sobre Siberia; a Nemunas Tour y a la familia Zabaliunas; al doctor Danute Gailiene, jefe del Departamento de Psicología clínica de la Universidad de Vilnius, en Lituania, por responder a todas mis preguntas; a Gintare Jakuboniene, director del

Departamento de la Memoria del Centro de Genocidio y Resistencia; Vilma Juozeviciute del Museo de Víctimas del Genocidio; al Centro de Investigación del Genocidio y la Resistencia; al Parlamento lituano; a la Fundación lituana; al Museo Rumsiskes, y la cárcel Karosta de Letonia.

Me siento en deuda con los siguientes libros que me ayudaron a colmar mis lagunas sobre el tema: *A*

Stolen Youth, a Stolen Homeland, de Dalia Grinkeviviciute; *Sentence: Siberia*, de Ann Lehtmets y Douglas Hoile; *Leave your tears in Moscow*, de Barbara Armonas; *Lithuanians in the Arctic*, de la Organización Laptevieciai, y *The Psychology of Extreme Traumatization*, del doctor Danute Gailiene.

Y, por último, a la familia de Jonas Sepetys. Gracias por la ayuda y el amor que siempre le habéis

profesado a nuestra familia. Vuestro patriotismo, lealtad y sacrificio nunca caerán en el olvido.

Aciu labai!



RUTA SEPETYS. (Michigan, Estados Unidos) es hija de un refugiado lituano. Tiene una licenciatura en Finanzas Internacionales del Hillsdale College. Antes de fundar su

propia productora de música en Nashville, donde vive actualmente, vivió en París y en Los Angeles. *Entre tonos de gris* (*Between shades of gray*, 2011), su primera novela, es un homenaje a su padre y a las miles de víctimas de la región báltica que acabaron sus días en el Gulag estalinista. La autora ha llevado a cabo un intenso trabajo de investigación, que incluye entrevistas con familiares e historiadores. El resultado es esta magnífica

novela que ha entrado directamente en las listas de los más vendidos en Estados Unidos poco después de su lanzamiento, y que se publicará en más de veinte países. Aunque fue escrita inicialmente para niños y adultos jóvenes, el libro ha sido leído por muchos y considerado un libro para todas las edades.